Carole Matthews

Dulce Tentación



UN BESTSELLER DEL SUNDAY TIMES

Carole Matthews

Dulce Tentación



UN BESTSELLER DEL SUNDAY TIMES

Dulce Tentación

Dulce Tentación
Título original: The Sweetest Taboo
© 2000, Carole Matthews (Ink) Ltd. Reservados todos los derechos.
© 2024 Skinnbok. Reservados todos los derechos.
ePub: Skinnbok

ISBN: 978-9979-64-626-6

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Esta es una historia ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes se deben a la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con hechos, lugares o personas vivas o muertas es mera coincidencia.

CAPÍTULO 01

Puedo decir con exactitud cuándo me he enamorado. El lugar exacto. El minuto exacto. La Feria del Libro de Londres. Aquí. Ahora. Déjame echar una ojeada al reloj para grabar el instante en mi memoria: las 15.45. No tengo ni idea de quién es él -todavía, -ni de que está a punto de poner mi vida patas arriba; pero ya he mordido el anzuelo, estoy atrapada. Me mira de nuevo y sonríe, y mis vísceras se inundan de un cálido cosquilleo que no sentía desde hace mucho, mucho tiempo. También noto un cierto hormigueo en los pies, pero eso tiene más que ver con la incomodidad de los zapatos y el incipiente juanete que con la mortífera flecha de Cupido.

- Necesitamos a una mujer preciosa -me dice, y caigo en la cuenta de que le estoy mirando de hito en hito.

Tiene un acento norteamericano que no consigo localizar. ¿Costa Este, Costa Oeste…? Es inútil, todos me suenan igual. Los hombres estadounidenses arrastran las palabras de una manera tan sensual que las rodillas me tiemblan. Los adoro. En el instituto, mi profesor de sociología procedía de Charleston, y yo esperaba con ansia la hora de la clase semanal para salir corriendo hacia el aula. Nunca aprendí lo más mínimo sobre sociología -hasta el día de hoy no sé absolutamente nada acerca del colapso demográfico de la población en el Reino Unido, o de la ética económica del comercio, o sobre los efectos en la colectividad de una sociedad cibernética, -pero disfrutaba cada minuto de las clases. Ya podría el profesor haber estado disertando sobre los placeres del coleccionismo de sellos, que yo, personalmente, habría seguido fascinada.

- Será cosa de unos diez minutos, no más -me está diciendo el norteamericano. -¿Podrías dedicármelos?

Siento deseos de decirle que si me lo pidiera amablemente, tal vez le dedicaría el resto de mi vida; pero sólo consigo balbucear:

- Sss… Sí. -Como por casualidad se llame Chuck, o Bud, o Richie, estoy acabada.

Alarga el brazo, me agarra por el codo y me acerca hacia él. Miro a mi alrededor con la mandíbula caída -habiendo fracasado en el propósito de cerrar la boca, -en busca de la aprobación de Nigel, el director del stand donde se supone que estoy echando una mano. Pero está ocupado discutiendo cifras con el dueño de una librería, que viste una chaqueta de pana del color del agua estancada. A ninguno de los demás le interesa en absoluto lo que yo haga.

Y lo que hago es ejercer un empleo temporal para Bindlatters Books, editores de una colección -altamente sospechosa- de libros de terror en tecnicolor dirigidos al mercado juvenil, que parece comportar más cantidad de sangre que la que se ve semanalmente en un matadero de tamaño medio, así como montones de cabezas arrancadas.

Trabajar para una editorial puede sonar divertido -me oigo a mí misma dejándolo caer durante la conversación en las cenas con amigos, -pero lo que hago en realidad es llevar puesto un uniforme de poliéster rojo e intentar entregar folletos a unas personas que no quieren recogerlos. Posiblemente, en los últimos días les han echado encima catálogos suficientes como para no

necesitar más en toda la vida, si bien, es poco probable que sean como los nuestros, adornados con cabezas decapitadas.

- ¿Editora? -me pregunta mi norteamericano a medida que me va abriendo camino entre la aglomeración.

Imagino que, en una feria literaria, semejante suposición es razonable. Ojalá pudiera presumir de una categoría tan ilustre. Podría fingir ser editora pero ¿qué ganaría con ello? Ahora bien, no creo que sea imprescindible admitir que mi conocimiento de los libros se limita a comprar ejemplares destrozados que ya han pasado por diversas tiendas de segunda mano y que utilizo para llenar mis largas noches vacías. Soy una entusiasta de las novelas de Danielle Steel desgastadas por los bordes.

- No -respondo. ¿Cómo hacer que esto parezca fascinante? No tengo ni idea. No soy tan ingeniosa; al menos a tan corto plazo. -Repartidora Ejecutiva de Folletos.

El intenta mostrarse impresionado, como si acabara de decirle que soy ministra de Hacienda.

- Es un puesto temporal. -¡Por todos los santos! Mi voz está teñida de una amargura patética.

La Feria del Libro de Londres se celebra en Olimpia, y tardo años en llegar aquí por las mañanas -vivo en Battersea, en la otra orilla del río. -Pero sólo será por una semana, me recuerdo sin parar. Con todo, lo que pase al final de la semana podría ser mucho peor. Un enorme y orondo «nada» sobresale, amenazante, sobre el horizonte de mi vida.

Miro con disimulo mi chapa oficial de identificación. No lleva mi nombre -Sadie Nelson, -ni ningún otro detalle que pudiera distinguirme de Fulana de Tal. Sólo el nombre de mi stand. Imagino que la gente que ejerce esta tarea tan ingrata no permanece lo suficiente para justificar la posesión de una chapa impresa con su nombre. «Burro de Carga» habría sido un título apropiado, pero se ve que tampoco disponían de un distintivo con tal denominación.

- Me llamo Gil -dice el apuesto norteamericano por encima del hombro. -Gil McGann. -¿Editor? -No.

- ¿Agente literario? -Esta semana hay muchos por aquí. Se les distingue porque uno tiene la impresión de que no les da el sol a menudo.

- No. -Sacude la cabeza con cierto desprecio y me aprieta el brazo con más fuerza a medida que nos abrimos camino entre el gentío que se nos echa encima. -Soy productor de cine, en Hollywood.

Sí, claro; y yo soy Halle Berry.

- Acabo de comprar un libro fantástico -continúa. -*Amante a la fuga*. Una comedia romántica, divertidísima. He conseguido a Bob para el papel. Me mira como si yo debiera desmayarme.

- ¿Bob?

- Bob Redford.

- ¡Ah! -Siento deseos de señalar que el resto de los mortales lo llamamos Robert.

- He venido para hacerme el simpático con la autora.

Genial. A ver, aclaremos la situación: estoy aquí de pie, enfundada en un uniforme de poliéster rojo que, además de conferirme el aspecto de quien tiene la tarde libre en Butlins, ha sido específicamente diseñado para una mujer más baja, más gorda y unos cuarenta años mayor que

yo. Bueno, pues aquí me encuentro con un guapísimo productor de cine de Hollywood, hablando sobre su última adquisición cinematográfica. Por el lado positivo, hoy tengo un buen día en cuanto al pelo. Si no me mira más abajo del cuello, quizá no se dé cuenta de que voy vestida con restos de saldo de cuando C amp;A cayó en desgracia. Además, a pesar de no preguntarme mi nombre, me ha llamado «preciosa». De un momento a otro va a sonar el despertador y no voy a ser capaz de decidir si esto ha sido un sueño o una pesadilla. Por el momento, la cosa podría decantarse hacia uno u otro lado.

A base de empujones, conseguimos atravesar la muchedumbre y llegar a un stand cien veces más grande y más lujoso que el de Bindlatters Books. Lo adornan enormes pósters de libros de última moda; algunos incluso me suenan, si bien no los he leído porque aún no han llegado a los modestos estantes de las tiendas de segunda mano. En una esquina, veo a un grupo de gente que bebe champán y ríe a carcajadas. En uno de los laterales del recinto han colocado una mesa de acero inoxidable con un tablero de cristal carente de churretes. Se aprecia un cierto ambiente de expectación entre las pocas personas presentes, quienes parecen compartir la condición de siervos obedientes y se arremolinan entre sí.

Gil está de pie, a mi lado, pero no me suelta el brazo. No me quejo. Tengo carne de gallina por todo el cuerpo y, sin embargo, no hace nada de frío. De hecho, se podrían freír hamburguesas en mis mejillas.

- Espero que no te tomes esto como un exceso de confianza por mi parte.

- No, en absoluto. -Mis hormonas me dan codazos para que esboce mi sonrisa más encantadora. No puedo; los pies me duelen a rabiar después de pasarme el día de pie, en tacones, clavada en el mismo sitio. Ahora sé por qué las casetas de las ferias de muestras se llaman *stands*[1]. Estiro los labios ligeramente por encima de los dientes y, desde algún lugar al fondo de mis reservas, le envío una desfallecida sonrisa. -Aunque, la verdad, no me has dicho todavía lo que tengo que hacer.

- ¡Joder! -exclama Gil. -Perdona. Queremos que poses con Elise Neils. -Con un gesto de la cabeza señala una masa de rizos rubios rodeada de hombres estupefactos, de aspecto refinado y enfundados en trajes. -Quiero que te hagas pasar por una fan incondicional para las fotos de prensa. Si no te importa, claro está.

- Entiendo. -Podría haber sido peor, digo yo. Podría haberme pedido que me apostara en un stand y repartiera folletos.

Si exceptuamos mi presente y placentero interludio, éste ha sido un empleo abominable; pero los indigentes no pueden andar con remilgos, y yo era prácticamente una indigente antes de que apareciera esta dudosa «oportunidad» con Bindlatter Books.

Anteriormente, yo trabajaba en la City -excelente empleo, excelente piso, excelente coche- hasta que, debido a la crisis económica, la recesión mundial, el desplome del valor de las acciones, bla, bla, bla, me encontré con que me había convertido en un riguroso y fulgurante excedente según los requisitos de la empresa. Primero desapareció el empleo; después, el coche, el piso y los que decían ser mis amigos y, con cada paso, una porción más de mi autoestima. Me había dejado las entrañas y el hígado trabajando para esa compañía -jornadas interminables,

mínimos descansos para el almuerzo, una vida social dedicada a agasajar a los clientes con copiosas cantidades de vodka- y el alma se me partió en mil pedazos cuando alguien a quien yo consideraba un buen compañero me dijo que limpiara mi escritorio y que nunca más volviera a oscurecer con mi presencia la puerta de Allen-Jones Holdings.

Juré no volver a trabajar en la City nunca más. El pánico se apoderó de mí cuando me percaté de que, de todas formas, nadie allí me quería. «Hemos congelado la contratación de personal» fue la frase que escuché con más frecuencia. «Nos encantaría poder contar con alguien de tu talla, pero…» No tardé en descubrir que las congelaciones de contratación no afectaban únicamente al sector en el que yo había elegido trabajar.

Desde entonces me las he ido arreglando con una serie de trabajos temporales y mal remunerados que a duras penas me han permitido pagar mi parte del alquiler del apartamento en Battersea, más bien deteriorado, en el que mi adorable amiga Alice me ha permitido apretujarme con ella, aunque es consciente de que constituyo un riesgo de crédito. Mis ahorros están menguando a un ritmo alarmante.

Dirijo la mirada a Gil. Por una vez, no se me ocurre qué decir. No soy persona conocida por su reticencia, pero de repente todas mis palabras parecen haberse evaporado. Tal vez el hecho de encontrarme rodeada de un exceso de ellas en todos estos honorables tomos es lo que me hace sentirme mera de lugar.

- Aquí está. -Gil baja la cabeza para situarla a la altura de la mía y me susurra al oído con cierto matiz de reverencia. La carne de gallina mete el turbo.

La afortunada autora, perseguida por medio Hollywood -Gil incluido- es demasiado joven y demasiado guapa para su beneficio, y en este instante podría arrancarle los ojos de cuajo. Me pregunto hasta qué punto Gil McGann va a «hacerse el simpático».

Elise Neils es moderna y diminuta, y muestra el aire confiado de quien está acostumbrado a que lo mimen. Tras colocarse detrás del escritorio especialmente traído para ella, como si lo hubiera hecho mil veces antes, lanza a su público una radiante y ensayada sonrisa. Debe de ser una estúpida integral. Me pongo a pensar que quiero un empleo con glamour, pero entonces una mujer con pinta de publicista y gafas de concha a la última moda me arranca del lado de Gil y me planta junto a Elise Neils para que me muestre como una devota admiradora.

- Hola -me dice la autora.

La verdad es que parece simpática, pero ya estoy decidida a que no me caiga bien. Coge el bolígrafo y adopta una pose acertadamente literaria mientras que yo me inclino sobre la mesa con actitud servicial, como si mi vida fuera a mejorar en un mil por ciento si ella se dignara a garabatearme una dedicatoria en su libro. Un póster que declara «¡*AMANTE A LA FUGA*!» nos hace sombra. Ambas sonreímos como dementes ante la ingente cantidad de cámaras centelleantes. Puede que esto sea algo corriente para Elise Neils; pero si van a ser mis quince minutos de fama, voy a asegurarme de salir triunfante.

Las cámaras siguen con su clic-clic-clic mientras giramos la cabeza de un lado a otro, esbozando sonrisas estilo boda, y para cuando terminamos ya he llegado a la conclusión de que, después de todo, no quiero ser una celebridad.

- Gracias -dice él. -Has estado magnífica. No estoy segura de si está siendo sincero o me está tomando el pelo, pero por si acaso sonrío, agradecida.

Señala con la cabeza el pelotón que acude al champán, desde donde nuestra futura ganadora del Pulitzer no le quita ojo, aunque él no se da ni cuenta.

- ¿Nos unimos al tumulto?

- Tengo que volver -respondo con un destello de lealtad incontrolada que me sorprende incluso a mí. ¿Pero en qué estoy pensando? Champán con un productor de Hollywood o repartir folletos en el stand de una feria por menos de cinco libras a la hora, ¡y elijo lo segundo! No hay duda de que una enfermedad me está atacando. O tal vez he perdido la cabeza.

- Te acompañaré -dice Gil. -Espérame un minuto.

Se dirige a un lateral del stand para recoger algunos bártulos. Tengo tiempo para observar más detenidamente a mi alrededor y me arrepiento de mi decisión de volver a toda prisa a Bindlatters Books.

Gil es alto y delgado, y el traje que viste parece haber sido estrujado en una maleta durante un vuelo trasatlántico y llevado demasiado tiempo en una feria de muestras. No parece un usuario habitual de traje y corbata. Tampoco luce el típico bronceado de Hollywood, y eso que yo creía que todo el mundo por aquellas tierras era esclavo del sol. Quizá pase demasiado tiempo puertas adentro, viendo películas, qué sé yo. Sin embargo, le sienta bien; no le pega estar moreno. Tiene pinta de jovencito, pero con facciones afiladas. No estoy segura de su edad, si bien sospecho que aún está en el lado bueno de «la vida empieza a los…». Tiene una sonrisa encantadora y el suficiente carisma como para asegurarse de que la mayoría de las mujeres le miren por segunda vez. Eso es lo que a mí me pasa.

Gil regresa cargando con una gabardina -como de costumbre, esta semana ha estado lloviendo a cántaros en Londres, -un *Times* doblado y un ejemplar en cartoné de *Amante a la fuga*. Lo agita en el aire para llamar mi atención. No me atrevo a decirle que lo leeré dentro de cinco años, cuando haya pasado por varias tiendas de segunda mano, cuando todas las escenas de sexo muestren antiestéticas e inidentificables manchas y probablemente falten varias páginas cruciales. Odio cuando eso pasa; pero, por otra parte, no es el aspecto más molesto de encontrarse financieramente avergonzado. El hecho de que la despensa sólo contenga arroz con leche Ambrosia y una lata de sardinas pasada de fecha es mucho, muchísimo peor. Creedme, sé lo que digo.

Me entrega el ejemplar de *Amante a la fuga*.

- Para ti.

- Gracias.

Siento un sofoco de profunda gratitud hasta que reparo en una fotografía de la hermosa, afortunada y probablemente multimillonaria Elise Neils en la contraportada.

Me agarra del brazo otra vez y nos dirigimos de vuelta a lo que he llegado a conocer cariñosamente como «mi stand». Hay mil preguntas que debería encajar en los próximos dos minutos, pero no se me ocurre ninguna. Ésta podría ser mi gran oportunidad… Aunque no sé de qué, la verdad. Pero lo que sí sé es que la estoy fastidiando a base de bien.

- Bueno -dice.

Nigel está delante del stand observándome con lo que únicamente se me ocurre calificar como «mirada asesina».

Gil y yo actuamos de forma indecisa, mirándonos y no mirándonos al mismo tiempo.

Nigel observa su reloj con gestos exagerados.

- En mi hotel preparan un té de media tarde estupendo -salta Gil de repente. -Muy pintoresco. Muy inglés.

- Qué bien -replico yo, debido a que a mi brillante y rutilante ingenio no se le ocurre nada mejor que decir.

- Más vale que me marche.

- Buena idea.

- ¿A qué hora terminas?

- ¿Yo? -No parece haber estrellas de cine ni frívolas escritoras jóvenes por los alrededores. Él asiente con la cabeza. Me quedan varios miles de folletos de los que librarme antes de acabar. A lo mejor podría arrojarlos a alguna papelera de por ahí. -Dentro de una hora, más o menos.

- Ven a mi hotel, señorita Repartidora Ejecutiva de Folletos. Toma conmigo el té de la tarde.

- ¡Ah! -Sería incapaz de deciros cuándo tomé un té de la tarde por última vez. De hecho, no sé si he llegado a hacerlo. ¿No es cierto que los turistas y las señoras de pelo blanco con reflejos azules son las únicas personas que practican esta tradición británica? -De acuerdo.

Gil saca una tarjeta de visita de un tarjetero de plata, escribe algo en la parte posterior y me la entrega.

Y, efectivamente, la tarjeta reza: GIL MCGANN. PRODUCTOR, en negrita y letras grandes.

- No queda lejos. Confío en que puedas venir.

- Iré -respondo, antes de que mi cerebro tenga tiempo de procesar la respuesta y decidir que uno de los dos está loco de atar.

- Nos vemos luego.

Y se marcha a sumarse al gentío de editores y agentes literarios mientras yo me quedo meditando sobre el hecho de que acabo de acceder a ir al hotel de un hombre que ni siquiera me ha preguntado cómo me llamo y que, aunque podría haber elegido a una joven escritora frívola y coqueta para hacerse el simpático, claramente siente una atracción fetichista hacia las mujeres enfundadas en uniformes rojos de poliéster. Le sigo con la mirada hasta que desaparece mientras acaricio los afilados bordes de su tarjeta.

Nigel se acerca hacia mí furtivamente.

- Folletos -anuncia mientras me entrega otro montón interminable.

- Folletos -repito yo.

Y la tierra se eleva para encontrarse conmigo con «¡zas!» escrito por todas partes.

1 Stand también significa «estar de pie». *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 02

Gil cayó sobre la cama como un fardo. Aquella habitación que le había costado un precio desorbitado era poco más que un armario de limpieza. Un armario de limpieza en el ático. Se suponía que gozaba de encanto, con sus vigas de madera originales y techos pronunciadamente inclinados -y, más desconcertante aún, suelos pronunciadamente inclinados; -pero Gil prefería las habitaciones en las que uno puede permanecer de pie. Si se alojara allí más de una semana, acabaría con una joroba en la espalda, eso por descontado; ya notaba en el cuello las molestias de una tortícolis incipiente. El desplazarse por la estancia implicaba en toda ocasión golpearse el dedo gordo contra los recios muebles de caoba. El hotel carecía de gimnasio, y había llovido tanto que era impensable salir a hacer *jogging*. El desfase horario se hacía notar pesadamente en sus huesos, faltos de ejercicio. La próxima vez se alojaría en el Hempel y asunto concluido.

Tumbarse era la opción más fácil, por lo que Gil se estiró y por unos instantes disfrutó del momento. Al rato, la tensión volvió a atenazarle. ¿En qué estaba pensando? Había un millón de cosas que tendría que estar haciendo durante su estancia en Londres, y no se le ocurría más que ligar con desconocidas. Durante su paso por la ciudad pensaba haber establecido contacto con algunas de las jóvenes promesas del panorama literario británico. Últimamente había muy pocos estudios filmando comedias románticas con clase, y en opinión de Gil había llegado la hora de plantarles competencia. Precisamente había reservado aquella noche para salir a la caza. ¿Qué le había ocurrido a su cerebro? ¿Cómo es que se había dejado dominar tan fácilmente por una atractiva joven con un uniforme espantoso? ¡Como si su vida no fuera ya lo bastante complicada!

Gil era incapaz de relajarse; lo consideraba una pérdida de tiempo. Se levantó y encendió su ordenador portátil. La diferencia horaria era un fastidio. Cuando él estaba en condiciones de ponerse en marcha, todo el mundo en Los Ángeles seguía acurrucado en la cama -o andaba por ahí de fiesta. -Tecleó la contraseña. El primer mensaje de correo electrónico era de Georgina, con el encabezamiento de «urgente».

Soltó un gemido para sus adentros. Nada de lo que Georgina hacía jamás tenía carácter de urgencia. Al menos para el resto del mundo. Pinchó sobre el mensaje para abrirlo. «¡Llámame!», decía. «¡Ahora mismo!»

Gil echó una ojeada al reloj. No era buena hora para llamarla. Ni siquiera estaba convencido de que ella entendiera que el resto del universo no funcionaba bajo la «franja horaria Georgina». Lo más probable es que se hubiera roto una uña, o algo similar de la máxima trascendencia.

Abrió el resto de los mensajes -en su mayoría quejas y protestas de los estudios con respecto a los últimos proyectos de Gil- y envió las respuestas con la soltura propia del profesional. «Menos mal que el correo electrónico nunca duerme», pensó. Se pasó la mano por la cara. No tenía más remedio que afeitarse. Todo su vestuario «informal», consistente en un jersey y unos pantalones vaqueros, estaba extendido sobre el respaldo de una butaca tapizada de cretona. Gil deseó haber empacado más ropa adecuada para hacer vida social; pero no pensó que iba a quedar cautivado

por una hermosa rubia. ¿Hacía cuánto tiempo que no sentía algo parecido? Desde luego, nunca desde su boda con Georgina, eso seguro.

La pantalla digital del despertador situado a un lado de la cama parpadeaba perezosamente. Gil fijó la atención en la uña de su pulgar en señal de preocupación. Debería llamar a Georgina por si acaso se tratara, por una vez, de una emergencia. Con Gina siempre existía el horrible elemento de duda de que algún día pudiera cumplir una de sus incontables amenazas. Mirando al teléfono, se preguntó dónde estaría ella en aquel momento. Resolvió que lo mejor era retrasar la llamada lo más posible.

Gil se encaminó hacia la ducha con la esperanza de que saliera más agua que la última vez. Necesitaba refrescarse, y rápido; intentar parece presentable. Por alguna absurda razón quería que le fuera bien con esa mujer.

También tenía que tomar medidas acerca de la situación con Georgina, pero para eso se necesitaban unas cuantas maniobras diplomáticas. Gil era totalmente consciente de que lo había ido posponiendo durante demasiado tiempo.

CAPÍTULO 03

Me doy perfecta cuenta de que quizá el señor «Magnate Cinematográfico de Hollywood» sólo busque sexo fortuito. Puede que resulte más fácil impresionar a un humilde miembro del personal administrativo al decir que eres productor de cine que a una joven y frívola autora, quien podría bostezar y exclamar para sus adentros: «¡Otro más no, por favor!». No tengo amigas en la Feria del Libro con las que comentar el asunto, y no puedo llama por teléfono a Alice porque tiene un empleo de verdad y está ocupada a más no poder veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Tampoco puedo llamarla porque me diría que me estoy comportando como una verdadera estúpida.

Estoy a punto de olvidarme para siempre del trepidante alboroto de esta feria, y me alegro. Sólo un día más. Si estás involucrado en estas cosas, es genial; pero si te encuentras en la periferia, realizando tareas que pasan inadvertidas, es un tostón. Cuando yo pertenecía al selecto grupo de triunfadores de la City, pocos meses atrás, me encantaban los congresos. Me desplazaba por todo el mundo: París, Praga o Preston- y decidía si dedicarme al trabajo, o no. Ya sé que encontrar un amante en un congreso no es algo insólito, ni siquiera original. Lo cierto es que esa clase de eventos tiene muy poco que ver con trabajar y mucho que ver con dejar atrás las responsabilidades o los sofocantes deberes familiares, perder la cabeza y embarcarse en un período de sexo anónimo, en un hotel anónimo, con un desconocido de una empresa rival a quien una está segura de que no volverá a ver (hasta el congreso siguiente). Ni que decir tiene que hablo de otras personas, y no de mí. Siempre fui una mera observadora de aquellas travesuras sexuales.

Esto se debe a que no apruebo el concepto de sexo fortuito. ¿Por qué iba una a quedar al descubierto ante un completo desconocido? En especial uno cuyo volumen de ventas es mayor que el tuyo. Soy partidaria del compromiso, el amor y la lealtad. El señor Gil McGann, productor de cine, va a llevarse un buen chasco si piensa que las chicas inglesas somos fáciles. Bueno, al menos yo; no pondría la mano en el fuego por mis amigas. Da la impresión de que son capaces de llevarse a la cama cualquier cosa que respire. ¿Estoy siendo mojigata, quizá? Es algo de lo que me han acusado con anterioridad. Algunas de mis amigas tienen novios y «novias». ¿De qué va eso? ¿Es acaso la moda? ¿Afán de sexo? Yo no lo entiendo, en absoluto. ¿O es que resulta más práctico salir con alguien con quien puedas compartir el esmalte de uñas?

En cualquier caso, me acechan otros problemas más inmediatos. Por fortuna, Bindlatters Books me ha proporcionado una taquilla, de manera que n tengo que presentarme en el hotel de Gil con el conjunto rojo -si bien soy consciente de que a lo mejor eso es lo único de mí que encuentra altamente deseable. -Ay… Mi autoestima se encuentra bajo mínimos.

Hoy he venido a trabajar con pantalones pirata negros y unas botas negras de tacón de Russel amp; Bromley que datan de cuando podía permitirme semejante dispendio. La mala noticia es que también llevo una camiseta con una Betty Boo bordada, con la leyenda: «*Diamonds are a girl's best friend!*[2]». Alice me la trajo de los estudios Universal cuando estuvo de vacaciones en

California el verano pasado, su último despilfarro antes de convertirse en una atribulada propietaria de vivienda. Parece un poco hortera llevar puesta una camiseta de unos estudios cinematográficos para tomar el té con un hombre que bien podría ocupar allí una importante posición, en lugar de tener que pagar la entrada para acceder al parque temático y experimentar una multitud de formas diferentes con las que marearse y acabar empapado.

Miro en el monedero. Contiene tres libras y cincuenta peniques, además de una tarjeta de crédito que sigo amenazando con cortar en pedazos. Saco la tarjeta de Gil de mi bolsillo de poliéster le doy la vuelta. El hotel Townham. Tiene razón. No queda lejos. Un escalofrío de indecisión me recorre el abdomen. Eh, un momento. ¿Quién está al mando aquí? ¿Mi estómago, o yo? Ésta es la única situación emocionante que he tenido en días, semanas, ¡meses! Es otro de esos temas que podré dejar caer como quien no quiere la cosa en las cenas de amigos durante años y años. ¡Ja! Puede que yo no sea lo bastante moderna como para tener novia -ni lo bastante deseable como para tener novio, -pero esto es algo que mola y que debería otorgarme unos cuantos puntos de popularidad. Siempre será mejor que comentar otra maldita entrevista fallida en House of Pizza.

Está claro que soy la viva imagen de la desesperación. Antes de mi última entrevista de trabajo, me empollé todos los tipos de pizza diferentes que el restaurante servía e intenté dejarles deslumbrados con mis impresionantes conocimientos, citando ofertas especiales y haciendo referencia a la reciente campaña televisiva en la que se presentaba la masa «gruesa y crujiente». El encargado se quedó boquiabierto y estoy convencida de que vio en mí a toda una rival, ya que prometió hacerme saber aquella tarde si me concedía el empleo, pero nunca llamó. Posiblemente creyó que yo era un topo de la Dirección General. El hombre era tan grueso como su maldita pizza. La próxima vez debería llenarme la cara de acné falso y refunfuñar durante toda la conversación. Me contratarían en un santiamén.

Me pongo encima una versión de Karen Millen el clásico abrigo con forro de borrego que hizo furor en los setenta. Tiene varios años, y ha conocido días mejores. Salgo disparada del centro de congresos y tomo el metro hasta South Kensington, donde me apretujo contra una serie de delegados de la feria que hablan con voz cantarina sobre el tipo de escritores que suelen verse en la editorial Lorraine. Los trenes tardan una eternidad en hacer su recorrido desde esta parada, lo que implica que todos los días tenemos que sufrir al mismo cantante callejero apestoso y peinado a lo rastafari, que interpreta fatal los viejos éxitos de Simón amp; Garfunkel. A pesar de todo, a la auténtica manera británica, entregamos los obligatorios cincuenta peniques antes de que nos permitan salir de la estación de South Ken a paso de tortuga.

El hotel Townham está a la vuelta de la esquina, pero antes de encaminarme hacia allí me abro camino entre dos carriles de vertiginoso tráfico y cruzo la calle en dirección a una pequeña *boutique* que vende ropa estupenda a precio rebajado (que sigue siendo caro, la verdad). Aunque la denomine *boutique*, es más bien una tienda de segunda mano con pretensiones. Sí, tan bajo he caído; no sólo en cuanto a mis necesidades literarias, sino también de vestuario. Entro en el comercio a toda prisa y rebusco como una posesa entre cientos de leras de blusas arrugadas. ¡Ya está! Por veintidós libras esterlinas me convierto en la orgullosa propietaria de un top negro de

encaje con mangas acampanadas y un escote que no hace nada ocultar el hecho de que soy mujer. ¡Ja! ¡Abajo con el poliéster rojo!

Le pido disculpas a mi tarjeta de crédito y le planto un beso agradecido antes de maltratarla una vez más. Me precipito hacia el vestuario del fondo, del tamaño de un armario de la limpieza, para quitarme la camiseta de Betty Boo, que meto a presión en mi bolso sin ningún tipo de ceremonia. Me recojo el pelo con horquillas y llego a la conclusión de que no estoy tan mal; bueno, al menos mejor que con el uniforme rojo de Butlins. No estoy segura de si el top de veintidós libras sobrevivirá a los rigores de la lavadora de Alice; pero por el momento, servirá. Ojalá hubiera traído colorete. Sin lugar a dudas, un brochazo de Raspberry Whisper cuidadosamente aplicado resulta de lo más favorecedor.

2 «Los diamantes son los mejores amigos de una chica» canción interpretada por Marilyn Monroe en Los caballeros las prefieren rubias. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 04

El Townham es un hotel pijo. No como el Ritz, por ejemplo; sino pijo más bien a la manera de Victoria Beckham. Me siento ridículamente nerviosa y me detengo unos momentos fuera, bajo la lluvia torrencial, pensando que podría estar rozando la enajenación mental.

Antes de morir ahogada por el aguacero, decido que me da igual si es una locura o no. Podría tratar se de mi gran oportunidad. Gil, productor de cine, podría ofrecerme un papel en su última película. ¿Por qué no? Una actriz archifamosa fue descubierta mientras servía mesas en Los Ángeles. No me acuerdo de quién se trata, porque no estoy al tanto de los cotilleos de Hollywood, pero sé que era muy, pero que muy famosa.

Allá voy. Respiro hondo. Espalda recta, cabeza erguida. No es cuestión de vencer o morir, sino de quedarme aquí o marcharme a casa a comer las sobras del *rissoto* de anoche y gimotearle a Alice que nunca me ocurre nada emocionante.

La recepcionista me brinda una mirada absolutamente arrogante cuando pregunto por el señor McGann. ¡Ja! Apuesto a que Gil no le ha pedido que tome el té con él, a pesar de que está enfundada en un uniforme de poliéster azul marino.

- *Seniog* McGann está en el *shalon* -dice con el acento extranjero apenas inteligible que estos días tiene todo aquel que trabaja en los hoteles londinenses. Y cuando miro, efectivamente, el señor McGann está en el salón. Se encuentra frente a un rugiente fuego de leña, repanchingado sobre un enorme y mullido sofá, con *The Times* descartado sobre el regazo. El traje y corbata han desaparecido. Lleva pantalón vaquero y un jersey tipo universitario tejido a mano que le debe de haber costado un millón de libras esterlinas en Fred Segal o algún emporio parecido; lo único que sé acerca de Hollywood es que Fred Segal es una tienda a la última moda porque la revista *Glamour* dice que Madonna y Calista Flockhart compran allí. ¿Puede pedirse algo más *fashion*?

Gil está dormido como un tronco, pero me siento bastante satisfecha, porque al menos no ronca, algo que siempre he detestado en los hombres. El flequillo le cae sobre los ojos y siento ganas de alargar la mano y apartárselo con suavidad de la frente. De repente, me envuelve una abrumadora y cálida sensación de cariño. Si yo tuviera más edad, la interpretaría como un sofoco propio de la menopausia; pero, lamentablemente, no puedo describir el estremecimiento con tanta facilidad. Miro a este hombre que en realidad no conozco y que, sin embargo, deseo abrazar. Sólo he sentido algo parecido una vez, pero entonces contaba con la excusa de tener quince años y ser altamente impresionable. Además, Simón Le Bon no estaba nada mal en su día.

Me quedo de pie sin saber qué hacer. Gil tiene un aspecto tan pacífico que podría quedarme horas observándole; pero, por otra parte, habiendo acopiado el valor para llegar hasta donde estoy, me gustaría que se despertara y se diera por enterado, la verdad.

La estancia está sumida en una suave penumbra. La única luz proviene del chispeante fuego de la chimenea y de una serie de lámparas de mesa repartidas por la sala. También hay un par de sillones Chesterfield color marrón y varios sofás mullidos. La noche se ha cerrado, alentada por la lluvia torrencial. No me extraña que Gil se haya quedado roque.

Mi dilema queda resuelto por dos ruidosos ejecutivos alemanes que irrumpen en el salón como una avanzadilla de la división Panzer, hablando a gritos con sus voces germanas. Acarrean grandes copas de coñac y marchan a través de la sala hasta un lejano Chesterfield como si estuvieran invadiendo Polonia. Los ojos de Gil se abren de repente y, una vez que han dejado de circular a causa de la sorpresa, se detienen en mí. Una sonrisa le ilumina el semblante.

- Hola -digo yo.

- ¡Eh!

Se levanta del sofá para saludarme, aunque aún se le nota algo aturdido. Rodea mis dedos con los suyos, cálidos a causa del fuego.

- Debo de haberme quedado dormido -se disculpa.

- Desfase horario -sentencio yo, como si entendiera de estas cosas.

- Supongo que sí.

Gil vuelve a tomar asiento y da unas palmaditas al sofá.

- Siéntate a mi lado. He encargado el té; sólo tengo que llamar a Justine cuando estemos preparados.

Gil mira a Justine -la chica del uniforme de poliéster azul marino, que acaba de aparecer y nos observa como un águila- y asiente con la cabeza. Ella le sonríe de oreja a oreja, en una actitud exactamente contraria a la que tuvo conmigo. Me quito el abrigo, lanudo y empapado, y lo arrojo a la esquina de la alfombrilla de la chimenea, que probablemente lo confunde con uno de sus amigos hace tiempo desaparecidos. Me siento en el extremo más alejado del sofá. El hecho de sentarme en un sofá junto a un desconocido siempre ha sido para mí una especie de pesadilla. Nunca estoy segura de la distancia exacta que marca la etiqueta. Demasiado cerca, y acabas deslizándote hasta la ranura entre dos cojines; demasiado lejos, y adquieres cierto aire de superioridad. Intento colocarme en el centro del cojín, lo que debe de emitir su propio mensaje.

- Bueno. -Gil se gira y me observa detenidamente. -Te noto diferente.

Albergo la esperanza de que «diferente» signifique «mejor». Detiene los ojos en mi escote.

- No creo que esos uniformes sean un diseño de Armani -bromeo yo, incómoda.

- No -responde él entre risas. -Lo más probable es que no.

Justine trae la bandeja -con los ojos y la sonrisa fijos en Gil. -Deduzco que le hubiera gustado arrojármela encima. Pestañeo varias veces al tiempo que le ofrezco mi sonrisa más empalagosa. Ella vuelve a su mostrador con sonoras pisadas.

En la bandeja hay una botella de champán, pero ni rastro de una tetera.

- Pensé que podríamos tomar el té de la tarde saltándonos el té. -Gil me sirve una copa de champán. -Para serte sincero, no me gustan mucho las infusiones. El café me va más.

Me pregunto si éste es su único secreto oscuro. Odio esa parte de conocer a la gente en la que te crees que estás ante un ser humano extraordinario y al poco tiempo descubres que tiene más esqueletos escondidos en el armario que una película de Christopher Lee, amén de toda clase de hábitos indeseables. También odio el hecho de vivir permanentemente con la esperanza de estar equivocada. Gil levanta su copa.

- ¿Qué celebramos? -pregunto. -¿*Amante a la fuga*, quizá?

Gil niega con la cabeza.

- La señorita Neils ya ha tenido brindis suficientes. -Choca su copa contra la mía. -Tal vez deberíamos brindar por alguien que no se ha dado a la fuga.

Imagino que se refiere a mí, pero no estoy segura del todo.

- Sólo voy a estar en Londres una noche más. -comenta Gil, al tiempo que me mira con ojos centelleantes. -Me gustaría pasarla contigo.

Estoy a punto de escupir el champán. ¡Caramba! Esto sí que va rápido. Ni siquiera hemos llegado a los sándwiches de salmón ahumado o los pastelillos escarchados. ¿Acaso todos los norteamericanos son tan fulminantes? Me las arreglo para tragar las burbujas, en vez de esparcirlas por los alrededores; pero me atraganto y empiezo a toser.

- ¡Joder! -farfulla Gil. -No me refería a eso.

Me da unas palmadas en la espalda con fuerza exuberante. Los alemanes nos lanzan miradas furiosas por encima de sus copas de coñac. Gil y yo nos echamos a reír y antes de que me acabe matando a golpes, consigo que deje de doblegar mis vértebras a base de manotazos.

- Estoy bien, perfectamente -insisto.

Nos echamos hacia atrás, nos hundimos en los cojines entre carcajadas y se me olvida por completo la ocupación territorial del sofá. Entonces, juntamos las cabezas como un par de colegiales traviesos.

- ¿Empiezo desde el principio? -pregunta Gil por fin.

Me seco las lágrimas, que me han descendido hasta las orejas, confiando en que el rímel siga en su sitio.

- Más vale que sí.

- Ésta es mi última noche en Londres. Se supone que tengo que ir a una firma de libros con Elise. Pero preferiría pasar la velada cenando contigo.

¡Me prefiere a mí, y no a la atractiva y famosa escritora!

- ¿No se pondrá furiosa?

- Acabo de acceder a pagarle un montón de dinero; supongo que se mostrará comprensiva.

- Aún no nos hemos tomado los sándwiches.

- No alimentarían ni a un pajarillo -dice con el fallido acento *cockney* de Dick Van Dyke en *Mary Poppins*.

¿Por qué intento pensar en excusas para que se deshaga de mí?

- ¿Es que tienes otros planes? -pregunta.

- Sí. -Hago girar el fuste de mi copa de champán. -Se supone que tenía que comer el *risotto* de anoche con mi colega de piso.

- ¿Le importaría a él que no lo hicieras?

- A ella -le corrijo. -No. Pero mejor la llamo.

- Yo también voy a llamar a Elise.

- De acuerdo.

Con una inclinación de cabeza, sacamos nuestros móviles y tecleamos los números.

El teléfono de Alice pasa directamente al contestador y dejo un confuso mensaje mientras

intento enterarme de la conversación de Gil. Le dice a Elise que no puede quedar, si bien caigo en la cuenta de que no explica la razón. Minúsculo detalle, pero me pregunto si tendrá importancia. Concluimos nuestras llamadas y nos miramos, un tanto avergonzados.

Los alemanes parecen percatarse de que esta empieza a convertirse en una reunión íntima, y se marchan. Gil se pone en pie y arroja otro tronco en la chimenea. Durante unos instantes, escuchamos cómo crepita y emite sonidos sibilantes en señal de protesta.

- No suelo hacer esta clase de cosas -admite Gil.
- Yo, tampoco.
- Salir con alguien es un asunto bastante complicado en California.
- Me parece que en Londres, también.
- ¿Mantienes una relación estable?
- ¿Yo? -Niego con la cabeza. -No.

¿Estaría aquí si la tuviera? Siento deseos de decir que me he dado por vencida en lo que atañe a los hombres; aunque más bien creo que son ellos los que se han dado por vencidos en lo que a mí respecta. Que yo recuerde, he tenido tres novios auténticos, a tiempo completo y libres de cargas, a los cuales adoraba y los cuales me abandonaron por alguien más chispeante y con pechos más saltarines que los míos. Tal circunstancia me ha dejado con una especie de complejo.

Sí que tengo alguna cita de vez en cuando, normalmente cuando una de mis amigas me obliga, pero encuentro el asunto de lo más traumático. A los dieciocho años, aquello de «¿Me llamará? ¿No me llamará?» forma parte del contrato. A los treinta y dos, soy de la opinión de que ya no tengo edad. No quiero jugar a las citas. No quiero pasar las noches en ensordecedores bares de copas con gente que me importa un comino. No quiero tener a siete hombres a la vez. Quiero relaciones estables. Sensatas y maduras. Que preferiblemente impliquen a dos personas que se aman. No quiero poner poses, ni hacerme la interesante, ni mantener mis opciones abiertas. No quiero simular que soy alguien que no soy. Intento con todas mis fuerzas no manipular ni engañar. Llevo todas mis relaciones bajo la máxima de que la honradez es la mejor política. Podría pensarse que a los hombres les agradaría semejante postura; pero no es así. Por lo general, son incapaces de hacerle frente.

- ¿Y tú?
- No -responde Gil.

Me doy cuenta de que no existe una delatora banda blanca alrededor de su dedo anular indicativa de haberse arrancado a toda prisa el anillo de boda. Los años de asistencia a congresos me han hecho volverme desconfiada. Prefiero no acordarme de todos los I hombres casados que han intentado ligar conmigo alegando que sus esposas no les comprendían.

- La verdad es que no necesitaba que posaras junto a Elise -me espeta Gil de repente con una sonrisa nerviosa. -Llevaba observándote casi toda la semana y no se me ocurría otra manera de hablar contigo. ¿Te parece una confesión terrible?
- No.

Sin embargo, sí que es una confesión sorprendente. Yo habría imaginado que los productores de Hollywood estaban acostumbrados a tener colgada del brazo una ristra de complacientes

actrices den ciernes, y no que dudaran sobre cómo entablar conversación con alguien insignificante como yo.

- Para una persona que profesa no estar interesada en repartir folletos -prosigue con una sonrisa, -lo hacías con un fervor encomiable.

- La necesidad obliga -replico. -Me encuentro en un estadio en el que me tomo cada empleo como si pudiera ser el último. -Subo las rodillas y me dejo hundir en el sofá en un intento por convencer a mi cuerpo de que no estoy tan cansada como me siento. -Yo era ejecutiva en la City, pero el mundo de las finanzas de altos vuelos decidió que podía arreglárselas sin mí. -Jugueteo con mi copa de champán para evitar que nuestras miradas se encuentren. -Pasé de un plan de desarrollo profesional a diez años de duración, concebido con la ayuda de un entrenador muy ambicioso, a no saber qué voy a hacer la semana que viene.

Gil se encoge de hombros.

- El sector del cine es siempre así. Un día estás en la cresta de la ola; al siguiente, ya no. Tienes que aprovechar los buenos tiempos e intentar no tomarte a título personal el hecho de que un día pases a ser tan popular como un pedo en un traje espacial. Los éxitos se olvidan pronto. El fracaso tiende a quedarse estancado.

- Como un pedo en un traje espacial.

Gil suelta una carcajada. -Exacto.

- ¿Has producido alguna película de la que yo haya oído hablar?

- aventuro.

Me gusta pensar que entiendo un poco de cine siempre que se trate de algo que pueda verse en Sky Home. -Casi todas las tardes, cuando llego a casa del trabajo, lo único que soy capaz de hacer es sentarme y mirar la televisión. Si Gil hace películas profundas y llenas de significado, no sabré nada sobre ellas.

- Puede ser. -Gil recita de memoria una lista de filmes que fueron éxito de taquilla tanto en Gran Bretaña como en EE. UU. -¿Te suenan *Los comediantes, Sueños de adolescencia, Frankie y Sallie, Una noche abrasadora, Recordando a Maude o Podría ser magia*?

¡Madre mía! Sí que es un productor de verdad. Una fábrica de éxitos. He aquí un hombre que, efectivamente, trata con Bob de tú a tú. Puede que esto indique una inherente falta de confianza en los hombres, pero estaba convencida de que Gil acabaría siendo un impostor. No me apetece analiza ahora por qué llegué a semejante conclusión. Siempre puedo acercarme al Blockbusters a comprobar los títulos de crédito en las carátulas de los DVD asegurarme de que él aparece.

- Me encantó *Una noche abrasadora* -comento, y me sonrojo ante las implicaciones del título.

- ¿En serio? -Gil se sonroja igualmente. -Es mi preferida.

- Estoy impresionada.

- Tengo que confesar -dice Gil- que ésa era mi intención.

- Yo también tengo que confesarte algo -tercio yo. -Me gasté veintidós libras que no tengo este top, en un esfuerzo por impresionarte.

- Pues ha funcionado -responde él. -Estás preciosa.

- Gracias. -Suspira.

- ¿Por qué no nos habremos conocido antes?

Ignoro la respuesta. Nos sentimos demasiado cómodos en demasiado poco tiempo, y ya estoy temiendo el momento en el que tenga que marcharse. Entonces me pregunto si, de habernos conocido antes, las cosas habrían sido mejores o peores.

- ¿Cómo es posible que me sienta de esta manera? -pregunta Gil. -Ni siquiera sé cómo te llamas.

Puede que no sea más que una artimaña para ligar, pero me trago el anzuelo.

- Sadie -respondo complaciente. -Sadie Nelson.

En este momento, es lo único de lo que estoy segura.

CAPÍTULO 05

¿Por qué las noches pasan tan deprisa justo cuando no quieres? ¿Es acaso una regla del universo al estilo de las leyes de Murphy, que decretan que la tostada siempre cae por la cara de la mermelada, sobre todo si el portador viste ropa blanca o carísima? ¿Por qué no pueden las horas avanzar lentamente como cuando uno está sentado en la sala de espera del dentista? Como reza el dicho, el tiempo vuela; pero sólo si te estás divirtiendo. Incluso si da la casualidad de que por una vez en tu vida te encuentras en el país de los sueños y te lo estás pasando en grande.

No fuimos a cenar -ni tampoco a la habitación para el caso. -Seguimos charlando horas y horas a continuación, sin darnos cuenta, nos quedamos dormidos. Me sorprende que Justine no acudiera zarandearnos y despertarnos. Cuando abrimos los ojos, fue porque estábamos ateridos de frío debido a que el fuego del salón del Townham se había extinguido mucho tiempo atrás. Me gustaría calificar de romántico el hecho de que nos acurrucáramos como niños y nos quedáramos profundamente dormidos -aunque diversas partes de mi cuerpo empiezan a lamentarlo, -pero lo cierto es que hubiera preferido que permaneciéramos despiertos, hablando toda la noche. Ese es el lado inaceptable de hacerse mayor: la mente todavía quiere, pero el cuerpo es un viejo aguafiestas. La costumbre de irme temprano a la cama con la única compañía de un deteriorado libro de bolsillo ha hecho que todas las células de la juerguista que hay en mí se encuentren en estado de hibernación.

- ¡Eh, dormilona! -dice Gil, y yo pienso: «Mira quién habla».

Aunque me alegro de que no haya surgido la «situación dormitorio», caigo en la cuenta de que ha pasado toda oportunidad de conocimiento carnal, y eso trae consigo una ligera melancolía. Por no decir una clara frustración sexual. La Reina de Inglaterra tiene jubileos con más frecuencia de la que yo tengo sexo, si bien debo admitir que parte de la culpa se debe a cierta reticencia por mi parte.

- Hola -respondo yo, aunque tengo la lengua pegada al paladar. -¡Ay! -Noto dolores por todo el cuerpo y ni me atrevo a pensar cómo tendré el pelo. Gil me coge de la mano.

- Tengo que irme -dice. -Voy a llamar a un taxi, o si no perderé el avión.

No se me ocurre nada que decir. No, no es verdad. Se me ocurren demasiadas cosas que decir.

- Ojalá pudiera retrasar el vuelo. -Parece sinceramente apesadumbrado. -Tengo trabajo, cosas que hacer. No tengo más remedio que volver.

Sólo sería retrasar lo inevitable.

- No pasa nada -replico. -Yo también tengo que ir a trabajar. -Todo el universo del reparto de folletos se desmoronaría si no estuviera en mi puesto a las nueve en punto.

- Volveré a Londres -asegura Gil. -Pronto. Suelo venir a los estrenos en septiembre.

¿Septiembre? ¡Pero si queda a meses de distancia! Siete meses, para ser exactos. Yo no le llamaría «pronto» a eso.

- Genial.

- ¿Te gustaría volver a verme? -pregunta Gil. -¿Quieres que estemos en contacto?

- Sí, claro que sí.

- ¿Tienes correo electrónico?

Puedo utilizar una de las direcciones libres del Alice. Es una buena amiga. Entenderá que la causa merece la pena.

- Sí. No. En realidad, no. Pero puedo arreglarlo.

- ¿Conservas mi tarjeta?

Asiento con la cabeza.

- Lleva mi número de teléfono y mi dirección de *e-mail*.

Asiento en silencio otra vez. Esto es demasiado apresurado, demasiado precipitado, demasiado importante.

- Acompáñame a la habitación -dice Gil.

- Yo… Nosotros…

- No -interrumpe Gil. -Mejor espera aquí. No serán más de cinco minutos. Tres.

Entonces, me besa con firmeza y sale a toda velocidad, pidiendo un taxi a medida que sube corriendo las escaleras sin ni siquiera pararse.

Tengo ganas de llorar, pero me digo a mí misma: «¡No des el espectáculo! Estás hecha de una pasta mucho más resistente. Ese hombre no significa nada para ti. Sólo le conoces desde ayer. ¿Cómo puedes ser tan estúpida, cómo puedes llorar por él? Pasasteis una tarde agradable y eso es todo. Aunque existe la posibilidad de que nunca jamás en toda tu vida vuelvas a repetirla». Aquí sigo de pie, cautivada, saboreando su beso en mis labios, e intento urdir un plan de actuación; pero para cuando Gil regresa, no lo he conseguido.

Aún tiene el aspecto de acabar de despertarse, pero ahora está enfundado en su traje, en lugar del jersey de universidad privada, y acarrea una maleta.

- El taxi ha llegado -anuncia. No hay duda, su voz denota un matiz de desilusión y tristeza, y algo más que no acierto a definir.

Agarro el abrigo forrado de borrego, aún húmedo, me lo echo por encima y nos encaminamos al exterior.

Es un amanecer londinense húmedo y gris. El cielo tiene el color de las sábanas lavadas demasiadas veces. El sol, débil y pálido, se asoma por la estación de metro y parece tan lánguido como yo me siento. El abrigo no me aporta calor alguno, y golpeo la acera con los pies en un intento por reanimarlos.

Gil abre la puerta del taxi y arroja la maleta al interior.

- Heathrow, por favor -le dice al conductor, quien parece reacio a soltar su periódico. Entonces, Gil se vuelve hacia mí: -Bueno, se acabó.

- Ha sido agradable conocerte -digo yo.

- ¿Agradable? -Gil, sorprendido, se echa a reír. -Confío en que se trate de la tradicional reserva británica -protesta, -porque en mi opinión, ha sido mucho más que agradable.

- Muy agradable. -Noto que estoy empezando a llorar. -Ha sido muy agradable.

Gil me rodea con los brazos.

- Imagino que tendré que conformarme con ese «muy agradable».

Me besa de nuevo, y esta vez el beso es tierno y cálido, de lo más inapropiado para una calle londinense fría y desapacible. Un «no te vayas» me surge rápidamente y se me queda en la garganta. Gil se desembaraza y me sujeta a distancia. -No quiero recordarte así -dice, -triste y sola. Y muerta de frío.

- Estoy perfectamente. -Golpeo el suelo con los pies para demostrar que soy capaz de generar mi propio calor. -En serio.

Gil roza sus labios con los míos por última vez

- Te llamaré -promete al tiempo que se su al taxi.

Suplico al Señor que así sea.

- Adiós.

Pongo los dedos en el cristal cuando cierra puerta. El taxista, ajeno a nuestro tormento, se adentra en las primeras insinuaciones del tráfico de hora punta.

- Adiós -leo en los labios de Gil.

Y se alejan conduciendo, dejándome de pie en la acera, siguiéndoles de forma patética con la mirada una vez que he abandonado toda pretensión de no llorar. El taxi de Gil dobla la esquina y desaparece.

Encuentro en el bolsillo un pañuelo de papel arrugado y me echo una buena llorera, justo en el momento en el que Justine, la arisca recepcionista, llega a trabajar. Me sonríe burlonamente, lo que me ayuda a poner freno a las lágrimas.

- ¿Se ha ido? ¿Sí? -pregunta.

- Sí.

- A enemigo que huye, *ponte* de plata -declara altivamente. -A estos *ameguicanos* les gustan las *mujegues* para *usag* y *tigag*.

¡Ja! Eso significa que ha intentado ligárselo y él no ha mostrado el mínimo interés.

- Acabamos de prometernos en matrimonio -le informo, y obtengo un gran placer al observar cómo su barbilla se desploma hasta casi golpear la acera. Antes de que tenga tiempo de felicitarme, me encamino al metro a grandes zancadas y comienza mi último día como repartidora de folletos.

¡Madre mía! ¿Qué he dicho? La falta de sueño reparador ha provocado que pierda la cabeza. Está muy bien hacerse el gallito delante de una necia chica extranjera, pero de vuelta a la realidad, sé que quizá no vuelva a ver a Gil nunca más. La mera idea hace que mi estado de ánimo se derrumbe hasta las botas de Russell amp; Bromley. Mientras Gil regresa a toda velocidad al sol de California y al demente, desalmado y artificial mundo del cine, aquí, en mi mundana e insignificante vida, en el triste y deprimente Londres, empieza a llover.

Si mi vida fuera una película, el sol siempre brillaría, todo sería amor y risa… y conseguiría al chico. Caminaríamos cogidos del brazo bajo la luz del crepúsculo. Y un yunque de diez toneladas, al estilo de los dibujos animados de Tom y Jerry, caería sobre la cabeza de la antipática recepcionista.

Pero está lloviendo a mares y no tengo paraguas. No he conseguido al chico, y me estoy calando hasta los huesos. Sin haberme lavado los dientes. Me escapo del chaparrón, me lanzo al

metro y me doy cuenta de que en algún lugar entre el Townham y la estación he perdido mi abono de transporte semanal y tendré que comprar otro billete. Un sincero «¡joder!» me roza los labios y pienso: «Un día perfecto para repartir folletos».

CAPÍTULO 06

Alice y yo estamos sentadas en el Wing-Wah, restaurante chino de comida para llevar, esperando a que Li, el dueño, aporte algo de magia a nuestras vidas a base de cerdo en salsa agridulce. Llevo años acudiendo a este local, aunque nunca ha estado ni remotamente cerca de donde he vivido. Lo que pasa es que es el mejor en kilómetros a la redonda.

- ¿Por qué chica tan triste? -pregunta Li mientras introduce nuestras galletas de gambas en una bolsa de plástico.

- Problemas con los hombres -le informa Alice. -Ella. Yo, no -añade, al tiempo que gira la cabeza en mi dirección.

- Gracias -digo yo, no muy convencida de querer que el mundo entero, y en particular la cola en el Wing-Wah, comparta mis dilemas románticos.

- Confucio decir «todos los hombres gilipollas».

Li nació en Bermondsey y ha vivido la mayor parte de sus treinta y cinco años en el sur de Londres. Nunca ha estado en China y se hace un verdadero lío con las religiones orientales. Sin embargo, cocina un espléndido pato crujiente, por lo que toleramos sus lunáticas divagaciones, desde su particular interpretación de las citas menos conocidas de Confucio a la pura genialidad de Jackie Chang (quien, según me cuentan, realiza personalmente todas las escenas de riesgo de sus películas).

- A éste vamos a darle el beneficio de la duda -prosigue Alice. -Es productor de cine.

Mientras en silencio me muero de vergüenza, el resto de la cola aprueba con la cabeza.

- No intentó acostarse con ella en la primera cita.

La cola asiente de nuevo.

- Sólo se quedaron dormidos, uno en brazos del otro.

Los rostros de la cola se suavizan y sonríen con calidez. Yo les devuelvo una sonrisa forzada.

- Entonces -Li se encoge de hombros, -¿qué problema?

- Él está en Los Ángeles -responde Alice.

Un compasivo «ah» recorre la cola.

- ¿Y qué? Viajes avión muy baratos.

«Barato» es un concepto relativo cuando uno está sin blanca. Por el momento, Alice tiene que subvencionarme esta comida china hasta que cobre el cheque de Bindlatters. Es más, una vez que he sobrevivido a mi empleo temporal en la Feria del Libro de Londres, soy un miembro de pleno derecho en las filas del desempleo. Llama la atención el hecho de que Li conduzca un Mercedes de gama alta, debe de costar un montón de galletas de gambas.

Mientras Li introduce en una bolsa nuestro cerdo en salsa agridulce, miro el reloj del horóscopo chino que cuelga de la pared. Acaban de dar las nueve de la noche y estamos en el Año del Cerdo. Definitivamente, ese artilugio marcha mal. Decido que Li no tiene ni idea de cómo ajustarlo. Cuando el resto del mundo celebraba el Año del Tigre, el reloj de Li marcaba Rata. Sea cual sea el año, chino o no, me pregunto dónde estará Gil en este momento. Su avión salía al

amanecer y el vuelo dura unas once horas. Y ellos van con… ¿cuántas?, ocho o nueve horas por detrás. ¿O es por delante? No lo sé. Ojalá se me diera mejor el cálculo del tiempo en los viajes internacionales. No tengo ni puñetera idea de dónde está. Sólo sé que no está aquí. El labio me tiembla ligeramente.

- *Celdo en salsa aglidulce*. Galletas gambas. *Aloz flito* con huevo. Dos buñuelos al *vapol*.

Li es perfectamente capaz de pronunciar la «r»; sólo utiliza este acento chino para impresionar. Cuando nos lo encontramos en el pub, habla con un marcado acento del sur londinense y dice «¡joder, tronco!» sin parar.

- Ya está todo -dice Alice, y se levanta para recoger nuestro pedido.

No tengo ni pizca de hambre, aunque por lo general no hay nada que afecte a mi apetito. Ojalá fuera una de esas personas que no pueden probar bocado cuando están estresadas. Yo me lo zampo todo, con independencia de mi estado emocional.

- Buena suerte, cariño -me dice un tipo con pinta de obrero de la construcción desde el sitio que ocupa junto a la ventana, y levanta los pulgares hacia arriba.

- Gracias -respondo yo. Creo que podría necesitarla. Seguro que en el momento en que Gil ponga el pie en su territorio y se vea rodeado de esbeltas y hermosas estrellas de cine de la talla de Uma Thurman, Gwyneth Paltrow o Winona Ryder, recobrará el sentido. Al fin y al cabo, ¿qué puede haber visto en mí? Seré un recuerdo olvidado en menos tiempo del que se tarda en decir «Sadie ¿qué?». Un día, durante el estreno de *Amante a la fuga*, puede que dedique un pensamiento a la repartidora de folletos que podría haber formado parte de su vida. Aunque, pensándolo mejor, no creo que llegue a hacerlo.

- Dile a tu amigo que salude a Jackie Chang -grita Li a medida que abandonamos el local.

- Sí, de acuerdo.

Salgo arrastrando los pies detrás de Alice y ella me entrega la bolsa de papel marrón con la comida mientras entra como bailando en su reluciente; y flamante Ford Fiesta, del que me siento ferozmente envidiosa. Me acomodo a su lado y, al contemplar los botones y artilugios diversos, deseo una vez más tener un coche nuevo. Anhelo los tiempos en que disponía de un reproductor de CD y aire acondicionado. Es un fastidio ser una persona avocada al transporte público, mal pagada y asaltada por la pobreza.

Alice arranca el coche y nos unimos al flujo de tráfico en dirección al piso. Cada viaje con mi amiga implica que los nudillos se me pongan transparentes, debido a que hace gala de un evidente desprecio en lo que al Código de la Circulación se refiere. A dondequiera que vayamos, nos siguen los pitidos del claxon y el chirrido de neumáticos. Todo el mundo es una presa en potencia y los ciclistas son un banquete muy particular, sobre todo los que visten pantalones cortos de lycra. Es como una versión del Gran Turismo en la vida real. Sujeto la bolsa marrón a más altura y me tapo los ojos.

Llegamos a casa con más rapidez de lo que cualquier límite de velocidad permitiría. Alice es propietaria del piso superior de un edificio de estilo eduardiano reconvertido. Lo adquirió a toda prisa debido a la subida en espiral de los precios de la vivienda y todo eso. Parecía fantástico -a primera vista, -pero debajo de toda aquella pintura de Farrow amp; Ball acechaba una pila de

peligros ocultos y extremadamente caros. Fue entonces cuando yo me instalé. Ahora mismo nos encontramos en el estadio de ausencia de techos, cables al aire y dos tumbonas en el salón, cuidadosamente colocadas entre el polvo de escayola.

Alice empuja la puerta y aparta con el pie una funda guardapolvo. Jerry, a quien nos gusta denominar como «nuestro constructor» -aunque jamás hace nada de lo que le decimos, -no es el operario más ordenado del mundo.

- Me muero de hambre -dice Alice.

- Hmm…

- Venga ya, Sadie. -Mi amiga me da un codazo para animarme y coloca en el horno la comida china y varios platos. -Puede que llame. Dale una oportunidad. Lo más probable es que aún esté cruzando el Atlántico y disfrutando de la deliciosa comida de plástico de la British Airways.

- Sí-respondo, invadida por la autocompasión.

Alice nunca tiene problemas con los hombres en el sentido tradicional de la expresión. Nunca tiene que preguntarse si «él» llamará; siempre lo hacen. Mi amiga tiene una cola de individuos esperando su turno, y los sábados por la noche suele contar con tres o cuatro ofertas diferentes entre las que elegir, dependiendo del humor en que se encuentre. No entiendo cómo lo hace; salvo porque es guapísima, encantadora y divertida. Pero por lo general eso no es suficiente, me parece a mí. Intuyo que debe de ser propensa al sexo duro, pero no me atrevo a preguntar. Seguro que no la solicitan por su habilidad al volante.

Yo, por otra parte, no tengo ningún plan que esperar con impaciencia. El fin de semana bosteza desocupado, delante de mí -carente de molesta incertidumbres sobre qué invitación elegir- y cuando llegue el lunes por la mañana, tendré que acopiar fuerzas y salir al mundo cruel en busca de un empleo insignificante que me exija volver a enfundarme en un uniforme que no sea de mi talla.

Rebusco en el cajón de la cocina hasta que encuentro los palillos chinos, mientras Alice sirve la comida, abarrotando los platos con una montaña de glutamato monosódico. Nos abrimos camino a duras penas a través de las latas de pintura emulsionada y llegamos al salón, dispuestas a entregarnos a una orgiástica velada de calorías y televisa basura.

- No hay nada en la tele -protesta Alice, corriendo los canales.

Mal comienzo.

- ¿Vídeo?

- ¿Qué tienes?

Agarro mi tumbona, hago un intento de apartar el polvo de yeso de la lona y me siento. Este no es un lugar precisamente acogedor donde relajarse, ya que carecemos de alfombra, cortinas y almohadones, y sólo una bombilla desnuda cuelga del techo.

Alice escarba entre su reserva de cintas de vídeo.

- ¿*Evasión en la granja* o *Algo para recordar*?

- *Evasión en la granja*. -No creo que pudiera soportar nada sentimental. En particular, a Tom Hanks, a quien eso del sentimentalismo se le da de perlas. No he visto *Evasión en la granja*, pero dudo que el argumento contenga sublimes y empalagosas escenas de amor, ya sea o no

correspondido. Me parece que, básicamente, trata de pollos. Terreno bastante seguro, por lo tanto. -¿De qué va?

- De gallinas en granjas industriales que están desesperadas por escapar del hastío de sus vidas -me informa Alice con voz animada.

Puede que el tema me resulte demasiado conocido.

Alice introduce la cinta en la ranura y vuelve a mi lado. Mientras van pasando los títulos, se sienta y echa una ojeada al contestador automático.

- ¡Eh! -dice.

La diminuta luz roja parpadea alegremente en nuestra dirección. A Alice sólo le falta una invitación fabulosa para completar el cupo del fin de semana, Por lo que probablemente se trate de un esperanzado pretendiente con una oferta de última hora para disfrutar de su compañía.

- ¿Quién será?

Si pudiera decírselo, sería capaz de dejar de buscar trabajo y dedicarme a predecir los números de la Loto.

Alice pulsa el contestador con el dedo gordo del pie, con un golpe bien practicado. El mecanismo se pone en movimiento.

- Hola -dice una voz incorpórea.

Me incorporo de un salto -todo lo que puede uno incorporarse en una tumbona. -Conocería ese sensual acento norteamericano en cualquier parte.

- Es Gil -anuncio.
- Soy Gil -asiente la voz del contestador.
- ¡Es Gil! -repite Alice en voz baja.
- Ya lo sé, ya lo sé.
- Llegué a casa sin novedad.
- Ha llegado a casa -me comunica mi servicial amiga.
- Ya lo sé. ¡Chist!

En la línea telefónica se escucha a Gil aclara la voz.

- Te echo de menos -prosigue el contestador.

Alice se muerde el labio inferior, extasiada.

- ¡Cielo santo! Te echa de menos.
- Cierra el pico, Al.
- Bueno. -Una pequeña pausa de decepción. Intentaré volver a llamarte durante el fin de semana. Adiós.

Y eso es todo. La máquina emite un pitido y una pedorreta, y luego rebobina la cinta. Si Alice no estuviera aquí, volvería a escuchar el mensaje 0tra vez. Pero no puedo, porque sí que está aquí y pensaría que me encuentro desconsolada.

- Bueno -digo yo.
- ¿Quieres escucharlo otra vez?

Me coloco una expresión de indiferencia y respondo:

- No.

- Pues yo, sí -replica Alice. Pega otra patada a la máquina y escuchamos cómo otra vez Gil le dice a British Telecom que me echa de menos.

- Suena muy entusiasta -observa Alice mientras vuelve su atención al cerdo agridulce.

Es verdad. Nos disponemos a ver *Evasión en la granja* y una sensación de calor -que no tiene nada que ver con el plato lleno de fideos chinos que me abrasa las rodillas- me recorre el cuerpo.

CAPÍTULO 07

- ¿Y bien? ¿Qué tal el soleado Londres?

- Mojado -respondió Gil. -Muy mojado.

Estaba sentado en un desvencijado remolque instalado a espaldas de los estudios Paramount, engullendo un almuerzo precipitado con Steve Bernard, su querido amigo y confidente. Gil se encontraba cansado debido al desfase horario y tenía la sensación de que le crecía una barba incipiente en el interior de los párpados, además de en la barbilla.

Una mujer con ojos rojos y la cabeza calva y púrpura estaba sentada en un rincón de la oficina hablando por móvil con un marcado acento de Brocklyn; se quejaba de su última depilación brasileña a la cera.

- Marciana -aclara Steve, señalándola con el pulgar.

- Pensaba que los marcianos eran hombrecitos verdes.

- ¡Eh! Esto es Hollywood. -Steve se encogió de hombros. -Pueden ser del color que elijamos. A lo mejor los verdes no combinaban bien color del papel de la pared.

Gil se llevó a la boca medio emparedado de *pastrami*.

- ¡Ya está bien! A ver si te compras tus propios sándwiches.

- No puedo -respondió Gil. -Tengo una reunión con los directivos a las diez.

- ¿Sobre ese libro nuevo?

- Sí. *Amante a la fuga*.

- ¿Protagonista?

- Hugh es la elección evidente.

- Hugh. -Steve apretó los labios en señal de aprobación. -¿Vas a rodar en Londres?

Gil, con la boca llena, asintió con la cabeza.

- Llévame -dijo Steve. -Conozco el terreno. Sé a qué sitios hay que ir cuando no llueve.

- No existen.

- Son secretos bien guardados que no desvelamos a los turistas norteamericanos ni a los productores de cine. -Steve mostraba un aspecto melancólico. -No he estado en casa desde hace la tira.

- ¿Qué demonios significa eso de «la tira»?

Gil pensaba que Steve era *cockney*, pero no estaba seguro de lo que eso suponía y no se atrevía a preguntar. Su amigo era un británico residente en Estados Unidos que se había mudado a Los Ángeles cuando la industria cinematográfica del Reino Unido sufrió un declive terminal años atrás. Steve era director artístico de profesión, y trabajaba en la última y undécima- entrega de *Star satellite*, una de las exhibiciones de ciencia ficción más célebres y espectaculares de todos los tiempos. En consecuencia, ambos se encontraban rodeados de maquetas de edificios fantásticos y naves espaciales.

Lo que le faltaba a *Star satellite* en cuanto a historia, hilo argumental o profundidad de los

personajes quedaba compensado con creces con escenarios fabulosos, un exceso de pirotecnia, efectos especiales de vanguardia y vestuario más bien escaso.

- Si vas a casa, puede que no quieras volver a este manicomio.

- No tengo elección -repuso Steve. -No puedo sentarme en Pinewood Studios añorando los felices días pasados. Allí todo está muerto. Tengo que acudir donde se encuentra la acción.

- ¿Prefiere Sarah vivir aquí?

- Por lo que parece, no -respondió Steve -Opina que ya hay suficientes peligros y preocupaciones a la hora de criar a los hijos como para elegir de lugar de residencia una de las mayores falla de terremotos del mundo.

- No le falta razón.

- A las mujeres nunca les falta -sentenció Steve. -Tienes que venir a casa alguna vez. Hace mucho que no vienes a vernos.

- Sí, bueno, ya sabes lo que pasa.

- Sí. Que odias a mis hijos.

- No odio a tus hijos. Son adorables; a su estilo. Lo que pasa es que no consigo relacionarme con ellos.

- Nadie espera que te relaciones con ellos. Son niños.

- Ya organizaremos algo. Gil albergó la esperanza de no parecer demasiado esquivo. Él y los niños no hacían buena mella. Al igual que la mujer de la cabeza calva y púrpura, por lo que a él le concernía eran seres de otro planeta. La última vez que había llevado a Gina allí a una barbacoa, uno de los hijos de Steve colocó una hamburguesa en la silla en la que ella se sentó, y sus pantalones de lino blanco de setecientos dólares quedaron arruinados. Esa era la clase de cicatriz que no desaparecía fácilmente.

Gil apartó las migas de un pequeño edificio blanco de polietileno.

- Mira, si me vas a quitar la comida de la boca, por lo menos no la espolvorees por el senado de los arutigas.

Gil observó la maqueta con admiración.

- Me gusta.

- ¿Qué esperabas de un genio? -Steve señaló su obra maestra con una patata frita. -Está en la fase diez, si quieres echarle una ojeada.

- Puede que lo haga. -Gil cogió una patata y Steve hizo una mueca de fastidio. -Es por tu bien -alegó Gil. -Si no, engordarías demasiado.

- Sí, vale. Y entonces ¿qué? -se interesó su amigo. -Renée Zellweger no querrá besarme. Vaya cosa. Estoy felizmente casado, por el amor de Dios. No tengo necesidad de morirme de hambre. Los hombres con curvas están bien. Son las mujeres con curvas lo que esta ciudad no soporta. Las chicas de California están en los huesos; ni un ápice de carne.

- He conocido a una mujer, en Londres. -Gil levantó los ojos para calibrar la reacción de Steve. -Con curvas -añadió.

Steve miró a su alrededor.

- Suena un tanto atrevido.

Gil se encogió de hombros.

- Cosas que pasan.

Su amigo frunció las cejas.

- No, a ti no te pasan. Tú no te dedicas a conocer mujeres. Tienes a Georgina.

- Bueno, he conocido a una mujer. Tampoco es para tanto.

- ¿Y?

- Y nada.

- ¿Es británica?

- Sí.

- Bien. Buen comienzo. Como sabes, estoy genéticamente inclinado hacia las mujeres británicas. ¿Vas a volver a verla?

- Vive en Londres.

- Estamos en la Edad de Oro de los viajes. Tu inglesita podría conseguir un billete por unos cuantos cientos de dólares. Podría estar aquí mañana.

Gil intentó disimular su preocupación.

Steve frunció el entrecejo otra vez.

- ¿Va a venir aquí? ¿En serio?

- No lo sé -admitió Gil. -Acabo de regresar. Ya la he llamado por teléfono. Puede que nos escribamos por *e-mail* durante un tiempo.

- ¡No fastidies! -soltó Steve con mal humor. -Mira, eres incapaz de correr riesgos en tus relaciones.

- Bueno, me han hecho daño dos veces. Tengo que tomarme las cosas con calma.

- Y también está el pequeño asunto de Georgina.

- Gina está tranquila.

Steve soltó un bufido.

- Gina nunca está tranquila. Está en crisis de modo permanente. No sé cómo la aguantas.

- Alguien tiene que hacerlo. -Gil dio otro bocado al sándwich. -En cualquier caso, tengo que marcharme. No quiero quedar mal con los jefes por llegar tarde.

- Te harán esperar horas.

- Ése es su privilegio. -Gil se puso de pie, dispuesto a marcharse.

- Tienes una fobia terrible al compromiso, Gil McGann -acusó Steve.

- ¿Y cómo has llegado a esa conclusión?

- Porque ni siquiera te das cuenta de lo que te pasa.

- Menuda estupidez -se burló Gil. -Me he casado dos veces, y mira adónde me ha llevado. No tengo fobia al compromiso. Puede que sólo esté un poco de vuelta.

Steve sonrió de oreja a oreja.

- Envía un billete a tu rosa inglesa. Asume el riesgo.

Gil plantó un beso en la cabeza de Steve.

- Eres un romántico incurable -comentó con una sonrisa.

- Y tú eres un bocazas -ladró Steve.

Gil se dirigió a la puerta antes de que continuara la conversación sobre el estado de su vida amorosa y mientras salía, un pedazo del edificio del senado de los arutigas le pasó rozando la oreja.

- Hasta luego -dijo Gil, y se lanzó dando zancadas hacia el cálido sol de California.

Atravesó el aparcamiento, dejando a un lado las ondulantes palmeras, y se encaminó hacia los antiguos edificios estucados en color rosa que conformaban las oficinas de los estudios cinematográficos. Notó en los huesos el calor del sol. El brillo del cielo azul le dañaba los ojos cansados y se colocó las gafas de sol.

Sólo llevaba unas horas en Los Ángeles y el desapacible Londres parecía encontrarse a un millón de kilómetros de distancia. Volvió el pensamiento a Sadie Nelson, quien estaría regresando a casa muerta de frío, y se preguntó, no por primera vez si viajaría hasta allí en caso de que él le enviara un billete.

CAPÍTULO 08

Camarera. Soy una camarera de barra. Tengo un título ostentoso, algo así como Oficial de Entretenimiento de Refrigerios Líquidos; pero soy, sin la más mínima sombra de duda, una camarera de barra. Y siento que esto es lo más bajo a lo que podía llegar. Se trata de uno de esos bares de moda que tienen la música muy alta y que carecen de sillas, y considero que tal circunstancia debería asustarme.

Soy parte de un EQUIPO, según me dicen. Todos tenemos que trabajar como un EQUIPO, lo que por lo visto implica compartir las propinas y no disponer de ningún descanso para tomar un café. El uniforme que llevo es tan ridículo que ya estoy echando de menos el de poliéster rojo. El bar se llama Floosies, es decir, «zorritas». Llevo una falda de Lurex con lentejuelas, que apenas me tapa el trasero, y un top a juego, adecuado para alguien con el pecho infinitamente más pequeño que el mío y, claro está, me siento como una auténtica *floosie*. O como una idiota integral. Me lo tengo merecido. Mentí al rellenar el formulario de solicitud y, no sé cómo, me las arreglé para convencer al gerente de que tenía veinticinco años, cuando en realidad me encuentro en la resbalosa cuesta de los treinta, sembrada de productos vitamínicos Sanatogen. Me siento como si tuviera veinticinco -algunos días; -así que, ¿es acaso una mentira tan grande?

Cuando llegué al bar para desempeñar mi turno, era evidente que los demás también habían mentido acerca de su edad. Al contrario que yo, todos son *menores* de veinticinco; unos diez años menos. Casi todos disfrutan aún de la pubertad. Caben en el Lurex porque no tienen muslos ni estómagos abultados. Yo, como es de esperar en una persona de mi avanzada edad, tengo la clase de vientre suavemente redondeado de quien ha disfrutado de toda una vida de apego al chocolate, así como florecientes caderas adecuadas a la maternidad. Mis compañera llevan *piercings* en el ombligo; yo estoy en la edad en la que lo único que admito en mi ombligo es la pelusa. Los chicos van desnudos de cintura para arriba, con la excepción de una pajarita de lentejuelas. Al menos yo no he caído tan bajo; si bien tengo que admitir que el peldaño que nos separa es muy pequeño.

Nunca me he sentido tan desgraciada. Nos encontramos en un corrillo de EQUIPO previo al comienzo de las festividades de la noche y se escuchan alegres cánticos que me están deprimiendo sobremanera. Terminan con un jubiloso grito de regocijo y todos lanzan un puñetazo al aire, excepto yo, que salto a la acción unos treinta segundos más tarde. El resto del personal se gira para mirarme como si sospecharan que hay una persona «mayor» entre ellos, y el gerente ya me acredita como una jugadora ajena al EQUIPO. Intento esbozar una tímida sonrisa y tiro de mi falda de Lurex con la esperanza de que parezca más larga. Fallo en ambos casos.

Nos envían a nuestras respectivas estaciones. Yo estoy en el apacible bar *chill-out*, ya que soy miembro del EQUIPO en aprendizaje. ¿Cómo puedo tener treinta y dos años y seguir siendo aprendiz? Cuando tenía dieciocho y recorría las principales ciudades de Europa durante mi año sabático, tuve una visión de cómo sería mi vida. Y esto, se entiende, no era lo que imaginaba.

Para cuando llegara el día de hoy habría disfrutado de una carrera profesional fabulosa y placentera, habría gozado de la juventud, dejando atrás una estela de hombres con el corazón destrozado que, ni que decir tiene, se sentirían agradecidos por la fructífera experiencia de haberme conocido. Ahora me dispondría a entrar de manera entusiasta en una nueva fase de mi vida que tendría que ver con una casa de campo de proporciones generosas, varios niños rubios de aspecto angelical y un marido rubio y angelical que ganase montones de dinero en un empleo que le dejase suficiente tiempo libre para compartir las tareas de la crianza de hijos -lo que, naturalmente, haría con aplomo y sin queja alguna. -Y una vez que los niños estuvieran en la cama, seguiríamos practicando el sexo como locos, cual auténticos conejos.

Me asignan a un chico de veinte años llamado Olly, quien va a enseñarme de qué va la cosa. Lleva el pelo más engominado de lo que yo haya visto jamás, y planta las manos en mi Lurex a la primera de cambio. Ya nadie utiliza vasos, así que todo lo que tenemos que hacer es repartir botellas. Sé leer, y la caja registradora hace las sumas, así que el trabajo no puede implicar mucha dificultad. El problema principal es tener que permanecer despierta hasta las tres de la madrugada, cuando el resto del mundo habita el país de los sueños y mi turno, por fin, termina.

Antes de dar la impresión de que todo lo que: me rodea es desventura y tristeza, aclaro que algunas partes de mi vida van particularmente bien. En realidad, una sola parte de mi vida. He hablado con Gil -al pronunciar su nombre siempre noto un ligero temblor, y esbozo en secreto una tímida sonrisa- varias veces desde el viernes, y eso que sólo estamos a martes. Entre medias de las largas y deliciosas llamadas trasatlánticas, nos enviamos mensajes por móvil y por *e-mail*, y hacemos todas esas cosas de alta tecnología propias de los amantes de hoy en día. Pero a pesar de que resulta estupendo tener un novio con estatus, que puedo mencionar en las conversaciones -o que, al menos, me permite empezar a competir con mi compañera de piso, -creo que de alguna forma es el contraste entre su estilo de vida de altos vuelos, lleno de glamour y de temperatura cálida lo que me hace sentir tan infeliz con la arrastrada, destartalada y gélida excusa de mi existencia.

El caso es que tengo miedo de perderle antes de haber tenido la oportunidad de empezar. No disponemos de ningún tema de conversación en común. Gil habla sin parar de Brad, George y Rusell -todos sabemos quiénes son, ¿verdad? -Él tiene reuniones, y proyectos, y desayunos de trabajo en Nate amp; Al’s, y toma copas en Château Marmont. Yo tengo mi lucha diaria en el metro y mi lucha diaria por sobrevivir. No poseo nada con lo que poder impresionarle. Me siento en la necesidad de practicar unas cuantas frases graciosas para dejar caer, lo que nunca es buena señal. Ni siquiera podemos hablar del estado del tiempo, porque siempre luce el sol en la maldita California.

Olly me da otro codazo en el Lurex y yo exhalo un profundo suspiro.

- Vas a empezar poco a poco -dice. Yo levanto la mirada y veo unas doscientas personas en estampida hacia la barra. -Para cuando empiece el ajetreo, le habrás cogido el tranquillo.

No tengo ni idea de si está bromeando o no.

CAPÍTULO 09

Gil había llevado a un invitado a cenar a Morton’s. Era un enorme restaurante de techos altos que, sin embargo, en cierta forma resultaba acogedor. Todo allí se veía impoluto y almidonado: las servilletas, los manteles y los camareros. La iluminación estaba atenuada hasta un nivel que hablaba de discreción, y las mesas se habían dispuesto cuidadosamente de manera que no pudieran escucharse con facilidad las conversaciones de los comensales vecinos. Posiblemente ésa era la razón por la qua Morton’s era frecuentado por los mandamases de la industria cinematográfica. Gil saludó con un gesto de cabeza a varios conocidos mientras él y su invitado se sentaban a la mesa.

La reunión de aquel día había ido sobre ruedas. Los directivos habían mostrado un marcado entusiasmo por *Amante a la fuga*, lo que resultaba insólito, y daba la impresión de que el proyecto podría obtener luz verde con inusitada rapidez. Dan Ziemska, el autor al que Gil había abordado para escribir el guión, estaba sentado frente a él, jugueteando, nervioso, con su tenedor. Ziemska era un autor experimentado que había escrito y vendido seis guiones, los cuales se hallaban atascados en el infierno de la realización; por lo tanto, ninguno había honrado la gran pantalla por el momento. Tal vez Gil fuera capaz de cambiar aquella situación. Albergaba esa esperanza. Y Danny Ziemska, también.

En ese instante, el escritor estaba lanzando varias ideas, formadas enteramente sobre la base de que no tenía ni la más remota idea del contenido de la novela. Sin embargo, aquello no le impedía parecer de lo más convincente.

Gil notaba que el cansancio le calaba hasta los huesos, y sólo podía achacar al desfase horario una parte de la culpa. Cada vez le resultaba más difícil encontrar proyectos que le emocionaran. Las incesantes batallas y contiendas, en vez de insuflarle energía, empezaban a agotarle. Confiaba en que *Amante a la fuga* le ayudara a poner los cilindros a pleno rendimiento una vez más. Si eres un productor a quien no le interesan todas las etapas por las que pasa un proyecto hasta acabar convirtiéndose en una película, es que ha llegado la hora de que salgas corriendo, te compres un rancho en Austin, Texas, y escribas esa novela que siempre has querido empezar pero nunca has empezado.

Gil notaba un incesante cosquilleo por dentro del cuello de la camisa, como si tuviera hormigas. Tal vez se encontrara al comienzo de la crisis de mediana edad, que hacía furor entre sus amigos. Parecía ocurrir en el momento en el que uno cae en la cuenta de que ha alcanzado en la vida todo lo que había soñado y, al mismo tiempo, se percata de la realidad aún más sorprendente de que le falta algo, de que un contacto defectuoso entre las terminaciones nerviosas no acierta a disparar en uno el sentimiento de felicidad.

Pero ¿qué podría hacerle feliz? ¿Acaso un empleo diferente conseguiría encender la llama? ¿Era su quehacer actual el que más se adaptaba a su persona? Su padre había trabajado en la industria del cine -al otro lado de la cámara, -y Gil había seguido sus pasos sin cuestionarse si habría algo más apropiado a sus capacidades. ¿Quería hacer algo diferente? ¿Ser alguien

diferente? ¿No formaba eso parte de la naturaleza de Hollywood? Allí todos deseaban ser alguien que no eran. Los camareros querían ser actores o escritores. Los escritores querían ser productores. ¿Y qué querían ser los productores? Este productor en concreto no estaba seguro.

Si un cambio de rumbo profesional no era la respuesta, ¿cuál era entonces? ¿Una vida como la su amigo Steve? ¿Le gustaría pasar sus días construyendo maquetas y después irse a jugar a las familias felices con su mujer y sus hijos? ¿Qué faltaba su vida?

Gil se acabó la bebida de un trago. Tenía mujer, pero ya no fingían jugar a las familias felices. Él y Gina nunca podrían haber considerado la posibilidad de criar hijos juntos, ya que ella siempre había dado más trabajo que cualquier niño de ocho años, por latoso que fuera. Tal vez el hecho de formar una familia les habría ayudado a asentarse. Pero Gil lo dudaba, la verdad. ¿Cómo era posible hubiera alcanzado la tierna edad de treinta y ocho años, viviera en una región con el clima más agradable del mundo, poseyera todo lo que el dinero puede comprar y aún no fuera capaz de decir que era total y profundamente feliz? Quizá todavía tenía los pies lo suficientemente asentados en el suelo -incluso después de años de existencia en aquel materialista mundo de oropel- para darse cuenta de que la felicidad era, efectivamente, lo único que el dinero no puede comprar. De lo contrario, ¿por qué conocía a tantos millonarios desdichados?

Levantó la mirada hacia el escritor, quién seguía disertando sin parar, inconsciente de que había perdido la atención de Gil.

- ¿Tienes familia? -le preguntó.

Danny Ziemska se cortó en seco y se quedó boquiabierto, preguntándose si una respuesta inadecuada podría afectar a su trabajo futuro.

- Ejem…
- No es una pregunta capciosa -aclaró Gil. -Me gustaría saberlo.
- Tengo dos hijos -respondió Ziemska. -Un chico de cuatro años y una niña de dieciocho meses.
- ¿Te hacen feliz?
- Sssí -acertó a decir Ziemska. -Supongo que sí.
- Genial -terció Gil. -Eso es genial.
- ¿Consigo el trabajo?

El escritor se mostraba indeciso.

- ¡Claro! -Gil le pasó un ejemplar de *Amante a la fuga*. -Léete el libro y después me cuentas tus ideas.

Ziemska cogió la novela y se puso de pie.

- Pediré a mi abogado que se ponga en contacto con el tuyo para redactar el contrato.
- De acuerdo.

Ninguna negociación se completaba jamás a menos que un puñado de abogados estuvieran implicados. El camarero se puso a rondar por la mesa y Gil empujó en su dirección la cuenta y un fajo de billetes. Sentía la imperiosa necesidad de marcharse de allí lo antes posible.

Caminaron en dirección a la puerta, una vez establecida otra nueva y suspicaz relación. Gil

sonrió para sí. Le vino Sadie a la memoria, y se preguntó dónde se encontraría en aquel momento. Había pensando en ella a menudo desde su regreso de Londres. Quizá demasiado.

El escritor se despidió y se metió en un taxi a toda prisa. El impecable BMW negro de Gil llegó por cortesía del mozo de aparcamiento y, tras entregarle una generosa propina, Gil cogió las llaves y se colocó al volante. Se alejó del aparcamiento del restaurante y accedió a Melrose Avenue para dirigirse hacia Beverly Hills y a la monstruosa construcción modernista de hormigón y cristal que Gina había elegido y que ahora él llamaba «mi casa».

No podía imaginar a Sadie eligiendo una vivienda así. Era una mujer demasiado directa, demasiado práctica. Eso era lo que más le gustaba de ella. No tenía aires de grandeza, ni pretensiones de implantes de colágeno aparentes. Daba a entender lo que decía y decía lo que daba a entender, que no había distinguido precisamente a su matrimonio con Georgina. Sadie mantenía los pies bien firmes en la tierra, mientras que Gina flotaba de un lado a otro mecida por la brisa californiana, cambiando de dirección con igual frecuencia. De repente, sintió el deseo de ver a Sadie otra vez, comprobar si los sentimientos que albergaba hacia ella eran reales. Maldita diferencia horaria, maldito océano que los separaba. ¿Por qué no podía haberse enamorado de alguien de Hollywood? Gil se irguió como un resorte en el asiento del conductor. ¡En qué estaba pensando! ¿Enamorado?

CAPÍTULO 10

Acaban de dar las cuatro de la madrugada y tengo los pies del tamaño de un elefante. Están de color morado, y palpitan. No tengo ni idea de cómo van a recobrar su tamaño habitual antes de que empiece mi turno mañana por la noche. Por el momento, no lograré de ninguna manera encajar mis pobres y destrozadas extremidades en un par de zapatos.

Estoy en el piso de Alice, sentada en una hamaca en el paisaje pos-nuclear que llamamos salón, con las perneras de los pantalones enrolladas hasta las rodillas y los pies en la tina de lavar los platos, llena de agua fría. No sé muy bien si esto es el cielo o el infierno. Al menos, el remojo les está devolviendo cierta capacidad de sentir, aunque el sentimiento sea de dolor. Lo único que me falta para completar la escena es un pañuelo con cuatro nudos colocado en la cabeza. Me alegro enormemente de que Alice esté dormida y no pueda verme. Mi amiga tiene un aspecto elegante y sereno en todo momento, al contrario que yo.

Me echo hacia atrás en la hamaca y cierro los ojos. Debe de haber una forma más sencilla de ganarse sustento. Tengo que enderezar mi vida, y si no estuviera tan agotada intentando reunir lo suficiente para llevarme comida a la boca, tal vez podría contemplar la posibilidad de un cambio radical en mi carrera profesional. ¿Cómo pude arreglármelas para mantener un empleo responsable y bien pagado cuando no soy capaz de estar de pie detrás de la barra de un bar durante ocho horas? Voy a seguir aquí sentada cinco minutos más, y luego me iré a la cama, a soñar con Gil, espero.

En la cabeza me suena una alarma y no tengo ni idea de dónde estoy. ¡Mierda! Tengo los pies metidos en una tina llena de agua fría. ¡Ay! El dolor vuelve a atacarme. ¿Qué es ese puñetero repique? El teléfono. Cielo santo, ¿qué hora es? Fuera está oscuro como la boca del lobo. Me tiro de la hamaca y voy dando bandazos hasta el aparato antes de que despierte a Alice. La tina se vuelca. El agua empieza a extenderse por las fundas guardapolvo y se cuela entre las tablas del suelo. Me golpeo el dedo gordo con la fijadora Black amp; Decker de Jerry.

- ¡Joder! -más vale que no sea alguien vendiendo doble acristalamiento o malditos invernaderos de PVC. Agarro el auricular con furia.

- Hola.

Es la voz de Gil, y caigo al suelo como un fardo.

- Hola -digo yo, y la cólera se desborda de mí como el agua de la tina.

- ¿Cómo estás?

- Mal -respondo. -Fatal. Tengo un empleo de mierda y una vida de mierda, y encima vivo en la sección de bricolaje de Homebase.

Gil se echa a reír y yo no puedo reprimir una sonrisa.

- ¿Cómo estás tú? -pregunto.

- Te echo de menos.

Me deshago otra vez y, de repente, el dolor de los pies desaparece bajo una cálida oleada de

algo sensacional. Mis ojos no aciertan a ver lo que dice el reloj donde deberían estar los números sólo veo un borrón blanquecino. Me acuerdo de que me he quedado dormida con las lentillas puestas y concluyo que ahora deben de encontrarse en alguna parte de la zona posterior de los ojos, perforándome el cerebro, una vez más. Intento, sin éxito, disimular un bostezo.

- ¿Qué hora es?

- Hora de que vengas a visitarme -dice Gil, esta vez no se ríe.

- Muy bien, de acuerdo -replico yo. -Le pediré a Harold que vaya calentando los motores de mi Lear Jet.

- Hablo en serio.

- Yo, también -suelto una risita nerviosa.

- ¿Vendrás?

- Gil, ¿cómo se te ocurre? Me encuentro, como se dice de forma común, financieramente avergonzada. Me pagan por debajo del salario mínimo profesional y estoy en deuda con todo el mundo. Tardaría meses en ahorrar.

- Yo me encargo de eso -dice. Ojalá pudiera verle la cara, porque su voz no denota ningún tipo de sonrisa. -Puedes recoger el billete en el aeropuerto.

- ¡No, no puedo! -Me echo hacia atrás y me apoyo en los baúles de Alice, aún sin desembalar.

- ¿Por qué no? Me has dicho que lo estás pasando fatal. Podrías estar en un avión mañana por la noche.

- Está decidido: procedes de la Tierra de Nunca Jamás. -Los pies se me están enfriando y me los tapo con una de las fundas guardapolvo de Jerry que no tienen mucho polvo porque nuestro constructor aún no ha trabajado lo suficiente. -Nosotros, la gente real, no nos metemos de un salto en los aviones al primer aviso, así como así. Lo meditamos durante meses. Comparamos precios. Nos quejamos de que nos están timando. Y, después, sólo después, tras semanas de deliberaciones, nos decidimos por fin a reservar un billete. Incluso cuando yo tenía dinero, no se me habría ocurrido salir volando de un momento a otro. La gente real como yo no practica la espontaneidad.

- Tal vez debieras probarla.

- Tengo un empleo.

- Trabajas en un bar -precisa Gil.

- No puedo dejarlos plantados. Hoy ha sido mi primera noche. Formo parte de un EQUIPO. -La verdad es que no hubo mucho trabajo en EQUIPO cuando Olly se escabulló al lavabo a fumar un porro a escondidas y me dejó completamente sola tras una barra llena de juerguistas sedientos y cada vez más agresivos.

- Tienes un sentido de la lealtad francamente equivocado.

Suspiro. Puede que Gil tenga razón.

- ¿Es que no quieres venir?

- Claro que quiero. No se trata de eso.

- Entonces, ¿de qué se trata?

- No lo sé.

Y no estoy segura de por qué no me abalanzo ante la oportunidad. ¿Acaso porque estoy tan blanca como la leche y no soportaría enfundar mi indigno cuerpo en un biquini hasta haber pasado por media docena de sesiones de rayos UVA y veinte horas de terapia reparadora con un entrenador personal? No recuerdo la última vez que vi el sol, o el interior de un gimnasio. ¿Qué pasaría si llegara allí y Gil descubriera que no soy la mujer maravillosa que parece haber decidido que soy? Con sólo ponerme al lado de una de esas mujeres atléticas, bronceadas, degustadoras de ensalada y delgadas como palos, el juego llegaría a su fin. ¿Y si él cayera en la cuenta en cinco minutos de que sólo soy una británica lechosa con un cerebro en rápida decadencia y deseara devolverme a casa al instante?

- ¿Te estoy presionando? -pregunta Gil, mientras mi cerebro maquina a toda velocidad.
- Sí. Bueno, no. ¿Por qué tanta prisa?

Se produce una prolongada pausa trasatlántica

- No me he sentido así desde hace mucho tiempo -responde. -Quiero comprobar si mis sentimientos son verdaderos.

¡Acabáramos! Así que quiere comprobar si soy una británica lechosa.

- Dame tres razones por las que no puedas venir aquí esta noche.
- Eh…
- Y tienen que ser razones muy buenas, nada de ese rollo sobre la espontaneidad.
- Eh… -Me encuentro incapaz de responder sobre la marcha. Soy una persona falta de sueño.
- Más tarde te enviaré los detalles por *e-mail*, pero esta noche habrá un billete esperándote en Heathrow. Te lo prometo -asegura Gil con decisión. -Confío en que tú también estés en el aeropuerto.
- Yo…, ejem…

Sin ni siquiera despedirse, Gil cuelga el auricular. Y ahora, ¿qué?

Alice y yo estamos sentadas en las hamacas, disfrutando de un desayuno completo y nutritivo consistente en un saludable cuenco de Coco Pops y ese otro bocado exquisito: tartaletas de fresa Pop Tarts. Alice, preparada para el trabajo, viste traje de chaqueta y botas. Si no la conociera y me la encontrara así vestida, exudando poder, no me atrevería a enfrentarme a ella. Yo, por mi parte, he cambiado al modo manija con bata. Estamos viendo GMTV, pero no le prestamos mucha atención.

- ¿Esta noche? -pregunta Alice.
- Eso dijo -ingiero una cucharada de leche chocolatata y simulo que los ruidos de mi estómago se deben a mi dudosa dieta.
- Impulsivo. -Alice asiente con la cabeza para indicar que está impresionada, y eso que es una persona que no se impresiona con facilidad. -Eso me gusta en un hombre.

Le dirijo mi mejor mirada de preocupación.

- Paga él.
- Mucho mejor-asegura mi compañera de piso. -¿Tiene algún hermano?
- No sé qué hacer.

- ¿Por qué? -Alice ataca las Pop Tarts.
- No quiero parecer desesperada.
- Pero estás desesperada.
- Ya lo sé; pero no quiero que piense que lo estoy.
- ¿Y qué más da que lo piense? -Mi amiga se encoge descuidadamente de hombros porque, la verdad, no es su vida la que estamos discutiendo. -¿Qué tienes que perder?
- Tampoco lo sé. -Me quedo mirando a través de la mugrienta ventana la mañana de color estaño intentando, en vano, encontrar inspiración. -Sólo que podría salir horriblemente mal.
- Me encanta tu actitud positiva -apunta mi amiga. -En cualquier caso, aunque saliera mal, al menos sabrías el resultado. Podría ser que Gil fuera un trastornado, o algo así. Dejarías de desperdiciar tu vida languideciendo por él.
- Ya. -Ni siquiera me había parado a considerar que Gil pudiera ser un trastornado. Muy bien Alice; eso sí que es pensar en positivo. -¿Cómo te sentirías si me marchara?
- Genial -responde ella. -Podría conseguí un inquilino que sí me pagara el alquiler.
- Gracias. -Hago un esfuerzo por no sentirme herida. -Mi cama aún no se ha enfriado y ya estás pensando en meter a otra persona.

Ella cruza los brazos y me mira echando chispas.

- Sadie, eres un saco de penas.
- ¿Te crees que no lo sé?

Alice sigue disertando, haciendo caso omiso de mi complejo de inferioridad.

- La vida se ha estado burlando de ti durante meses y por fin conoces a ese tipo absolutamente increíble, un productor de Hollywood que está como un tren, y te ofrece una vida mejor. Podría ser un momento decisivo, pero te comportas como si te hubiera pedido que te cortaras el pie izquierdo con una sierra y se lo entregaras. No te comprendo. Si yo fuera tú, metería en una maleta mi biquini y mi autobronceador y me pondría a tararear éxitos de los Beach Boys en el vestíbulo de salidas de Heathrow antes de que el norteamericano cambiara de opinión.

Mordisqueo, nerviosa, el mango de mi cuchara.

- ¿Crees que cambiará de opinión?
- Eres patética -Alice muerde la Pop Tart con una fruición no exenta de rabia. -¿Por qué tienes tantas dudas?
- Porque esta clase de cosas sólo ocurre en el cine.
- Él está en el cine. Vive en California. Es un hecho aceptado que todos tienen una visión del mundo muy extraña. Demasiado sol -añade a modo de explicación. -El calor cambia el concepto de la realidad. Para él, esto podría ser algo cotidiano, y aquí estás tú, haciendo un mundo del asunto.
- ¿Crees entonces que debo ir?
- Grr… -Alice pega un salto hasta mi hamaca y yo la esquivo, pensando que va a pegarme. En cambio, se inclina y me da un beso. -Te quiero. Eres mi mejor amiga. Pero cuando vuelva a casa trabajo, no quiero verte aquí -amenaza. -Venga Sadie; hazlo de una vez. Si no te decides, nunca te perdonarás.

Maldición. No quiero estar condenada a no perdonarme. Es verdad, estoy haciendo un mundo del asunto; pero es una decisión importante. Me como la última Pop Tart con la esperanza de que me ayude a decidirme.

CAPÍTULO 11

Gil esperaba a las puertas del deslucido e impersonal edificio situado tras una esquina de Sunset Boulevard, esperando a Georgina y mordisqueándose un padrastro de la uña del pulgar.

La situación era aterradora. Levantó la vista hacia el cielo sin ninguna otra razón que su inseguridad acerca de cómo actuar. Ni siquiera había rastro de un viaje en avión al que aferrarse. En caso de que Sadie hubiera recogido el billete, se encontraría en pleno vuelo en ese momento; pero Gil no había tenido noticias de ella. Abrigaba la esperanza de que no hubiera surgido ningún problema, o de que ella no hubiera cambiado de opinión en el último minuto. Por la razón que fuera, para él era de vital importancia el hecho de que Sadie viajara hasta allí.

La puerta negra y lisa se abrió y un grupo de personas salió al exterior, parpadeando ante la luz del sol durante una fracción de segundo antes de que surtiera efecto el acto reflejo de colocarse las gafas de sol. Una hilera nada discreta de limusinas esperaba a lo largo de la calle lateral y sus propietarios se acomodaron apresuradamente en los asientos posteriores, ocultando el rostro, confiando en no ser vistos. Gina, vestida de blanco de la cabeza a los pies y acarreando un neceser plateado, salió por fin. Le saludó con la mano y atravesó el aparcamiento con paso titubeante, debido a otro par de zapatos de tacón de aguja de Diavolina, de lo más sexy y con una altura de doce centímetros.

- Hola -dijo ella mientras se introducía en el BMW, besaba en el aire las dos mejillas de Gil y arrojaba el neceser al asiento trasero del coche.

- Hola -respondió él. -¿Cómo ha ido la reunión?

Gina encendió un cigarrillo y expulsó el aire por la ventana. Una docena de pulseras de oro le entrechocaban en la muñeca y el cigarrillo llevaba la marca de sus labios carnosos. Parecía manchado de sangre.

- No voy a AA porque sea una alcohólica -saltó como un resorte. -No tengo ningún problema con la bebida.

- Te limitas a consumir hierba de trigo; al menos últimamente.

- Voy porque es un lugar ideal para establecer contactos. ¿Sabes el tipo de gente que viene a esta clase?

- Sí, lo sé -respondió Gil. -Vi como algunos salían a toda velocidad. No es nada de lo que sentirse orgulloso, Georgina. Y no es una «clase». Intentan enderezar sus vidas.

Gina se quedó mirando por la ventana.

- Me llamaste porque querías hablar conmigo -dijo. -Si supiera que iba a ser un sermón, no habría aceptado.

- ¿Vamos a tomar un café?

- No -respondió Gina, reajustando los diamantes que le adornaban los dedos. -Me estoy desintoxicando. Sólo puedo beber zumo de limón y jarabe de arce. Además, estoy ocupada. Tengo una sesión de arte reservada para esta tarde.

- Tienes que pintar un perro.

Gina le clavó las pupilas.

- Siempre reduces todo al nivel más básico, Gil. -Se ahuecó el cabello con la mano. -Pero sí, tengo que «pintar un perro». Puedes llevarme en coche, si quieres.

- Gracias. -Gil arrancó el motor y salió del aparcamiento.

Georgina se encontraba en su séptimo cambio de carrera profesional en siete años, y aún buscaba un empleo idílico del que disfrutar durante siete semanas, por no decir siete días. Había durado menos de siete horas como manicurista de fantasía -lo que había sido todo un reto personal, -después de haber intentado convencer a sus clientes de que la capa de ozono se iba destruyendo paulatinamente debido a los efectos tóxicos del esmalte de uñas. Ahora trabajaba como Estilista Canina Creativa, y transformaba las mascotas de los ricos y famosos en algo más allá de pequeñas bolas de pelo. Al fin y al cabo, ¿quién quiere ser visto con un diminuto y encantador perro que no esté perfectamente coordinado en lo que a coloración se refiere? La Pascua se acercaba a toda velocidad y los propietarios querían que sus canes estuvieran pintados como era debido. Algunos de los dueños de mascotas, con más dinero que sentido común, solicitaban sencillos diseños a base de huevos o conejos; mientras que los que nadaban en la abundancia iban a por todas y solicitaban que riñeran a su chucho en una variedad de colores pastel con garras pintadas a juego. En una ciudad donde el dinero no era impedimento, el coste resultaba astronómico. Al menos aportaba a Gina lo suficiente como para alimentarse de hierba de trigo y jarabe de arce. El resto de sus gastos seguía pagándose con la cuenta corriente de Gil.

- ¿Adónde tienes que ir?

- Bel Air -respondió Gina, y se recostó hacia atrás en el asiento.

Genial. Justo la dirección opuesta a donde Gil tenía que dirigirse. Con un suspiro, giró hacia West Sunset Boulevard intentando encontrar consuelo en el hecho de que era una de las zonas de la ciudad que más le gustaba. Seguía notando una punzada de emoción al atravesarla en coche. A pesar de que en la actualidad era un sector de moda, muy al estilo Los Ángeles, aún se percibía lo que debía haber sido años atrás, cuando sólo consistía en un camino de tierra que unía los terrenos de los antiguos estudios con las viviendas de las estrellas, en las colinas de Hollywood -excepto que en el pasado no se regaban las aceras con manguera por las mañanas para alejar a los vagabundos. -Sus cuarenta kilómetros llenos de curvas estaban jalonados con los hitos legendarios de Hollywood: Gower Gulch, donde se reunían aspirantes a actores para obtener empleos de diez dólares al día en *westerns* de bajo presupuesto; el club nocturno Trocadero, donde en su día actuara como pianista Nat King Cole; el Viper Room, donde el joven actor River Phoenix murió trágicamente tras consumir un cóctel de drogas; el Rainbow Grill, donde Marylin Monroe y Joe DiMaggio se conocieron en una cita a ciegas; y los mugrientos moteles por horas del extremo Este del bulevar, la zona donde las damas de la noche hacían de anfitrionas ocasionales a imprudentes estrellas de cine británicas.

- Así que… -Gina interrumpió sus recuerdos. No sólo era su zona favorita de la ciudad, sino también su técnica de evasión preferida. La evocación de la época dorada de Hollywood siempre era preferible a una confrontación en la vida real. -¿De qué querías hablarme?

Gil notó cómo sus manos aferraban el volante con más fuerza. Sólo había una manera de

decirlo. Aspiró hondo.

- Quiero el divorcio.

Gina giró la cabeza hacia él.

- ¿Que quieres el divorcio? ¿Y me lo dices así?

- Ya lo hemos retrasado mucho tiempo.

- Yo no quiero el divorcio.

- La vida no consiste sólo en lo que tú quieras, Gina.

- Todo el mundo en Hollywood está divorciado. -Se ahuecó el cabello de nuevo. -Y yo no quiero ser como todo el mundo.

Gil fijó la vista en la carretera. Seguían a una cuadrilla cinematográfica que viajaba en la parte trasera de una caravana que, a su vez, seguía a otro remolque con una banda musical de adolescentes que movían los labios sin parar. Aun conduciendo por la carretera, era imposible apartarse del mundo del cine.

- Me abandonaste por el encargado de la piscina -Gil se giró para mirarla. -Hace dos años.

- No era encargado de piscinas -replicó Gina. -Era actor. Y muy bueno.

No lo suficiente como para dejar de limpiar albercas, pensó Gil con amargura.

- Podrías haberle ofrecido un trabajo.

- ¿Por qué iba yo a darle un trabajo a un hombre que se acostaba con mi mujer?

- Siempre piensas en ti mismo en primer lugar -se quejó Gina.

Gil adelantó al remolque. Los chicos que cantaban como si su vida dependiera de ello eran rubios y bronceados, y jóvenes a más no poder. Tal vez componían una banda musical verdadera, o quizá fueran actores que se hacían pasar por cantantes. Lo más probable es que todos trabajaran de día como limpiadores de piscinas.

El desaliño propio de Sunset Street desapareció cuando llegaron a la frontera con Beverly Hills. El polvo y la basura acumulada en las aceras dio paso» las palmeras y los céspedes pulcramente recortados.

El labio inferior de Gina sobresalía con obstinación.

- ¿Por qué así, tan de repente, esta charla sobre el divorcio?

- Estás viviendo con otra persona -señaló Gil Sintió deseos de añadir que después de dos años de separación, hablar de divorcio no era algo tan repentino. El romance con el limpiador de piscinas y actor no había durado mucho. Gina pronto se dio cuenta de que, a pesar de sus protestas, a Kurt se le daba mejor ajustar los niveles de productos químicos, retirar hojas del desagüe y otras tareas características de los cuidadores de piscinas, cualesquiera que fueran, que ejercer como actor. La única gran actuación que se las había arreglado para desempeñar era convencer a Gina de lo contrario, si bien, por breve tiempo.

- ¿Qué opina Noah? -prosiguió Gil. -¿No quiere que te divorcies?

Gina concentró toda su atención en las palmeras que jalonaban la carretera como si nunca antes las hubiera visto.

La mujer de Gil vivía ahora con Noah Bender, astro del rock británico, entrado en años -Gil ignoraba si Bender era su verdadero apellido; incluso dudaba de que en realidad se llamara Noah,

-que tenía una clara propensión a subirse al escenario con portaligas de cuero y a salir de juerga. Medía poco más de metro y medio sin sus botas de tacón y sus alzas ocultas. Llevaba el pelo teñido de rubio, largo por detrás y con flequillo corto, y tenía la piel tan bronceada que habría servido para confeccionar un espléndido zapato de cuero. Noah y Gina se habían conocido en una reunión de Narcóticos Anónimos, así que a lo mejor ella tenía razón con eso de establecer contactos. Cuando estaba sobrio, adoraba a Gina. Cuando no lo estaba, no recordaba con exactitud con qué rubia alta y de piernas largas tenía que volver a casa. Pero es que una vez que las drogas hubieran ascendido por su prolongada nariz hasta su reducido cerebro, Noah Bender no se acordaba ni de las letras de sus mayores éxitos, cuyos derechos de autor le habían proporcionado su casa en Beverly Hills. Esa era la razón principal por la que ya no salía de gira y había trasladado su rímel y su látigo a la soleada Los Ángeles. Eso, y la reducción de impuestos. Era vecino de Jack Nicholson. También tenía a Kurt, el actor, al cuidado de su piscina, si bien, Gil intuía que Noah desconocía tal circunstancia.

- Estoy contenta como estoy. -La boca tirante y apretada de Gina no denotaba precisamente serenidad interior ni satisfacción. -Noah valora mi afán de seguridad.

- Pues consigue esa seguridad con él -sugirió Gil con un tono tan razonable como fue capaz - Divórciate de mí. Cásate con Noah.

- Es un espíritu libre -alegó Gina. -Y yo lo respeto. No quiere dejarse atar por las convenciones del matrimonio.

- No hay nada convencional en nuestro matrimonio -terció Gil.

- Entonces, ¿por qué quieres darlo por terminado? -Gina arrojó por la ventana la colilla del cigarrillo, a pesar de que podía ser sancionada por provocar riesgo de incendio. Se volvió hacia su marido, juntando los pechos con los brazos apretados para aumentarlos más de lo que ya había hecho la cirugía. Gil sabía que el pecho de Gina era artificial, porque también lo había pagado. Le gustaba mucho más cuando era natural. Una especie de símbolo chino de oro anidaba en el amplio escote de su mujer.

Por alguna razón, y a pesar de que el aire acondicionado funcionaba a tope, Gil notaba las manos pegajosas.

- Creo que ha llegado la hora de dar el paso.

Gina dejó que el escote se desplomara.

- Has conocido a otra mujer.

- Eso no tiene nada que ver con el asunto.

- ¿Quién es?

- Nadie. La conocí cuando estuve en Londres.

- ¿Y no es nadie? -Gina apretó sus labios escarlata. -Apuesto que a ella le gustaría oírte.

- Es alguien -capituló Gil. -Alguien muy especial.

- ¿Y cómo vas a mantener una relación con ella en Londres? Si ni siquiera puedes llegar a casa temprano la mayoría de las noches.

- Va a venir aquí. -Gil echó una ojeada a Gina, quien recibió la información con un respingo. - Esta noche -añadió, deseando que así fuera.

- Ya casi hemos llegado -apuntó Gina, innecesariamente. -Tuerce a la derecha. Vamos a Bellagio Road.

Obediente, Gil giró el BMW por la estrecha y sinuosa calle moteada de lujosas viviendas apenas visibles, ocultas tras altos setos y verjas de seguridad y custodiadas por cámaras de circuito cerrado las veinticuatro horas. Bien podría haberse llamado Avenida de los Multimillonarios.

Fueron ascendiendo la ondulada calle hacia lo alto de la colina.

- Es aquí -anunció Gina. Gil paró ante la verja eléctrica de seguridad y aguardó mientras Gina daba su nombre al pequeño portero automático de color negro empotrado en la pared.

La verja se abrió en silencio y Gil condujo el coche por el amplio camino de acceso que llevaba hasta una casa estilo *château*. Se diría que un tornado la hubiese arrastrado hasta allí, intacta, desde la mismísima Francia. Gil frenó en la puerta, justo en el momento en que un mayordomo de librea la abría. Tres pequeños y bulliciosos *bichon frise* salieron dando brincos y estuvieron a punto de derribar al mayordomo; ladraban como *bulldogs*, y no cómo irritantes bolas de pelusa. En lugar del blanco habitual, exhibían un color amarillo limón, con orejas rosas; pero sin duda Gina iba a cambiar esos tonos enseguida.

La mujer de Gil alargó el brazo hacia el asiento posterior para recoger su neceser atestado de tintes para perro.

- ¿Acaso no quieres que yo sea feliz? -preguntó Gil.

- Es lo único que quiero. -Gina recogió s neceser y salió del coche. Cerró la puerta y se asomó por la ventana. -Pero, ¿cómo puedes ser tú feliz si yo no lo soy? -Dicho esto, se encaminó hacia la casa, con su sonrisa «entusiasta» firmemente colocada.

Gil abrió la portezuela y empezó a seguirla. Los *bichon frise* le mordisqueaban los tobillos. Para ser caniches peludos, resultaban de lo más feroz.

- ¿Por qué te hace sentir infeliz el que yo vea a otra mujer?

- Eres mi marido, Gil. -Gina le sonrió. Su sonrisa «auténtica» sustituyó a la anterior. -Aún te amo.

Con eso, desapareció en la gigantesca vivienda. Los perros siguieron ladrando y mordiendo durante un rato.

- ¡Joder! -exclamó Gil mientras les propinaba patadas para apartarlos. El mayordomo le lanzó una mirada teñida de comprensión. Les silbó y, con cierta persuasión por parte de los mocasines Patrick Cox que Gil calzaba, le dejaron en paz y salieron correteando detrás de Gina tan rápido como sus pequeñas patas amarillas se lo permitían.

Gil regresó al coche y tomó la dirección de los estudios Universal, donde tenía una importante reunión a la cual iba a llegar tardísimo. Se encontraba agobiado y notaba un amargo remolino en el estómago. Alargó la mano hacia la guantera y se metió en la boca otro Alka-Mint, que estos días parecía degustar como si fueran golosinas. Pero al menos era la única sustancia que consumía.

Aquella situación no podía continuar. Tenía que hacer algo con respecto a Gina. Lo peor era que no sabía a ciencia cierta si deseaba que Sadie viajara hasta allí por ser la persona más natural

y fabulosa que había conocido en mucho tiempo -estaba completamente seguro de que sus pechos eran pura carne, al ciento por ciento- o porque quería enfrentar a Gina al hecho de que existía vida después de ella.

¿Cómo se las había arreglado para llegar a aquel estado de cosas? El era capaz de lograr que películas de muchos millones de dólares cobraran vida. Tenía en su haber suficientes éxitos de taquilla para demostrarlo. Podía tratar con petulantes estrellas, petulantes directores y petulantes directivos de estudios cinematográficos. Y, sin embargo, su petulante esposa le pisoteaba sin piedad con sus tacones de aguja. La vida amorosa de Gil era como una película de la serie B, de bajo presupuesto, que iba directamente al olvido de los DVD. Sólo había una solución: necesitaba urgentemente consultar a la única persona de las que conocía capaz de manejar a las mujeres.

Marcó en el móvil el número de Steve. Automáticamente, salió el contestador. Tal vez fuera mejor así. El hecho de tener a un hombre casado, con dos hijos, y ligeramente demente como consultor sentimental era algo que preocupaba a Gil sobremanera.

CAPÍTULO 12

Desde el aire, Los Ángeles parece un lugar en el que hubieran volcado varios cientos de máquinas tragaperras -de esas con frutas y luces parpadeantes de cuarenta colores- y las hubieran colocado formando un mosaico. Uno se da cuenta de que la ciudad bulle de vida mucho antes de que el piloto haga descender el tren de aterrizaje.

En tierra, el ambiente es también de locos. Acabo de hacer cola durante una hora para salir de la sala de aduanas debido a que llegué detrás de un gigantesco avión cargado de diminutos y parlanchines filipinos cuya entrada en el país no parece entusiasmar a las autoridades. Tal vez sea porque acarrean maletas lo bastante grandes como para transportar en el interior a la abuela y otros parientes. El estruendo recuerda a un millón de loros siendo golpeados hasta la muerte. Para pasar el rato, mi cara se ha ido tragando el maquillaje de forma paulatina y me estoy deshidratando de dentro afuera. Intento abrirme camino a base de codazos y empujones, pero es inútil. El Aeropuerto Internacional de Los Ángeles es como el de Heathrow, sólo que da la impresión de que consumiera esteroides. Abundan por doquier veloces autocares de cortesía, taxistas al estilo Terminator y pitidos de claxon. Después de un vuelo de once horas, no me encuentro capaz de resistir este ataque contra mi sistema nervioso. La hora local se acerca a la medianoche, lo que significa que para mí y mi reloj biológico es de madrugada.

Gil me dijo: «Ven» y aquí estoy, he venido. En este momento me pregunto dónde está él, exactamente. Traté de llamarle para comunicarle que había tenido la valentía de aceptar el billete, pero no lo localicé. Le he dejado un mensaje en el contestador. Lo normal sería que hubiera venido a buscarme. Él fue quien reservó el maldito pasaje; tiene que saber la hora de aterrizaje del avión. La verdad, yo contaba con que me estuviera esperando con los brazos abiertos y un medio de transporte. No necesariamente un brioso corcel de color blanco, sino tal vez un vehículo deportivo utilitario de gama alta.

Me noto un tanto entumecida. Para mí, éste es el inicio de una nueva vida y siento que debería haber comenzado con mucha más premeditación, de una manera más planificada. Pero de haber sido así, quizá me habría convencido a mí misma para no dar el paso.

Llamo al número de Gil, pero mi absurdo móvil no funciona en este país. Alice intentó advertirme acerca del asunto, pero yo tenía demasiada prisa por abandonar nuestra verde y agradable tierra como para prestar atención a una descarga tecnológica sobre las ventajas de la telefonía a tres bandas. Tengo un teléfono antiguo y achacoso que ha conocido una gran actividad en las profundidades de mi bolso. Me ha sido bastante útil, a pesar de que la batería se agota a un ritmo alarmante. Esto indica, claro está, que es un objeto más hacia el que mantengo un sentido de la lealtad equivocado. Ahora siento deseos de arrojarlo a la primera papelera. Mierda. ¡Mierda! Puede que no sea el mejor momento para admitirlo, pero no tengo ni idea de dónde vive Gil; sólo sé que en Hollywood Hills. ¿Pero dónde diablos está eso? Por lo que sé, podría tener el tamaño de Luton. Los Ángeles es diez veces más grande que Londres, y eso que en lo referente a tamaño la capital británica no es una ciudad de la que poder burlarse. Conozco

este dato inútil porque lo leí en el avión, en la revista de la compañía aérea. Ojalá no lo hubiera hecho.

No dispongo de moneda norteamericana y no he visto señal alguna de un teléfono público. Podría sentarme aquí durante un rato con la esperanza de que Gil aparezca, pero los policías del aeropuerto tienen cara de pocos amigos y no creo que se tomaran a bien el que yo deambulara por la terminal demasiado tiempo. A pesar de mis exiguos recursos, lo mejor será que pase la noche en un hotel y, mañana por la mañana -una vez que haya dormido y deje de tener el aspecto y el olor de alguien que acaba de escaparse del plató de *La noche de los muertos vivientes*, -me dispondré a averiguar dónde demonios se encuentra Gil, *el Huidizo*.

Mierda. No es así como me imaginaba mi primera noche en Los Ángeles. En absoluto. Mi fantasía tenía que ver con champán helado, baño de espuma templado, masaje con loción de jazmín, sábanas frescas y un hombre caliente. Puede que aún pueda disfrutar del baño si es que logro encontrar una habitación que no me lleve a la bancarrota.

CAPÍTULO 13

El pánico atenazaba a Gil. Se metió de un salto en el BMW y se alisó el cabello mojado con la mano que le quedaba libre. Su plan había consistido en llegar a casa temprano, ordenar un poco -para compensar las deficiencias de María, su ama de llaves, en ese aspecto, -relajarse junto a la piscina con una bebida fría y lograr una disposición de ánimo excelente antes de ir a recoger a Sadie al aeropuerto. En cambio, a causa de un rosario de reuniones no programadas, apenas había conseguido llegar a casa a tiempo para una ducha rápida y un afeitado. Lo único que se había llevado a la boca eran las uñas. Tendría que conformarse con otras dos pastillas Alka-Mint por toda cena. Otra vez. No le extrañaba que María nunca pusiese comida en la nevera. Un día tendría que decidirse a despedir a su ama de llaves, pero era una mujer agradable -de confianza, aunque poco eficaz, -tenía una familia enorme y necesitaba el sueldo. La incapacidad para desligarse de las mujeres parecía ser un patrón recurrente en la vida de Gil.

Se encontraba en plena crisis, y desconocía si era debido al nerviosismo o a la emoción. El avión de Sadie aterrizaría en breve. Tenía que apresurarse si es que quería llegar a tiempo al aeropuerto.

Arrancó el BMW y empezó a salir marcha atrás del camino de acceso a la casa, pisando a fondo el acelerador al estilo de las legendarias persecuciones en coche de las películas. En ese preciso momento, un enorme Jeep Cherokee negro se introdujo, derrapando, en el camino de acceso. El conductor también había pisado el acelerador a fondo al estilo de las legendarias persecuciones en coche de las películas. La colisión resultante fue espectacular. Gil cayó arrojado hacia delante sobre el volante, haciendo sonar el claxon y provocando que el airbag le golpeara en plena cara.

- ¡Joder! -exclamó Gil. Mientras salía del coche, desenmarañándose del globo desinflado que tenía sobre el regazo, se palpó el cuello por si se hubiera producido un esguince cervical. Sólo existía una persona que pudiera causar semejante estropicio.

El frontal del Jeep Cherokee humeaba con suavidad. Gil abrió la portezuela y Gina, que recordaba a una auténtica muñeca de trapo, se desplomó en el asiento. Con la cara manchada de lápiz de labios y las gafas de sol torcidas, aferraba una botella de vodka en la mano, lo que no podía considerarse como un buen augurio. Como poco, demostraba que no recordaba muy bien su reunión de AA, salvo los teléfonos de contacto de unas cuantas estrellas de poca monta.

- Creía que ya no bebías. -Gina soltó la botella de vodka y Gil la agarró en el aire. Gina sólo estaba sobria entre borrachera y borrachera. Casi todos los días añadía un lingotazo a su hierba de trigo. -¿Qué haces aquí? No deberías conducir bebida.

Una incoherente perorata de vilipendios salió del amasijo escarlata en que su boca se había convertido. Los ojos le giraban de forma alarmante.

- ¡Oh, Dios mío! -balbuceó.

Gil sacudió la cabeza. Rodeó a Gina con los brazos y cuando fue a sacarla del coche ambos cayeron como un fardo sobre el camino de acceso. Gil notó cómo el peso muerto de su mujer caía sobre él.

Gina se echó a llorar.

- Te amo, Gil -masculló a un par de centímetros de su cara. El se las arregló para esquivar la hilera de saliva que siguió a la declaración.

- Tienes una forma extraña de demostrarlo -repuso, y procedió a quitarse de encima a Gina.

Ella gimió con más fuerza.

- Noah no me quiere.

- No es verdad, sí que te quiere -respondió Gil. -Acabáis de pelearos otra vez. -Se las arregló para colocar a Gina de rodillas.

- Esta vez es distinto.

- No, no lo es. -Excepto que en esta ocasión el momento era de lo más inoportuno. -Tengo que llevarte dentro antes de que la patrulla de seguridad pase por aquí y piense que intento asesinarte. -Era una idea tentadora. Gina llevaba un conjunto blanco de lycra que no hacía nada por ocultar su atlético y bronceado cuerpo. -¿Crees que podrías mostrar un poco más de cooperación y un poco menos de carne?

- Me parece que ya no me amas.

- Y es que ya no te amo, cariño -replicó Gil abandonando todo intento de decoro y echándose a Gina sobre el hombro. Tendría que tener una charla con el Servicio de Incendios si es que Gina iba a seguir con aquellos episodios histéricos. -Me preocupo por ti. Mucho. Por nuestro pasado en común.

- Nadie me quiere.

- Sí que te quieren -insistió Gil. La verdad es que en ese momento no podía enumerar una lista. Ahí radicaba el problema. Gina no tenía a nadie más a quien recurrir cuando las cosas iban mal, lo que ocurría con harta frecuencia. Contaba con muy pocos amigos y siempre que surgía una crisis todos parecían desvanecerse misteriosamente. Tal vez porque las crisis eran demasiado habituales. De modo que siempre salía corriendo en busca de Gil. A pesar de que a éste le costaba admitirlo, la carrera a veces acababa en su dormitorio. Gina lo calificaba como «sexo de consuelo». Decía que necesitaba a otros hombres con los que experimentar aventuras y emoción, pero siempre regresaba a él en busca de calor y ternura. Gil nunca sabía si considerarlo una alabanza, o todo lo contrario.

El camino de acceso era prolongado y para cuando llegaron a la escalinata que daba paso a la vivienda, Gil sintió alivio al quitársela del hombro.

- Coloca un pie delante del otro -le indicó mientras la ayudaba a avanzar. Gina se esforzaba por coordinar las piernas, que parecían de gelatina. Gil miró el reloj. Para llegar puntual al aeropuerto debería haber salido mucho tiempo atrás. -Venga, vamos -iba diciendo al tiempo que arrastraba a su renqueante mujer por los últimos cien metros hasta la casa.

- ¿Por qué tanta prisa? -preguntó ella arrastrando las palabras.

- Tengo que ir al aeropuerto.

Gina se paró en seco y alzó la mirada.

- ¿Aeropuerto? -Su tono era de una coherencia sorprendente.

- Sadie va a llegar. -Gil miró de nuevo el reloj, más como señal de urgencia que para consultar

la hora otra vez. -Ahora.

- Voy a vomitar -dijo Gina, dejándose caer una vez más.

- Mierda. -Gil la arrastró hasta el cuarto de baño más cercano y sin ninguna ceremonia la metió dentro de un empujón. -Haz lo que tengas que hacer mientras preparo el cuarto de invitados.

Gina levantó la cabeza como un resorte. Su voz adquirió un matiz agudo:

- ¿Cuarto de invitados?

- Sadie va a llegar. Ahora -repitió Gil. -Supongo que cuenta con ser ella la que ocupe mi cama.

- ¿Sabe lo nuestro?

- Gina, no existe nada entre nosotros. Nos separamos hace dos años.

- Estamos casados.

- ¿Y qué coño importa eso? -Gil sintió ganas de golpearse la cabeza contra los azulejos italianos de color blanco que Gina se había empeñado en importar desde Toscana. -Vives con otro hombre, por el amor de Dios.

- ¿Acaso estás celoso de Noah?

- Claro que no. El que no estemos divorciados no implica que sigamos casados. -Gil estaba convencido de que su planteamiento mostraba cierta lógica, pero la cabeza empezaba a darle vueltas como si hubiera bebido tanto como Gina. -Esto tiene que acabar. No puedes seguir volviendo a mí continuamente.

Gina se dejó caer junto al inodoro.

- Gracias por tratarme a patadas en mis horas bajas.

- Noah estará aquí mañana. -«Cuando se le pase la borrachera», añadió Gil para sí. -Haréis las paces en un santiamén.

Gina ahogó un gemido. Su aspecto era patético.

- Se está acostando con otra. Una universitaria de veinte años que se llama Tyler.

- Tú tienes a Kurt, el de la piscina -le recordó Gil. -Y, de vez en cuando, a mí. Yo diría que estáis empatados.

Gina emitió un sonido que anunciaba una vomitona inmediata. Había llegado el momento de preparar el cuarto de invitados. Cuando alguien cercano vomitaba, Gil sentía la imperiosa necesidad de hacer lo propio.

- Volveré en un minuto -explicó, y salió lanzado del baño hacia el breve santuario que las labores domésticas le ofrecían.

La habitación de invitados se encontraba en perfecto orden. Siempre lo estaba. Daba la impresión de que María se afanaba de forma desproporcionada en mantenerla a punto; tal vez hubiera sido *girl scout* en una vida anterior. O a lo mejor Gina le pagaba un sueldo en secreto. Nunca había nada comestible en la nevera, pero siempre había un lugar a punto donde los invitados inesperados -es decir, Gina- pudieran recostar la cabeza.

Gil se tumbó en la cama, disfrutando de un momento de respiro. ¿Cómo iba a hacer ver a Gina que aquella situación no podía continuar? Con Sadie allí, en persona, durante unas semanas, tal vez cayera en la cuenta por fin de que él tenía intención de continuar con su vida. Tras examinar

el ventilador del techo por unos instantes, se levantó y cerró las cortinas. Gina ya estaría lista. Lo mejor sería regresar al cuarto de baño.

Pero no fue así. Cuando Gil empujó la puerta para abrirla, Gina estaba tumbada en el suelo. A su lado había un bote de pastillas. Su blanco y posiblemente letal contenido se esparcía delante de ella.

- No, Gina, no -protestó Gil. -Otra vez pastillas, no. -Recogió la botella y observó con atención la etiqueta. Lo de siempre. Píldoras para dormir con prescripción médica. Gil se frotó las sienes. Hacía mucho que Gina no actuaba así. Desde la ocasión en la que él había llegado a casa tarde y el cuento del lobo había estado a punto de llevarla a la funeraria. Gil creía que después de aquello habría aprendido a tener una actitud menos caprichosa ante la vida.

Se arrodilló a su lado y la zarandeó.

- ¿Qué pasa? -masculló ella.

- ¿Has tomado alguna de estas pastillas?

Gina se recostó sobre él.

- Contéstame, ¿has tomado alguna? -Gil contó las pastillas. Se suponía que tenía que haber veinte, y daba la impresión de que había veinte en el suelo. -Dímelo, o tendré que llamar a urgencias.

- No he tomado ninguna -farfulló ella. Clavó los ojos en Gil y parecían limpios; no se veían vidriosos por el medicamento. -Pero he estado a punto.

- Uno de estos días no hará falta que te mates -advirtió Gil. -Yo tendré el placer de hacerlo por ti.

Gina sollozó.

- No hablas en serio.

Gil desistió.

- No, tienes razón. No hablo en serio.

Desde las profundidades de su desesperación, Gina se las arregló para esbozar una sonrisa seductora.

- Esto es ridículo. -Gil tiró de ella hasta ponerla en pie.

Gina se palpó la cabeza con cautela y se apoyó contra él.

- Me siento rara -dijo.

- Vamos a instalarte, y luego me voy al aeropuerto.

- ¿Sigues pensando en irte al aeropuerto? -estalló Gina. -¿Es que piensas abandonarme?

- No tengo más remedio. Viene Sadie. Ya lo sabes. -Y Sadie se estaría preguntando dónde demonios estaría Gil. No era la mejor manera de empezar una relación, pero él la compensaría.

Condujo a Gina al cuarto de invitados como si aquella siguiera siendo la casa de ella, como si nunca se hubiera marchado. Sin protestar, ella se quitó el absurdo conjunto de lycra blanca y, desnuda, se metió entre las sábanas. A pesar de ser un auténtico engorro, seguía siendo una mujer muy hermosa. Su semblante se veía pálido en contraste con la almohada.

- ¿Estás bien? -preguntó Gil al tiempo que le apartaba un mechón rubio de la cara.

Gina asintió en silencio.

Tal vez Gil debería desaparecer, comprarse una casa en la playa de Santa Mónica y dejar que Gina se instalara en la mansión de Hollywood Hills. Ella había elegido todos los objetos de la vivienda, y lo cierto es que a Gil nunca le habían gustado. Toda la casa estaba decorada en estilo moderno, a base de cromo y cristal. Era mucho mejor como adorno que para la vida cotidiana.

- Duérmete -le pidió Gil como si estuviera hablando a una niña de cinco años.

- No me dejes -suplicó Gina. Los ojos se le cuajaron de lágrimas. -No quiero quedarme sola.

- Volveré enseguida. Ni te darás cuenta de que me he ido -la tranquilizó Gil, y acto seguido se desembarazó de ella. -Cierra los ojos.

Gina se acurrucó bajo la ropa de cama y, obediente, cerró los ojos. Dejarla en aquella situación resultaba difícil. Era débil y vulnerable, y Gil sentía auténtica lástima.

Salió de puntillas de la habitación y volvió a mirar el reloj. Horror. Debería haber salido hacía una hora. Podía llamar al aeropuerto por el camino y hacer llegar a Sadie lo que había ocurrido. Seguro que ella lo entendería.

Cerró la puerta principal sin hacer ruido y tras una ojeada a los desperfectos que Gina había provocado en su coche, sorteó el destrozado Jeep Cherokee y tomó la dirección hacia el bulevar de Santa Mónica y el aeropuerto. A aquellas horas de la noche no debía de haber mucho tráfico, y si aceleraba -con prudencia, eso sí, -podría llegar en una media hora. Confiaba en que Sadie estuviera aún allí. ¿Dónde si no podía ir?

CAPÍTULO 14

Sigo vagando sin rumbo por el aeropuerto de Los Ángeles, aferrándome a mi situación de abandono como Linus a su mugrienta frazada. Tiro de mi maleta mientras lamento no haber engrasado las ruedas que, por el momento, están atascadas. ¡Ojalá hubiera utilizado un buen chorro de aceite lubricante WD-40! Pero no tuve tiempo de hacer nada de eso. Fue pura suerte, y no buena organización, el hecho de que me acordara de traer bragas. El caso es que me limité a abandonar a toda prisa mi antigua y patética existencia para lanzarme de lleno a esta nueva vida -aunque está comenzando de una manera bastante patética, la verdad. -Encuentro consuelo al recordarme que habría sido mucho peor si hubiera arribado a este mundo feliz sin las bragas puestas.

El primer taxista al que lanzo una mirada amistosa levanta hacia mí el dedo corazón por razones que no acierto a comprender. De manera indecisa, llamo con un gesto al siguiente y se para en seco a mi lado, aunque aún no he llegado a la parada de taxis. ¿Es acaso una buena señal? Se baja del vehículo, me quita la maleta de un tirón y la arroja a un maletero que parece estar hasta los topes de herramientas, cuerdas y pringosas latas de aceite. No me agrada la idea de que mi equipaje viaje en semejante compañía. Demasiado tarde. Y también demasiado tarde, una vez que ya me he acomodado en el asiento trasero, caigo en la cuenta de que el taxista es armenio y todavía mantiene un romántico apego a su lengua materna.

Sé que procede de Armenia porque cuando le digo:

- ¿Podría por favor llevarme a un hotel agradable, cómodo y de precio razonablemente económico, lo más cerca posible de Hollywood Hills?

El conductor me responde con un gruñido y dice:

- Armenio.

Podéis pensar que soy un poco rara, pero es la primera vez que vengo a Estados Unidos y daba por hecho que aquí la gente hablaba inglés americano, y no armenio. De manera que, a la auténtica manera del británico que visita tierras lejanas y desconocidas, suelto un grito.

- ¡Hotel!

El armenio gruñe con más fuerza.

- Hotel.

Gruñido.

- ¡Hotel! ¡Hotel!

¿Gruñido? ¿Gruñido?

Esto continúa hasta que un iracundo agente de tráfico nos hace señas para que iniciemos la marcha. Acto seguido, una voz crepita a través de la radio. Voz que misericordiosamente habla inglés británico. El armenio me entrega el micrófono.

- Hola -digo. -¿Podría decirme dónde encontrar un hotel barato y presentable en Hollywood?

- ¿En Hollywood? -Desde el otro extremo de la línea se escucha una carcajada de incredulidad.

- Bueno, lo más cerca posible. -La mujer recita una dirección con toda rapidez y después le

grita al armenio en lo que imagino es el idioma de su país. El me entrega el mapa y se pone en camino a velocidad suicida, mientras yo hago un esfuerzo por despegarme del asiento de piel sintética e intento localizar la posición correcta del mapa.

Tras un frenesí de brincos y tumbos a lo largo de la autopista, o autovía, o carretera principal -no sé muy bien qué distingue a una de otra, -que dispone de siete carriles de tráfico, el hotel en el que soy depositada parece un oasis de tranquilidad. Se encuentra a dos calles de Rodeo Drive, el paraíso de las compras, de modo que entiendo que es lo más lujoso que uno puede conseguir a buen precio y corta distancia del «novio desaparecido». Maldigo en silencio a Gil por abandonarme a mi propia suerte en mi primera noche, cuando está claro que mi suerte no es lo que se dice buena.

Doy explicaciones al armenio demente y gruñón con un variado lenguaje corporal al tiempo que le pido a gritos que saque mi equipaje del maletero mientras voy a comprobar si disponen de habitaciones libres. Creedme, he estado a punto de llorar de alivio cuando Mary Ann, la encantadora recepcionista, perfectamente peinada y con una manicura impecable, me anunció que puedo quedarme con la última habitación disponible a un precio que sólo se encuentra marginalmente fuera de mi alcance. Entrego mi tarjeta de crédito y regreso a la calle desierta, justo a tiempo para ver al armenio y a mi maleta alejarse hacia el amplio horizonte.

Ahora sí que lloraría, y no precisamente de alivio. No obstante, contengo las lágrimas, mantengo firme mi británico labio superior y marcho hacia adelante. Podría decirse que toda mi vida iba en el interior de esa maleta, aunque en realidad no era gran cosa. Albergo la esperanza de haber recordado renovar mi póliza de seguro de viajes cuando expiró hace tres semanas. Regreso al interior arrastrando los pies, porque me siento incapaz de desplazarme de cualquier otra forma.

- ¿Trae equipaje? -me pregunta Mary Ann cuando regreso a la recepción.

- Lo traía -respondo, si bien me faltan las fuerzas para dar más explicaciones. Le ofrezco una sonrisa que denota hastío del mundo, recojo la llave y me encamino a la habitación. Cuan equivocada estaba yo al creer que mi hombre y esta ciudad estarían preparados, esperando a abrazarme. Por lo menos, el baño caliente sigue aún en el orden del día.

Las escaleras son la última barricada hasta el santuario. Subo los peldaños, abro la puerta con la llave y, una vez dentro, me apoyo contra ella, satisfecha de que mis fatigas y tribulaciones, por fin, hayan concluido. Me duele la cabeza, por lo que decido no encender la luz -de todas formas, no encuentro el interruptor, -y opto por avanzar a tientas hasta el cuarto de baño. Si primero me tumbo en la cama, nunca volveré a levantarme.

Me las arreglo para dar con la luz del baño y el alma se me cae a mis agotados pies cuando percibo que tengo la mirada demente de una mujer arrancada de su zona horaria. Y resulta que no hay una enorme bañera, sino un plato de ducha de aspecto aséptico que no es la fantasía recreada por mis doloridos músculos y mis apestosos pies. El alma se me cae todavía más cuando miro al espejo y un hombre grande, desnudo y soñoliento aparece detrás de mí.

- ¿Pero qué…? -dice, rascándose los testículos.

- ¿Pero qué…? -repito yo, deseando que se los deje en paz.

- Salga ahora mismo de mi habitación, antes de que llame a la policía.

- ¿Su habitación? -Miro mi llave. Habitación correcta. Llave correcta. Una mujer estupefacta, luciendo una peluca torcida y un picardías color de rosa se une a él.

- Lo siento, lo siento mucho -me disculpo, mientras salgo de espaldas y poco a poco me alejo de ellos. Por fortuna, están tan adormilados que no aciertan a enfocar la vista.

Cuando salgo del cuarto de baño, escucho como echan la llave dos veces y ponen el cerrojo en la puerta. No me extraña. Me dirijo escaleras abajo hacia la recepción.

- Hay dos personas dormidas, es decir, que estaban dormidas en mi habitación.

- ¡Qué calamidad! -exclama Mary Ann llevándose una mano a la boca. -Puede que no nos quede ninguna habitación libre. -Golpea furiosamente el teclado de su ordenador y luego me mira, horrorizada. -Tiene usted razón -me comunica. -El señor y la señora Lubisky están registrados en la 109.

Dudo que los Lubisky se atrevan a volver a alojarse en este hotel.

- No tenemos habitación -dice Mary Ann.

Esta es la gota que colma el vaso.

Me sonríe compasivamente.

- Pero, por otra parte, la compañía de su tarjeta de crédito ha denegado la autorización.

No puede ser. Esta sí que es la gota que colma el vaso. Hasta mi trozo de plástico preferido me ha abandonado. Llegado este punto, el valiente estoicismo del que estaba haciendo gala se esfuma. Me tumbo en el suelo y me echo a llorar, con sollozos tan intensos como estrepitosos.

- Tranquila, cálmate -me dice Mary Ann, y no creo que sea porque estoy dando el espectáculo en su pacífica y acogedora recepción. Sale corriendo desde detrás del mostrador, me ayuda a levantarme y me conduce hasta un sofá de terciopelo. Cuando me pongo a llorar más alto, se marcha a toda prisa y vuelve con una taza de agua templada, con una bolsa de té y unas gotas de leche en el interior.

- ¡Qué calamidad! -se lamenta de nuevo. -Con esto te sentirás mejor. -Suelta el té con un golpe y sale corriendo otra vez para traerme un plato lleno de galletas con bolitas de chocolate. Ahora sí que me siento mejor. Noto que una sonrisa involuntaria me juguetea en los labios.

Mary Ann se sienta a mi lado y me da palmaditas en la mano mientras le cuento mi lamentable historia y recobro el equilibrio con la ayuda de las galletas que ella misma hornea y trae al hotel para ofrecérselas a los huéspedes, porque es de esa clase de personas. No cabe duda de que se parece a la versión norteamericana de Florence Nightingale, cualquiera que sea. Cargo un poco las tintas sobre Gil en el transcurso de la narración porque, aceptémoslo, la culpa es suya. A pesar de que son las dos de la madrugada, Mary Ann me deja el teléfono de la recepción y yo encuentro el número tras rebuscar en el fondo del bolso, que por suerte ha escapado de la hospitalidad armenia. Le llamo. Sale el buzón de voz y dejo un lacrimoso mensaje diciendo dónde estoy.

- Túmbate aquí, cariño -dice Mary Ann, y saca no sé de dónde una colcha de chenilla que me echa por encima como si yo fuera su niño preferido. Por primera vez en mucho tiempo, siento

deseos de llevarme el pulgar a la boca. -Te despertaré en cuanto el resto de los huéspedes empiece a aparecer.

Agradecida, me tumbo. Al menos Mary Ann no me ha abandonado en tiempos de adversidad. ¿Dónde estará Gil? Es imposible que haya olvidado que yo llegaba hoy. No parece éste un buen presagio para nuestra futura relación de convivencia. Doy vueltas en el sofá intentando ponerme cómoda. Mary Ann me mira con dulzura y simpatía, aunque sólo Dios sabe cómo puede pensar que voy poder dormir encogida en el sofá, con la cabeza zumbándome de esta manera. Pero he de decir, para no faltar a la verdad, que su mirada es lo último que recuerdo.

CAPÍTULO 15

Los Ángeles disfrutaba de una temperatura inusualmente cálida para la época del año. Incluso a aquellas horas de la noche la opresión del aire caliente se dejaba sentir sobre la piel. Gil prefería pensar que la temperatura ambiente era la causante de las diminutas gotas de sudor que le humedecían la frente, pero no era ése el motivo.

Con un chirrido de neumáticos frenó en el aeropuerto y dejó el coche junto al bordillo, a pesar del centenar de señales que prohibían aparcar. Se arriesgaría a cualquier arrebato de furia que los vigilantes del estacionamiento pudieran lanzar sobre él -posiblemente sería menos impetuoso que el que" iba a encontrar por parte de Sadie. -Entró corriendo en la terminal y se dirigió a toda prisa al vestíbulo de llegadas, pero no encontró esperando allí a ninguna británica rubia, malhumorada e irresistiblemente atractiva.

La situación era desastrosa. ¿Qué pensaría Sadie de él? Después de arrastrarla por la mitad del planeta, la había abandonado en el aeropuerto. La había dejado plantada. Por otra parte, pudiera ser que ella hubiera decidido no venir, y no hubiera llegado a subirse al avión. Gil marcó su número en el móvil, pero éste estuvo sonando sin respuesta hasta que saltó el contestador. ¿Qué significaba aquello? ¿Había llegado Sadie a la ciudad, o seguía en Londres, en la cama? Gil se frotó los ojos. ¿Por qué la vida era tan endemoniadamente complicada?

Gil se acercó al mostrador de información. No había mensajes para él. Ninguno. Y, como era de esperar, los empleados no pudieron hacer nada útil como, por ejemplo, decirle si Sadie había viajado en el avión.

Realizó un último recorrido por la terminal y se convenció de que Sadie no estaba allí. Como Elvis, parecía haber abandonado el edificio.

A Gil le costó dos horas y cincuenta y seis dólares recuperar el BMW que la grúa estaba retirando cuando salió de la terminal del aeropuerto con las manos vacías. Tanto Gil como su coche ya habían sufrido suficientes humillaciones aquella noche, por lo que siguió al vehículo hasta el depósito en un autobús y pagó la multa sin rechistar. Dadas las circunstancias, le pareció una ganga, pues en el casco urbano le habría costado el triple. Con todo, el viaje de regreso a Beverly Hills estuvo teñido de sombras. Sadie podría estar buscándole en algún lugar de aquella inmensa ciudad. ¡Ojalá supiera dónde encontrarla!

Cuando aparcó en el camino de acceso vio una luz encendida en el interior de la casa. Suspiró. Se sentía incapaz de enfrentarse de nuevo al histrionismo de Gina, y confió en que para entonces se hubiera calmado y hubiera recobrado la sobriedad. Cuando entró por la puerta principal, su mujer estaba sentada en la cocina.

- Hola -dijo. Daba sorbos de una taza de agua caliente y se mostraba retraída.
- Hola -respondió Gil. -¿Te encuentras bien ya?
- Mejor -contestó ella. -Gracias.
- Noah volverá mañana.

- Puede que sí -dijo Gina, -o puede que no. ¿Quién querría salir con una mujer de treinta y cuatro años pudiendo elegir entre ingentes cantidades de jovencitas más hermosas, delgadas y sumisas? ¿Qué hombre seguiría mirándome ante este panorama? Noah es humano, como es natural.

Gil no quiso señalar que Noah no sólo era humano, sino también una estrella del rock entrada en años, especie humana particularmente frágil.

- Yo tendría que tener veinticuatro años, como mucho -se quejó Gina. -Odio hacerme mayor en esta ciudad.

- Voy a prepararte un café. -Gil le puso la mano en el hombro; ella la acarició con cautela y le apretó los dedos.

- No quiero café -dijo. -Lo que quiero es otra liposucción. Otra inyección de Botox aquí y allá. Un implante de colágeno.

Gil sirvió dos cafés y se sentó frente a Gina. Era un brebaje recalentado y amargo y decidió no tomarlo.

- Estás muy bien así.

Y había estado mejor antes de remodelar todo su cuerpo. Gil reflexionó que existe algo intrínsecamente más atractivo en las mujeres cuyos rostros y pechos tienen capacidad de movimiento.

- Eres un ejemplar único en los alrededores, Gil McGann. -Gina examinó el café y apartó la taza. Exhaló un suspiro melancólico. -Un hombre amable, formal y monógamo.

Gil no le recordó que ella se había pasado la mitad de su matrimonio mostrando desprecio hacia su amabilidad, formalidad y monogamia.

- Sadie tiene mucha suerte -añadió. De repente, una luz se encendió en su cerebro. -Por cierto, ¿dónde está?

- No lo sé -admitió Gil. -No estaba en el aeropuerto.

Gina bajó la cabeza.

- La culpa es mía.

Por una vez, Gil no sintió la necesidad de contradecirla. Efectivamente, era su maldita culpa. Lanzó una mirada expectante al contestador.

- ¿Algún mensaje?

- No. -Gina le miró con ojos compasivos. -Me voy a la cama -anunció Gil. -Estoy hecho polvo.

- Gracias otra vez -dijo su mujer. -No sabía adónde ir.

Gil estaba demasiado cansado como para señalar que siempre iba a buscarle a él en momentos de crisis.

Gina empezó a juguetear con el pelo. Le miró bajo las largas pestañas teñidas de rímel y Gil cayó en la cuenta de que se había vuelto a maquillar, dado que los churretes de barra de labios y los surcos grises provocados por las lágrimas habían desaparecido. Nunca entendería a las mujeres. La vida de Gina podría estar desmoronándose a su alrededor, pero ella se preocupaba de que, mientras tanto, sus uñas lucieran una manicura impecable.

- Te veré por la mañana -dijo Gina.

- Ya es por la mañana -precisó Gil y, agradecido, se encaminó hacia el dormitorio.
Nunca habría imaginado que la primera noche de Sadie en Los Ángeles iba a resultar así.

CAPÍTULO 16

Acabo de despertarme y tengo el pelo como una escobilla de inodoro. El aliento me huele a mofeta. Me levanto, intentando ignorar el hecho que mis doloridos huesos han pasado demasiadas horas en un avión y un sofá. Me acerco a duras penas al mostrador de recepción y devuelvo la colcha a Mary Ann, quien me hace un simpático gesto con los ojos.

- Gracias -acierto a decir.

- La 111 ha quedado libre -me anuncia con su voz dulce y cantarina. -Tienes media hora antes de que llegue el personal de limpieza. ¿Te gustaría refrescarte un poco?

- Me encantaría -respondo yo. -¿Podrías asegurarte de que no haya nadie dentro? No creo que mi corazón pudiera resistir otro sobresalto.

Mary Ann sonríe.

- Claro que sí, cariño.

- ¿Algún mensaje?

Mary Ann sacude la cabeza.

- ¿Por qué no lo llamas otra vez?

No estoy de humor para hablar con Gil, pero no tengo elección. Podría existir una razón perfectamente aceptable por la que hubiera olvidado ir a recogerme al aeropuerto, a pesar de que yo había dejado atrás todo lo que había conocido en la vida para estar con él. No voy a detenerme en el hecho de que una parte de mi vida consistía en enfundarme un atuendo de Lurex para servir cervezas a gamberros borrachos. Después de todo, me siento terriblemente perjudicada.

Mary Ann se sumerge tras el mostrador y saca un cepillo de dientes. Al entregármelo, me hace un elocuente gesto con la mano. No pregunto si está sin estrenar o si pertenece a «objetos perdidos». Por el momento, me da exactamente igual. Me limito a abrigar la esperanza de que no pertenezca a alguien con úlceras o herpes bucales, o alguna enfermedad mortal. ¿Qué puede contagiarse con los cepillos de dientes? Tendré que dejarlo un buen rato bajo agua caliente del grifo.

A pesar de mis sospechas sobre el pedigrí del cepillo, lo recojo agradecida y me dirijo a la 111. Echo una ojeada desde detrás de la puerta y compruebo con alivio que no hay ocupantes residuales a la vista. Me desplomo sobre la cama. ¡Qué no daría y por un par de horas en esta habitación! Pero Mary Ann ya ha sido demasiado amable conmigo, por lo que levanto el trasero y me encamino al baño para disfrutar de un breve pero intenso enjabonado. Una vez que haya terminado, confío en haber acopiado la energía suficiente como para llamar a Gil.

Gil se despertó de un salto al primer timbrazo del teléfono. Tenía que ser Sadie. Agarró con fuerza el auricular.

- ¿Diga?

- Te has retrasado un poco, ¿no? -El monocorde acento británico de Sadie le llegó a los oídos

como una bendición.

- Sí. -Gil se sentó al borde de la cama. -Me estaba volviendo loco. ¿Dónde estás?

Sadie recitó de un tirón la dirección del hotel.

- ¿Por qué no estabas en el aeropuerto?

- Sí que estuve. -Gil se recostó sobre el cabecero mientras el alivio le embargaba. Sadie había llegado sana y salva, y con un estado de ánimo relativamente bueno. -Pero llegue tardísimo y supongo que te hartaste de esperar. Tuve una emergencia.

Gil se frotó los ojos cansados como un mal actor que representa una escena matutina. Cuando apartó los puños de los párpados, sintió como si los globos oculares salieran catapultados y regresaran a las cuencas con un rebote.

- ¡Mierda!

- ¿Qué pasa? -preguntó Sadie. -Nada. Nada. -Gina estaba tumbada en la cama, a su lado, haciendo un esfuerzo por despertarse.

- Hola -dijo, arrimándose a él.

Gil tapó el transmisor con la mano.

- ¿Qué estás haciendo aquí? Gina sonrío.

- Ofrecerte compañía.

Gil salió de la cama como un resorte y se dio cuenta de que estaba desnudo. Se cubrió con el aparato telefónico.

- ¡No necesito compañía!

- ¿No necesitas qué? -preguntó Sadie.

- Nada. Nada. -Gil siguió retirándose de la cama poco a poco. -Quédate exactamente donde estás -dijo. -Llegaré enseguida.

A continuación, colgó el teléfono.

Gina se giró sobre sí de forma sugerente.

- ¿Y yo también me quedo exactamente donde estoy?

- Quiero que te marches ahora mismo, Gina. Para cuando me haya duchado y vestido, no quiero verte aquí.

- Comprendo la indirecta -ironizó Gina.

- Por lo visto te has recuperado estupendamente -observó Gil.

Su mujer se mostraba imperturbable.

- No voy a consentir que me estropees esto -prosiguió.

- No sé a qué te refieres. -Gina volvió a girarse sobre la cama, dejando al descubierto una mayor porción de piel. -Quiero conocer a Sexy Sadie.

- Todo a su debido tiempo -le prometió él. En cuanto fuera capaz de abordar con Sadie el asunto de que aún estaba casado.

Gil se rascó la cabeza. Todo a su debido tiempo. Se preguntó cómo iba a llegar al cuarto de baño sin el teléfono como camuflaje.

CAPÍTULO 17

Lavada, enjabonada, pero con la ropa interior de ayer -al revés, eso sí, -regreso escaleras abajo a la recepción del hotel.

- Está de camino -le digo a Mary Ann, quien parece tan complacida como si Gil me hubiera hecho una propuesta de matrimonio, en vez de limitarse a recordar que existo.

- ¿Crees que os irá bien juntos? -me pregunta, apretándome la mano.

- No lo sé -admito. -Eso espero, claro está.

Mary Ann arranca una hoja de su bloc y empieza a escribir.

- Llévate esto. -Empuja el papel hacia mí. -Es la dirección de mi hija. Vive en Larchmont Village. -No tengo ni idea de si esta circunstancia es buena o mala. Podría ser el equivalente en Los Ángeles a los barrios bajos. -Daniella está buscando una compañera de piso. Os llevaríais de maravilla.

Recojo la hoja.

- Los hombres no son de fiar -me advierte Mary Ann con tono conspirador. Yo me las he arreglado para llegar a esta conclusión por mí misma, la verdad; pero su preocupación por mí me produce un nudo en la garganta.

- Parece buena persona -digo, saliendo en defensa de Gil no sé por qué razón. Pero también es cierto que cuando en la tele se ven a asesinos en serie alejándose en coches patrulla, por todas partes surgen vecinos asegurando que era un hombre encantador. No se puede confiar en nadie. ¿O es que yo veo demasiada televisión basura?

- Si tienes problemas, llámala. Le hablaré de ti.

- Gracias.

- ¿Tienes trabajo?

Creo que voy a adoptar a esta mujer como mi futura madre.

- No; todavía, no.

- A lo mejor también puedo hacer algo en ese sentido -dice Mary Ann con el complacido gesto de cabeza propio de los expertos en solucionar vidas. Anota algo en otra hoja de papel. -Una amiga mía dirige esta agencia. Está buscando ayuda; uno de sus trabajadores se ha fracturado el cráneo. Llámala en cuanto te hayas instalado. Dile que vas recomendada por Mary Ann.

La mujer que tengo ante mí debería cobrar comisión.

En este instante, Gil entra por la puerta a la velocidad del rayo.

Le saludo con un ligero gesto de la mano.

- Hola.

Se acerca y me aplasta con un vehemente abrazo, arrebatándome del suelo.

- Lo siento -se disculpa. -Lo siento muchísimo.

Y eso que aún no sabe ni la mitad.

- ¿Dónde está tu maleta? -pregunta, mirando a su alrededor.

- Desaparecida -respondo. -Tomé un taxi cuando me di cuenta de que no irías al aeropuerto. El

taxista me la robó.

- ¿Robó tu maleta?

- Mary Ann me dejó dormir en el sofá.

- ¿Has dormido en un sofá?

Mi nueva mejor amiga y madre suplente asiente en silencio.

- Le robó la tarjeta de crédito.

- ¿Te robó la tarjeta de crédito?

Apruebo con la cabeza. No tiene sentido admitir que el maldito trozo de plástico no ha funcionado por voluntad propia.

- Eso es terrible -dice Gil. -Deberías haberme llamado en cuanto llegaste.

- Lo hice -indico yo. -Te llamé desde el hotel. Mi móvil no funciona aquí. Dejé un mensaje en tu contestador.

- ¿Un mensaje?

Cuando asiento otra vez, una nube oscura y amenazadora le ensombrece el rostro. Me conduce hasta la salida.

- Espera. -Me acerco a Mary Ann y le doy un abrazo. -Eres un ángel.

- Me ha encantado conocerte -dice ella. -Llámame.

Gil y yo nos dirigimos a la puerta.

- ¡Cuídela! -advierte Mary Ann.

Hay un BMW negro aparcado junto al bordillo. Me produce un sobresalto, pues de improviso caigo en la cuenta de lo poco que sé acerca de este hombre. Ni siquiera conocía la clase de coche que conducía y, sin embargo, le he confiado mi vida. Antes de que pueda poner en palabras mi inquietud Gil me abre la portezuela del copiloto.

- ¿Qué tal el vuelo? -pregunta el desconocido.

- Largo, y lleno de niños gritones. -Entonces me acuerdo de que no fui yo quien pagó el billete - Pero bien; muy bien, gracias.

- Estupendo. -La situación resulta difícil. Gil sigue estando guapísimo. No se ha quedado calvo, ni se ha puesto tupé, ni se le ha hinchado la nariz desde la última vez que nos vimos. Aún noto mariposas en el estómago; pero en este lado del mundo da la impresión de que somos personas muy diferentes. Sin contar el abrazo del principio, ni siquiera nos hemos rozado. ¿No resulta extraño? ¿Es él, o soy yo?

- Bueno, ¿cuál era la emergencia? -pregunto mientras me acomodo en el mullido asiento de cuero.

- ¿Emergencia?

- Por la que me dejaste tirada en el aeropuerto.

- ¡Ah, esa emergencia! -Gil enfoca la vista en la carretera. -Una cuestión de amistad -dice. - Tuve que echar una mano a alguien.

«¿Y qué hay de mi emergencia?», quiero preguntar, pero no lo hago.

- Te compensaré -dice Gil. -Te lo prometo.

Intento no mostrarme demasiado desconfiada, pero me parece que no lo consigo. También intento relajarme, pero eso tampoco me sale bien. Y es una pena, porque si lograra hacer que los hombros se me despegaran de las orejas, seguro que estaría disfrutando con el entorno que me rodea. A primera vista, me da la impresión de que Los Ángeles tiene muy mala prensa; yo contaba con guetos, tiroteos y barrios en ruinas. Supongo que también habrá de eso, pero por el momento parece que he aterrizado en pleno Paraíso. No hace ni frío ni calor; la temperatura es perfecta. Las calles están jalonadas de palmeras idénticas a las que bordean la pista de despegue del Thunderbird 2, en Tracey Island. Y una cosa es segura: esta metrópoli se encuentra a un millón de kilómetros de Battersea. Para empezar, está limpia. Cuando vives allí, llegas a olvidar lo sucia y repugnante que la ciudad de Londres se encuentra en la actualidad. Aquí los edificios están pintados de atractivos tonos pastel y en las zonas de hierba que lindan con la carretera se ven naranjos y limoneros cargados de frutos. Resisto la tentación de comprobar si son o no de plástico. El cielo es tan azul que entran ganas de llorar. Lo único que sé de Beverly Hills es que aquí vivían Jed, Elly May, Jethrow y la abuela Clampett, los protagonistas de la antigua serie Nuevos ricos. Ahora entiendo por qué llenaron su carro hasta los topes y se mudaron a este barrio de millonarios. No puedo creer que yo también vaya a vivir aquí. ¡Voy a alucinar!

Gil me da una palmadita en la pierna -en serio, me da una palmadita- y me pregunto a dónde ha ido a parar la pasión de las llamadas telefónicas y los *e-mail*s, y la de nuestra noche en Londres. Nos sentimos incómodos el uno con el otro y no sé por qué. Por el momento, lo achaco a haber empezado con mal pie.

Una vez tuve una cita a ciegas con un vegetariano radical que no me habló de su horror por la carne hasta que llegó mi solomillo. Parece difícil imaginar un comienzo peor. No dijo nada acerca de que el filete procedía de un asesinato, pero se pasó la cena evitando mirar la sangre esparcida por el plato y mantuvo los ojos fijos en su queso de soja frito. Estuve a punto de atragantarme con cada uno de los chorreantes bocados, aunque para cuando iba por la mitad del solomillo ya había decidido hacerme vegetariana: la carne estaba tan insípida que más me hubiera valido comerme el embalaje de polietileno en el que había sido transportada. Si mi acompañante me hubiera hablado del asunto cuando trajeron la carta, yo me habría doblegado ante sus sentimientos, habría pasado del solomillo y pedido *tagliatelle* con champiñones o algo así. Ni que decir tiene, nuestros destinos no estaban sentenciados a unirse. La velada fue memorable, pero sólo por ser una de las más incómodas de las que he pasado en compañía de otro ser humano. Ahora me siento de la misma manera, más o menos.

- ¿Eres vegetariano radical?

Gil parece desconcertado.

- No.

No tenía pinta, la verdad.

- Iremos a mi casa -dice, y a continuación hace un viraje en U y los neumáticos chirrían a la típica manera norteamericana. -Podrás refrescarte un poco.

No me apetece decirle que -con la excepción de un cambio de ropa, -me encuentro lo más fresca que puedo llegar a estar.

Tomamos Beverly Drive, donde las palmeras son más altas y numerosas; la hierba es tan frondosa que apetece echarse a rodar por ella. ¡Y no hay basura por ninguna parte! Intento acordarme de la última vez que he estado en una calle vacía de desperdicios. Las casas parecen suplicar que una estrella de cine las habite. Cuentan con pintorescos porches y ventanas emplomadas, así como complicados sistemas de riego que giran de un lado a otro mientras empapan las praderas como si estuvieran bailando al ritmo de una música inaudible. Nunca antes el mantenimiento del césped me había resultado tan apasionante. Hay viviendas con techo de paja, haciendas al estilo español, y una residencia que parece la casa de jengibre del cuento de hadas. Las mansiones lujosas abundan por doquier. Esto parece un parque temático inmobiliario destinado a millonarios. La gente real no puede habitar semejantes mansiones. Nos paramos frente a una enorme mole de hormigón y cristal que recuerda a unas dependencias municipales en plan elegante. En el pavimentado camino de acceso hay un Jeep con el parachoques destrozado. Gil frunce el ceño.

- ¿Es ésta tu casa?

- Eh… -dice Gil. En sus ojos se aprecia alg0 parecido al miedo. Tal vez la vivienda no sea suya y tenga la intención de hacerla pasar por su propiedad. -Sí, ésta es mi casa.

- ¡Vaya! -Me gustan el hormigón y el cristal, pero hasta cierto punto. Aunque imagino que las viviendas de los productores de Hollywood se asemejan más a esto que a una casa normal y corriente. No sé qué pensar. Es austera, y urbana. En esta zona residencial se ve fuera de lugar.

- ¿Te gusta?

- Bueno, yo… Sí.

- A mí no -puntualiza Gil.

- Entonces, ¿por qué vives aquí?

- Empiezo a preguntármelo -responde enigmáticamente. Se gira hacia mí y parece mirarme por primera vez. -Creo que iremos de compras.

- ¿Ahora?

- No tienes nada de ropa -razona Gil. -Te llevaré a Rodeo Drive.

- Pero aún no habrán abierto, ¿no te parece?

Gil mira el reloj. Lo que de verdad deseo es sentarme a tomar una taza de té caliente; pero resulta tan británico que no soy capaz de formularlo. La última comida que he tomado se encontraba en una bandeja de plástico y consistía en espirales de goma aplastadas que se hacían pasar por pasta. No me vendría mal un tentempié como bollitos recién hechos, tostadas con canela o tortitas empapadas de sirope de caramelo. Esas son las cosas que de verdad me apetecen.

- No dispongo de dinero para ir de compras a Rodeo Drive -argumento yo.

¿Acaso Gil se ha olvidado de que no tengo ni un centavo? Imagino lo bochornoso que debe de ser cuando te rechazan la tarjeta en Armani.

- Invito yo -dice. -Es lo menos que puedo hacer.

Mantengo la esperanza de que no se trate del tipo de hombre que intenta salir airoso de las

situaciones comprometidas a golpe de talonario. Lo odio. Aunque en este preciso instante estoy dispuesta a dejarme comprar.

- ¿Podemos entrar un momento? -Gil se muerde el labio.
- El hombre de Control de Plagas sigue dentro.
- ¿Es que tienes plagas?

Gil pisa el acelerador y nos alejamos de la casa.

- Sólo una -dice. -Pero es enorme.

CAPÍTULO 18

Rodeo Drive centellea bajo el sol matutino. No me extraña que la zona se conozca como el «triángulo de oro»; las tiendas son llamativas y rutilantes, con gigantescos escaparates relucientes decorados con oropel. Todas están cerradas, y sólo los barrenderos honran las aceras.

Los nombres de los comercios son los habituales en las mejores revistas de moda: Prada, Escada, Versace, Gucci, Armani o Tiffany. Es como recitar una letanía. No me va este tipo de compras. Ni siquiera cuando tenía dinero llegué a perder la cabeza hasta tal punto. Al fin y al cabo, era una chica de ciudad, con hipoteca. Lo que ahora necesito es el equivalente norteamericano a la cadena Matalan. Al pasar, miramos el escaparate de una joyería y vemos anillos del tamaño de candelabros y cadenas de oro que podrían amarrar un crucero a puerto. ¿De verdad la gente se pone estas cosas? Todo es mercancía única y exclusiva, de la máxima calidad. Un escaparate del lujo con mayúscula. La exuberancia alcanza una escala cuya existencia nunca sospeché. No puedo soportar tamaña opulencia con el estómago vacío. Encontramos un pequeño café que parece fresco y en penumbra. Entramos.

La camarera nos conduce a un tranquilo reservado y Gil se sienta enfrente de mí.

- Hola, ¿qué tal están? -dice ella arrastrando las palabras.

La verdad es que no sabría qué contestar. Nos entrega una carta a cada uno y desaparece. Atenazados por la tensión, respiramos hondo y después sonreímos.

- No es así cómo pensé que ocurriría -adelanta Gil.

- Yo, tampoco.

Alarga el brazo a través de la mesa y me coge de la mano.

- Volvamos a empezar -propone, y cuando sonríe arruga los ojos.

- De acuerdo.

La camarera regresa y pido unas tortitas. Gil, también. Por primera vez desde que he llegado empiezo a relajarme.

- ¿Cuánto tiempo piensas quedarte? -pregunta Gil.

Una enorme burbuja de desasosiego se hincha en mi cerebro.

- Podría tomarme unos días de vacaciones, y enseñarte todo esto -prosigue.

- Sería estupendo.

¿Es ahora cuando toca recordarle que me envió un billete con la fecha de vuelta abierta? Creí que era prácticamente lo mismo que un pasaje sólo de ida. Yo había salido corriendo para estar con él, y en ningún momento pensé que se trataría de algo temporal, ni de unas vacaciones. Pensaba instalarme indefinidamente. Me atrevo incluso a admitir que había llegado a escuchar el débil tintineo de campanas de boda. Y, sin embargo, a Gil parece preocuparle la posibilidad de que pueda quedarme un par de semanas. No cabe duda: nuestra comunicación transatlántica ha sido deficiente.

Llegan las tortitas. Una pila de nubes apetitosas, esponjosas y doradas que huelen a gloria,

coronadas por angélicas huestes de nata montada y arándanos frescos, y rodeadas de un lago de sirope de caramelo. ¡Hmm!

Me siento incapaz de probar bocado. ¿Cómo he podido estar tan confundida? Creí que Gil se moría por tenerme a su lado. ¿Qué ha pasado? ¡Mierda!

Gil ataca sus tortitas con decisión.

- Me gustaría verte lo más posible durante tu estancia.

- Eso estaría bien. -Necesito que alguien me dé un golpe seco en la nuca para que la aguja vuelva a colocarse en el surco del disco. -Podría quedarme una temporada -digo con mayor confianza de la que siento. -Si tú quieres. -El tenedor de Gil se ha detenido en seco a medio camino de su boca. -Me han ofrecido un trabajo.

- Entiendo. -Da la impresión de que va a atragantarse con las tortitas. -¿Qué clase de trabajo?

- En una agencia -respondo, lamentando no haber mirado la nota que Mary Ann me entregó tan amablemente. Si la hubiera leído, podría decirle de qué tipo de agencia se trata.

- Eso estaría bien -apostilla Gil. ¡Por todos los santos! Acaba de rematar la faena. Nos quedamos mirando nuestros respectivos platos.

- El tiempo es genial aquí, en California. Típica conversación británica en momentos de crisis.

- Sí. Aunque en esta época no suele hacer tanto calor. -Gil hace esfuerzos por parecer entusiasmado con el tema. -Tenemos menos de doscientos cincuenta centímetros cúbicos de lluvia al año.

- ¡Vaya! -Yo también trato de parecer fascinada. -Eso es lo que llueve en Londres a diario.

- Sí, lo he oído -asiente Gil.

Empujo mis tortitas hacia un lado. El olor dulzón me provoca ganas de vomitar. Gil empuja su plato y lo coloca junto al mío.

- Vayamos de compras -digo yo, y salgo del reservado antes de que Gil pueda discrepar.

CAPÍTULO 19

Regresamos a casa de Gil y el malogrado Jeep del hombre de Control de Plagas sigue allí. Al verlo, Gil palidece un poco. No me cabe duda de que hay gato encerrado en este asunto de las plagas.

Tras unos instantes de incertidumbre, Gil se introduce en el camino de acceso y frena el coche.

- Tengo algo que decirte.

Me he estado preparando para este momento.

- ¿Quieres que me vuelva a Londres?

- No, ¡claro que no! -Se muestra horrorizado. -¿De dónde has sacado semejante idea?

Me encojo de hombros. Mis emociones son demasiado complejas como para ponerlas en palabras.

- Es algo más complicado -dice Gil mientras se frota la barbilla. Siento ganas de rascarle la barbilla yo misma. Con los labios, a ser posible. Cuando está nervioso resulta aún más apetecible. -¿Recuerdas que anoche tuve que ayudar a cierta persona?

Asiento en silencio.

- Bueno, pues esa persona sigue aquí.

- ¿Y eso es un problema?

Yo no me manifestaría tan cautelosa si llevara a Gil a casa para presentarle a Alice.

- Puede llegar a ser una mujer muy difícil.

¿Mujer?

- Yo también.

Gil suelta una risa nerviosa.

- ¿Es ella el hombre de Control de Plagas? -digo, pues no es fácil embaucar a una chica como yo.

- Sí -admite Gil, si bien le resulta doloroso.

Me coloco una forzada expresión de júbilo.

- ¿A qué esperas? Vamos a conocerla.

El hombre de Control de Plagas es alta, esbelta y rubia. Viste lycra blanca y exhibe pinturas de guerra. No parece el atuendo habitual para exterminar cucarachas, pero no me olvido de que estamos en Los Ángeles. ¿Hasta cuándo pensaba Gil que iba a tragarme sus embustes?

Gil cambia el peso del cuerpo sobre uno y otro pie. Nos encontramos en un magnífico atrio de cristal y se comporta como si ésta no fuera su casa. El hombre de Control de Plagas está en el sofá viendo la televisión, con los pies subidos al asiento. Yo voy cargada de bolsas de algunas de las tiendas más a la última -y también más caras- del mundo. Fue estupendo entrar en Dior vestida con la ropa arrugada con la que ayer crucé el Atlántico. Bueno, vale; no fue estupendo. No tuve la valentía de hacer pasar mi atuendo por el último grito en moda londinense, y me encogí ante el escrutinio de las altivas dependientas, que rozaban la anorexia. Me siento como si

estuviera en Pretty Woman. Gil es Richard Gere, y yo soy la desaliñada prostituta de buen corazón. Aunque me las ingenié para arrastrar a Gil a varias de las tiendas más asequibles de la zona -Gap, Banana Republic o Morgan, -ahora soy la orgullosa propietaria de ropa nueva por valor de dos mil dólares, aunque la verdad es que no necesitaba ninguna de estas prendas. Tengo un par de pantalones que pueden durarme una semana sin lavar. Suelto las bolsas en el suelo. El hombre de Control de Plagas se gira.

- Hola -dice con un gritito, y se pone de pie.

Cuando el hombre de Control de Plagas se agacha para apagar el televisor, observo que su trasero es como un pequeño albaricoque sin madurar. Los pantalones a media pierna que lleva son tan estrechos que no acierto a comprender cómo puede sentarse con ellos puestos. Definitivamente, son SDP, «sólo de pie». También dejan al descubierto que no lleva ropa interior, aunque lo más probable es que a ella no se la hayan robado. Para seguir con el símil de la fruta, sus pechos son puntiagudos como dos melones macizos. Todo un desafío a la gravedad. El único busto parecido que he conocido es el de la muñeca Barbie. Al igual que me ocurre con la sonriente escritora y la recepcionista francesa, ya siento odio por esta persona. El concepto de hermandad entre mujeres no hace mella en mí por el momento.

Se acerca con paso lento hacia nosotros mientras se lame los dedos, manchados de yogur. -¡Tú debes de ser Sadie!

- Sí -respondo.

Alarga hacia mí su mano pegajosa.

- Gina -dice, agarrando la mía.

Sus ojos me sondean como uno de esos detectores de metales que utilizan en los aeropuertos para encontrar tijeras de manicura y pinzas de depilar escondidas, que podrían venirles bien a los despavoridos pasajeros durante un ataque terrorista. Se nota que se ha fijado en la raya visible de mis bragas, la carencia de pechos con forma de melón y mi trasero como un saco de nueces. Supe que odiaría este puñetero lugar en cuanto llegué.

Me doy un repaso rápido y concluyo que tengo el aspecto de refugiada bosnia.

- Me han robado la ropa -alego en defensa propia.

- Ya. -Se fija en las bolsas de compras y mira a Gil con el ceño fruncido. -Bueno, pues no parece que te lo hayas pasado mal reponiéndola. -Examina las marcas otra vez. -No sé si Gil tendrá espacio en su armario; siempre puedo cambiar algunas prendas de sitio.

El hombre de Control de Plagas aletea las pestañas. Los tres permanecemos en silencio.

- ¿Te vas a alojar aquí? -pregunta ella.

- No -replico yo, ante lo cual ambos se muestran convenientemente atónitos. Debo decir que yo misma estoy más bien estupefacta. -Ya he encontrado un sitio donde alojarme.

- Entiendo -replica, ligeramente confusa. Y yo me anoto una victoria, por minúscula que sea.

- Tienes que quedarte aquí -exige Gil, ignorándome por completo y mirando directamente al tercer contendiente. -Yo te invité. -Empezaba a pensar que se le había olvidado. -Gina se marchará muy pronto.

- Bueno, ya sabes lo que dicen -comento con sarcasmo. -Dos son compañía, tres son multitud.

- En Los Ángeles dicen que dos son compañía y tres son diversión -dice Gina lanzándome una mirada de suficiencia.

- Me gusta tener mi propio espacio -señalo. Y esto lo dice una mujer que ha estado viviendo en la hamaca de una amiga los últimos tres meses.

- Venga -dice Gina, alzando en el aire varias de las bolsas. -Te llevaré a la habitación de invitados. Gil, cariño, prepáranos algo frío para beber.

Sin protestar, Gil desaparece en la cocina.

Gina camina tambaleándose por delante de mí y yo la sigo, lamentando que mi trasero no consiga contonearse como el suyo. Entramos en un cuarto del tamaño del piso entero de Alice. Una de las paredes es de cristal y da a la piscina, que parece sacada de un cuadro de David Hockney. En la distancia se divisan más palmeras y las colinas de Hollywood. Me encantaría instalarme aquí.

Extiendo mi ropa nueva sobre la cama. La verdad es que me gustaría tumbarme y echar una cabezada; el desfase horario provoca que los ojos me pesen como losas. Tal vez me sienta mejor una vez que me haya cambiado. Pero de ninguna manera me voy a desnudar delante de este insecto palo.

Entonces caigo en la cuenta de que, si es que voy a quedarme, más me vale mantenerme en términos amistosos con Gina. Puede que no responda a mi idea de una amiga, pero está claro que piensa seguir formando parte de la vida de Gil.

Probaré el método amable. Sacaré un tema inofensivo.

- ¿Y cómo es que conoces a Gil? -pregunto.

Gina abre una de mis bolsas de marca; es de Sacks Fifth Avenue, diminuta, y contiene un tanga de encaje aún más diminuto. Lo mira con desprecio y después dirige la mirada hacia mí sin alterar la expresión.

- ¿No te lo ha dicho? -El desprecio da paso a una mueca un tanto diabólica. -Soy su mujer.

CAPÍTULO 20

- ¿Que le has dicho qué? -bramó Gil.

Sintió ganas de golpearse la cabeza contra la puerta de la nevera, y lo habría hecho si el electrodoméstico no le hubiera costado una fortuna. Las cosas no habían empezado precisamente bien con Sadie; ahora iban de mal en peor.

- Me he limitado a decirle lo que tú no le habías contado -replicó Gina.

- No eres mi mujer -insistió Gil.

- Pues enséñale los papeles del divorcio.

- Se estará preguntando dónde diablos se ha metido. Recobremos la cordura -suplicó Gil. -Vuelve junto a Noah.

- No puedo.

- ¿Le has llamado?

- Claro que le he llamado. No quiere que vuelva. -Gina ahogó un sollozo. -Y ahora tú tampoco quieres que me quede aquí.

- Gina -dijo Gil con tono tranquilo y razonable. -Sadie es importante para mí. No lo eches todo a perder comportándote como Elizabeth Taylor.

Gina hizo un puchero.

- Alguna vez tenía que enterarse.

- Sí, es verdad; pero no justo ahora.

Gina se acercó lentamente a Gil y le rodeó la cintura con los brazos.

- ¿Por qué no podemos quedarnos los tres? No seré un estorbo.

- Necesitamos intimidad para llegar a conocernos. Puedo llamar a Noah -se ofreció Gil. -Tomaré una copa con él.

- Noah no bebe -apuntó Gina.

- ¿No puedes mudarte a su casa de invitados?

- ¿Es que quieres que tu mujer viva en una casa de invitados?

- Te compraré una casa para ti sola. La que quieras.

Gina se quedó pensando.

- ¿Dónde?

- En cualquier sitio. Quédate con ésta.

- ¿No es un poco pequeña?

- Tiene seis dormitorios y seis baños. Ya lo sabes, la elegiste tú. ¿Cuántas habitaciones necesitas, por el amor de Dios?

- No hace falta que te pongas así. -Gina miró su reloj de pulsera. -Tengo que decorar un perro. -Agarró el bolso y las llaves del coche. -Luego nos vemos. -Lanzó un beso a Gil y se dispuso a marcharse.

- ¡No vuelvas! -gritó Gil mientras Gina se alejaba.

- Sólo serán unos días, Gil -respondió ella con otro grito. -No puedes negarte.

Gil suspiró. Ese era el problema principal: se sentía incapaz de negarle nada a Gina.

CAPÍTULO 21

Bienvenidos a la «Ciudad de Oropel», donde no es oro todo lo que reluce, sobre todo en lo que a los habitantes se refiere. Yo encajo a la perfección. Los vaqueros bordados de DKNY y la camiseta de Armani que llevo encima sobrepasan los doscientos dólares, pero no tengo ni un centavo. Con todo, doy una apariencia de lo más chic y puedo enfrentarme sin complejos a la mujer de Gil; bueno, ojalá pudiera. Soy una maldita cobarde y no me he atrevido a salir del cuarto para enterarme exactamente de la situación; en el fondo, no sé si quiero enterarme. Lo único que sé es que tengo que marcharme cuanto antes. Cuando lo cuente en el pub va a ser un bombazo. Alice se va a partir de risa.

Esto es de locos. Saco los papeles arrugados que me entregó Mary Ann e intento descifrar su letra. Primero, buscaré un trabajo; después, alojamiento, una vez que me haya asegurado algo de dinero para pagarlo. Marco el número en el teléfono de la mesilla de noche. Me importa un bledo abusar de la hospitalidad de mi anfitrión ahora que sé que es un bastardo mentiroso.

- Cabriolas Espectaculares.

- ¿Perdón?

- Cabriolas Espectaculares -repite la voz. -proporcionamos los especialistas que usted necesita para toda clase de escenas de acción y riesgo.

- Ah -digo yo. Me preguntaba a qué clase de cabriolas se referiría. -Quería hablar con Bay Cavendish, por favor.

Confío en que sea el nombre correcto. Mary Ann es una mujer maravillosa, pero no destaca por su caligrafía.

- Un momento. -Se escuchan prolongados murmullos. -Me temo que ahora mismo está ocupada.

- Entiendo. Su amiga Mary Ann me dijo que llamara -explico. -Me llamo Sadie Nelson. Acabo de llegar de Londres y busco trabajo.

Mensaje recibido.

- Ven a vernos. Bay te recibirá sobre la marcha.

- Estupendo.

- ¿Dónde estás?

No tengo ni idea.

- Creo que en Beverly Hills.

- Nosotros estamos en Wilshire Boulevard.

La mujer recita las señas y se embarca en una perorata de calles, bulevares, zonas residenciales y áreas céntricas mientras yo intento a la desesperada memorizar las instrucciones y buscar, en vano, un bolígrafo.

- Gracias -digo. -No tardaré en llegar.

Cuelgo el auricular al tiempo que el pánico empieza a acecharme. Gil está junto a la puerta.

- ¿Adónde vas?

- A una entrevista de trabajo -respondo. Me pongo de pie y me paso la mano por los vaqueros nuevos.

- Estás guapísima -dice él.

- Gracias. Te devolveré el dinero.

No sé muy bien cómo, pero me estoy convirtiendo en una experta en gestos grandilocuentes.

Gil sacude la cabeza.

- No te preocupes. Dinero no me falta.

- Parece que tampoco te faltan mujeres -observo con sorprendente calma, cuando lo que en realidad deseo es lanzarle un zapato a la cabeza.

- Eso no es cierto, en absoluto -salta Gil. -No sé qué decir. Gina no es mi mujer. -Se sienta en la cama. -No en el verdadero sentido de la palabra.

- ¿Por qué no me lo dijiste?

- Me abandonó hace dos años por el encargado de la piscina. -Gil intenta sin éxito soltar una carcajada. -Ahora vive con un cantante de rock bastante mayor que ella. Se pelean. Gina se emborracha, se llena de pastillas y se planta ante mi puerta. -Gil parece tan exhausto como yo. -Sé que debería echarla, pero no puedo. Soy la única persona que se preocupa por ella. Sin mí, acabaría fatal, y yo nunca me lo perdonaría.

Me siento a su lado.

- ¡Mierda! -exclamo con un suspiro. Parece que en lugar de en el Triángulo de Oro, me he metido de lleno en el clásico triángulo amoroso.

- Ha sido muy poco oportuno -se lamenta Gil con un aire optimista que yo no comparto. -Ten paciencia, por favor.

- Tienes que arreglar el asunto con Gina -tercio yo.

- Quédate aquí mientras lo soluciono.

Me da la impresión de que no va a encontrar el coraje necesario a menos que yo esté presente, pero no estoy dispuesta a dejarme utilizar a modo de ariete.

- No puedo dormir en la habitación contigua a la de tu mujer -argumento. -Será algo normal en Los Ángeles; pero no pienso consentirlo, de ninguna manera.

Reparo en que mis palabras son el equivalente a: «¡O ella, o yo!». Pero así es cómo me siento y, por el momento, no parece que sea yo la que vaya ganando.

- Tengo que marcharme a la entrevista -digo.

- Te llevaré.

- Puedo ir andando -digo, pero mis piernas han olvidado lo que es el movimiento.

- Nadie va andando a ningún sitio en Los Ángeles -explica Gil. -Te arrestarían. Si quieres caminar, podemos ir a un gimnasio.

- De acuerdo -accedo yo.

No tengo fuerzas para luchar. Estoy derrotada. Mi príncipe encantador tiene tendencias de sapo, como todos los demás. ¿Cuándo aprenderé que las cosas no son lo que parecen? Y es justo en esta ciudad donde debo tenerlo más presente.

CAPÍTULO 22

Bay Cavendish, propietaria de las agencias de talentos Cabriolas Espectaculares y Toma Doble se llama, simple y llanamente, Bárbara Cavendish y viene de Essex, Inglaterra. Aunque ha desterrado su vulgar nombre en favor de un seudónimo más glamuroso, su acento revela un trasfondo social en el que abundan los tacones de aguja de color blanco. El dicho que reza «Es posible sacar a una chica del barrio pobre, pero no se puede sacar el barrio pobre de la chica» nunca ha sido más acertado.

- Hola, cielo -dice estrechándome la mano. -Mary Ann me ha contado que buscas trabajo.
- Eso es.

Resulta difícil averiguar la edad de Bay. Podría tener cincuenta años, aunque aparenta treinta; es de carnes prietas y rubia de bote. Desde que he llegado a Los Ángeles no paro de pensar que ojalá fuera morena, pues da la impresión de que el pelo castaño escasea por estas tierras. Bay podría ser la otra hermana -más rellenita- de Jackie Collins. No parece importarle el hecho de que los años ochenta pasaron a la historia, y va enfundada en unas mallas de lycra de imitación de leopardo y una blusa negra de gasa por la que se le transparenta el sujetador.

- ¿Puedes empezar ahora mismo?
- ¿Ésa es toda la entrevista?
- Aquí no nos andamos con ceremonias -aclara Bay. -Mary Ann te considera buena para el puesto y dice que puedo pagarte en dinero negro.

¿Qué más puede desearse de un empleado? Desde el exterior, el edificio donde se encuentra la oficina es una elegante construcción de cristal negro, dispuesta en gradas, como las edificaciones que realizan los niños con sus bloques de plástico. La agencia de Bay ocupa la planta superior y ofrece vistas a la mayor intersección de tráfico de Wilshire Boulevard. El interior es menos impactante: un amasijo de escritorios grises, pilas y más pilas de carpetas y una aspidistra en estado terminal.

- ¿En qué consiste el trabajo, exactamente?
- Min se encarga de Cabriolas Espectaculares. -Bay señala con la cabeza a una atractiva joven china, quien me ofrece una sonrisa. -Proporcionamos a las películas de acción actores especialistas; personas dispuestas a lanzarse desde lo alto de un rascacielos por dinero. -Da la impresión de que a Bay le hace gracia la idea. -Cualquier cosa que implique peligro y atrevimiento. Tú te pondrías a cargo de Toma Doble. Acuden a nosotros quienes necesitan unas tetas o un culo para sustituir en pantalla a los de actrices como Julia, Gwyneth o Cameron. Dicen que J-Lo saca su propio trasero.

Interesante.

- También ofrecemos dobles de famosos: Brad Bill… Clinton -añade para que no quepa duda.

No se me ocurren otros Bill.

- ¿Bob? -pregunto con el fin de parecer en la onda, de estar al día con la jerga de Hollywood.
- Bob ¿qué?

- Redford.

- No lo solicitan mucho. Ya está un poco mayor. -Bay esboza un gesto de lástima. -Fergie es muy popular; la hace Bernadette, una chica irlandesa que vive en La Brea. Excelente relación calidad-precio. Voz pija y todo lo demás. Puede hacer de Fergie gorda y de Fergie delgada.

No quiero saber cómo; ni siquiera quiero saber cómo lo hace la auténtica Fergie.

- Bernadette estuvo en el lanzamiento de un libro la semana pasada. No se notaba la diferencia; con el champán y los canapés se encuentra como en casa. Yo preferiría hacer eso a dejar que me prendieran fuego como medio de subsistencia -comenta Bay.

- ¿Qué le ocurrió a la última chica? -pregunto yo. -Mary Ann me dijo que se había fracturado el cráneo. ¿En alguna escena como especialista?

- No, no; ni mucho menos. Nosotros nos limitamos al trabajo administrativo -me asegura Bay. -Se tropezó con el cable de un ordenador. La muy lagarta va a demandarme. -Bay da una palmada. -Bueno, ¿te quedas con nosotros?

Me echo a reír.

- Me encantaría.

- Genial -dice Bay y me propina un golpecito en la espalda. -Min, enciende el hervidor eléctrico y luego enséñale a Sadie de qué va esto.

Una oleada de delirio me envuelve. No me lo puedo creer. Llevo un solo día en Los Ángeles y ya he perdido a un novio y ganado varios conjuntos de marca y un empleo. Lo que necesito ahora es un poco de dinero y un sitio donde vivir.

- Nos lo pasaremos en grande -promete Bay.

Estoy convencida de que así será. Y me alegro de no ser la encargada de responder el teléfono y anunciar: «Cabriolas Espectaculares», sin echarme a reír.

CAPÍTULO 23

- Por favor, no lo hagas -suplica Gil mientras me lleva a casa de Daniella Silverstone, la hija de Mary Ann y mi nueva casera para el futuro previsible. No hay necesidad de ir en coche. Si hubiera tirado una piedra desde la ventana de mi oficina habría podido alcanzar la casa de Daniella. Gil lleva la culpabilidad escrita en el semblante.

- Tengo que hacerlo. -Me aferro a mi colección de bolsas de marca como una «sin techo» de altos vuelos. -No puedo compartir casa con tu mujer.

- No es mi mujer.

Pues desde luego, actúa como si lo fuera.

- Gina no es mi tipo de persona -alego yo, lo que es la forma más diplomática que encuentro de decir «Gina es una zorra manipuladora».

- Tampoco es mi tipo de persona -insiste Gil.

Frenamos a las puertas de casa de Daniella, pequeña construcción de una sola planta situada en una tranquila calle secundaria de Larchmont Village. Cuenta con una cuidada zona de césped, un porche frontal con montones de plantas en macetas de terracota y un bonito utilitario deportivo, aparcado en el camino de acceso. El tamaño de la vivienda se acerca más a mis gustos que el de la casa de hormigón y cristal. Tiene más de hogar acogedor que de hotel impersonal. El edificio entero cabría en el atrio de Gil. Sólo he hablado un momento por teléfono con Daniella, y albergo la esperanza de que sea tan agradable como su madre.

- Déjame entrar contigo -dice Gil. Parece compungido.

- No. -Niego con la cabeza. -Todo irá bien.

- Sólo será por unos días -persiste. -Gina volverá con Noah y nos la quitaremos de encima.

«Ya se encargará ella de ponerse a alguien encima», pienso yo. Las ideas maliciosas siempre me hacen sentirme mejor. Hasta que no lo vea, no creeré la promesa Gil.

- Te he comprado un móvil nuevo. -Me lo entrega. -Mis números están programados.

Pulsa una serie de teclas y me enseña una ristra de números de teléfono diferentes. Seis en total: casa, oficina, móvil, gimnasio, etcétera., etcétera., etcétera. Nunca lograré seguirle la pista.

- Tienes que dejar de comprarme cosas, Gil.

- Es lo menos que puedo hacer.

Es lo más irritante que puedes hacer, pienso yo. Pero, sabiamente, me lo callo. La verdad es que tengo un pequeño problema de activo líquido.

- Tengo que pedirte un favor -digo; me cuesta decirlo, pero se me va dando bien eso de tragarme el orgullo.

- Lo que sea -asegura Gil, lo que me parece una respuesta precipitada, dada nuestra complicada situación actual.

- Necesito un préstamo -digo yo. -Hasta que termine de organizarme. -Ya he superado mi primera tarde con Toma Doble, pero no me pagan hasta últimos de semana y no creo que

Daniella acceda amablemente a una promesa de pago. -¿Podrías prestarme unos cientos de dólares? Imagino que Daniella me pedirá un depósito.

- Todo tuyo -replica mientras saca mil dólares de su billetero.

- No necesito tanto.

- Cógelo. -Gil aprieta los billetes contra la palma de mi mano. -Guárdalo a modo de fondo para contingencias.

Recojo los dólares. Aunque me siento fatal, no tengo elección y me recuerdo a mí misma que se trata de una medida temporal.

- Te lo devolveré.

- No hace falta -dice. -Sólo es dinero -concluye con el tono desganado propio de quien disfruta de una fortuna.

Es cierto que el dinero no lo es todo, pero significa mucho más cuando uno está sin blanca. Además, no es el capital de Gil lo que quiero; es su tiempo, su atención y la mitad de su cama doble. No quiero su dinero, ni tampoco a su esposa en el cuarto de invitados. Yo deseaba a un hombre de una sola mujer. ¿Acaso es algo tan difícil?

- Hablaré otra vez con Gina, esta noche -asegura Gil.

¿En serio?

- Arreglaré este asunto.

Se me ocurre que si no ha sido capaz de arreglarlo en dos años, lo mejor será que no me haga ilusiones. ¡Y yo que creía que las complicadas eran las mujeres!

- Más vale que entre y me instale -le digo, y me pasa por la mente que quizá debería haber calificado todo el asunto como caso perdido y haberme subido en el primer avión con dirección a casa.

- ¿Podré verte luego? -pregunta Gil, como si yo no hubiera venido desde el otro lado del mundo para verle a él.

- Estoy cansada -respondo. «Demasiado cansada como para enfrentarme otra vez a Gina», quiero decir.

- Hay un restaurante a la vuelta de la esquina -propone él, -un pequeño local griego. La comida es excelente; te gustará. Cenemos juntos, al menos.

Parece que es la única opción de la carta.

- De acuerdo -replico yo, y nos quedamos mirándonos unos instantes. Aún no nos hemos besado ni nada parecido, y cuanto más lo retrasamos, más difícil parece salvar el puente que separa nuestros labios.

Da la impresión de que Gil estuviera considerando la posibilidad; pero cambia de opinión. ¿Es esta reacia criatura el mismo hombre que estaba loco por mí y me declaró amor eterno en nuestra única noche en Londres? Me temo que eso parece.

CAPÍTULO 24

Gil y Steve se encontraban en el senado de los arutigas -gigantesca construcción de madera contrachapada situada en el plató número 10, -encaramados en cajones de embalaje y bebiendo café de máquina. El decorado estaba a punto de terminarse y una mujer se afanaba en dar apariencia de mármol a las columnas. Mientras tanto, se escuchaba el martilleo constante del carpintero, quien instalaba un pavimento de cartón que imitaba a la pizarra.

- Estás actuando como un verdadero gilipollas -sentenció Steve tras unos instantes de reflexión, -si me permites el comentario.

- Por eso he venido a que me aconsejes -repuso Gil con ironía. -Tus críticas siempre son constructivas.

- Bueno, ¿qué esperabas? -saltó Steve. -Ella lo ha abandonado todo…

- No ha abandonado nada -interrumpió Gil.

- Ha cruzado el Atlántico sólo para estar contigo-precisó Steve, -y al llegar se encuentra con que tu lunática ex mujer sigue en tu casa.

- No empecemos. -Gil estaba exasperado. ¿Por qué nadie era capaz de comprender la situación? ¿Por qué no podía Steve entender lo que pasaba? -No vive conmigo. Está en un momento de crisis y la estoy ayudando.

- Gina sufre una crisis un día sí y otro, también -señaló Steve. -Y tú siempre estás ahí para sacarle las castañas del fuego.

- No puedo evitarlo -confesó Gil. -Me siento responsable de ella.

- Suerte que tiene -observó su amigo, -porque no parece sentirse muy responsable de ella misma.

- Puede que sea ligeramente inestable -convino Gil.

- Eso es como decir que Julia Roberts está ligeramente buena.

- Me da miedo que, si la obligo a marcharse, cometa alguna estupidez.

- Mientras tanto, tú sí que cometes una estupidez y pones en peligro una relación potencialmente estupenda, por no decir sexualmente satisfactoria, con alguien que es lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo. -Steve lanzó a Gil una mirada elocuente. -Y lo que digo no es ninguna tontería.

- ¿Crees que me estoy portando como un idiota?

- Un poco, sí -convino Steve.

Gil clavó la mirada en las columnas. En la gran pantalla, aquello parecería un edificio intergaláctico de un lujo colosal. Los espectadores del mundo entero se quedarían boquiabiertos al verlo. En realidad, no era más que montones de madera y cartón decorados con imaginación. En aquella ciudad, nada era lo que aparentaba.

- No sé qué me pasa -dijo Gil sacudiendo la cabeza.

- Yo sí lo sé. -Steve recriminó a Gil con el dedo índice. -No está lo bastante loca para tu gusto. -Eso es una idiotez.

- No lo es -insistió Steve. -Estás acostumbrado a mujeres que han perdido la cabeza. Cuanto más chaladas, mejor. Sólo tienes que pensar en tu patética y demente ex esposa.

- Gina no está loca.

- Lleva ese peinado tieso, al estilo de las presentadoras de telediarios. -Steve asintió varias veces con la cabeza. -Me asusta el pelo que no se mueve. Debería asustarte a ti también.

Gil se rió entre dientes.

- ¿Es eso todo lo que buscas en una mujer? ¿El pelo natural?

- Lo más probable es que Sadie sea demasiado corriente -prosiguió su amigo, haciendo caso omiso de Gil. -Las inglesas son así, tienen los pies en la tierra. Es por toda esa lluvia; las mantiene empapadas y, por tanto, apegadas al suelo. -Steve se iba animando con el asunto. -Las mujeres de California se secan y empiezan a flotar. Tienen la cabeza llena de aire. Créeme, lo más estrafalario que hará Sadie será servirte de vez en cuando pastel de carne y *spotted dick*[3].

Gil hizo una mueca de alarma.

- Eso no me va a gustar.

- Es un pudín -aclaró Steve, -un pudín excelente. Con pasas y grosellas.

- Definitivamente, no pienso probarlo. -Gil se estremeció. -No entiendo cómo la cocina inglesa es tan popular.

- No cambies de tema. Una chica corriente y chapada a la antigua te vendría de maravilla.

- Para empezar, Sadie no tiene nada de corriente; es preciosa. Además, no está chapada a la antigua.

- Aún mejor. -Steve se encogió de hombros. -Entonces, ¿cuál es el problema?

Los hombros de Gil se desplomaron.

- No lo sé.

- Yo, sí.

- Empiezo a arrepentirme de haberte pedido opinión.

- Lo que pasa es que eres demasiado guapo -continuó Steve, impertérrito. -Tú mismo eres tu peor enemigo. Se supone que puedes pasarte la vida practicando sexo gratuito con un montón de complacientes mujeres jóvenes tratadas con Botox, mientras que el resto de los mortales tenemos que hacerlo una vez al mes mientras los niños pasan la noche en casa de un amigo. ¿No acabas harto de tanto sexo sin sentido? -Steve se dio un manotazo en la frente en señal de incredulidad. -Pero ¿qué estoy diciendo?

Los dos se echaron a reír. Pero lo cierto era que Gil estaba hastiado de aventuras de una sola noche. Solía embarcarse en ellas porque era lo que se esperaba de él, y no porque realmente las disfrutara. Resultaba trágico tener que admitirlo.

Observaron cómo la decoradora daba los últimos toques a una frágil columna artificial que parecía dar apoyo a un sólido techo de mármol, igualmente artificial. La artista dio un paso hacia atrás para admirar su trabajo y los dos amigos rompieron en un aplauso.

- Dime -dijo Steve con tono serio, -¿cuándo fue la última vez que tuviste una relación auténtica?

- ¿Con Gina?

- No. He dicho «auténtica» -enfatizó Steve. -Tu mujer, por llamarla de alguna manera, estuvo con una docena de hombres durante vuestro matrimonio, y nunca dejó de contártelo. Creo que la experiencia te ha dejado con un profundo pánico al compromiso.

Era algo que su psiquiatra le había dicho con regularidad. Con tanta regularidad que Gil había dejado de acudir a la consulta. Tampoco ayudaba el hecho de que su mujer le hubiera dejado por un actor diez años menor que ella. El asunto había provocado en Gil un miedo patológico a todo varón alto y rubio, con pómulos pronunciados y mandíbulas recortadas. También le había dejado el temor a ser herido otra vez.

- Podría tratarse de la menopausia masculina -apuntó Gil. -Es un fenómeno corriente.

- Eres demasiado joven.

- Empiezo a cuestionarme todo lo que tiene que ver con mi vida.

- ¿Cuántos años tienes?

- Treinta y ocho.

Steve aspiró hondo.

- Tienes razón, es una mala edad para Los Ángeles. La industria cinematográfica está llena de gente que nunca pasa de los treinta y cinco. Algunos empiezan a contar hacia atrás; al menos, mentalmente.

Los temores de Gina eran justificados, en algunos aspectos. Cuanto más mayores se hacían los hombres, más joven tenía que ser su acompañante femenina. Gil notó que el cansancio le pesaba en los huesos.

- ¿No te hartas nunca de este mundo?

- Mira -respondió Steve, -ayer le estuve tomando el pelo a un escarabajo rosa de tres metros, con un ojo y ocho brazos. El tipo no tenía ni idea de cuáles eran los suyos. Tardó cinco minutos en encontrarse el pene. ¿Cómo puedo cansarme de cosas así?

- Hay días en los que no sé lo que quiero -admitió Gil. -Pero tú… -Se encogió de hombros. -Tú sabes mantenerte al margen.

- Es la única manera de no volverse loco. De otro modo, empiezas a pensar que todo esto tiene importancia, y no es así. Todo es una ilusión, como esa columna.

Su amigo estaba en lo cierto, pero no resultaba fácil tenerlo presente cuando uno llevaba inmerso en aquel ambiente tanto tiempo como Gil. Nada de lo que se hacía en Hollywood era importante. Allí no curaban el cáncer, no salvaban vidas; sólo entretenían a la gente y, a veces, con escaso acierto. Ahora bien más valía no expresar semejantes ideas en alto, ni con excesiva frecuencia. En una ciudad de casi diez millones de habitantes, Gil podía contar sus amigos con los dedos de una mano, y le sobraban. Steve era la única persona en la que podía confiar, con la que podía sincerarse. ¡Qué forma tan triste de vivir!

- Llevas demasiado tiempo aquí. -Steve dio voz a sus pensamientos. -Este es el lugar más frívolo que pueda existir. Nadie se conforma, todo el mundo está siempre a la búsqueda de un negocio mayor y mejor. A veces llega un momento en el que hay que hacerse fuerte y llegar a la conclusión de que ninguna otra cosa va a ser mejor.

Gil se mordió el labio.

- ¿Como en el caso de Sadie?

- Eres tú quien tiene que decidirlo. -Steve dio una palmada en la rodilla de Gil, se puso en pie y se estiró. -Pero no lo retrases demasiado -advirtió, -porque es posible que otra persona descubra que Sadie es un buen negocio.

3 Postre inglés cuyo nombre también podría traducirse como «pene moteado». *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 25

- Si hay algo más irritante que encontrarse al otro lado de la línea de un servicio telefónico automatizado -sentencio con vehemencia, -es descubrir que el hombre de tus sueños está casado.

- Qué me vas a contar -interviene Daniella, antes de dar un ensimismado sorbo de vino. -Es espantoso.

Para celebrar mi llegada y mi condición de nueva compañera de piso, ha abierto una botella de vino californiano -de excelente cosecha- y un paquete de Doritos. Se diría que fuéramos amigas desde hace veinte años.

Daniella moja un Dorito en el vino antes de comérselo.

- Da la impresión de que Gina está como una cabra.

- No te creas; se las ingenia para manejar a su marido a su antojo.

Daniella se pone sentimental.

- Gil recuerda al señor Rochester en *Jane Eyre*. Tiene una triste esposa trastornada, oculta en el ático.

- En el cuarto de invitados -preciso yo.

- Qué romántico.

- No tan romántico para la pobre Jane Eyre -le recuerdo.

- Sí, desde luego.

He vaciado mis bolsas en la habitación libre de la casa, que es muy agradable, muy al estilo de los primeros colonos norteamericanos, con un edredón de *patchwork* sobre la cama. Cuenta incluso con su propio baño. Y no hay ex esposas a la vista.

Mi nueva amiga examinó todas mis compras con minuciosidad y me adjudicó la categoría de huésped adecuado. Cerramos el acuerdo. Y ahora siento que mi «aventura americana» empieza a dar un cambio hacia mejor. A regañadientes, Daniella me ofrece el cuenco con el aperitivo de maíz

- Sigo una dieta a base de Doritos. -Se mira detenidamente la barriga, más bien abultada. -Pero creo que no es eficaz.

- ¿Cuánto tiempo dura la dieta?

- Toda la vida, según tengo entendido.

- No parece muy saludable.

- ¿A quién le importa la salud si se consigue estar flaco como un palo?

Daniella no está flaca como un palo, a pesar de su evidente deseo. A la pobre chica le queda un largo camino por recorrer. Es bajita, ligeramente gruesa y sus cejas, pobladas y oscuras, enmarcan unos deslumbrantes ojos azules. Tiene una nariz preciosa y pequeña como la de un niño; se me ocurre que podría no ser auténtica. Retira los Doritos antes de que yo tenga la oportunidad de coger alguno.

- Mi propio señor Rochester también sigue viviendo con su mujer -dice con un suspiro. -Es un magnate del mundo del cine. Yo era joven y estúpida. El se pasa la vida rodeado de hermosas

criaturas de piernas largas que hacen cualquier cosa por conseguir un papel. Y cuando digo «cualquier cosa» no estoy exagerando -añade con aire disgustado. -Me dijo que podría convertirme en una estrella y que lo era todo para él. Yo no daba crédito a que me amase a pesar de mi síndrome del Pato Donald.

Le lanzo una mirada inquisitiva.

- Piernas cortas y gruesas, trasero bamboleante -explica. -Y resulta que yo estaba en lo cierto. No me amaba, en absoluto. -Sigue comiendo un Dorito tras otro. -Las criaturas de piernas largas no se encariñan -dice: -se trasladan al siguiente insensato. Sin embargo, yo sí me encariñé.

Daniella sostiene en alto una fotografía enmarcada de una niña que ronda los diez años.

- Alexis -dice, -mi hija. Mía y del señor Rochester.

Recojo la fotografía. Alexis es una Daniella en miniatura: pequeña y redonda, a causa de la edad y la herencia genética. El cabello oscuro le cae hasta la cintura formando largos e indolentes rizos y tiene la nariz de su madre, pequeña y chata. Me siento fatal por haber pensado que Daniella ha pagado un buen dinero por transformar la suya en el quirófano. Imagino que no todo el mundo en Hollywood se arrodilla ante el altar de la cirugía estética.

- Es adorable -comento, y de repente me duele el hecho de que soy mayor que Daniella y no puedo enseñarle foto alguna de una hija.

- Su padre nunca la ve -replica, volviendo a colocar el portarretratos exactamente en el mismo lugar, una línea identificable por la ausencia de polvo. -En mis días malos le llamo el «donante de esperma»; pero nunca delante de Alexis. Cuando estoy de buenas, le doy el cariñoso apelativo de Excéntrico Magnate Cinematográfico.

Quizá Daniella se da cuenta de que enarco las cejas.

- No puedo dar su nombre -añade. -Es un pez gordo en Hollywood, uno de los mandamases. Alexis es nuestro secreto. -En su voz se aprecian matices de amargura y resentimiento. -Para asegurarse de que no voy a hablar, paga todo esto. -Hace un gesto que abarca la casa. -Todo. Y yo lo acepto. Me ayuda a recordar que él existe.

- ¿Sigues viéndole?

Ella niega con la cabeza.

- Muy pocas veces.

- Pero aún le amas, ¿no?

Daniella suelta una carcajada no exenta de tristeza.

- En esta ciudad, el amor es una ilusión. Todo el mundo quiere algo y sólo te aman mientras puedas dárselo, no lo olvides. -Se pone de pie y rellena las copas de vino que, por cierto, está entrando demasiado bien. -Se trata de un NRR, o «No Resucites el Romance». De ninguna manera volvería a empezar esta relación desde el principio. Si alguna vez doy muestras de debilidad, dímelo -solicita. -Lo nuestro debe morir.

Si no ha muerto tras diez años de abandono, debe tratarse de un virus muy tenaz; como la aspidistra en el despacho de Toma Doble.

- Me parece que Gil es un Excéntrico Magnate Cinematográfico en ciernes -confieso.

- Estás actuando como es debido -me anima ella -Créeme. Hay que jugar a hacerse la fuerte.

- No puedo jugar, Daniella; no soy de esa clase de personas. Lo que se ve es lo que hay.
- Pues aquí te comerán viva.

No es un agradable pensamiento que alimentar, teniendo en cuenta que yo podría ser el alimento.

- Has quedado con Gil para cenar, ¿no?

Asiento en silencio.

- Pues llega tarde.
- Yo nunca llego tarde.
- Inténtalo -prosigue Daniella con picardía. -A ver qué pasa.

Suena el timbre y llegan Mary Ann y Alexis. Me alegro de no tener tiempo de admitir que estoy deseando ver a Gil esta noche. De hecho, pensaba llegar con antelación. Desde luego, mi inocencia no tiene límites.

Mary Ann me da un abrazo mientras Alexis me mira tímidamente, si bien con notable interés.

- Gracias, Mary Ann -le digo con entusiasmo. -De veras, no sé qué habría hecho sin ti.

Ella se encoge de hombros.

- Mi hija me llama entrometida.
- Eso es mentira. -Daniella da un afectuoso beso a su madre. -Me encanta que te entrometas en las vidas de otras personas.
- Alexis -dice Mary Ann, -saluda a Sadie. Ha llegado de Inglaterra.
- Hola -dice Alexis. -¿Conoces a la Reina?
- No mucho -admito yo.
- Ah -responde ella, dando a entender que la he decepcionado profundamente. -¿Quieres ver mi colección de muñecas Barbie?
- Intento disuadirla -interviene Daniella, -pero ha salido a su madre. Lo rosa y lo brillante le hacen perder la cabeza.
- Me encantaría -respondo y, tras un gesto de despedida a Mary Ann, me dispongo a dejarme guiar, al tiempo que lamento no acordarme de los días en los que todos mis problemas eran rosas y brillantes.

CAPÍTULO 26

- Sólo un capítulo más, tía Sadie -dice Alexis, que ya me ha aceptado como pariente adoptiva.

- No; no tengo tiempo. Tengo una cita con Gil.

Queda claro que la niña ha ensayado sus enternecedores pucheros mucho tiempo atrás, e intento no sucumbir.

- Te leeré un poco más mañana por la noche -prometo.

Alexis esboza una sonrisa que dice: «¡Traidora!».

Cierro *La aldea malvada*, de Lemony Snicket, de la forma más contundente que soy capaz. No puedo creerlo, ¡voy a llegar tarde! No intencionadamente tarde, no tarde según ordena la moda; sino simplemente tarde porque estoy leyendo un cuento a Alexis, mi nueva y devota amiga.

- ¿Tienes hijos? -me pregunta, bajándose de la cama y siguiéndome hasta el cuarto de baño.

- No -admito yo, mientras llego a la conclusión de que no puedo perder tiempo intentando que la persistente señora Silverstone *junior* regrese a su cuarto. Mi habilidad para leer a los niños en la cama no debe ser sobresaliente. Alexis tendría que estar dormida como un tronco.

- ¿Por qué no?

Desaparezco en el cuarto de baño, seguida a corta distancia por Alexis.

- ¿Por qué no, tía Sadie?

- Aún no he encontrado al hombre adecuado -replico.

- Ah. -Reflexiona sobre mis palabras unos instantes. -¿Y Gil va a ser el hombre adecuado?

- No estoy segura, cariño. Todavía no le conozco muy bien -digo, viéndome obligada a ir de un extremo a otro del cuarto de baño cual criatura poseída, en un frenético intento por emperifollarme, y siempre bajo la mirada implacable de mi crítica en miniatura.

- Ah -repone la niña. -Pues más vale que te des prisa -observa; -si no, serás abuela antes de ser madre.

La especulación resulta de lo más inquietante, sobre todo porque proviene de la retorcida sabiduría de una persona de diez años de edad.

- Podrías tener una niña como yo -aventura con alegría, girando sobre sí en un espacio demasiado pequeño como para dar vueltas. Por poco me meto el cepillo del rímel en el ojo, que no es precisamente el efecto que intento lograr.

- Sí.

Alexis se apoya en el lavabo, a mi lado, y me entrega la barra de labios.

- ¿Acaso no quieres tener un hijo propio, al que poder mimar?

Ante las palabras de la niña, interrumpo la aplicación del carmín.

- Sí -respondo con un suspiro en exceso melancólico. -Me gustaría.

- Te buscaré una Barbie para que juegues con ella -se ofrece. -Así podrás pasártelo bien hasta que decidas si Gil te gusta o no.

Alexis sale trotando del cuarto de baño, con excesiva energía para alguien que tendría que estar somnoliento. Me quedo mirando mi reflejo en el espejo. Examino los labios demasiado rosas, las

mejillas maquilladas y las pestañas al estilo de las de la vaca Daisy, y me pregunto cómo se las ha arreglado Alexis para descubrir a la persona que se oculta tras esta fachada, y que desea ser madre.

La niña regresa con una muñeca que luce un par de pobladas alas y con cariño, la confía a mi cuidado.

- Esta es Barbie Ángel -declara. -Puedes hacer como si fuera tu hija.

- Gracias -beso a la muñeca en la nariz y algo en ella me toca la fibra sensible.

Me pregunto si a pesar de presumir de honestidad y sinceridad no llevo demasiado tiempo fingiendo.

CAPÍTULO 27

Antes de salir por fin de casa mantuve una discusión de diez minutos con Daniella, quien intentó disuadirme de ir caminando al restaurante en aras de mi seguridad, aunque el local se encuentra en la calle contigua, y eso me retrasó aún más.

Ahora estoy sentada en Zorba's. Apenas puedo respirar a causa de la emoción, y también porque he venido corriendo con unos tacones de ocho centímetros. ¿Y sabes una cosa? Gil no ha venido. A pesar de que he llegado tarde, él se retrasa aún más. Me pregunto qué trasfondo psicológico tendrá todo esto.

El restaurante es pequeño y elegante, con suficientes toques de taberna griega como para resultar asequible. Está concurrido, pero no abarrotado. Casi todas las mesas las ocupan parejas que entrelazan las manos y hablan en susurros. Una mesa cercana a la ventana está ocupada por un puñado de ejecutivos que llena el ambiente de sonoras carcajadas. En mi mesa hay un plato con aceitunas y me entretengo clavando unas cuantas dando a entender que no me importa encontrarme sola.

Llega el camarero. Es alto, con suave cabello castaño y el rostro afilado de mentón cuadrado que resulta tan común entre los MCA, «Modelos Convertidos en Actores». Me encanta comprobar que he aprendido algo útil en mi primera tarde como representante de talentos.

- Hola -me saluda con voz cantarina, típicamente norteamericana. -Me llamo Tavis y esta noche seré tu camarero.

Sé que estoy en Estados Unidos y que aquí hay un montón de gente con acento norteamericano, pero no puedo evitar sucumbir ante él y las rodillas se me vuelven gelatina. Nunca he entendido por qué a los estadounidenses les gustan tanto los británicos; somos groseros y ariscos y, sobre todo, muy grises. En California todo el mundo es radiante y cautivador, como el clima.

- Tengo un mensaje para ti -dice Tavis, que me sigue hablando como si acabaran de comunicarle que le ha tocado la lotería. -El señor McGann te informa que se ha retrasado y que estará aquí en cinco minutos. Intentó llamarte al móvil, pero está desconectado.

- Vaya -digo yo, mientras registro el bolso en busca del teléfono. -Creo que lo mejor será tomar una copa.

- ¿Qué va a ser?

- Vino. Vino blanco, por favor.

El encantador Tavis desaparece y me da la oportunidad de reacomodar mi pelo y mis pensamientos. No es así como tenía que desarrollarse mi cuento de hadas; pero lo cierto es que, una vez de vuelta a la realidad, me alegro de haberme instalado en casa Daniella. Es una gran persona y creo que nos vamos a llevar de maravilla. Además, no me siento en deuda al alojarme con ella. No debo nada a nadie, excepto a Gil y, como dice él, sólo es dinero.

Tavis reaparece con el vino y una amplia sonrisa. Ojalá los camareros en el Reino Unido fueran tan amables y atractivos. ¿Qué hacemos en Gran Bretaña con nuestros hombres guapos? ¿Los

encerramos bajo llave en remotos armarios? No recuerdo la última vez que vi por la calle a un británico espectacular, ni siquiera a uno ligeramente deseable.

- Gracias -le digo.

El se demora.

- Eres inglesa, ¿no?

- Sí -respondo. -¿Cómo lo has adivinado?

- Tengo buen oído para los acentos -asegura. Se me olvidaba que los norteamericanos no utilizan la ironía. -Soy actor -prosigue. -Me gusta especializarme en acentos británicos.

No me atrevo a preguntar el motivo.

- Hola -comienza Tavis, con una voz similar a la del príncipe Carlos. -¿Cómo está usted pasando la tarde? El estado del tiempo es admirable para esta época del año, ¿no le parece?

Yo me parto de risa; debo reconocer que es bastante bueno. En serio, no sólo Gwyneth Paltrow y Renée Zellweger consiguen un acento británico pasable.

- Muy divertido -comento yo.

Tavis se muestra abatido.

- No pretendía que resultara divertido.

- Ah. -Me muerdo el labio. -Imagino que resulta gracioso escuchar a alguien que nos imita. -Da la impresión de que Tavis se aplaca. -Prometo no enseñarte mi acento de Nueva York -añado. -Es un auténtico bombazo.

- ¿Qué haces en Los Ángeles? ¿Estás de trabajo o de vacaciones?

Delicado asunto. ¿Qué estoy haciendo aquí?, me pregunto yo también.

- Bueno -respondo, aún tratando de encontrar una respuesta, -he venido para encontrarme con una persona que conocí en Londres. Pero parece que la cosa no está funcionando.

- ¿Es el tipo al que estás esperando?

- Eso es. -Apruebo con la cabeza. -Gil McGann.

Las cejas de Tavis se disparan hacia arriba y los ojos se le salen de las órbitas al estilo Jim Carrey. -¿Te refieres al auténtico Gil McGann?

- No lo sé.

Mierda, aún tengo que aprender un montón de cosas sobre la industria del cine.

- Es uno de los mejores productores de Hollywood.

- Ah, ¿sí? -Tavis me mira como si yo procediera de otro planeta lo que, en cierta forma, es verdad. -Bueno, sé que ha producido algunas películas conocidas -prosigo, intentando huir del ridículo.

Se produce un pequeño, pero perceptible, gesto de negación con la cabeza.

- ¿Has hecho algo con él? -le pregunto, aunque no tengo ni idea de la terminología adecuada.

- ¿Seguiría sirviendo mesas de haber sido así? -replica Tavis entre risas. -Si lograra que Gil McGann se fijara en mí, mis sueños se harían realidad.

Y los míos también, reflexiono yo con tristeza aunque me limito a decir:

- ¿Hace mucho que eres actor?

- Antes era modelo -responde. ¿Ves como tenía razón? No soy tan ignorante. -He hecho varios

anuncios. ¿Conoces el de Juicy Jack? -me pregunta con un halo de esperanza.

- Me parece que no lo ponen en Inglaterra.

- No -se lamenta Tavis. -Puede que no. Tengo un papel en El hospital de la felicidad. Soy el doctor Robert Carrington.

Intento que mi ignorancia no se perciba demasiado.

- Es ahí donde utilizo mi acento británico. Mi personaje es un cirujano cardiovascular de familia aristocrática.

- Genial.

- Bueno, sí -coincide él; -sólo que me maté en un accidente de tráfico la semana pasada. La enfermera Cathy me había abandonado.

- Vaya, cuánto lo siento.

- Cosas que pasan. -Tavis se encoge de hombros y después parece encorvarse un poco más. -A menudo.

- La enfermera no sabe lo que se pierde -apunto yo, y él se echa a reír.

- A veces resucitan a personajes que han muerto con la esperanza de que los espectadores no se den cuenta. Aunque esté muerto, no significa que me hayan enterrado. Era muy popular.

- Bueno, pues confío en que no sigas muerto mucho tiempo.

- Tengo que volver al trabajo -se disculpa. -Los dueños del restaurante me vuelven a contratar cada vez que en la pantalla se deshacen de mí o me matan. No quiero aprovecharme. Me alegro de haberte conocido.

- Gracias -respondo yo, -lo mismo digo.

Tavis se aleja de la mesa. Tiene un trasero pequeño y compacto -no es que yo me esté fijando - Me lo imagino con unos Calvin Klein bien pegados a las caderas, paseando sus encantos por las páginas de *Vogue*, y debo admitir que una sonrisa involuntaria me roza los labios.

- ¿Qué tal? -dice Gil cuando llega por fin, y me besa en la mejilla. ¡La mejilla! Lo ha conducido hasta la mesa una mujer que no responde en absoluto al estereotipo de matrona griega. Aunque ronda los sesenta es elegante, esbelta y viste a la moda. Nada de trasero mediterráneo, ni bigote erizado o cutis como un bolso de cuero. -Siento llegar tarde.

- ¿Problemas con la señora McGann?

Sé que mi pregunta tiene un tinte de amargura y malevolencia, pero me da igual. Estoy encendida a causa de una botella de vino que se vacía a gran velocidad y por la media hora de espera en solitario. Me pregunto qué diría Gina si Gil la dejara a ella sentada, esperando, durante tanto tiempo. Sé que me dejó un mensaje, pero por el momento no estoy dispuesta a fijarme en la parte positiva de Gil.

- No. -Me coge la mano. -Asuntos de trabajo.

Pide una botella de vino y veo a Tavis por el rabillo del ojo. Está ocupado, pero mira, ensimismada do, en nuestra dirección. No sé si me observa a mí o alberga la esperanza de echar un vistazo al auténtico Gil McGann.

- He estado reunido con un director para hablar de *Amante a la fuga*. Quiero que haga la

película, pero por lo visto él no comparte mi entusiasmo. En todo caso -objeta antes de probar el vino que le han servido y asentir en señal de aprobación, -no hablemos de eso ahora. Quiero saber cómo te ha ido en tu nueva casa y asegurarte que arreglaré todo este asunto. Será mi prioridad principal. -Alarga los brazos y me agarra las dos manos con las suyas. -Gina no va a ser un problema. Quiero que lo que hay entre tú y yo funcione, y confío en que sientas lo mismo.

Sus dedos son fuertes, cálidos y reconfortantes; sus ojos azules brillan bajo la luz de las velas. Sobre la mesa hay una botella de vino bastante asquerosa que rebosa cera de una docena de colores diferentes y que se está derritiendo, lenta pero inexorablemente, al igual que yo. Poco a poco, me voy alejando de Battersea, del embaucador gobierno laborista y de la lluvia. Noto que la tensión se descarga de mis hombros. En este preciso instante, sería capaz de creerme cualquier cosa que Gil me dijera.

CAPÍTULO 28

Cuando Gil llegó a casa, se topó en el camino de acceso con una enorme limusina blanca con cristales tintados. Noah Bender se dirigía hacia el vehículo con pasos indecisos. Entre los labios sujetaba un porro de marihuana de tamaño considerable y en una mano llevaba una botella de Jack Daniel's. Gil aparcó su coche y salió disparado para detenerle antes de que desapareciera.

- ¡Eh, Noah! -gritó.

- Gil, colega -respondió Noah con otro grito.

Gil sonrió para sí. Tal vez Noah Bender fuera un borracho estrafalario, pero tenía un cierto encanto canallesco que hacía que la gente se sintiera atraída hacia él.

- ¿Has visto a Gina? -Gil sonaba demasiado esperanzado, incluso para sus propios oídos.

- ¡Menuda zorra testaruda! -Noah señaló la casa con la botella. Luego, agarró a Gil por la solapa de su chaqueta y se apoyó sobre él. Este sintió nauseas a medida que el hedor a bebida y a drogas blandas le ascendía por la nariz. Noah entornó los ojos, intentando enfocar a Gil. -Consigue que vuelva conmigo -suplicó. -No me deja hablar con ella.

- Yo sí puedo hablar con ella -terció Gil, -pero ya no me escucha.

- La amo -declaró Noah, y dio la impresión de que iba a echarse a llorar de un momento a otro. -Tu mujer es mi vida.

Gil no se sintió con fuerzas de señalar -por enésima vez- que el hecho de que Gina fuera su mujer era un mero asunto burocrático.

- Si no vuelve conmigo, no sé qué voy a hacer.

Noah se bamboleaba tristemente delante de Gil. A éste se le ocurrió que no por ser rico y famoso uno puede manejar su vida con más acierto; si acaso, con menos.

- ¿Por qué no vuelves mañana cuando estés más…, menos…, cuando te sientas mejor? -concluyó Gil.

Noah le miró a través de la nube de humo, con un único ojo entornado.

- Voy a ir a pillarme una buena borrachera.

A Gil no le parecía que estuviera precisamente sobrio.

- Tómatelo con calma -sugirió. -Vete a casa. Vete a la cama. Solo. -Entonces, ayudó a Noah a encontrar su coche de nueve metros, en cuyo asiento posterior parecía haber una discoteca. -Todo mejorará a la luz del día.

- Te quiero, colega -dijo Noah. -Ojalá fueras una chavala; te propondría matrimonio.

Una bombilla se encendió en el cerebro de Gil.

- ¿Le has pedido a Gina que se case contigo?

- No, tío; no. -Dio la impresión de que Noah iba adquiriendo sobriedad por momentos. -Menudo mogollón.

- Saldría bien -aseguró Gil, consciente de la desesperación de su tono.

- Lo consultaré con la almohada -prometió Noah mientras se metía en la limusina.

- No puedes seguir corriendo detrás de adolescentes rubias.

Noah pareció horrorizado.

- Ah, ¿no?

- Afecta demasiado a Gina. -Gil se recostó contra la capota del coche. -Necesita seguridad.

- Para eso te tiene a ti -replicó Noah y, con un guiño, cerró la portezuela.

Antes de entrar en la casa, Gil se quedó mirando cómo el lujoso vehículo se alejaba en dirección a Hollywood Hills.

Gina estaba tumbada en uno de los sofás blancos de piel, viendo *Jackass* en la televisión. Haciendo honor al nombre del programa, algún imbécil se había untado el cuerpo de miel y se encaminaba hacia una concurrida colmena señalada, para los duros de mollera, con el cartel ABEJAS. Sobre la mesa había una botella de vodka y seis vasos de licor, llenos y colocados en línea. Se iba bebiendo uno detrás de otro mientras se reía con las travesuras de la pantalla. Gil se quedó observándola un momento sin que ella se percatara; mientras tanto, se preguntaba cuánto tiempo más podría ella seguir así. En algunos sentidos, Gina y Noah resultaban adecuados el uno para el otro; pero en otros, parecían sacar lo peor de sí mismos. Ninguno de los dos lograba abrazar los conceptos de sobriedad o monogamia.

- Hola -dijo Gil al tiempo que se quitaba la chaqueta y la lanzaba al sofá más cercano.

- ¿Todo bien en la cena? -preguntó Gina, levantando los ojos del televisor.

- Sí -respondió Gil, que se sentó junto a ella y lanzó una mirada explícita a los vasos de licor. De forma aún más explícita, Gina cogió uno de ellos y se lo acabó de un trago.

- ¿Te apetece?

Gil negó con la cabeza.

- No. Estoy cansado. -Se quedó mirando cómo el hombre cubierto de miel era cruelmente atacado por las abejas mientras que el público se desternillaba de risa. Tal vez Gil se estuviera haciendo mayor, pero últimamente no entendía gran cosa de lo que le rodeaba. El programa que tenía ante sus ojos le resultaba tan emocionante como el papel pintado. -Gina -dijo. -Tenemos que hablar.

- Odio que digas eso -replicó ella sin mirarle. -Significa que estás a punto de convertirte en mi padre.

- Es por tu propio bien.

Gina apagó el televisor de un golpe.

- Eres mi padre.

- He visto a Noah -explicó Gil. -En el camino de acceso.

- ¿Tuvisteis una charla agradable? -se burló Gina. -Sois como hermanos.

Gil no acertaba a ver semejante relación familiar. Lo que ocurría era que las cosas resultaban mucho más fáciles cuando Gina y Noah se llevaban bien. Además, en términos generales, Noah era una persona mucho más razonable que su ex mujer.

- Dice que quiere que vuelvas, pero que tú no estás por la labor.

Gina se quedó mirando a la pared.

- Gina -insistió Gil. -No puedes quedarte aquí indefinidamente.

- Es por ella, ¿no es verdad? Por Sadie. -Su mujer se acurrucó formando un ovillo. -Quieres que

me vaya porque ella ha venido.

- No se trata de Sadie -afirmó Gil. -No del todo. Soy yo; necesito espacio, intimidad. Necesito dar por zanjado nuestro matrimonio. -Gil se frotó los ojos con las manos. «Necesito tranquilidad», pensó. Había tenido un día muy largo, y una noche igualmente larga intentando cortejar a una dama encantadora. Por el momento, ambos asuntos parecían acarrear mucho trabajo. Pero no era justo para Sadie. Había viajado miles de kilómetros y había abandonado muchas cosas para estar allí, con él. Y ahora no estaba en casa de Gil. La que sí estaba era Gina, lo que resultaba injusto para ambos. -Si estuvieras libre, tal vez Noah te propondría matrimonio.

- ¿Has hablado con él sobre el tema? -Gina se dio la vuelta para mirarle con rabia.

- No con esas mismas palabras -admitió Gil. «Pero albergo esa esperanza», añadió para sí. -Sé lo mucho que desea que vuelvas.

- Noah quiere que vuelva, pero bajo sus condiciones -sentenció Gina. -Que son…

- No pienso hablar del asunto contigo, Gil -dijo ella con firmeza.

- Y yo no quiero que vivas en mi casa -terció Gil, -pero estás aquí y tengo que encontrar la forma de que esto funcione para todos nosotros.

- Esta no es tu casa -señaló Gina. -Es nuestra casa.

Quedaba claro que la propiedad no era estipulada por quien pagaba las facturas.

- Yo misma la elegí. Yo misma la decoré.

No era estrictamente cierto, pensó Gil. En contra de su voluntad, Gina había traído a un famoso diseñador que cobraba precios abusivos porque ella creía que los gays tenían mejor gusto en cuanto a decoración. Aquel individuo había arrancado todos los elementos *art déco* originales y los había reemplazado con «alegatos» de acero y cristal. A continuación, dado que el interior ya no encajaba con la fachada, también había remodelado ésta. El diseñador no quedó satisfecho hasta que el antiguo esplendor de la vivienda hubo sido completamente erradicado y desde el punto de vista estético resultaba tan atractiva como una jaula de hormigón. Gil odiaba aquella casa. En su totalidad.

- Puedes quedártela -aseguró. -No quiero seguir viviendo aquí. Seré yo el que me vaya.

Una nube de pánico cruzó las hermosas facciones de Gina.

- No puedes hacerme eso.

- ¿Por qué no? Si tanto te gusta, quédate. Yo me largo.

Gina se acercó a Gil y se acurrucó contra él.

- Quiero estar aquí porque estás tú.

- Entonces, ¿por qué me abandonaste, para empezar?

- Eres demasiado normal -respondió ella con un suspiro.

A Gil no le parecía que semejante característica fuera una causa habitual de divorcio.

- ¿Demasiado normal?

- Eres estirado. Nunca te sueltas la melena.

Si su mujer continuaba dirigiendo su vida, Gil pronto carecería de melena que poder soltarse.

Gina le rodeó con los brazos y Gil se apartó.

- Yo seré demasiado normal para ti, Gina; pero quizá sea perfecto para otra persona.

- Volvemos a Sadie, ¿no es cierto?

Podrían haberse pasado la noche entera dando vueltas y más vueltas al asunto sin que Gina llegara a entender el punto de vista de Gil. En otros tiempos, a éste no le había importado la falta de entendimiento porque nunca había afectado a su vida, sólo a su cartera. Gil recostó la cabeza en el sofá -que tampoco le gustaba- y cerró los ojos.

Gina se acercó un poco más. Gil olió su perfume, una nube cargante y opresiva que la envolvía. Ella le pasó los dedos por la cabeza.

- Pasa la noche conmigo -susurró. -Yo sé cómo relajarte.

Eso era verdad. Lo único que les había mantenido juntos durante tanto tiempo era el hecho de que mantenían unas relaciones sexuales espléndidas.

- No me parece una buena idea -interrumpió Gil.

Notó cómo Gina se ponía rígida. No era lo único que se estaba poniendo rígido en ese momento, y Gil quería evitar que ella lo notase. No se había acostado con nadie desde hacía meses, y deseaba hacerlo con Sadie. Quería irse a la cama con ella y hacer el amor. Y en cambio, allí estaba con su arpía esposa, metido en una caja esterilizada que supuestamente era su hogar. ¿Qué estaba haciendo con su vida?

Gil se puso de pie.

- Habla con Noah por la mañana -propuso. -Tenemos que solucionar este asunto.

Gina recogió la botella de vodka, se sirvió otros seis vasos y clavó las pupilas en Gil con una mirada tan firme como su mano.

- Lo pensaré -se limitó a decir.

CAPÍTULO 29

Pasé una velada estupenda con Gil, tan sólo estropeada por la circunstancia de que no puedo llevármelo a mi nueva casa y no quiero ir a la suya. Nos dimos un apasionado beso de buenas noches en el BMW y después, castamente, nos separamos y cada uno seguimos nuestro camino. El consejo de Daniella acerca de hacerme la fuerte puede ser acertado, pero ponerlo en práctica resulta bastante difícil. Todo lo que yo deseaba era irme a la cama con él. Alexis me había dejado otra muñeca Barbie -Barbie Estrella del Ballet- sobre la almohada para que me acompañara. Resultaba encantador por su parte; pero no era lo mismo.

Sin embargo, dormí la mar de bien y ahora me encuentro en disposición de darle un buen puñetazo al desfase horario. Rebusco en mis bolsas de compras de lujo y encuentro algo adecuado que ponerme para mi primer día de trabajo en Toma Doble, si bien caigo en la cuenta de que me vista como me vista, nunca estaré a la altura de la lycra con estampado de leopardo de Bay.

Cuando llego por fin a la cocina, Daniella está sentada a la mesa, tecleando en un ordenador portátil de aspecto deteriorado. Es una estancia maravillosamente soleada que da a un pequeño jardín plagado de lo que en Inglaterra consideramos plantas de interior. Se quita las gafas y me mira con detenimiento.

- ¿Todo bien?

- Genial.

- ¿El aprendiz de Excéntrico Magnate Cinematográfico?

- Bien -respondo.

- ¿Qué dijo al ver que llegabas tarde?

Hago una mueca.

- El llegó aún más tarde.

- Vaya. -Mordisquea un lápiz. -Eso no está nada bien.

- Dijo que fue por el trabajo.

- Eso es lo que dicen siempre. -Daniella chasquea la lengua en señal de escepticismo. -Volviste a casa temprano.

- Estaba cansada.

Apoya la cabeza en la mano y me examina de cerca.

- ¿No te invitó a su casa a tomar un café?

- No. Un fugaz besuqueo en el BMW, gracias por la cena y buenas noches.

- Ya -dice Daniella.

- Fue como volver a los quince años -señalo, -aunque en el aspecto deprimente.

No me importaría volver a tener quince años si eso implicara recobrar unas caderas esbeltas, la capacidad de comer cualquier cosa y la oportunidad de volver a vivir mi vida desde el principio con la experiencia con la que ahora cuento. Pero si se trata de besuquearse en un coche, entonces no lo quiero. No volvería a tener esa edad por nada del mundo.

- Sírvete fruta y cereales. Ahí tienes una repulsiva gama de productos infantiles, si es que tu estómago soporta ingerir algo llamado Berry Berry Kix. -Señala el armario apropiado. -O, si prefieres estar a la última, prueba el Kashi GoLean.

- ¿Qué?

- Está muy de moda.

Encuentro el paquete y lo examino con suspicacia.

- ¿Cómo puede estar de moda una marca de cereales?

- Están llenos de proteínas y tienen un alto contenido en fibra.

- ¿Qué tal saben?

- ¿Qué más da? Es el último grito en alimentación. Tu evangelio debe ser: «Soy la reina de los cereales del desayuno».

Estoy atrapada, así que me sirvo una pequeña cantidad de Kashi GoLean y opto por añadir algo de fruta -imagino que si ha crecido por los alrededores, será mejor que la que recorre medio mundo en contenedores refrigerados y después suda durante varios días en cartones plastificados colocados en los estantes de los supermercados Sainsbury's.

Daniella continúa tecleando.

- ¿Qué estás haciendo?

- Trato de comprar mi libertad del Excéntrico Magnate Cinematográfico. -Se detiene de nuevo. -Soy escritora de guiones.

- ¿En serio? ¿Has hecho algo que yo conozca?

- No. Nunca he vendido uno solo -admite. -Aunque varias veces he estado a punto. Sólo llevo escribiendo diez años. -Me ofrece una sonrisa radian y teatral. -A veces uno tarda más de quince años e convertirse en un éxito de la noche a la mañana.

- ¿No puede echarte una mano el magnate?

- Nunca se lo pediría -asegura Daniella apartándose un mechón de pelo. -Me paga lo suficiente como para no tener que practicar la danza del vientre, ni trabajar en un teléfono erótico o servir mesas con objeto de llegar a fin de mes mientras espero mi gran oportunidad. Hay mucha gente con menos suerte. -Me sonríe con lástima. -Sin embargo, he tenido mi cupo de empleos lamentables.

Eso es algo con lo que puedo simpatizar.

- Puede que me queje de él de vez en cuando, pero se porta bien con nosotras -prosigue. -Por cierto, Sadie, no quiero que cuentes esto. Pensará que me estoy ablandando.

- Mis labios están sellados.

- Si le enseñase este guión, me lo compraría sobre la marcha. Por haberlo escrito yo. Me entregaría un cheque por una suma desorbitada y después añadiría mi trabajo a la pila de guiones, colocada al fondo de un armario de su despacho, de donde nunca volvería a salir. No es eso lo que quiero. Lo que me gustaría es que alguien considerara que tengo el talento suficiente como para dedicarme a esta profesión.

- Te felicito -digo yo.

- Sí. -Daniella se encoge de hombros con resignación. -Como todo el mundo en Hollywood,

albergo la esperanza de alcanzar un gran éxito algún día, de manera que pueda decirle a otra persona que se guarde su dinero.

- ¿Está el guión casi terminado?
- No queda mucho -responde. -Depende de cuánto me entretenga el gimnasio. Tienes que apuntarte también.
- Antes, necesito ahorrar algo de dinero.
- Para entonces serás demasiado vieja para castigarte los huesos.
- Tengo que marcharme -digo. -No sé cuánto tiempo tardaré en llegar andando.
- No puedes seguir así -afirma Daniella. -Te destrozarás las piernas. Necesitas un coche.
- Me gusta caminar.
- No es bueno para tu imagen.
- No tengo ninguna imagen.
- Todos pensarán que eres una británica excéntrica.
- No veo nada excéntrico en darle a las zancas para desplazarse.
- No entiendo ni palabra de lo que me dices.
- Es una pintoresca expresión británica que significa «andar».
- Bueno, pues andar no tiene nada de pintoresco en Los Ángeles. Es un disparate.
- ¡Pero si acabas de decirme que tengo que hacer ejercicio!
- Las caminatas no cuentan -insiste ella. -Pasaré por tu oficina esta tarde e iremos a un concesionario. Por aquí sólo se encuentran Mercedes. Debido a tu presupuesto, tendremos que salir de la zona de Beverly Hills.
- Con mi presupuesto, tendríamos que ir a Mongolia Exterior. Y, aun así, tendrían que regalármelo.
- Veremos los milagros que puede obrar nuestro encanto femenino.
- El mío se encuentra en estado de jubilación parcial. -Meto una naranja en mi bolso, para el almuerzo. -Tengo que darte dinero para comestibles.
- No te preocupes por eso -dice Daniella.

Le doy un beso en la mejilla.

- Eres fantástica -le digo. -No sé cómo darte las gracias.
- Haz una cosa por mí.
- Lo que sea.
- Lleva contigo un aerosol de defensa -dice. -Por si te asaltan.

En el exterior luce otro día de cielo azul, esponjosas nubes blancas y veinte grados de temperatura. Me doy cuenta de que aquí uno nunca puede levantarse y culpar de su mal humor al estado del tiempo.

Larchmont Village parece un pedacito de Surrey que hubiera sido cuidadosamente extraído de Inglaterra y colocado a las afueras de Los Ángeles. Guildford, California, es un oasis verde y refrescante en una ciudad ahogada por el tráfico. No sé por qué Daniella se preocupa tanto. No me imagino pandillas asesinas recorriendo la zona. Largas avenidas bordeadas de árboles

enormes unen la casa de Daniella con Wilshire Boulevard, y calculo que tardaré unos quince minutos en recorrer el camino a la oficina si ando deprisa. Las viviendas son grandes y lujosas, con céspedes perfectamente recortados. Por encima del ronroneo del tráfico de la hora punta se escucha el coro matinal de pájaros y ardillas, que corretean por la hierba esquivando los perezosos aspersores en movimiento. Siento que mis pulmones se abren y mi espíritu se anima. Esta visión es mucho más agradable que la pelea diaria en el metro de Londres.

Aprieto el paso, disfrutando al estirar las piernas. Debido a mi renovada energía, decido ser más amable con Gil. Aún quiero estar con él, pero sin complicaciones; he decidido que no voy a presionarle y que me lo voy a pasar en grande mientras esté aquí, ya sea o no a su lado.

Mi buen estado de ánimo me dura la mañana entera, a pesar de que el teléfono vuelve a sonar en cuanto cuelgo el auricular. Hasta ahora, me han solicitado una Barbra Streisand para un cóctel, una Cindy Crawford para el lanzamiento de una línea de trajes de baño y un Marión Brando en el papel de Padrino para una fiesta de cumpleaños, así como un trasero joven y firme para hacerlo pasar por el de Cameron Diaz. Yo habría pensado que la famosa actriz dispone de un trasero propio, joven y firme; puede que no quiera compartirlo con los espectadores de sus películas. Todo el mundo sin excepción me ha dicho que le encanta mi acento, y he recibido una propuesta de matrimonio. No está mal para mi primer día de trabajo.

Gil me ha llamado tres veces y me ha dejado mensajes en el móvil que me ha regalado. Sé que es él porque es la única persona que tiene mi número. No me estoy haciendo la interesante al no contestar a sus llamadas; sencillamente, no he tenido tiempo. También he visto el símbolo de un pequeño sobre parpadeante, pero no he traído el manual de instrucciones ni tampoco tengo tiempo de pararme a averiguar qué significa eso.

Bay ha estado maravillosa. Ella y Min me han hecho sentir como en casa. Bay incluso ha encontrado una bandera del Reino Unido con la que había forrado el armario de archivos con motivo del Jubileo de Oro de la reina Isabel II. Tengo mi propio escritorio -mi pequeño espacio en Los Ángeles- y estoy como unas Pascuas. La única nube en el horizonte es que aún no tengo ni idea de cuánto me van a pagar y no sé si el sueldo cubrirá mis gastos, cada vez mayores, por cierto.

Suena el timbre de la oficina y todos levantamos la vista. Es la primera visita que hemos tenido esta mañana. Bay va a abrir e invita a nuestro visitante a pasar. Minutos más tarde, una cara se asoma por detrás de la puerta. A pesar de llevar unos cinco minutos en Los Ángeles, reconozco esa cara. ¡Y luego dicen que en esta ciudad nadie se conoce!

- Hola -digo, sorprendida. -¿Qué te trae por aquí?

- Hola. -Tavis parece igualmente sorprendido. -No sabía que trabajabas en esta agencia.

- Chica nueva -admito. -Primer día.

Min se lleva una mano a la boca.

- ¡Es el doctor Roberts! -exclama con un gritito.

Tavis se sonroja ligeramente.

- Eres mi personaje preferido -salta Min. -¿De veras estás muerto?

- Eso me temo. -Tavis parece bastante cabreado con el asunto. -Por eso he venido. Quiero apuntarme en Toma Doble.

- Es mi departamento -anuncio yo con una ridícula oleada de orgullo. Aunque de momento no percibo que Tavis mantenga una semejanza sorprendente con ningún famoso, la verdad. Podría ser un Joseph Fiennes menos abotargado y no tan romántico, pero no lo suficientemente parecido como para engañar a la tía abuela del actor. -¿Traes tu dossier? -pregunto, intentando sonar lo más profesional posible.

- Sí -dice Tavis, que se aclara la garganta y, nervioso, pasea la vista por la oficina. Se pega más al cuerpo la bolsa que le cuelga del hombro.

- ¿Puedo verla?

- Ah. -Abre la bolsa y saca un currículum que recojo y examino. Nunca he oído hablar de esos anuncios o programas, pero la lista es bastante larga, por lo que intento asentir con aire de entendimiento. Tavis se mueve, inquieto, en su asiento. -Aquí están mis fotos.

Me entrega una carpeta marrón y, sin pensarlo, la abro sobre el escritorio. La cara se me pone del color del kétchup. La carpeta está llena de fotos de Tavis en diversos estadios de desabrigo; en la mayoría aparece completamente desnudo. Cierro la carpeta de un golpe.

- Estupendo -digo con dificultad. -Estupendo.

- Creo que podría trabajar como doble de trasero, o como modelo de ropa interior.

- Ssssí -balbuceo. -Eso es lo que he pensado. Te incluiré en nuestros archivos.

- Genial -responde Tavis. -He oído que es una buena agencia.

- Sí, desde luego -coincido yo, intentando que de mi boca fluyan frases coherentes. -Si alguien necesita un trasero, yo soy su hombre…, es decir, mujer. -Dios santo, parezco una estúpida integral. -Tienes un trasero precioso -añado, para acabar de rematar mi humillación.

Tavis tiene la deferencia de sonreír. Min se ha escondido debajo de su escritorio, lo que apenas oculta sus risitas disimuladas. Para ser tan pequeña y atractiva, tiene una risa de lo más malévola. Bay, instalada a espaldas de Tavis, se pasa la lengua por los labios de manera lasciva.

- Mi comentario es puramente profesional -aclaro a toda prisa.

- Gracias -responde. -Significa mucho para mí.

- Bueno…

Toso ligeramente, con la esperanza de que caiga en la cuenta de que estoy muy, pero que muy ocupada. Me muero de ganas de abrir la carpeta para echarle otra ojeada a su trasero. Recojo otras carpetas y las vuelvo a dejar sobre la mesa con el fin de demostrar que estoy hasta arriba de trabajo.

Tavis se da la vuelta para marcharse y suelto la respiración que, sin darme cuenta, he estado conteniendo. Él cambia de opinión y yo inspiro hondo.

- ¿Te gustaría almorzar conmigo?

- ¿A mí?

Bay y Min emprenden un ataque de risa incontrolada. Más tarde me las pagarán.

- Imposible -respondo. -Estoy muy ocupada. Es mi primer día.

- Venga, cariño -dice Bay con su acento inglés de los muelles. -Necesitas un respiro. No

siempre me porto como una tratante de esclavos.

- Parece ser que tienes una cita para el almuerzo -dice Tavis, y me fastidia lo rápidamente que ha recobrado su confianza cuando yo, desde luego, no lo he conseguido.

- Gracias.

Lanzo una mirada asesina a Bay, quien hace caso omiso, y agarro mi jersey. Supongo que, técnicamente, esto podría considerarse trabajo. De mi vasta experiencia en la Feria del Libro de Londres, sé que una de las funciones de los representantes es la de agasajar a los clientes. Entierro el móvil en las profundidades de mi bolso. Gil pensará que he desaparecido de la faz de la tierra. Si consigo un minuto libre, intentaré llamarle.

CAPÍTULO 30

Gil volvió a marcar el número del móvil de Sadie por lo que parecía la decimoséptima vez. Se suponía que el nuevo teléfono iba a facilitarles el contacto, pero si ella se dignara a contestar, pensaba él, sería una ayuda. Por una vez tenía buenas noticias y estaba deseando comunicárselas.

- Contesta, maldita sea -dijo Gil sacudiendo el teléfono, pero éste permaneció inalterablemente incontestado. Se lo metió en el bolsillo. Tal vez acudiera a la oficina de Sadie más tarde para darle la buena nueva en persona.

Tenía una reunión con un ejecutivo de Universal y no quería llegar tarde. Iba a tardar unos veinte minutos en llegar a los estudios; no en vano se comentaba jocosamente que cualquier lugar en Los Ángeles se encontraba a veinte minutos de distancia. Gil recogió el guión y otros papeles y decidió echar una última ojeada para asegurarse de que no estaba alucinando. Se encaminó a la habitación de invitados efectivamente, los armarios permanecían abiertos de par en par. No había rastro del considerable vestuario de Gina. Se había marchado. No había dejado nota alguna ni mensaje de despedida. Todo lo que quedaba era un vestigio de maquillaje en las sábanas blancas de hilo. Sólo podía significar una cosa: por fin Gina había recobrado el sentido y regresado junto a Noah. Gil se sentía como si tuviera alas; no pequeñas y primorosas alas al estilo de Cupido, sino gigantescos alerones como los de un Boeing 747. Aquello era fabuloso; más que fabuloso. Significaba que Sadie podría abandonar su habitación de alquiler y regresar a sus brazos. Al final, todo iba a salir según lo previsto. Tan optimista se sentía que estaba convencido de que cerraría un acuerdo con Universal para *Amante a la fuga*.

Cerró las puertas del armario con un ligero estremecimiento de júbilo. Aquella mañana era el comienzo del resto de su vida. Iba a llamar a su abogado, poner en marcha el divorcio y pagar a Gina lo que le correspondiera. Después, abordaría el no menos importante asunto de arreglar las cosas con Sadie.

Mientras se encaminaba a la puerta principal, el sol resplandecía a través del atrio y hacía brillar el pavimento de granito. Recordaba al suelo del Paseo de la Fama de Hollywood, y por primera vez Gil no tuvo la impresión de vivir en una pecera.

Bajó la capota automática de su BMW y sintió la caricia del calor en el rostro. La vida era buena. La vida era muy buena. Iba a preparar una cena para Sadie. Iría a Bristol Farms y compraría los ingredientes personalmente. No faltaría detalle: comida deliciosa, luces tenues, champán, música romántica en el reproductor de CDs… Podrían empezar desde el principio, esta vez con buen pie. Eso era lo que Gil más deseaba en el mundo.

CAPÍTULO 31

Tavis conduce uno de esos coches grandes que recuerdan a una furgoneta, de la clase que se ve en las clásicas *road movies* o las películas al estilo de *American graffiti*. Es un antiquísimo artefacto de color turquesa y algo oxidado, del tamaño de un pequeño barco. Me gustaría tener un coche así. Tras una serie de vaivenes y bandazos, logramos encajar el vehículo en una plaza de aparcamiento en la calle principal de Larchmont Village y Tavis introduce unas monedas en el parquímetro.

Uno podría pasar toda su vida en esta calle sin necesidad de desplazarse a ningún otro lugar. Dispone de bancos, restaurantes, *boutiques*, tiendas de antigüedades, heladerías, zapaterías y peluquerías, además de cafés para dar y tomar. Con todo, lo mejor son las vistas. Desde lo alto de la colina, el gigantesco cartel de letras blancas con la palabra HOLLYWOOD contempla la avenida con benevolencia, y me hace sentir que realmente he llegado hasta aquí.

Tavis me ha traído a Zorba's. Insistió en que quería invitarme a almorzar y, cuando yo accedí, volvió a insistir en que tenía que ser este restaurante porque en Zorba's no tiene que pagar.

El local tiene un ambiente mucho más animado a la hora del almuerzo, y casi todas las mesas de la terraza están ocupadas. La clientela la componen hombres ataviados con trajes de hilo beis y gafas de sol a la última moda, y da la impresión de que todos ellos comen ensalada sin ningún tipo de coacción. ¿Cuándo se ha visto a un hombre británico consumiendo ensalada sin el cebo de alguna forma de desviación sexual como soborno? Las mujeres están inmaculadamente maquilladas y dan sorbitos a sus vasos de agua a través de labios color escarlata. A medida que nos acercamos me siento satisfecha de que me robaran el equipaje y de que ahora mi vestuario comprenda una amplia selección de marcas selectas (no creo que me hubiera sentido como en casa enfundada en prendas de la temporada pasada de los almacenes Matalan, o en gangas de segunda mano).

El motivo por el que está tan lleno, me explica Tavis, es que a la hora del almuerzo un autobús baja desde los estudios Paramount hasta el restaurante; de manera que, por lo visto, esta gente pertenece al mundo del cine. Todos tienen un teléfono móvil pegado a una oreja y exhiben un aspecto de lo más acicalado. Sin embargo, Tavis, con su atuendo relativamente informal consistente en gorra de béisbol y pantalones desmontables con bordados, se las arregla para hacer que las cabezas se giren. No sé… Tal vez su aspecto es el de una estrella de cine vestida de sport. Tiene el paso largo y ágil de un modelo de pasarela y unas caderas tan pequeñas que apenas sostienen los pantalones, justo las caderas por las que yo daría mi vida. Es muy agradable ser vista con un hombre tan irresistiblemente atractivo.

Tavis recibe besos y abrazos cual hijo pródigo, y después nos sientan en una de las escasas mesas libres, bajo un toldo de rayas que nos protege del calor abrasador. Mi piel no ha visto el sol durante tanto tiempo que probablemente me convertiré en un conde Drácula y me marchitaré en el acto si algún rayo me golpea de improviso.

- Déjame elegir algunas especialidades de la casa -propone, y yo asiento en silencio. De todas

formas, no tengo ni idea de lo que son la mitad de los platos de la carta. Aquí estoy yo sentada, tostándome serenamente, y me encanta que Tavis asuma el mando. De hecho, todo esto resulta de lo más placentero. Pero entonces me pregunto qué estoy haciendo aquí con este hombre. Ésta es la clase de situación en la que debería encontrarme con Gil aunque, ¿dónde estaba él cuando lo he necesitado? Completamente fuera de la vista, ahí es donde estaba.

- No me imaginaba que acabaras de llegar a Los Ángeles -comenta Tavis. Se echa hacia atrás en la silla y parece mucho más relajado que yo.

- Hace dos días -admito. Aunque en algunos aspectos se diría que llevo en la ciudad una eternidad.

- ¿Y viniste para estar con Gil McGann?

- Ese era el plan -respondo yo, y me pregunto si ésa es la razón por la que Tavis se está tomando tanto interés por mí. ¿Es sólo por eso? Supongo que sí. No sé bien por qué, la idea me produce alivio; aunque en realidad debería molestarme. -Pero no está saliendo muy bien.

- ¿Puedo preguntar por qué?

- Preferiría que no lo hicieras, por el momento -replico. -Es bastante complicado.

Tavis sonríe de oreja a oreja.

- Me encanta tu acento.

- El tuyo también es muy bonito.

Mi nuevo amigo suelta una carcajada. Llega nuestra comida y Tavis procede a servirme de varias bandejas con comida aparentemente deliciosa

- ¿Y cómo es que trabajas en Toma Doble? -me pregunta a la vez que me sirve.

- Pura casualidad -respondo. -Sin embargo, presiento que el empleo me va a gustar.

- Quizá puedas proporcionarme algo de trabajo.

- Lo intentaré, desde luego -replico; si alguien llama pidiendo un aterciopelado trasero masculino, sabré a ciencia cierta dónde encontrarlo.

- Debo varias semanas alquiler a mi compañero de piso. -Tavis sacude la cabeza. -Subvencionamos los períodos «de descanso» de uno y otro -me explica. -Por suerte, son muy pocas las veces en las que los dos estamos en paro.

- Eso debe ser espantoso.

Tavis me ofrece una lánguida sonrisa.

- Nos las arreglamos para ir tirando.

- ¿Es una profesión muy precaria?

- Hay muchos más actores sirviendo mesas que interpretando -dice sin rastro de ironía.

- ¿Hace mucho que eres actor?

Él suspira.

- Lo suficiente para poder haber tenido más éxito a estas alturas, pero no lo bastante como para que me borren de un plumazo. -Escarba en la comida que tiene en el plato. -Me mudé a Hollywood hace cinco años -prosigue, -desde Nueva York. Junto a otros treinta mil ilusionados.

- Eso es un montón de ilusión.

- Sí -coincide él. -Y hay treinta mil más que abandonan la ciudad cada año con su sueño hecho

jirones.

- Lástima -dice, y sus palabras hacen que mis pequeños problemas parezcan insignificantes.

- Ahora entenderás por qué no me importaría ser el trasero de otra persona.

- Tienes un sentido del humor muy inglés.

- Mis abuelos eran galeses -me informa.

Opto por no señalar que Gales no es Inglaterra. Pero si el Presidente de Estados Unidos no lo sabe, ¿por qué habría de saberlo Tavis? ¿Sólo porque su abuela procediera de allí?

- Tal vez alguien quede tan impresionado por la actuación de mi trasero que se interese por echar una ojeada al resto de mi cuerpo.

- Confío en que consigas tu gran oportunidad -digo yo con toda sinceridad.

Tavis es tan natural, tan carente de afectación, que merecer triunfar.

- Gracias -responde. -No me gustaría ser el doctor Roberts el resto de mi vida.

- O muerte -puntualizo.

Suelta una risa ahogada.

- Intentaré presentarte a Gil -me ofrezco. -¿Te serviría de algo?

- ¡Claro! -responde. -Sería fantástico.

- Es lo menos que puedo hacer después de un almuerzo tan estupendo.

Tavis me clava una mirada por completo fascinante. Me parece que ha visto demasiadas películas de Clark Gable.

- Sadie -dice, -eres encantadora.

- Mi madre siempre me dice lo mismo -replico yo con sarcasmo. La verdad es que nunca me lo dice. Mi madre se desespera conmigo.

- Eres una especie en extinción -prosigue.

- Sí, igual que los médicos que están más buenos que el pan.

¿Más buenos que el pan? ¿Acabo de decir eso en voz alta? No da la impresión de que Tavis se haya percatado. Debe de estar más que acostumbrado a que las mujeres caigan rendidas a sus pies. Imagino que será un actor pésimo; de lo contrario, le habrían contratado hace siglos.

El sol me calienta el cuello y los ojos se me empiezan cerrar. Podría tumbarme aquí mismo y echar una cabezadita.

- Te llevaré a la oficina -dice Tavis al tiempo que se levanta. Nos dirigimos hacia su coche. -Espero que todo vaya bien entre tú y Gil.

- Yo, también -respondo, pero ahora el asunto parece menos trascendental que antes. Sólo soy una persona a la espera de su gran oportunidad. No tengo que competir con otras veintinueve mil novecientas noventa y nueve. Tengo una única rival.

CAPÍTULO 32

Daniella ha pasado a recogerme a la oficina y me ha traído a Ralph's Wrecks, un destartalado concesionario de coches de segunda mano situado en una zona bastante menos exclusiva que Rodeo Drive. Es uno de esos lugares horribles, atestados de vehículos adornados con cintas de colores brillantes. Imagino que cuando se levanta brisa empiezan a revolotear. Me da la impresión de que esto es mucho más sórdido y desagradable de lo que Daniella tenía en mente.

- Ése no está mal -comento al tiempo que señalo mi montón de chatarra preferido.

- Estás de broma -replica Daniella mientras, horrorizada, contempla la gama de automóviles a la vista.

- Tavis me dijo que es un sitio estupendo para comprar un coche a buen precio.

- ¿Quién es ese Tavis? ¿Un actor muerto de hambre?

- Sí, más o menos -admito yo, aunque nunca llegará a morirse literalmente de hambre; la familia que dirige Zorba's nunca lo permitiría. Más bien deberá tener cuidado de no acumular grasa si es que sigue trabajando allí mucho tiempo.

- Venga ya -digo; -puede que yo no sea una actriz famélica, pero mi presupuesto es el mismo.

- No puedes hacer esto.

- Perfecto. -Me encojo de hombros. -Volvamos a casa; ni siquiera me interesa comprar un coche.

- No seas ridícula -dice ella mientras se baja de su reluciente utilitario deportivo.

- Será una experiencia nueva para ti. Algún día podrás escribir sobre ella.

- Lo mío no son las películas de terror -replica Daniella, y se encamina de puntillas a través del polvoriento patio como si estuviera andando por un barrizal que le alcanzara las rodillas. -Sólo con mirar, la respiración se me acelera.

Pasamos junto a un cacharro viejo de color rosa que resulta ser un descapotable. Parece directamente sacado de *Grease* y da la impresión de que, como en la película, la grasa abunda por doquier. Éste es el tipo de coche que conduciría una de las chicas de la pandilla Pink Ladies. Ahora estoy segura de que Tavis adquirió su carromato en este concesionario.

Un vendedor gordo y empalagoso sale de la desvencijada caseta prefabricada que hace las funciones de oficina.

- No puedes comprarle un coche a este hombre -sisea Daniella por lo bajo.

- ¿Les gusta éste, señoras? -nos dice con tono adulador, y señala el pequeño dos plazas que en su día pudo gozar de encanto. -Pruébenlo, a ver si les gusta el tamaño.

- Voy a vomitar -advierte Daniella.

El vendedor abre la portezuela. Me meto en el coche, seguida de mi amiga, quien sólo se decide a ocupar el asiento del copiloto una vez que lo ha examinado a conciencia en busca de virus mortíferos. Si hubiera traído consigo toallitas antisépticas, lo habría limpiado a base de bien. Puede que este coche no sea ni de lejos como el pequeño y elegante Fiesta que tuve tiempo atrás,

pero sus carencias quedan compensadas por su innegable carácter, si es que el óxido puede considerarse sinónimo de «carácter».

El hombre, que se identifica como Ralph, me entrega las llaves. Arranco el motor y se producen grandes cantidades de ruido y de humo. No es la melodía automovilística más dulce que jamás he oído, la verdad; pero tampoco sé lo que estoy buscando. Ojalá hubiera tenido el sentido común de pedirle a Tavis que me acompañara en lugar de Daniella. El habría sabido si el coche valía la pena o no.

- Debería haber traído a Tavis -digo, pensando en alto.

- Estás hablando mucho de ese hombre -señala mi amiga. -Le has mencionado unas cien veces en el camino hasta aquí.

- ¡No es verdad!

- Tavis esto… Tavis lo otro… Tavis lo de más allá…

- ¡Qué dices! -suelto yo con un bufido.

- Pues eso es lo que digo -insiste Daniella. -Sé dónde trabaja, lo sé todo sobre su aspecto físico, incluidos excesivos detalles sobre su trasero.

Permanezco en silencio, en caso de que algún comentario mío pueda ser utilizado en mi contra. Daniella me da un codazo en las costillas. -¡Ay! -suelto un grito de dolor. -Dime, ¿acaso es guapísimo? Sonrío con reticencia. -Más o menos.

- ¿Por eso no se te ocurrió traer a Gil?

- No creo que Gil sepa nada de coches destrozados. No es de esa clase de hombres.

Y, ciertamente, éste es un coche destrozado. Uno de los más destrozados de Ralph’s Wrecks, tengo la impresión.

- Esto es absolutamente grotesco -masculla Daniella.

- Me lo quedo -digo yo, y coloco quinientos de mis dólares prestados en la sudorosa mano de Ralph.

- Más te valdría ir andando que conducir este trasto -sentencia Daniella con un mohín en los labios.

- Todo irá bien -la tranquilizo. -Me siento como Olivia Newton-John.

- Más bien pareces una indigente que vive en una caravana y se acuesta con su primo -replica, pasando los dedos por el panel de plástico de la portezuela del coche para comprobar si está sucio. Está muy sucio.

- A Alexis le encantará -digo, y giro de un lado al otro el volante, que gruñe en señal de protesta.

- Esa niña carece de gusto. ¿Cómo puede alguien con tres Barbie Joya Mágica reconocer la auténtica clase? -murmura Daniella. -A veces creo que Alex no es hija mía.

- ¿Cómo puedes hablar así? -digo, tocando el claxon.

Suena como si le hubiera pisado el cuello a un pato. Mi amiga arruga su pequeña y atractiva nariz.

- Deberíamos revisar a fondo la guantera en busca de paquetes blancos sospechosos.

Ralph da una palmadita en el alerón.

- Cuiden de esta preciosidad -dice con una sonrisa. Juro que oigo el ruido de una pieza al desplomarse al suelo.

- Apuesto a que trata a su mujer de la misma forma -apostilla Daniella. Acto seguido, se apea de mi coche nuevo y cierra la puerta de un golpe. Cruje otra pieza.

- ¡Jesús! -masculla mientras regresa a su coche. -Sígueme. Pero no demasiado cerca.

- No tengo seguro de automóvil.

- ¿Crees que de veras importa? -pregunta Daniella al tiempo que toma asiento en su coche.

Salgo del aparcamiento detrás de ella, con cierta dificultad, mientras el coche resopla y suelta humo. Creo que la radio funciona mejor que el motor.

De repente, siento ganas de ir conduciendo hasta casa de Tavis para enseñarle mi coche nuevo. Le gustará, estoy convencida. Pensará que es absurdo y divertido. Y opinará que he conseguido una ganga, un coche de lo más original, y no que me han estafado de mala manera.

CAPÍTULO 33

Tavis se quitó la gorra de béisbol y la lanzó a la silla más cercana, seguida de inmediato por su propia persona.

- Hola, tesoro. -Su compañero de piso, Joe Mavers, dejó de teclear y se acercó a besarle con afecto en la mejilla. -¿Un día atareado en la oficina?

- Un horror -respondió Tavis. -He inscrito mi culo para hacer de doble.

- ¿Para quién vas a trabajar? ¿Para John Candy?

- Sí. Muy gracioso.

- No tardarás en encontrar un papel. -Joe le dio unas compasivas palmadas en el hombro. -Siempre acaba surgiendo algo.

- Ojalá fuera tan optimista como tú -admitió Tavis.

- Si pierdes el optimismo, colega, más vale que regreses a Boise, Idaho, y consigas un empleo en la gasolinera.

Tavis sacudió la cabeza.

- A veces me pasa por la cabeza.

- Sí -terció Joe. -Y te morirías en menos de una semana.

- Por eso nunca me decido -concluyó Tavis.

Tavis y Joe se conocían desde mucho tiempo atrás. Ambos habían llegado a Los Ángeles a la vez y se habían conocido en la misma escuela de arte dramático en Hollywood. Tras varios meses de penurias, Joe consiguió un cotizado papel en una serie de televisión y terminaron compartiendo un ático en una urbanización pulcra -y, por lo tanto, costosa- de La Brea. En los últimos años, Joe había ayudado a Tavis en gran medida. Muchas fueron las veces en las que éste habría mandado todo a paseo y emprendido el camino de regreso a casa -si no a Boise, Idaho, a su Nueva York natal- de no haber sido por el ímpetu y el apoyo constante de Joe. Era mejor que tener un estupendo hermano mayor.

- ¿Cerveza? -preguntó Joe camino a la nevera. Lanzó a Tavis una botella de Bud fría como el hielo. Tavis la balanceó en las manos y después la abrió en el saliente de la ventana.

Joe era un actor «de reparto», no lo bastante atractivo como para ejercer de galán. Además, resultaba demasiado amanerado para interpretar al protagonista; pocas actrices querrían trabajar junto a un intérprete homosexual. Rupert Everett podría salirse con la suya, pero Joe no era tan guapo como él, ni mucho menos. Aunque era alto y rubio, estaba bastante rollizo a pesar de las horas de gimnasio, la sauna y los innumerables baños calientes.

Joe había abandonado su hogar, un pequeño pueblo de la Norteamérica profunda, cuando sus maneras afeminadas empezaron a provocar que sus parientes se sintieran incómodos y a atraer la atención de demasiados puños con prejuicios. Joe nunca encajaría en una tierra de granjeros de ganado sumidos en la pobreza. Se había desplazado por varios estados del país realizando trabajos insignificantes y citándose con hombres insignificantes hasta aterrizar en Los Ángeles.

El acento provinciano había desaparecido tras largas horas de práctica, y sólo lo retomaba para dar la nota cuando se encontraba especialmente borracho o colocado.

Tavis contaba con el apoyo de su familia -moral, espiritual y, de vez en cuando, financiero; -sus padres siempre habían intentado comprender sus inclinaciones, a pesar de lo muy ajenas que les resultaban. Joe no tenía a nadie. Sus dos hermanos mayores le condenaron al ostracismo en el momento mismo en el que salió del armario, y sus padres no le llamaban nunca. Tavis era lo más parecido a una familia que Joe jamás había tenido.

Tavis dio un refrescante sorbo a su cerveza.

- Hoy he conocido a un contacto estupendo -dijo.
- Eso es lo que a todos nos gustaría, querido.
- Es la novia de Gil McGann.
- Vaya…
- Una chica fabulosa -musitó Tavis con aire pensativo. -Fabulosa de verdad.
- Creía que habías abandonado ese asunto.
- Y lo he abandonado, me distrae demasiado. A partir de ahora, sólo voy a preocuparme por mi carrera. -Duras palabras, y muy fáciles de decir; pero la verdad es que había pasado mucho tiempo desde que alguien del sexo contrario hubiera suscitado su interés.
- ¿Qué va a ser esta noche, amigo mío? -preguntó Joe, apoyando su cerveza en lo que un día, indudablemente, sería una abultada barriga. -¿Viper Room? ¿Polo Lounge? ¿Sky Bar?
- ¿O por qué no vamos a nuestra clase de arte dramático y dejamos que nos humillen, para variar?
- Buena idea -convino Joe. -¿Crees que tu nueva amiga puede presentarte al mismísimo pez gordo?
- Eso espero.

Tavis asintió con lo que le parecía un gesto de esperanza. Pero lo cierto era que no importaba tanto a quién conocieras en Hollywood, sino quién te conocía a ti. Tavis lo tenía muy claro. De la misma manera en que tenía muy claro que el cabello de Sadie olía a vainilla.

A veces, cuando te han tumbado a patadas tantas veces, resulta muy difícil levantarte otra vez. Tavis intentaba bromear sobre el asunto de que hubieran quitado de en medio al doctor Roberts, y trataba con todas sus fuerzas de no tomárselo a título personal. *El hospital de la felicidad* era una serie basura, con un guión basura y un puñado de actores basura; pero Tavis había sido bueno, teniendo en cuenta el material con el que se había visto obligado a trabajar. Estaba convencido de que lo había hecho bien. Pero dudaba de que ser lo bastante bueno o lo bastante decidido le fuera a conducir alguna vez a donde quería llegar. Y él quería llegar a lo más alto.

CAPÍTULO 34

Gil sentía deseos de cantar. Y bailar. Y tal vez lanzar algún que otro grito desde el tejado. Pero María, su ama de llaves, pensaría que había perdido la cabeza. Él consideraba que tenía la cabeza en su sitio, pero sentía que se había quitado un enorme peso, tanto de los hombros como del alma. Cuando llegó a casa cargado de comida le pareció detectar cierto barullo. Tal vez sólo había imaginado que Gina se había marchado; quizá seguía imperturbablemente refugiada en su habitación de invitados, y en su vida. Pero, no; aún había un vacío en el lugar que su ex mujer acostumbraba a ocupar.

Ahora Gil se encontraba atacando un manojo de cebollino y aguardando con impaciencia volver a ver a Sadie. ¡Ojalá le llamara!

La reunión en los estudios Universal había ido viento en popa. El reacio director que Gil había elegido para *Amante a la fuga* había aceptado el trabajo. El guionista ya se encontraba tecleando alegremente y Gil albergaba la esperanza, contra todo pronóstico, de que el guión fuera entregado a tiempo. Habían apalabrado a un actor de los grandes para el papel de protagonista. Steve se había ofrecido a realizar el diseño de producción. ¡Ser un productor de cine era algo fabuloso! Gil recogió su copa de magnífico vino californiano y dio un sorbo con deleite. Gina se había marchado. Sadie iba a regresar. Había contratado a un abogado de asuntos matrimoniales. La vida le sonreía.

María parecía preocupada por el hecho de que Gil hubiera asumido el control de la cocina.

- Mire -dijo éste mientras sacaba un billete de cincuenta dólares de la cartera. -Tómese la noche libre. Váyase al cine.

María se quedó mirándole con rostro inexpresivo.

- *Vaya a las películas*[4] -dijo Gil con voz chillona en un español titubeante.

María pareció animarse y, tomando el dinero, lo guardó en las profundidades del bolsillo de su uniforme.

- *Sí, señor. Gracias*[5] -respondió ella también en español, y salió de la cocina como una exhalación.

Lo más probable es que no fuera al cine, pensó Gil. Se sentaría en su habitación a ver *Jeopardy* y *The Weakest Link* en la televisión, y le entregaría el dinero al holgazán de su hijo; pero al menos, Sadie y él tendrían la casa para ellos solos.

La cena iba a ser excepcional. Gil no cocinaba muy a menudo, pero cuando surgía la ocasión sabía preparar unos cuantos platos con un toque personal. Y esa noche estaba echando el resto con los espaguetis *a le vongole*, con almejas al vapor, su plato de pasta preferido. No muy bueno para el aliento, pero decían que las almejas tenían poder afrodisíaco… ¿O eran las ostras? Son prácticamente lo mismo, decidió Gil. Ambas de pequeño tamaño y con sabor a pescado. Se frotó las manos con satisfacción.

Sólo una comprobación más de su *pièce de resistance*. Se quitó el delantal de un tirón: no había

por qué alarmar a los vecinos, sobre todo porque eran la clase de gente que ni siquiera sabe dónde se encuentra su propia cocina.

Salió por una puerta lateral y atravesó el pasadizo que conducía al camino de acceso. Y allí estaba, reluciente bajo la tenue luz del ocaso. Gil sintió un escalofrío de emoción. A Sadie le encantaría. El garaje había traído el pequeño Mercedes deportivo aquella misma tarde, tras varias llamadas telefónicas frenéticas. Tenía techo descapotable, tapicería de cuero color crema, elegante carrocería de color negro y un enorme lazo rojo atado alrededor. Si el corazón de Sadie se había endurecido con respecto a Gil, aquella maravilla sin duda lo ablandaría.

4 En español en el original. *(N. de la T.)*
5 En español en el original. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 35

- ¡Mierda! -Pulso varias teclas más en mi flamante móvil de última generación y desaparecen la mitad de los mensajes. -No consigo que este puñetero teléfono funcione.

- Dámelo -ordena Daniella, y aprieta una única tecla con la pericia propia del experto.

Hemos regresado a la casa de Larchmont y estamos tumbadas en el sofá, con los pies en alto y bebiendo té helado -absoluto anatema para mí; pero donde fueres, haz lo que vieres. -Alexis ha regresado del colegio y está en el suelo, intentando convencer a su Barbie Gimnasta para que se coloque las piernas alrededor del cuello.

Daniella se lleva el teléfono a la oreja. Abre los ojos como platos.

- Gil dice que te ama.

- ¿En serio?

- No. Pero es algo parecido. Más apasionado.

- Eso está bien.

- Dice que Gina se ha marchado.

- ¿Se ha marchado? -Me incorporo como un resorte. -¿De veras dice eso?

Daniella asiente.

- ¡Caray! -Reconozco que me coge por sorpresa. -Debe de haber hablado con ella.

- O puede que le haya partido la cabeza con un hacha y ahora esté enterrada bajo tierra.

- Escribes demasiadas películas -apunto yo.

- ¡Calla! -me ordena Daniella. -Dice que vayas a su casa en taxi lo antes posible. Va a cocinar la cena. Y tiene una sorpresa para ti.

- ¡Ja! -exclamo yo. -¡Y yo tengo una sorpresa para él!

Dolores -así he bautizado a mi nueva y fiel compañera- se portó de manera impecable y recorrió todo el camino hasta casa chirriando y soltando pedorretas sin averiarse ni una sola vez.

- Si apareces montada en esa cosa, lo más probable es que le dé un infarto -advierte. -La policía de Los Ángeles te arrestará por acosadora de celebridades.

- Es una preciosidad -digo con tono defensivo.

- ¿Hablas de un coche, tía Sadie? -pregunta Alexis.

- Sí-respondo. -Es una preciosidad, y se llama Dolores. Es todo un clásico.

- Sí, una pieza de museo -masculla Daniella. -En todo caso -añade, -¿por qué estamos hablando sobre esa «eme i e erre de a» cuando es mucho más interesante el hecho de que la otra «eme i e erre de a» se haya ido de la casa?

- Mamá, acabas de deletrear la palabra «mierda» -nos informa Alexis con una sonrisa.

- Genial -dice Daniella. -Tu ortografía no está mal. Ojalá fueras tan buena en Matemáticas.

Me pongo de pie y me estiro.

- Más vale que vaya para allá -digo, aunque lo que de verdad me apetece es un baño caliente e irme a la cama temprano.

- Intenta parecer un poco más entusiasta -aconseja Daniella.

- Estoy cansada.

Para ser sincera, hubiera preferido que quedáramos en Zorba’s otra vez. Me gustaría ver a Tavis y contarle lo de mi coche nuevo. El no lo vería como un montón de chatarra. Le gustaría, estoy convencida. Confío en que a Gil también le guste.

- Menos mal que Cenicienta no estaba tan reacia a acudir al baile -comenta Daniella.

- No -replico yo. -Aunque si desde el principio hubiera sabido que el príncipe azul estaba casado, a lo mejor no habría soltado el zapato.

CAPÍTULO 36

Hay un precioso automóvil negro en la puerta de casa de Gil, y por un instante el corazón me deja de latir y se me ocurre dar la vuelta y regresar derecha a casa. Después caigo en la cuenta de que «casa» significa la vivienda de Daniella, y no la ciudad de Londres, y el nudo que se me ha formado en el estómago se va desatando ligeramente. Si Gina está aquí, no tendré más remedio que enfrentarme a ella. Decido apelar al espíritu combativo que imperó en Dunquerque y que hoy sobrevive a diario en el metro londinense a la hora punta.

Tomo el camino de acceso con varias expresivas pedorretas por parte de Dolores y aparco lo más lejos posible del lujoso deportivo negro, no vaya a ser que mi temperamental carroza decida sacarle los ojos mientras yo me encuentro ausente.

Me aliso mi vaporosa falda de gasa. Esas bolsas de compras son un pozo sin fondo: cuantos más conjuntos sacas, más siguen apareciendo. ¿Cómo es posible que compráramos tanta ropa?

Se me ocurre que debería haber traído algo a la cena -vino, bombones o flores, -pero llego con las manos vacías y ahora me siento aún más cohibida.

Arrastrando los pies como una inquieta niña de cuatro años, llego hasta la entrada y llamo al timbre. María abre la puerta de inmediato y me conduce al amplio atrio al tiempo que masculla en español de forma incomprensible. Gil aparece junto a la puerta de la cocina.

- ¡Eh! -dice cariñosamente, y me atrae hacia él.

María desaparece.

- Estás guapísima -me dice Gil con un suspiro de admiración que me agrada muchísimo.

- Gracias.

Gil también está muy guapo. Lleva pantalones cortos y una camiseta de algodón que le queda grande. Es el primer varón que he visto en los últimos veinte años al que le sienta bien cualquier cosa que le llegue a medio muslo. Los hombres ingleses tienen piernas como espaguetis, con rodillas huesudas y piel azulada -como un pez muerto- debido a la falta de sol. ¿O es que mis ex novios eran los únicos afligidos por tal circunstancia? Por el contrario, las piernas de Gil son fuertes y bronceadas. De repente, la temperatura empieza a subir aquí dentro.

- Me alegro de que hayas venido -comenta, y me conduce a la cocina. De los cazos hirviendo emanan deliciosos olores a ajo y especias. Yo también me alegro de haber venido, ahora que lo pienso. Es cierto que hace un rato no estaba dando botes de alegría, pero ahora ciertas partes de mi cuerpo empiezan a saltar alegremente.

Me abraza con fuerza.

- ¿Te gusta tu coche?

Sonrío. Debe haberme visto llegar en mi viejo cacharro.

- Sí -respondo. -Por ahora, servirá.

Una expresión de decepción le ensombrece el semblante y siento una punzada de deslealtad hacia Dolores.

- Está muy bien -digo, estrechando a Gil. -Me servirá para ir de aquí para allá; más o menos.

Gil aún parece un poco disgustado.

- Te devolveré el dinero, te lo prometo. En cuanto me paguen, te daré un anticipo a cuenta.

- Es un regalo -apunta Gil con cierto mal humor.

- No seas tonto. -Le propino un jocoso puñetazo en el brazo y él se queda mirando el lugar que he golpeado. -Tú nunca elegirías algo de tan mal gusto.

Gil se desembaraza de mí, a pesar de su entusiasmo inicial, y estoy convencida de que Dolores le horroriza. Sabía que sería así. Probablemente no es lo bastante chic para él.

- ¿Comemos? -pregunta con no poca tirantez.

Me muero de hambre. Sería capaz de comerme un burro sarnoso.

- Mmm… Huele de maravilla-comento.

- Espaguetis *a le vongole* -anuncia él con orgullo.

No sé lo que significa «vongole». Tal vez sea un burro sarnoso. Pero suena más a un pequeño roedor; un topo, o un ratón de campo.

- Ah. -Desde que he llegado a California no dejo de sentirme como una ignorante en lo que a comidas se refiere. En la carta siempre aparecen platos de lo más extraños. -¿Con qué están hechos?

- Almejas -responde.

Joder. ¿Serán como los mejillones? Soy alérgica a los mejillones.

- Son mi especialidad -me informa.

Joder. Me parece que enseguida lo voy a averiguar.

- Bueno. -Me encaramo en un taburete de cocina. -¿Dónde está Gina?

Gil detiene su tarea y levanta la vista.

- Se ha marchado -responde. -¿No te ha llegado mi mensaje?

- Bueno, sí. Más o menos.

- Se fue esta mañana -prosigue Gil. -Noah vino anoche, le suplicó que volviera a casa y esta mañana Gina ya no estaba aquí. Y sus cosas, tampoco, lo que es mucho más importante.

Caray. Puede que Daniella estuviera en lo cierto y Gina se encuentre oculta en algún lugar, con un hacha clavada en la cabeza.

- He solicitado el divorcio.

¡Uf! Esto sí que es una noticia.

- Ya era hora -admite Gil, y acto seguido me ofrece una enorme copa de vino que deseo beberme de un solo trago. -Creo que esto merece una celebración -concluye.

- Tengo que conducir.

- Esperaba que te quedaras a pasar la noche -admite entre risas indecisas. -¿No has traído tus cosas?

- ¿Cómo? ¿Todo mi equipaje?

- Ésa era la idea.

Puede que fuera tu idea, colega; pero no la mía.

- Quiero que te vengas a vivir conmigo.

- Pero a mí me gusta estar en casa de Daniella -replico.

Gil frunce las cejas.

- No la conoces.

- No te conozco a ti.

- ¡Pero si has recorrido medio mundo para estar conmigo!

Pensaba que él, convenientemente, lo había olvidado.

- Es verdad -respondo con calma, y decido que sí necesito el vino. Lo más probable es que Dolores cuente con algún artilugio automático teledirigido para volver a casa. Es de esa clase de coches. Me acabo el vino de un solo trago. -Pero cuando llegué -le recuerdo, -descubrí algo que no había previsto.

- Gina -apunta Gil.

Me encojo de hombros. Gil camina hasta el armario de cocina más cercano y, lentamente, se golpea la cabeza contra la madera.

- No estoy diciendo que no vaya a volver -aclaro antes de que Gil se produzca lesiones cerebrales. -Sólo que me parece que no debemos precipitarnos.

Gil se muestra decepcionado. Es un hombre acostumbrado a salirse con la suya. Al menos, en cuestión de trabajo.

- Lo que tú digas. Supongo que tengo que volver a ganarme tu confianza.

Justo cuando empiezo a pensar que se está comportando como un cerdo, me sale con éstas. Y ahora me siento malvada y desagradecida.

- La cena tiene una pinta estupenda. -Me bajo del taburete y le doy un tierno beso en la mejilla. Huele a canela y a cebollino.

La sonrisa regresa a sus labios, pero percibo que la cosa no va como él había planeado.

- Estará lista en un minuto -me informa.

Me parece que voy a tener que comerme esta pasta *a le vongole* contra viento y marea, y afrontar las consecuencias. De lo contrario, la velada podría convertirse en un verdadero desastre.

CAPÍTULO 37

Mary Ann regresó de la habitación de Alexis.

- Se ha dormido -anunció mientras tomaba asiento.

- ¿Cómo? -preguntó Daniella al tiempo que notaba cómo la mirada de su madre caía sobre ella. Estaba sentada a la mesa de la cocina, tecleando en su ordenador.

- Pareces agotada -dijo Mary Ann, y recogió el periódico y lo sacudió.

- Estoy bien -repuso Daniella. Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

- ¿Por qué no lo dejas por esta noche? -sugirió Mary Ann. -No hay nada interesante en la televisión. Podríamos sentarnos y verla juntas.

- Tengo que salir -informó Daniella.

Mary Ann miró el reloj.

- ¿Ahora?

- Tengo una clase de escritura.

Mary Ann examinó a su hija.

- ¿No irás a donde estoy pensando?

- Mamá -suplicó Daniella con hastiada exasperación.

- No quiero que vuelvas a equivocarte.

- ¿Te crees que soy estúpida?

- Cuando se trata de ese hombre, sí; eso es lo que creo.

- Eres mi madre -le reprochó Daniella. -Deberías apoyarme.

- Cariño -replicó Mary Ann, -el mundo está lleno de hombres casados que son infieles.

- Ya lo sé -replicó Daniella. -Mi padre era uno de ellos.

Mary Ann se sintió herida.

- Por eso quiero algo mejor para ti.

Daniella reunió las páginas mecanografiadas y las colocó en una ordenada pila sobre la mesa.

Mary Ann se acercó a su hija y le rodeó los hombros con los brazos.

- Eres joven. Eres guapa. No tendrás problema en encontrar a otra persona.

- ¿A otra persona que no esté casada?

- Ahí fuera hay hombres estupendos -señaló Mary Ann.

- Bueno -concluyó Daniella, -por lo visto ni tú ni yo tenemos mucha suerte en encontrarlos. -Se puso de pie y se estiró, desembarazándose de su madre. -No tardaré mucho.

- Ojalá no hicieras esto -dijo Mary Ann con un suspiro.

- Tengo que hacerlo -insistió Daniella. Besó a su madre en la mejilla. -Estaré de vuelta antes de que te des cuenta. -Y se encaminó hacia la puerta principal, haciendo caso omiso de la resignación con la que su madre sacudía la cabeza.

En una ciudad con un generoso cupo de residentes acaudalados, Bel Air se considera como un enclave de archimillonarios. La evocadora franja de Sunset Boulevard aún impone una frontera

entre los que realmente tienen y los que no. Las mansiones multimillonarias de Bel Air ofrecen las mejores vistas de la ciudad. Quien desee el máximo símbolo de estatus, una vez alcanzadas las más altas cumbres en el negocio del cine, debe adquirir su vivienda en esta apacible urbanización emplazada en la falda de la colina.

La primera mansión espectacular de este boscoso desfiladero fue construida en los dorados de Hollywood por Douglas Fairbanks y Mary Pickford, y todo el mundo que era «alguien» siguió el ejemplo: Elvis Presley, Barbra Streisand, Lana Turner, Natalie Wood, Gene Kelly, Tom Jones, Elizabeth Taylor… Todos ellos vivieron en Bel Air en algún momento de sus vidas, junto a otras rutilantes estrellas, demasiadas como para enumerar. El Excéntrico Magnate Cinematográfico no era una excepción.

Daniella aparcó ante las puertas de seguridad -de tres metros de altura- de la ostentosa vivienda, oculta en los amplios terrenos de una propiedad fuertemente protegida. Bajó la ventanilla del coche. Hasta el aire mismo olía a riqueza. Su madre tenía razón: aquello era un disparate. Debería hacerle caso y seguir su propio camino. ¿De qué le servía a Daniella venir a sentarse a las afueras de su mundo y mirar desde la distancia? Sólo conseguía sentirse más hueca por dentro. Para el visitante accidental, no había nada que ver. Las celebridades y los excéntricos magnates cinematográficos que valoraban su intimidad se ocultaban tras imponentes muros, verjas de acero, cámaras de seguridad y simbólicos setos de buganvilla. Era una forma inútil y deprimente de pasar el tiempo. No lo hacía con frecuencia, pero más a menudo de lo que debería después de todo ese tiempo.

Daniella había estado en el interior de la casa una sola vez. Había recorrido todas las habitaciones, fijándose con atención en el color, la textura y la colocación del mobiliario y deteniéndose en algunas estancias más que en otras. Ella y el Excéntrico Magnate Cinematográfico se hallaban entonces en el apasionado comienzo de su romance. Habían hecho el amor en el dormitorio principal. ¿Haría eso un hombre que adorase a su esposa? ¿Dormir con su amante en la cama de matrimonio? Daniella recordaba el momento con nitidez. Si la señora del Excéntrico Magnate Cinematográfico había cambiado la decoración mientras tanto, Daniella nunca se enteraría.

Una ráfaga de brisa meció suavemente las copas de los enormes árboles. Aquella noche no había una fiesta en marcha. No se veía una fila de limusinas blancas; ni servicio de aparcacoches; ni corpulentos guardias con cazadoras negras, gafas de sol de espejo y radioteléfonos portátiles. Tampoco se oían las notas de un piano que pudieran encogerle las entrañas. Ninguna señal de frivolidad de la que, una vez más, hubiera sido excluida. Aquellas eran las visitas que más dolían.

Aquella noche todo estaba tranquilo en la mansión del magnate. Tal vez estuviera viendo un pase de su última película en su sala de cine privada. Puede que estuviera disfrutando de una copa junto a su esposa; la esposa a la que, según decía, ya no amaba. La esposa con la que ya no dormía, pero con la que seguía viviendo, a pesar de todo. Tal vez al respirar el mismo aire, él percibiría de alguna forma que Daniella estaba allí. Cerró los ojos y escuchó su propia respiración al tiempo que imaginaba el ritmo de la de él.

Subió la ventanilla. Si no se marchaba enseguida, la patrulla de seguridad de Bel Air llegaría hasta ella y la obligaría a marcharse. En una zona en la que entre los vecinos se incluyen personajes de la talla de Nicholas Cage o Hugh Hefher, cualquiera que no fuera residente se contemplaba como un acosador en potencia. Y a lo mejor no estaban tan confundidos. ¿Qué le parecería al Excéntrico Magnate Cinematográfico? Con todo, Daniella sabía que ella no era una acosadora, ni un monstruo, ni una fan obsesiva. Sólo un antiguo rescoldo de amor que, en silencio, había chispeado durante años sin llegar a apagarse del todo. En su fuero interno sabía que él aún pensaba en ella. Lo sabía con la misma seguridad con la que sabía que alguien, en algún lugar, tendría la valentía de arriesgarse con uno de los guiones de aquella pila cada vez más alta.

CAPÍTULO 38

Los espaguetis *vongole* estaban deliciosos. Estoy llena y no siento náuseas, por lo que me siento eternamente agradecida. Gil y yo nos hemos instalado en el gigantesco salón y estamos acurrucados en uno de los sofás de cuero blanco, que podrían fácilmente albergar a todos los pasajeros de un autobús. Me pregunto para qué querría alguien sofás de semejante tamaño. Esta casa no es acogedora, es… Bueno, no sabría explicarlo. No se parece a nada de lo que yo haya visto jamás, y eso que debe de ser exacta a otras viviendas de estrellas cinematográficas. Cuando hablamos, resuena el eco, y nuestras palabras regresan a nosotros a través de cientos de metros cuadrados de paredes blancas. Los enormes cuadros son versiones similares en colores primarios que parecen realizados por niños de guardería, por lo que asumo que están de última moda y tienen precios exorbitantes.

Me gustaría salir al exterior y disfrutar de la calidez de la noche, aunque imagino que eso es algo típicamente británico. No nos importa que los insectos nos coman vivos o los rayos ultravioleta nos destrocen; estamos tan desesperados por disfrutar del aire libre que salimos a toda prisa siempre que podemos, porque nunca sabemos en qué momento de la década siguiente tendremos un día seco y soleado. Si vives en un lugar seco y soleado la mayor parte del tiempo, no debe tratarse de un gran acontecimiento. A nosotros nos gusta freímos; a los californianos, mantenerse frescos.

A pesar de todo, y creo que a causa de los vasos de vino y el estómago a punto de reventar, me siento sorprendentemente tierna. Me pesan los ojos y las piernas, pero no estoy cansada. Me apoyo contra Gil y suspiro.

- Así debería haber sido nuestra primera noche -lamenta con melancolía.

- Es verdad -coincido yo, acurrucándome contra él. -¿Por qué no intentamos volver a empezar?

Noto que asiente en silencio y sus labios juguetean con mi pelo. Tras un poco de persuasión, mis hombros empiezan a perder el agarrotamiento. Los labios de Gil recorren la línea de mi cuello y, a pesar del aire acondicionado, noto su aliento candente. Sus besos viajan suave y lentamente por el perfil de mi mandíbula y recorren mi mejilla hasta llegar a los ojos y la punta de la nariz. Me estoy abrasando, a pesar de que mi carne de gallina tiene la carne de gallina. Sus labios se encuentran con los míos. Gil coge mi copa de vino y, sin dejar de besarme, la deposita en algún lugar, libre de la preocupación que yo siento por el cuero de color blanco. Nos abrazamos y noto cómo el corazón le late a través de la camiseta. Dios mío, ¡cuánto tiempo he esperado este momento! Sus manos, cálidas y apremiantes, me cubren el cuerpo y definitivamente empiezo a lamentar no haberme traído el cepillo de dientes.

Mis dedos se adentran por el interior de la camiseta de Gil e, indecisos, la separan del cuerpo. Hace tanto que no he hecho esto que la boca se me seca a causa de la expectación. Este chico tiene unos abdominales estupendos y un torso atlético tan suave como la seda. Además de trabajar como famoso productor de cine y como guardián de su mujer, debe de sacar tiempo para frecuentar el gimnasio.

Por encima de nuestras boqueadas de aliento se escucha un chirriar de neumáticos. Las luces de un automóvil iluminan el atrio, haciendo que las plantas parezcan sacadas de Parque jurásico. Gil y yo nos separamos y observamos las luces, mientras respiramos de forma entrecortada. Se produce un momento de silencio, seguido inmediatamente por un estrépito aterrador. Gil se levanta de un salto, se baja la camiseta y sale corriendo hacia la puerta.

- ¡Maldita mujer! -grita a la noche, y enfatiza la exclamación agitando el puño.

Me ajusto la ropa para adquirir un aspecto más decente y le sigo.

- ¡Se ha chocado contra tu maldito coche! -Gil está fuera de sí, y yo no voy a la zaga.

- ¡Dolores! -grito. -¡Dolores, no! -Y salgo corriendo al camino de acceso, seguida por Gil.

Gina está sentada en su nuevo deportivo, desplomada sobre el volante. Sale humo del motor.

El precioso y elegante Mercedes negro tiene ahora una profunda y arrugada «V» en el portaequipajes.

- ¡Jesús! -exclama Gil, y corre a abrir la portezuela de Gina.

¿Cómo se las ha arreglado para golpear a este coche, además de a Dolores? Me apresuro a localizar mi querida pieza de chatarra. Aún está discretamente aparcada a un lado del camino de acceso, cobijada bajo un enorme arbusto de buganvilla, oxidándose serenamente, sana y salva.

- ¡Mira lo que has hecho al coche de Sadie! -grita Gil. Está zarandeando a Gina, hecho que a ella le pasa dichosamente desapercibido.

- Ése no es mi coche -replico yo con voz calmada.

Gil se gira en redondo.

- ¿Qué?

- Dolores está bien.

- ¿Quién?

- Dolores, mi coche. -Soy consciente de que hablo con un hilo de voz. -Está bien.

Gil sigue mi mirada y le veo estremecerse al reparar en las redondeadas curvas de Dolores, moteadas de terracota.

- ¡Joder! -farfulla para sus adentros.

- Ése es mi coche -reitero, porque, de repente, Gil se ha puesto pálido como la cera.

- *Éste* es tu coche -dice él al tiempo que señala el elegante vehículo, negro y destrozado. Por el momento, Mercedes parece encontrarse en peor estado que Dolores.

- No es verdad -insisto. -No sé de quién es ése coche. Creí que era de Gina.

- Es tuyo. -La voz de Gil se eleva alarmantemente. -Lo compré para ti. -Da la impresión de que le tiemblan las manos. -Por eso tiene un puñetero lazo rojo en el morro. ¡Lo compré para ti!

- No lo quiero -grito yo con más fuerza. -No puedes comprarme.

- ¡No intento comprarte! Quiero que estés contenta.

- Ya estoy contenta -grito de nuevo, una vez abandonado todo decoro. -¡Con Dolores!

- No puedes conducir esa carraca.

- No puedo permitirme otra cosa.

Técnicamente, ni siquiera puedo permitirme a Dolores, y la he pagado con el dinero de Gil; pero de momento estoy dispuesta a pasar por alto tal circunstancia.

- ¿Qué tengo que hacer para pedirte disculpas? -Gil respira con dificultad, aunque no de la forma apasionada de hace unos minutos.

- ¡Sólo eso! -Noto que las ventanas de la nariz se me disparan, lo que no resulta muy atractivo. -Sólo dime que lo sientes, y deja ya de comprarme cosas.

De repente, Gil se queda en silencio.

- Fue con mi mejor intención -dice. -Pensé que te gustaría.

Siento ganas de llorar. ¿Por qué lo estamos fastidiando todo de esta manera?

- Y me gusta -aseguro yo. -Me encanta. El morro es muy bonito.

Nuestras miradas se clavan en el hermoso y abollado automóvil. Ambos sonreímos.

En ese momento, Gina se baja del asiento del conductor y vomita estrepitosamente sobre el camino de acceso.

- ¡Joder! -exclama Gil, y los dos nos precipitamos hacia el lugar donde el cuerpo inerte ha aterrizado.

Gil levanta a Gina.

- Lo siento -murmura ella.

- ¿Lo sientes? -Gil está blanco de rabia. -Has destrozado dos coches en dos días, estúpida. Estoy harto de ti. Esto se ha terminado. ¡Para siempre!

Gina cae como un fardo sobre el hombro de Gil y yo le sujeto el otro brazo. Entre los dos, la arrastramos hacia la casa. Para alguien que parece no probar otra cosa que lechuga, pesa una tonelada. Tampoco está muy atractiva, que digamos. La última vez que la vi, llevaba una capa de maquillaje inmaculadamente aplicada; ahora tiene la cara llena de churretes, al estilo de la tía Sally. Los ojos de Gina son dos hendiduras inyectadas en sangre y no parece capaz de mantener el más mínimo control sobre sus piernas.

Subimos los escalones con más energía de lo que yo estimo estrictamente necesario, y cuando llegamos al atrio, Gina vomita otra vez.

- ¡María! ¡María! -grita Gil a voz en cuello. Gina suelta un gemido. Los gritos hacen que mi cabeza estalle, así que no alcanzo a imaginar lo que le estarán haciendo a la de ella.

Aparece la diminuta ama de llaves mejicana. Lleva bata y rulos, que trata de esconder bajo un pañuelo de seda. También efectúa una brillante representación de un pollo sin cabeza que corre de un lado a otro, santiguándose y lanzando incomprensibles lamentos en español a pleno pulmón. Dadas las circunstancias, no resulta de mucha ayuda.

Gina gime y suelta la pota otra vez.

- Traiga un cubo para la señora McGann -ordena Gil, y ambos intercambiamos una mirada ante el término «señora».

Una vez que conseguimos introducir a Gina en el cuarto de invitados, Gil la arroja encima de la cama, boca arriba. Se queda allí tumbada, en estado comatoso.

- Deberíamos ponerla boca abajo -sugiero. -Podría ahogarse con su propio vómito.

- De acuerdo -replica Gil con sequedad.

María aparece con un cubo. Dentro, hay una fregona.

- Se me ocurre algo que hacer con eso -dice con maldad, mirando alternativamente a la fregona

y a su mujer.

- ¿Puedo ayudar en algo? -pregunto. Ahora me siento como un intruso en una boda, no precisamente como una dama de honor.

- No -responde Gil con fatiga. -María me ayudará a asear a Gina. -Me mira con tristeza. -No será la primera vez. -Se acerca a mí y me abraza. -Gracias.

- No sé qué hacer -digo yo.

- Ve a prepararte para ir a la cama -me dice. -Yo acabaré enseguida. Tal vez podríamos continuar lo que interrumpimos… -Pero por sus ojos sé que se trata de una bravata, y que él ha perdido toda esperanza.

- Más vale que me vaya.

- Quédate.

- Gina te necesita -replico yo, negando con la cabeza. No puedo dormir con Gil a un pasillo de distancia de su borracha y licenciosa esposa. Sería antinatural. ¿Cómo es que Gil no se da cuenta? Se acerca a mí y yo doy un paso hacia atrás. -Te llamaré por la mañana.

- Sadie… -Su voz suena ronca. -No quiero que Gina se interponga entre nosotros.

Pero eso es exactamente lo que está haciendo. Y me pregunto hasta qué punto es algo premeditado. Doy otro paso hacia la puerta.

- Sadie… -Gil pasa la mirada de mí a la comatosa Gina y de ésta a María, quien hace esfuerzos por parecer invisible. -Tengo que hablar contigo. -Se aclara la garganta. -Pero ahora no es el momento adecuado.

- No -coincido yo. -Te llamaré mañana. -Y le lanzo un beso al aire antes de desaparecer.

En el camino de acceso, el Mercedes destrozado reluce bajo la luz de la luna. Es una hermosa y cálida noche y sé que he bebido demasiado como para conducir; pero ni por asomo he consumido tanto alcohol como Gina, así que imagino que me irá bien.

Me acerco a Dolores y le doy unas palmaditas en la carrocería.

- Tenemos que irnos a casa -digo mientras me meto de un salto y arranco el motor. -Más vale que conozcas el camino.

Como veterana que es, Dolores sale por el camino de acceso entre chirridos y lamentos; el viejo corsé de la suspensión gime a causa del esfuerzo.

- Bien hecho, colega; has sabido mantenerte al margen del tumulto. Le planto un beso en el volante. -Ojalá tu dueña fuera la mitad de inteligente que tu.

CAPÍTULO 39

Puede que esto sea lo menos racional que he hecho en mi vida, pero me importa un bledo. En este instante quiero que alguien se enamore de mi querida Dolores. Si lo analizo un poco más de cerca, también me gustaría que alguien se enamorase de mí. Si no puedo conseguir que me amen, al menos que me presten atención.

Sé de alguien a quien le encantará mi vieja carroza lo mismo que a mí, y quiero que la vea. Si regreso ahora a casa de Daniella, no habrá nadie despierto y me encontraré triste y sola. Sólo existe una única persona a la que puedo recurrir en mi momento de desdicha. Pasaré conduciendo por el apartamento de Tavis una sola vez y si la luz está encendida, me arriesgaré.

Mientras avanzo por Santa Monica Boulevard, me sorprende que haya tan poco tráfico. La hora punta en Londres parece durar veinticuatro horas al día, siete días a la semana, y no se puede conducir a sitio alguno más que con la segunda marcha. Las limitaciones de Dolores en cuanto a velocidad tienen más que ver con un motor auto-gobernado: si aceleras por encima de cincuenta kilómetros, disminuye la marcha. Disfruto de la sensación del aire cálido en la cara y del viento que me alborota el pelo. Me viene a la mente mi amiga Alice, que estará muñéndose de frío en algún lugar de Inglaterra.

Giro por La Brea y avanzo lentamente para encontrar el bloque de viviendas. Cuando doy con él, veo que la luz de Tavis está encendida. Pasea frente a la ventana a ritmo acompasado, sujetando lo que parece un guión. Está desnudo de cintura para arriba.

Aparco a Dolores y me acerco a la puerta. ¿Estará bien visto en Los Ángeles presentarse en casas ajenas sin previo aviso? En Londres, te tratarían como un paria social y con toda probabilidad te lapidarían. La tarjeta colocada junto al timbre reza: Mavers-Jones. Pulso el botón con determinación.

- Hola -dice la voz incorpórea de Tavis, que sale de una cajita incrustada en la pared.

- Eh… Hola -respondo, acercándome a la caja de manera furtiva. -Soy Sadie.

- ¡Vaya! -crepita en respuesta la voz de Tavis. -Eres la última persona que esperaba.

- Lo siento -me disculpo, a medida que el valor que me ha otorgado el alcohol se va esfumando. -Sé que es muy tarde. Quiero enseñarte una cosa.

- ¿Subes? -Escucho el zumbido del portero automático.

- No. -Me vuelvo para comprobar que Dolores luce su mejor aspecto y lamento haberme despeinado de semejante manera. -Prefiero que bajes tú.

- De acuerdo -responde. -Dame cinco minutos.

Pasan dos minutos y sale a la calle, sin camisa ni zapatos. Parece sinceramente contento de verme, y nadie se imagina lo aliviada que me siento.

Asumo el ademán de dependienta encantadora y le presento a Dolores.

- ¡*Voilà*!

- ¡Caray! -murmura Tavis, y sin molestarse en abrir la portezuela, se introduce de un salto en el asiento del conductor. -¡Cómo mola! -exclama, jugueteando con los botones de Dolores. Suelta

un silbido. -Es una preciosidad -comenta, dándole a Dolores una entusiasta palmada en la rabadilla.

- Pensé que te gustaría -replico yo, henchida de orgullo.
- ¿A qué esperas? -Tavis gira la cabeza. -¡Entra!
- ¿Adónde vamos?
- ¿Acaso importa?
- Es tarde.
- Dime algún sitio en el que no hayas estado todavía.

Me encojo de hombros.

- No he estado en ningún sitio.
- Entonces, vamos a Venice Beach a contemplar la luna.
- ¿Cuánto se tarda en llegar?
- Unos veinte minutos.
- De acuerdo. -Abro la portezuela y me siento al lado de Tavis. Este sigue sin camisa. -¿No vas a tener frío?
- Pareces mi madre -me reprocha Tavis.
- Lo siento. En Gran Bretaña uno no puede ir a la playa sin anorak. Ni siquiera en verano.
- Bueno, pues ahora estás en… ¡California! -grita con todas sus fuerzas.

Y lo cierto es que me alegro mucho de estar aquí.

Mientras me sonríe de oreja a oreja pone en marcha a Dolores. La muy desvergonzada se pone a cincuenta sin rechistar. Tavis enciende la radio y los Beach Boys suenan con estruendo. Bajamos por La Brea a toda velocidad y después nos bebemos los kilómetros hasta Venice Boulevard mientras cantamos *I wish they all could be Californian girls* a voz en grito.

Aparcamos en la playa veinte minutos más tarde. Tavis rodea el coche y me ayuda a bajarme. La noche está negra como el alquitrán reciente y se diría que la luna, oronda y brillante, hubiera sido metida a presión en el firmamento. Oigo cómo el mar choca contra la arena, pero no lo veo.

- Vamos -dice Tavis.
- ¿Y si nos atracan o nos disparan? -digo, para que nadie pueda tacharme de imprudente.
- Hoy, no -responde él. -Puede que haya algunos vagabundos durmiendo, pero eso es todo. Conmigo, estarás a salvo.

De modo que me quito los zapatos y nos acercamos caminando por la arena hacia el Océano Pacífico. Intento acordarme de la última vez que he estado junto al mar, y no lo consigo. Es el tiempo suficiente como para haberme olvidado de lo que se siente al notar en los labios el salado aire marino. Percibo cómo la arena crujiente se mete entre los dedos de mis pies.

- Siéntate. -Tavis hace lo propio y da una palmada en la arena. Me siento a su lado.
- Desde que he llegado a Los Ángeles, es la primera vez que no tengo la sensación de ir corriendo de un lado a otro como una lunática -digo con un enérgico resoplido.
- Tienes que retroceder, bajar a nuestro ritmo -me aconseja Tavis, y estoy convencida de que tiene razón. Me siento como si hubiera pasado los últimos meses en una de esas lavadoras Dyson

que giran en ambos sentidos porque, según dicen, es beneficioso para la ropa. Tengo que decir que, para la gente, no lo es tanto.

Se tumba en la arena y yo hago lo mismo, mientras intento alejar el pensamiento de que la arena no es más que tierra y conchas de colores aplastadas. ¿Es esto una señal del estrés que me acecha? Practico mi respiración de yoga, lo que me supone un esfuerzo porque hace meses que no he ido a clase, y muevo los dedos de los pies hasta introducirlos en la capa húmeda que cubre la superficie. Por fin, empiezo a disfrutar de la gruesa textura de la arena y del frescor que noto en la espalda. A pesar del cansancio, me siento tan bien que podría llorar de alegría. Pienso que el desfase horario aún me afecta seriamente.

Tavis se gira hacia mí mientras con los dedos dibuja círculos en la arena.

- ¿Te lo pasas bien en Los Ángeles?

La luz de la luna hace maravillas con el cuerpo de Tavis, quien lleva pantalones de combate cortados y una pulsera de cuero alrededor del tobillo. Dolores se ha encargado de despeinarle a base de bien.

- No lo sé -contesto con sinceridad. -Las cosas no están saliendo como había planeado -admito, sonriendo con tristeza.

- No hace falta que me lo cuentes, si no te apetece -me aclara.

- Quiero hacerlo -admito. -Me bailan tantas cosas por la cabeza que creo que me estoy volviendo paranoica.

- Y eso no te gusta, ¿verdad?

- No, no me gusta nada.

Levanto la vista hacia la luna, que es responsable de todo tipo de cosas: las subidas y bajadas de la marea, los hombres lobo, los estados de ánimo irracionales… Pero simplemente está ahí, colgada, exhibiendo su belleza, como si no estuviera haciendo gran cosa. Su atracción ha vuelto locos a los hombres durante siglos. Me gustaría ser como ella, pero me parezco más al Diablo de Tasmania, el de los dibujos animados de Bugs Bunny, ése que gira a toda velocidad de un lado a otro, que gruñe y maldice y, finalmente, es engañado por un simple conejo sabelotodo.

- Es Gil -digo mientras hinco los dedos de los pies a más profundidad. -Me gusta mucho. -La mirada que lanzo a Tavis indica que hay algo más. ¿Por qué si no habría cruzado yo medio mundo hasta llegar a Los Ángeles? -Quiero estar con él.

- ¿Pero…?

- Está casado.

Tavis enarca una ceja.

- Se supone que ella se marchó hace mucho y se fue a vivir con otro hombre, pero no es ésa la impresión que da. -Exhalo un suspiro y el ambiente se va cargando por momentos. -Parece que sigue muy apegada a Gil.

- ¿Y qué dice él?

- Que lo está solucionando; pero a mí me da la impresión de que ella hace con Gil lo que quiere.

- ¿Y mientras tanto?

- Yo ando rondando por ahí.

- Estas esposas de Hollywood pueden llegar a ser muy tenaces -me advierte Tavis. -Quizá ella no quiera a Gil para sí, pero pretenda asegurarse de que ninguna otra mujer lo consigue.

- Tampoco le gustó Dolores -confieso yo. -Dijo que era un montón de chatarra.

- Está claro que ese hombre no tiene estilo.

No le digo que Gil acaba de comprarme un Mercedes y que probablemente tenía cierto derecho a ofenderse porque yo preferí mi oxidado y antiguo cacharro.

- Hago que parezca alguien horrible -digo con culpabilidad, -y no lo es. Es estupendo, de veras.

- Supongo que debe de serlo, ya que estás dispuesta a tolerar la situación.

- Me gustaría que lo conocieras.

Tavis se cepilla los pantalones con las manos.

- A mí, también.

- Supongo que debemos volver -comento. -Espero que no te haya molestado que me presentara a verte así, de improviso.

- Me alegro de que vinieras.

Tavis sonríe, aunque los dos estamos tristes. No sé de qué color tiene los ojos, pero en la oscuridad de la noche se ven de un negro brillante.

- Sabía que lo entenderías -digo yo. -No sé cómo, pero lo sabía. -Quiero darle un abrazo o algo así, pero no tengo ni idea de cómo cruzar los quince centímetros de arena que nos separan. -Gracias.

Tavis hace caminar a sus dedos hacia mi mano y yo muevo los míos hacia los de él. Los juntamos como si de un casto beso se tratara. Tavis me coge de las manos y tira de mí hasta levantarme. Nos encontramos a tan corta distancia que noto el calor de su cuerpo. Es de una belleza excepcional. Alto; muy alto; delgado y musculoso a la vez. Posiblemente a causa de un último vestigio de alcohol, una ola de calor me recorre el cuerpo. Las piernas me tiemblan y no quiero estar de pie.

Tavis me pone las manos sobre los hombros y sus dedos me queman la piel como el sol del mediodía. Está tan cerca de mí que percibo cómo el pulso le bombea en el cuello. Cuando subo la mirada hacia él, su semblante está serio. Me arranca del empuje de la marea y de la llamada de la luna y me conduce de vuelta al aparcamiento.

- Vamos -dice con una voz ronca en plan galán de cine que me hace sentir escalofríos por todo el cuerpo. -Dolores debe de echarte de menos.

Y me pregunto si Gil me echará de menos también.

CAPÍTULO 40

Tavis se detiene frente a su bloque de viviendas y se gira hacia mí. Me entrega las llaves de Dolores.

- Gracias -digo. -Ha sido genial.

Tavis se muerde el labio.

- Entra a tomar un café.

- Debería irme a casa. Daniella se preocupará.

De eso, nada; estará dormida como un tronco, convencida de que estoy disfrutando de una noche de lujuria salvaje con Gil. ¡Qué confundida está! De todas formas, es una buena excusa. La verdad es que no quiero adentrarme en las complicaciones que el café podría traer consigo. Definitivamente, he disfrutado más de lo que debiera observando cómo Tavis conducía mi coche desde la playa con el torso desnudo, y no quiero que tenga la impresión de que intento ligar con él. Es verdad, es guapo a rabiar, pero sólo quiero que mantengamos una amistad sin complicaciones. ¿Es posible conseguir tal cosa con un hombre?

En todo caso, Tavis es tan impresionantemente atractivo que queda por completo fuera de mi alcance. Es el tipo de hombre que sale con modelos de piernas largas y actrices prometedoras. Gil se acerca más a mi tipo, no resulta tan perfecto. Aunque también es la clase de hombre que probablemente saldría con modelos de piernas largas, etcétera. Sin embargo, reconozcámoslo: ¿a quién le gusta compartir la gomina para el pelo con un hombre?

Lo extraño -y lo bueno- es que Tavis no parece ser consciente de su encanto. Puede que sea tan buen actor que todo consista en una pura ilusión.

- ¿Gran decisión? -bromea él. Nota que siento la tentación. Resulta tan fácil, tan cómodo estar con Tavis. Cuando estoy con Gil, me siento como si caminara por la cuerda floja.

- Una copa rápida no te hará daño -dice, y sale de Dolores por la ruta no convencional; es decir, de un salto.

- Una rápida -acepto.

- Espera aquí como una buena chica -le dice al descapotable.

Y yo, también como una buena chica, le sigo por las escaleras hasta su casa.

Ante mi sorpresa, un hombre alto y rubio espera a la puerta de la vivienda para saludarnos.

- ¡Eh! -dice, dando a Tavis una palmada en la espalda. -Bonito coche.

- Se llama Dolores -le informa Tavis. -Esta es Sadie, la dueña. -A medida que me conduce al interior de la casa, me doy cuenta de que intercambia una mirada con ese hombre. -La novia del gran Gil McGann.

El hombre hace una jocosa reverencia.

- Mis respetos -dice.

Yo me río.

- Novia ocasional -puntualizo.

- ¡Ah! -exclama el hombre. -El curso del verdadero amor nunca fluye de manera uniforme. Al

menos en Hollywood.

- Te presento a Joe Mavers -dice Tavis. -Mi cómplice de delitos.

- Sí -coincide Joe, abrazando a Tavis por los hombros. -Este tipo y yo llevamos años juntos. Hemos compartido la abundancia y la pobreza, ¿no es verdad, cariño?

Tavis se muestra un poco esquivo.

- Ah. Qué bien.

¡Menudo descubrimiento! No tenía la menor idea de que Tavis fuera gay. Pero con la actitud posesiva de Joe queda patente que su complicidad va más allá del simple delito.

Algo en mi interior empieza a hundirse. ¡Maldito desperdicio! No quiero mostrarme caprichosa, en particular habida cuenta de mi relación con Gil; pero la verdad es que en la playa me pareció que existía cierta «química» entre nosotros. Como poco, creí que Tavis era un macho de pelo en pecho. Es algo así como enterarse de que George Clooney o Russell Crowe son homosexuales.

Da la impresión de que mi capacidad de discernimiento no da una últimamente. Sin embargo, no sé por qué me agrada saber que Tavis se limita a ser comprensivo y protector conmigo, a ser un buen amigo, y que de ninguna manera trata de cualificarse para una inspección de los contenidos de mi ropa interior.

- ¿Café? -pregunta Tavis, y caigo en la cuenta de que le estoy clavando las pupilas.

- Sí, gracias. Me encantaría.

- Adoro tu acento -dice Joe. Me conduce al sofá y tomo asiento.

En este momento me siento un tanto estúpida. En Londres, tengo un montón de amigos homosexuales; bueno, sólo dos. Paul y Crispin, nombre que ya de por sí es afeminado. Pero el caso es que ambos tienen una pinta totalmente gay, no sé si me entendéis. Es imposible confundir a Crispin con alguien dispuesto a saltar encima de ti; ni siquiera de lejos podría considerarse como novio en potencia. ¿Hay alguien en esta ciudad de Los Ángeles que sea lo que aparenta? Creo que a veces soy demasiado inocente para este mundo.

- Relájate -me dice Joe. -Te noto tensa.

Me doy cuenta de que tengo los hombros encogidos a la altura de las orejas, y de que el breve respiro en cuanto al estrés del que disfruté en la playa se ha desvanecido.

- Joe actúa en una de nuestras series más importantes -comenta Tavis a voces desde la cocina.

Joe intenta sin éxito adoptar un aire de modestia.

- Genial.

Ahora me encuentro agotada de veras. No debería haber venido, ya que no tengo alientos para entablar una conversación trivial.

Tavis regresa al cuarto de estar y me entrega una taza humeante, decorada con un gracioso cerdito y la leyenda *Hamming it up*[6]. Se sienta en la butaca situada enfrente de mí y le examino. Sigue sin parecerme homosexual, aunque sé que lo es. De todas formas, no todos los gays van por ahí con la pinta de los Village People. Apostaría a que Joe es varios años mayor que él. El novio de Tavis es un tipo atractivo, y yo habría dicho que parece bastante varonil; pero al mirarle más de cerca noto una cierta blandura en sus facciones, a juego con la blandura de su cintura. Y en cuanto Joe abre la boca, no hay duda de que tiene más pluma que las gallinas. Su manera de

hablar es gentil y afeminada, y modula la voz de forma escandalosa. Me parece que, como amigo, debe de resultar divertido; pero por mucho que me esfuerzo, no logro ver a estos dos como pareja.

Joe se estira de forma teatral y da un sonoro bostezo.

- Os voy a dejar, queridos -dice. Se acerca y me besa en la mejilla. -Ahora me despido, pero Gil y tú tenéis que venir a cenar un día de estos. No aceptaré un no por respuesta.

- Nos encantará; gracias.

- Tu acento me mata. -Joe se rodea el cuerpo con los brazos. Se acerca a Tavis y también le besa en la mejilla. Noto que me sonrojo, así que aparto los ojos y me quedo mirando las cortinas que, por cierto, son demasiado floridas para mi gusto. -No hasta muy tarde, Tav. -Joe agita el dedo índice. -Tenemos frases que aprender.

- De acuerdo.

Tavis asiente con la cabeza y Joe me lanza otro beso al aire.

- Nos vemos -dice.

- Eso espero.

Cuando se marcha, la estancia queda sumida en el silencio.

Tavis me sonríe desde detrás de su taza de café.

- Es el mejor -afirma con abierta admiración. -No sé qué haría sin él. Me habría vuelto loco; o estaría hasta arriba de problemas. No lo sé.

- Parece simpático. -No sé muy bien qué más puedo decir. Tavis no me quita ojo de encima. -¿A qué frases se refiere?

- Ah. -Se encoge de hombros. -Frases de un guión. -Recoge el guión de la mesa de centro. -Me presento a un casting mañana por la mañana y antes tengo que repasar el papel.

- ¡Y te estás retrasando por mi culpa! -Pongo mi taza en la mesa. -Me siento fatal.

- Sadie… -Tavis me sonríe de forma tan cálida que podría derretir un polo de hielo. -No hubiera consentido lo contrario. Esta noche me lo he pasado en grande. Ha sido genial. Me encanta Dolores y… -Frunce las cejas mientras me mira. -Creo que tú también eres estupenda.

- Gracias. Eres un cielo.

- ¿Un cielo? -repite con impecable acento británico, y se echa a reír. -¡Soy un cielo!

Le lanzo un almohadón.

- ¡Deja de burlarte de mi acento!

- Ayúdame, ¿quieres? -me pide Tavis. -Este personaje es inglés. Podrías escuchar cómo hago el papel.

Subo los pies al sofá y me acurruco en una esquina.

- Me encantaría.

Tavis abre el guión. Sus dedos son largos y delgados.

- ¿Seguro que no estás demasiado cansada?

- No -respondo, y sacudo la cabeza. Tavis es tan hermoso que podría tumbarme aquí y mirarle durante el resto de mi vida. -¿De qué se trata?

- De un hombre que ama desesperadamente a una persona que ni siquiera sabe que él existe.

- ¡Vaya! -exclamo yo. -Eso me suena.

- A mí, también -dice Tavis con un hilo de voz. Se acomoda en la butaca y agita los hombros hasta que se encuentra cómodo. Este chico sigue escaso de ropa. Parece nervioso. Se aclara la garganta. Los ojos le brillan animadamente. -Allá vamos.

Su voz, fuerte, clara, y muy inglesa, me envuelve por completo y todo pensamiento de irme a dormir queda olvidado.

6 Juego de palabras con el término ham, que además de «jamón» significa «sobreactuar, representar con exageración». *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 41

- ¿Qué coño estás haciendo?

Gil levantó la mirada sin abandonar su actividad.

Gina estaba en el umbral de la puerta, con los brazos en jarras. Tenía mejor aspecto que la noche anterior, lo cual no significaba gran cosa.

Gil había colocado sus maletas sobre la cama y estaba llenándolas a toda velocidad.

- Estoy haciendo el equipaje.

- Ya lo veo -replicó Gina. -Lo que quiero saber es por qué lo haces.

- ¿Por qué? -Gil sintió ganas de golpearse la cabeza contra la pared. -¿Te acuerdas de lo que hiciste anoche?

Una oscura sombra cruzó el semblante de Gina y el mohín de sus labios se transformó en una mueca tirante.

- Bueno, me emborraché un poco.

- Estás arruinando mi relación con Sadie -le reprochó él. -Quiero recuperar mi vida, Gina. Una vida contra la que tú dejes de estrellarte. Literalmente.

- Vaya, qué amable.

- Es lo que tiene que ser.

Gil cerró una de las maletas de un golpe. Aquello era más fácil de lo que había pensado. Lo único que le fastidiaba era que no se le hubiera ocurrido antes. Se quedó mirando la cama. Sólo estaba deshecha por un lado. Gil no había pegado ojo en toda la noche pensando en Sadie y en lo que habrían estado haciendo si Gina no se hubiera encontrado inconsciente y roncando en la habitación de invitados.

- Puedes quedarte en la casa -anunció- hasta que acabemos de arreglar la parte financiera de nuestro divorcio.

- ¿Nuestro divorcio?

- Quédate con la maldita casa, si eso es lo que quieres. A mí ni siquiera me gusta.

- ¿No quieres saber por qué estaba disgustada anoche?

- No -replicó Gil, -porque si me entero me veré implicado, y eso es lo último que quiero.

Gina se fue deslizando hacia el suelo hasta quedarse sentada con sus largas y torneadas piernas extendidas frente a sí.

- Noah me ha pedido que me case con él.

Gil se quedó inmóvil.

- ¿En serio? -Notó que una oleada de alivio le invadía. -Eso es fantástico, ¿no te parece? -No daba la impresión de que Gina opinara lo mismo.

- Me ha pedido que firme un contrato prematrimonial. -Gina contorsionó el rostro como si fuera a echarse a llorar. -¿Te lo puedes creer?

- ¿Y por eso estás disgustada?

- ¿Acaso tú no lo estarías? -saltó ella.

Gil pensó que ojalá se le hubiera ocurrido pedir a Gina que firmara un contrato prematrimonial. Si hubiera montado un espectáculo como aquel, tal vez nunca habrían llegado a casarse, lo que habría supuesto una auténtica bendición. Estaba claro que Gina no opinaba de igual forma.

- Estamos en Los Ángeles, Gina -le recordó Gil. -Aquí todo el mundo firma contratos de ésos.

- Pues yo, no -repuso Gina.

- Conseguirás una fortuna por mi parte -señaló él. -Serás una mujer rica.

- ¿Hasta qué punto rica? -se interesó Gina.

- Muy rica -respondió Gil. -Lo suficiente para mantenerte contenta. -Pero Gil se preguntó si existiría cantidad alguna de dinero que pudiera mantener feliz a Gina. -Fírmalo. Es razonable. -Gil intentaba sacar partido de la situación. -Noah es millonario. Multimillonario. ¿Cuántas esposas ha tenido? ¿Tres? ¿Cuatro? -Tal vez algunas más, de las que se había olvidado. -Si no dispusiera de contratos prematrimoniales, ahora estaría trabajando de ayudante de camarero en Wolfgang Puck.

- Ya veo que te pones de su parte.

- Consigue un buen abogado. Negocia un buen acuerdo. Entonces, equípate de diamantes. Haz que te los incrusten en las uñas, o en los dientes, o en ambos lugares. Nunca tendrás límite en cuanto al dinero de Noah.

Gina pareció animarse ligeramente.

- ¿Crees de veras que es lo que debo hacer?

- Claro que sí.

- ¿No lo dices por decir?

Gil dejó caer una camisa en el interior de la maleta. Era una prenda que nunca se ponía, y no tenía ni idea de por qué la estaba empacando.

- Gina…

Ella se acercó. Le rodeó con los brazos y con un suspiro, dijo:

- ¿Cómo pude abandonarte, Gil?

- Porque pensabas que yo era un cabrón aburrido -repuso él. -Me lo dijiste muchas veces.

- Era un apelativo cariñoso -se defendió Gina. -En realidad, eran palabras de amor.

Sí, claro.

- En todo caso -prosiguió Gil. -Yo me largo.

- ¿Dónde vas?

- A un hotel.

- No puedes vivir en un hotel -aseguró ella. -Es tan…, tan… Howard Hughes.

- No puedo quedarme aquí, contigo -terció Gil. -No hay espacio suficiente. -Lo que resultaba curioso al tratarse de una casa con más habitaciones de las que se pueden contar.

- ¿Y qué pasa conmigo?

- Puedes hacer lo que quieras. Ahora dependes de ti misma, Gina.

- No seas así, Gil -suplicó ella. -Te necesito. Necesito que seas mi mejor amigo.

- Y yo necesito que tú seas mi mejor amiga -repuso Gil. -Necesito que te valgas por ti misma. Nada de alcohol. Nada de drogas. Nada de amenazas absurdas.

- Tienes razón -claudicó Gina. -Tienes toda la razón. Como siempre.

Gil estaba atónito.

Gina levantó las manos en señal de rendición.

- Creo que debo ir a casa y decirle a Noah que acepto. Sobre la marcha.

¡Bien! Gil sintió ganas de dar un puñetazo al aire.

- Y tú deberías quedarte aquí. Esta es tu casa. No quiero oír hablar más de hoteles. Me voy ahora mismo -dijo Gina entre alharacas.

- Y yo me voy a San Francisco -terció Gil. -Tienes el fin de semana.

- No, nada de eso -insistió Gina. -Ahora mismo me marcho de tu vida.

Gil se movió hacia ella, pero Gina puso las manos en alto.

- Pide disculpas a Sadie de mi parte -dijo. -Noah pagará el arreglo de su coche.

Hay cosas que nunca cambian. Besó a Gil en la mejilla con aire distraído.

- Te quiero -aseguró Gina. -Eres el mejor marido que he tenido jamás. -Bajó los ojos y miró hacia la cama. -Imagino que no podríamos…, por última vez, por los viejos tiempos.

- Me parece que no -replicó Gil.

Gina se encogió de hombros.

- Tengo que darme una ducha. Noah se preguntará dónde estoy. -Dicho esto, salió con paso firme de la habitación.

Gil frunció el entrecejo. Se estaba haciendo demasiado mayor para tratar con Gina. Pasaba los días laborables ocupándose de equipos de técnicos irascibles, directores vanidosos, primeras actrices lacrimosas y primeros actores lascivos. Necesitaba regresar a casa junto a una esposa normal, mentalmente cuerda, y no una mujer que abusara de toda clase de sustancias. Necesitaba a alguien como Sadie.

Gil echó una ojeada a su reloj. Sadie no había llamado a pesar de haber prometido que lo haría, pero por otro lado no se habían despedido en los mejores términos. Quería enviarle un enorme ramo de rosas rojas para disculparse; pero, ¿consideraría ella que era «comprarle algo»? Marcó el número del móvil de Sadie. Estaba desconectado, para variar. Llamó a casa de Daniella y ésta contestó tras un par de timbrazos.

- ¿Daniella? -dijo. -Hola, soy Gil. ¿Puedo hablar con Sadie, por favor?

- Hola Gil -respondió Daniella. -No está. Creí que estaba contigo.

- ¿Conmigo? -Gil sacudió la cabeza al otro lado de la línea. -Se marchó alrededor de las diez.

- Entiendo. -Se produjo una incómoda pausa.

Gil se rascó la barbilla.

- ¿Y no ha llegado a casa?

Gil detectó la vacilación en la voz de Daniella.

- Que yo sepa, no.

- Si aparece, dile que me llame, por favor -le pidió Gil.

- Claro -respondió Daniella con voz animada; pero Gil sabía que estaba preocupada.

Gil colgó. Nunca debería haber permitido que Sadie se marchara conduciendo aquel maldito

montón de chatarra. Deseó que no se hubiera estampado contra una palmera en algún lugar de Beverly Glen. Y, de no ser así, ¿dónde demonios estaba?

CAPÍTULO 42

- ¡Despierta, dormilona! -Tavis está sentado a mi lado. Acaba de salir de la ducha, y su torso desnudo se encuentra cubierto de trémulas gotas de agua al más puro estilo de Hollywood. Lo único que protege su modestia (y la mía) parece ser una insustancial toalla blanca.

Intento abrir los ojos un poco más, pero se niegan a cooperar.

- ¡Eh! -susurra Tavis. Se inclina hacia mí y me aparta el flequillo de los ojos. Se muestra vagamente alarmado. -¿Qué te ha pasado?

- ¿Cómo dices? -pregunto. -¿Dónde estoy? ¿Qué ocurre?

- Estás en mi sofá -dice Tavis. -Te quedaste dormida. Por lo visto, mi encarnación de amante abandonado te aburrió de lo lindo.

- ¿En serio? -pregunto, porque no me acuerdo de nada.

- Caíste como un tronco a los cinco minutos. -dice, y creo que se siente un tanto decepcionado por el asunto.

- ¿Por qué no me despertaste?

- Daba la impresión de que necesitabas dormir -argumenta.

Supongo que no puedo objetar nada al respecto.

- No me explico qué otra cosa ha podido pasar -prosigue Tavis sacudiendo la cabeza. -Pero confío en que no sea culpa mía. Te traeré un espejo.

- ¿Cómo? ¿Qué dices? -Noto como si me hubieran pegado las pestañas con pegamento. Tavis sale del cuarto de estar y regresa con un espejo de afeitar. Levanto el espejo y me miro. Tengo los ojos hinchados, apenas consigo abrirlos. La cara está plagada de ronchas escarlata. No he visto nada parecido desde Vincent Prince en *La máscara de la muerte roja*. Bajo el espejo. -Almejas -concluyo.

- ¿Almejas?

- Espaguetis *vongole*. El plato favorito de Gil.

- ¿Es una reacción alérgica?

- Eso parece.

Tengo suerte de no haber cogido ana…, anaf…, anafil… Bueno, eso que se coge con los cacahuetes. Ahora tengo tomates donde antes tenía ojos y sarpullido en lugar de colorete.

- ¿Te duele?

- Sólo si me río -respondo. Los dos nos echamos a reír.

Así que, doctor Robert, ¿podría regresar del mundo de los muertos y decirme qué puedo hacer?

Ahora que he visto lo que me pasa, la piel me empieza a escocer.

- Voy a vestirme. Iremos a la farmacia a ver qué nos dan. ¿Vas a ir a trabajar?

- No puedo faltar mi segundo día -replico. -Tengo que ir.

Además, no puedo permitirme no trabajar. La suma que le debo a Gil va aumentando por momentos. Suerte que hoy es viernes; sólo tengo que resistir hasta esta tarde.

- Tienes un aspecto horrible -comenta Tavis.

- ¿Es ésa una opinión profesional?
- No -responde él, -pero lo que voy a decirte sí lo es. -Tavis respira hondo. -Quizá no debería mencionar esto, pero creo que no estás destinada a estar con Gil.
- ¿Qué? -Sus palabras me dejan estupefacta. Con las pestañas pegadas, esto es más de lo que puedo soportar.
- Algunas relaciones están destinadas a prosperar -continúa Tavis de forma apresurada. -El universo sonríe porque las aprueba. Todo va bien. Uno siempre lo pasa en grande. No existen obstáculos en el camino. Siempre luce el sol.
- ¿Intentas decirme que el universo pretende fastidiarme?
- No digo que el universo quiera fastidiarte. Pero tal vez intenta decirte algo. -Se aclara la garganta y vacila antes de proseguir. -Puede que no sea el hombre adecuado para ti, Sadie. Quizá exista otra razón por la que estés aquí.

Eso me suena a las típicas pajas mentales de los yanquis. A mí no me han ido nunca los manuales de autoayuda. Un momento, no me malinterpretéis. Me compro montones, como todo el mundo, pero nunca los leo. Lo único que pasa es que me hacen sentirme culpable cuando me miran desde la estantería mientras acumulan polvo. En la librería de Tavis y Joe hay cantidad de libros de autoayuda, y no tienen ni una mota de polvo. O bien uno de ellos es un genio con el plumero, o los consultan con harta frecuencia.

No sé mucho sobre los actores, porque no he conocido a ninguno con anterioridad; pero la opinión generalizada es que no están en este planeta. Y puede que los de California sean aún peores.

- No sé qué decir.
- No debería haber sacado el tema -admite Tavis. -Pero no dejaba de darle vueltas. Sólo trato de ayudarte.
- Por el momento, doctor Bob, lo mejor que puedes hacer para ayudarme es encontrar algo para que los ojos me dejen de arder.
- Hay pepinos en la nevera -indica Tavis mientras se pone de pie. -Cortaré unas rodajas y, mientras me visto, puedes probar a ver cómo te va.

Le ofrezco una débil sonrisa de impotencia con la esperanza de que se dé prisa.

- Sadie, a lo mejor estoy equivocado -señala.
- Sí -coincido yo. -Muy equivocado.
- A lo mejor es perfecto para ti.
- Ya.

Me tumbo y cierro los ojos.

Tavis capta la indirecta y se dirige en silencio hacia la cocina mientras yo reflexiono sobre las cosas que están haciendo que mi relación con Gil se esté fastidiando. Por ejemplo, su incapacidad para librarse de la pesada de su mujer, y mi alergia a los pequeños y normalmente inofensivos moluscos.

«Eso es», me digo a mí misma. Pero lo cierto es que yo, también, podría estar equivocada.

CAPÍTULO 43

Mi jornada en Toma Doble se desarrolla, a Dios gracias, sin contratiempos. Estoy sentada en el despacho con las gafas de sol puestas, como tantas y tantas personas de todo el mundo que esperan no ser reconocidas. A Bay y Min les hizo mucha gracia que Tavis tuviera que guiarme hasta aquí como si yo fuera ciega. Debo admitir que, aparte de echar grandes cantidades de agua fría -en consonancia con el Océano Pacífico- sobre mi relación con Gil, ha sido encantador conmigo y me ha ayudado muchísimo. Uno llegaría a pensar que es un médico de verdad.

- Han votado a Tavis como el médico más sexy de Norteamérica -comenta Min con aprobación mientras él sale a toda prisa de la oficina camino a su casting.

- ¿De veras? -Evito decirles algo que sé de primera mano: recién levantado está pero que muy bien. Sin embargo, me recuerdo a mí misma que no está bien quedarse dormida en un sofá junto a hombres desconocidos.

Contrato a un Tom Cruise, a un Tom Jones y a un Tom Selleck para una fiesta en un yate anclado en Marina del Rey -imagino que la fiesta debe tener a los «Tom» como tema central. -Llamo tres veces a Gil y él me devuelve las llamadas, pero no logramos hablar ni una sola vez. Daniella me llama y quedamos para tomar un café en Larchmont a la salida del trabajo. Deseo que Tavis me llame para contarme cómo le ha ido en la audición, pero no lo hace y yo prefiero no llamarle aunque tengo su carpeta sobre el escritorio con su número de móvil subrayado con rotulador fosforescente.

Contrato a una Pamela Anderson como bailarina de striptease para una despedida de soltero, y la doble de Fergie está encantada por salir a la palestra una vez más. Viene a vernos una pareja que quiere hacerse pasar por Beckham y Victoria; pero no se parecen en nada a los originales. Yo misma me parezco más a la Spice pija que esa chica, hasta con mis ojos como tomates y mi orondas nalgas. Les rechazamos. De todos modos, Bay opina que en California nadie ha oído hablar del matrimonio. Me quito las gafas de sol a intervalos regulares y me lleno los ojos de unas gotas antihistamínicas que Tavis ha comprado en la farmacia. Aún no he conseguido encontrar trabajo para su trasero, si bien considero que es lo menos que puedo hacer por él.

Bay y Min están tan ocupadas que no tenemos tiempo de charlar, y dicen que me compensarán la semana que viene con una salida por la noche sólo para chicas. Cuando llegan las cuatro, Bay me entrega un sobre y, en cuanto desaparece, lo abro para ver cuánto dinero contiene. Me sorprendo agradablemente al comprobar la cantidad, teniendo en cuenta que sólo llevo dos días trabajando, y que sólo uno de ellos mis ojos han estado a pleno rendimiento. No es que la suma vaya a acabar con la deuda del Tercer Mundo, pero puedo pagar a Daniella parte del alquiler.

A las cuatro y media llama una pequeña compañía cinematográfica independiente. A su protagonista le ha entrado vergüenza de repente y no quiere mostrar sus encantos en la escena de amor. Por lo visto, el culo se le ha llenado de granos inesperadamente. Supongo que puede pasarle a cualquiera. ¿Puedo ayudarles? ¡Que si puedo ayudarles! Les comunico que tengo al

médico más sexy de Norteamérica en mi catálogo: ni un solo grano a la vista. Sin perder un minuto, agarro el currículum de Tavis y se lo envío por mensajero.

Antes de que den las cinco, el trasero de Tavis ha conseguido un trabajo para mañana. A pesar de mis ojos hinchados, soy una mujer feliz. Ahora cuento con una excusa legítima para llamarle, pero al tiempo que marco su número me pregunto por qué necesitaba un pretexto. No contesta, de modo que dejo un mensaje y me ahorro los detalles, con la intención de ir más tarde a Zorba's a contárselos a Tavis en persona. Me marcho a las cinco en punto.

Mientras paro junto a un parquímetro en Larchmont Village, me siento muy al estilo de Los Ángeles. Habría tardado diez minutos en venir andando pero, no; he traído a Dolores conmigo, si bien, se ha comportado de forma algo más temperamental que cuando Tavis la conducía. Me entran ganas de decirle que Tavis es gay, que puede ahorrarse el esfuerzo.

Daniella está sentada en la terraza de un pequeño café de última moda, y da sorbitos de un enorme vaso de cartón.

- ¡Eh! -me saluda.

- ¡Eh! -respondo yo, deseosa de estar en la onda. Mi amiga y yo nos besamos en el aire de la forma habitual.

- Pide un café y siéntate -me ordena.

- ¿Qué es eso? -pregunto, señalando el vaso del tamaño de un cubo.

- Un *macchiato* al caramelo extra largo, descafeinado y descremado.

- Ya.

¿Cómo pretendo entender a los hombres norteamericanos si ni siquiera soy capaz de entender las bebidas que se toman aquí?

- ¿Qué tal está?

- Bueno -contesta Daniella. -Muy bueno.

Tomo nota mental de que tengo que pedir el tamaño más pequeño; si no, estaré haciendo pis toda la tarde.

Entro al local para pedir el café ese, como quiera que se llame. Por increíble que parezca, el vaso tamaño cubo es el más pequeño que sirven. Una vez que me las he arreglado para avanzar a través de una carta de bebidas de increíble extensión sin reconocer ninguna de ellas, se me ha olvidado la descripción que me dio Daniella. Opto por un clásico y aburrido capuchino -la primera oferta de la lista, -vuelvo junto a mi amiga y tomo asiento bajo el hermoso sol abrasador.

En cuanto me acomodo, me quito las gafas oscuras y la miro.

- ¡Madre mía! -exclama Daniella al ver mis ojos inflamados e inyectados en sangre. -¿Qué te ha pasado?

Le informo sobre mi alergia a las almejas y, tras no poca conmiseración por su parte, Daniella me mira por encima de sus gafas de sol DKNY y dice:

- Así que, ¿dónde estuviste anoche, muchachita?

Exhalo un suspiro.

- Gil llamó a primera hora de la mañana -continúa con tono más bien censurador. -Parecía muy

nervioso.

He consumido la mitad del cubo de café sin apenas darme cuenta.

- Gina se presentó otra vez. Borracha. -Hago una pausa durante la que revivo los acontecimientos. -Tenía que largarme de allí.

Como corresponde, Daniella hace un gesto comprensivo.

- ¿Y?

- Y después fui a enseñarle mi coche a Tavis. -digo, y las palabras me salen bastante más deprisa de lo que esperaba.

- ¿Tavis?

- Eso es.

- ¿Le agradó el hecho de que te presentaras, presumiblemente de improviso, en mitad de la noche?

- Tampoco era tan tarde.

Daniella no abandona su mirada inquisitiva.

- Fuimos a la playa.

- ¿Qué playa?

- Venice Beach.

- ¿Fuiste hasta Venice Beach con un desconocido? -Daniella se quita las gafas de sol y me clava las pupilas. -Esto no es el pequeño y apacible Londres -me informa; -estamos en Los Ángeles. Has hecho una locura.

- Vine a esta ciudad a vivir con un desconocido…

- ¡Y mira lo que te ha pasado!

- Londres no tiene playa -señalo, en un esfuerzo por emplear tácticas de desviación. -No se trata de una situación que me haya surgido con anterioridad.

- ¿Se te lanzó?

- ¿Quién?

- Tavis -dice Daniella imitando mi acento. Muy mal, por cierto.

- No.

Daniella suelta un bufido de incredulidad.

- No es de esa clase de hombres.

- Todos son de esa clase de hombres.

- Tavis, no -insisto, y me pregunto por qué mi voz tiene un matiz de decepción. -Subí a su casa a tomar café.

Daniella sacude la cabeza en plan dama de la escena y se recuesta sobre el respaldo de la silla:

- ¡Esto va de mal en peor!

- Me presentó a su amante -explico con voz calmada. -Se llama Joe.

- ¿Amante? ¿Joe?

- Sí, Joe.

- ¿De Joanne? ¿Jolene? ¿Josephine?

- No. De Joseph. Es un varón.

- Ah.

La revelación ha borrado de un plumazo el ceño fruncido de mi amiga.

- Tavis es gay -confirmo yo.

- Ah.

- Es un tipo genial, en serio. -Doy otro largo sorbo a mi cubo de café. -Me quedé dormida en el sofá. Me llevó a la farmacia y me compró gotas antihistamínicas Rite Aid, para los ojos. Sirven para reacciones alérgicas causadas por la ambrosía, el polen y la hierba, así como el pelo y la caspa de los animales.

No decía nada sobre las malditas almejas, la verdad; pero Tavis pensó que también servirían para eso.

- Un tío que entiende de gotas para los ojos tiene que ser gay -dice Daniella, que se ve en la necesidad de comunicarme su teoría.

- Lo es -afirmo, y de nuevo noto esa ligera sensación de disgusto y trato de ignorarla.

- ¿Seguro?

Asiento con tristeza.

- ¡Es una lástima, desde luego!

No sé si va en contra o no del derecho a la confidencialidad de los clientes, pero saco la carpeta de archivo de Tavis de mi bolso de marca, la planto en la mesa de un golpe y se queda abierta en una atractiva fotografía de Tavis en cueros.

- ¡Madre mía! -Daniella se pone las gafas de sol a toda prisa para ver mejor. Señala el trasero de Tavis. -¿Y dices que es gay?

- Sí.

- ¡Maldita sea! -Levanta la carpeta y niega con la cabeza. -Es el doctor Roberts -anuncia. Se ha quedado boquiabierta. -¿Gay, el doctor Roberts?

- Y desde la semana pasada, también está muerto.

- Mierda -dice Daniella, y no sé cuál de los dos asuntos le molesta más.

- Es actor. -Daniella da un bufido mientras deja caer la carpeta sobre la mesa. -Todos son homosexuales.

- Las generalizaciones son odiosas.

- Pero en este caso resulta que es verdad.

En eso tiene razón.

- Debería haberte advertido -se lamenta Daniella.

- No necesitaba ninguna advertencia. Sólo es un amigo. -Cierro la carpeta antes de que a Daniella se le caiga la baba sobre las fotos. -Trabaja en un restaurante de esta calle. -Señalo con la cabeza en dirección a Zorba’s, que se encuentra a unas tres puertas de distancia. -Esta tarde he encontrado un trabajo para su trasero. Acompáñame a decírselo.

Daniella se acaba el café de un tirón.

- Bébetelo, venga.

- ¿Por qué tanta prisa? -pregunto; podría pasarme una semana entera antes de llegar al fondo de este vaso de cartón.

- Tenemos trabajo que hacer -me dice.
- ¿A qué te refieres?
- Algunos gays son menos gay que otros. Afirmo categóricamente que no tengo ni la más mínima idea de lo que eso significa.

Tavis está apoyado en la barra, hojeando una revista; pero en cuanto entramos por la puerta de Zorba's se acerca a nosotras. Me levanta las gafas de sol.
- ¡Uf! -resopla.
- Están mejor -le aseguro. -Las gotas me van muy bien. Gracias…, muchas gracias por todo.
- No hay de qué -responde Tavis. -Fue divertido.
- Sí -coincide él. -Tendríamos que repetirlo.

Daniella le mira fijamente, como embobada. Le propino un codazo y ella intenta recobrar la compostura.
- Te presento a Daniella. Mi casera y mi nueva mejor amiga.
- Hola -saluda Tavis, y le estrecha la mano.

Podría jurar que ella la retiene algo más de lo debido y que se pone a pestañear y a mostrarse muy femenina. Debe de estar comprobando hasta qué punto Tavis es homosexual. Le doy otro codazo.
- Hola -responde Daniella, como si le faltara la respiración.
- Tengo buenas noticias -anuncio mientras saco un papel de mi bolso. -He conseguido un trabajo para tu trasero.
- Genial -replica Tavis, y me arranca el papel de las manos con regocijo.
- Al protagonista le han salido granos en el suyo. Le dije que tú no tenías ni uno.

Daniella se pone otra vez en plan romántico. Le clavo el codo con más fuerza.
- Es fantástico -comenta, y me besa con afecto en la mejilla. -Fantástico, de veras.

¡Caray! Ahora soy yo la que se pone romántica.
- Bueno -indico, -no es precisamente el papel principal de *Cuatro bodas y un funeral*, segunda parte; pero de momento te sacará de apuros.

Es ridículo, pero mientras parloteo siento ganas de tocarme la mejilla en la que Tavis me ha besado. Aún siento la calidez del beso -otras partes de mi cuerpo también se han calentado de repente.
- Sólo un día como mi representante y ya me encuentras un trabajo. -Tavis está a todas luces encantado. -Tengo que telefonear a Joe -señala. Daniella y yo nos miramos. -Se pondrá como loco. Ahora puedo pagarle el alquiler -dice, pasándose la mano por la cabeza, y parece tan emocionado que me contagia su entusiasmo. El cheque no está mal para unas cuantas horas de trabajo.
- Os invito a tomar algo -se ofrece. -Esto hay que celebrarlo.
- Vino blanco -pide Daniella sin hacer la mínima pausa para decidir.

Yo me encojo de hombros.
- Lo mismo.

Tavis nos conduce a la terraza y nos sienta a una de las mejores mesas, bajo una sombrilla a rayas. Tras unos momentos nos trae vino blanco muy frío en dos copas enormes, empapadas a causa de la condensación.

- Gracias, Sadie -me dice mientras coloca el vino frente a nosotras. -Te lo agradezco de corazón.

- Por Tavis -propone Daniella. Otra vez ha adquirido ese aspecto embobado.

- Por Tavis -repito yo.

- Por mí -concluye Tavis, uniéndose al brindis aunque no dispone de copa.

Daniella y yo damos un trago a la vez.

- Tengo que llamar a Joe -comenta Tavis. -Discúlpenme, señoras -dice, y desaparece en las profundidades del restaurante.

Daniella se inclina hacia mí.

- Ha estado coqueteando contigo.

- No -replico yo. -El es así.

- Sí, él es así: gay -tercia Daniella, como para recordarse la circunstancia. Da otro sorbo de vino y chasquea la lengua. -No sabe lo que se pierde -añade con disgusto.

No soy capaz de responder.

- A lo mejor lo intentó con alguna mujer y decidió que no le gustaba -sugiero.

- No lo intentó conmigo -interrumpe ella. -Yo le habría convencido.

- Joe es encantador -comento. -Parecen felices.

Daniella gime miserablemente.

- Bueno -digo yo con tono animado. -¿Qué hiciste anoche?

Mi amiga da un ligero respingo.

- Nada.

Es la clase de «nada» que significa «algo».

- ¿Nada?

Con aire teatral, Daniella pasea la vista a su alrededor para comprobar que nadie nos oye.

- No se lo digas a nadie -exige. -Ni mucho menos a mi madre. -Baja el tono de voz como si se estuviera confesando. -Anoche estuve sentada a las puertas de la casa del Excéntrico Magnate Cinematográfico.

La sorpresa provoca que las cejas se me disparen hacia arriba.

- Una hora -añade.

- Mala cosa -comento.

- Más que mala -susurra Daniella con rabia. -Patética. Si me hubiera visto, ¿qué habría hecho yo? ¿Qué le habría dicho? -Levanta los ojos y me mira. -Mary Ann me mataría si se enterase.

- Creo que yo misma podría matarte -replico. -Dijiste que era un NRR.

- No puedo evitarlo. -Los ojos de Daniella se cuajan de lágrimas. -Es corno una obsesión.

Se da unos toques con los dedos por debajo de las gafas de sol.

- Piensa en su mujer. ¿Qué ha hecho ella para merecer esto?

- No le entiende.

- Eso suena a cliché trasnochado.

- No puede ser feliz con ella -insiste Daniella, aunque creo que no es consciente de que la estoy escuchando. -Ha sido su única esposa. Llevan casados más de veinticinco años. ¿No te parece rarísimo? ¡Ella tiene cincuenta y cuatro años!

- Como muchas otras mujeres -señalo yo. -¡Pero no están casadas con magnates cinematográficos!

Daniella aspira hondo. Está claro que es un asunto sobre el que ha reflexionado mucho con el paso del tiempo.

Él tiene cincuenta y cinco -prosigue. -Yo misma empiezo a ser mayor para estar a su lado.

- Puede que la ame -aventuro yo.

Daniella me clava los ojos con indignación.

- O tal vez intente serle fiel.

- ¿Fiel? -Daniella me mira como si el concepto no fuera propio de este mundo. -¿A quién le importa la fidelidad si puede irse a la cama con una jovencita de veintidós años con pechos de silicona?

- ¿Realmente te gustaría estar con alguien así?

- Pues sí -corta Daniella. -Así funcionan las cosas por aquí. ¿Acaso no lees a Jackie Collins?

Alargo el brazo y doy un apretón a la mano de Daniella.

- No sé qué decir.

Una lágrima se escapa por debajo de sus gafas de sol y marca un surco solitario en el maquillaje. La aparta con la mano cuando le llega a los labios:

- Lo superaré -asegura.

Dado que no ha sido capaz de liberarse de esos sentimientos en diez años, lo dudo mucho, la verdad.

Tavis regresa.

- ¿Se ha alegrado Joe? -pregunto.

Tavis sonríe con tal grado de felicidad que el corazón me da un vuelco.

- ¿Os apetece alguna otra cosa?

- No nos vendría mal un poco más de vino.

- Quedaos a cenar -nos insta. -A cuenta de la casa.

- Gracias. Eres un encanto. -Voy a por la carta.

Si a la hora de actuar es tan bueno como al servir mesas, este chico va a convertirse en una estrella.

- Tavis -le digo antes de que se marche. -Confío en que todo vaya bien mañana.

- Seguro que sí -responde, y me sostiene la mirada. -El universo está a nuestro favor, Sadie.

Me sonrojo a medida que se aleja.

- ¿Qué significa eso? -A Daniella no se le escapa una.

- No estoy segura -miento yo.

Mi amiga observa cómo Tavis charla con unas mujeres mientras las sienta a una de las mesas. Admito que yo también le miro con disimulo. Daniella se muestra apenada.

- Ese tío triunfará algún día -afirma. Vacía la copa de un trago. -¿Estás completamente segura de que es gay?

Asiento en silencio.

- ¡Cielos! Odio esta ciudad.

CAPÍTULO 44

Gil y Steve estaban sentados sobre un murete de ladrillo en el aparcamiento de los estudios Paramount. Todos los coches habían sido retirados y un nutrido equipo de técnicos inundaba de agua la zona de estacionamiento. Otro equipo pintaba un despejado cielo azul en la tapia situada en uno de los extremos.

En ese episodio de *Star satellite* el emperador de los arutigas, una vez rescatado, iba a desplomarse espectacularmente sobre el mar, poco antes de emerger para salvar la Tierra. Etcétera. En realidad, el aparcamiento iba a convertirse en el Océano Pacífico y la frágil cápsula de fibra de vidrio que contenía al acalorado y sudoroso actor de reparto Billy Moreno, enfundado a presión en un traje alienígena color escarlata, sería lanzada desde una grúa al agua, de apenas un metro de profundidad. Una vez más, los espectadores no serían conscientes de los trucos de la fotografía cinematográfica.

Gil sintió lástima por el actor. Era un día abrasador. Steve y él mismo estaban sudando a mares a pesar de que vestían camisetas de algodón de Boss y daban sorbos a refrescos helados que habían conseguido en la cantina móvil, imprescindible para mantener contentos a los operarios.

Mientras hablaba, Steve vigilaba la actividad que se llevaba a cabo.

- Así que la esposa boomerang ha rebotado hacia atrás por última vez.

- Eso espero, la verdad -replicó Gil.

- Y ahora puedes concentrar toda tu atención en la encantadora Sadie.

- Eso espero también, sinceramente -convino Gil. A medida que los vehículos eran apartados de las inmediaciones, el ajetreo y el alboroto iban en aumento. -¿Te acuerdas de aquella película en la que trabajamos juntos, La suerte de Henry?

- ¿Aquella en la que toda la plantilla enfermó de salmonela y al protagonista se le puso un ojo morado por hacer el idiota con una pelota de baloncesto?

Gil asintió con un gesto.

- ¿La película en la que la actriz principal se quedó embarazada y se pasaba el día vomitando? - Esa misma.

- ¿La que rodamos en el desierto de Mojave, donde llovió sin parar durante tres semanas? - Steve se quedó pensando. -¿Y cuyo director era un borracho empedernido?

- Exacto.

- ¿Y el estudio nos hacía la vida imposible por habernos pasado del presupuesto?

- Efectivamente -afirmó Gil dando un sorbo a su refresco.

- No -concluyó Steve. -No me acuerdo.

- Pues yo, sí -terció Gil. -Y en este momento tengo la impresión de que mi relación con Sadie va peor que aquella película.

- Fue un éxito de taquilla -le recordó Steve. -El chico consiguió a la chica. Todo el mundo se olvidó de que la producción había sido un tormento.

- Casi todo el mundo -puntualizó Gil.

- Sadie también lo olvidará -aseguró Steve. -Tenéis que empezar otra vez, desde el principio.
- ¿Empezasteis así Sarah y tú?
- No -respondió Steve con melancolía. -Lo nuestro fue un dulce amor de juventud.
- No era ésa la respuesta que buscaba.
- Venid a casa este fin de semana -sugirió Steve. -Incineraré unas cuantas chuletas en la barbacoa. Beberemos cerveza y echaremos unas risas. Deja que tu viejo amigo conquiste a Sadie por ti.
- Me encantaría -replicó Gil, -pero no puedo. Tengo que viajar a San Francisco. El escritor amenaza con tumbarse en Lombard Street y dejar que los coches le pasen por encima.
- ¿Tan mal están las cosas?
- Eso parece.
- No es un buen comienzo -comentó Steve. -Vuestro primer fin de semana juntos, vuestro primer fin de semana sin Gina, y te largas a San Francisco.
- No me largo a ningún sitio. Es un asunto de trabajo. Un asunto urgente.
- Lleva a Sadie contigo.
- Sabes que no puede ser.
- De vez en cuando, deberías tomarte un día libre de tu trabajo como productor de cine.
- Sabes que tampoco puede ser.
- Cuestión de prioridades, amigo mío -precisó Steve. -¿Puedo sugerir que las tuyas están algo equivocadas?
- No sé a qué te refieres.
- ¿No estarás intentando ocultarte tras otro asunto, ahora que Gina ha desaparecido?
- No -afirmó Gil. -Estoy deseando ver a Sadie esta noche. Por eso he pospuesto el viaje hasta mañana por la mañana. Pero no la localizo. He estado llamándola todo el día, pero su maldito móvil nunca está disponible.
- Preséntate en su casa sin avisar -sugirió Steve. -A las mujeres les gusta esa clase de cosas.
- No es mi estilo -indicó Gil. -He pasado suficiente tiempo con Gina como para saber que si te presentas de improviso, la sorpresa te la llevas tú. Por lo general, te encuentras un tío desnudo pegando botes en tu cama.

Gil evitó contarle a su amigo que Sadie, por la razón que fuera, no había pasado en casa la noche anterior. ¿Adónde habría ido? Que Gil supiera, no conocía a nadie en Los Ángeles. Es horrible cuando uno está seguro de que podría enamorarse perdidamente de alguien, pero piensa que esa persona puede acabar hiriéndole. Gil había conocido muchas mujeres que no tenían problema alguno en fingir amor a cambio de dinero, posición social y una vida fácil. Aunque no podía acusar a Sadie de nada semejante. Ella se había portado de forma impecable… hasta el momento.

El móvil de Gil sonó. Lo abrió de inmediato y se lo llevó a la oreja con la economía de gestos propia del experto.

- Hola.

La cara se le iluminó con una sonrisa. «Es Sadie», le comunicó a Steve moviendo los labios en

silencio.

Steve empezó a hacer el ganso.

- ¡Sadie!

Se rodeó el cuerpo con los brazos y se giró de espaldas a Gil, haciendo como que abrazaba a alguien y emitiendo ruidos sonoros que recordaban a besos.

Para alguien que supuestamente quería ayudar, Steve no lo hacía muy bien, la verdad.

- ¡Calla! -susurró Gil, con la mano en el transmisor. Pero fue inútil. Steve estaba demasiado ocupado besuqueando a diestro y siniestro como para hacer caso de Gil.

- ¿Dónde estás? -le preguntó a Sadie. -Llegaré enseguida.

Colgó. Steve detuvo su representación de una escena amorosa a una sola banda.

- ¿Buenas noticias?

- Creo que sí.

- ¿Sigue en Los Ángeles?

- Está en Larchmont Village. En Zorba's.

- Pues ve corriendo a buscarla -propuso Steve.

El emperador de los arutigas lanzaba protestas a los operarios, quienes intentaban sin éxito introducirle a presión en la cápsula de escape. Daba la impresión de que el director se disponía a estrangularle.

- A este paso, nunca salvará el mundo. -Steve exhaló un suspiro. -Más vale que me marche cuanto antes.

- No culpo al pobre hombre -opinó Gil. -¿Te gustaría que te arrojasen de cabeza a un estacionamiento inundado?

- No, colega, claro que no -replicó Steve. -Lo que no entiendo es por qué nadie en su sano juicio querría ser actor.

- Para besar a Julia Roberts -soltaron ambos al unísono.

Gil se puso en pie y estiró las piernas.

- No voy echar a perder esta relación -afirmó con decisión.

- Me alegra oír eso.

Steve le dio una palmada en la espalda.

Gil abrigó la esperanza de que, efectivamente, no la echara a perder.

CAPÍTULO 45

- Creo que estoy borracha -le digo a Daniella.

- Yo también -coincide ella. -Pero me siento bien. -Aparta de sí su plato vacío, carente de cualquier vestigio de la moussaka que contenía con anterioridad. -Adiós a mi dieta de Doritos -lamenta, al tiempo que se aplica un ligero masaje en el estómago. -Voy a darle las gracias a Tavis y me marcho enseguida. Alexis habrá vuelto de clase de ballet y estará muerta de hambre.

Por lo que parece, la niña ha heredado el apetito de su madre. El restaurante se está llenando de gente que acude a cenar y todas las mesas de la terraza se encuentran ocupadas.

- Espera -sugiero yo. -Gil viene de camino; llegará en cinco minutos. Me gustaría que lo conocieras.

- Yo también quiero conocerlo -asegura Daniella. -Además de darle el visto bueno, me podría abrir camino hasta su puerta para entregarle un guión.

- Aquí llega -anuncio mientras Gil aparca su coche. Lleva camiseta negra y vaqueros negros, que le confieren un aspecto de lo más interesante. Al verle, noto un escalofrío de emoción.

Daniella se ajusta las gafas de sol.

- Vaya, vaya -comenta con aprobación. -Eres una mujer afortunada. Es joven, guapo y está forrado.

- El dinero no lo es todo -aseguro yo en tono defensivo.

- Ah, ¿no? -Daniella aparta la mirada de Gil y la clava en mí. -En la vida hay cosas que ganan mucho si están enriquecidas. El café. El chocolate. Y los hombres.

Suelto una carcajada.

- No estoy de broma -afirma. -La pobreza es horrible. Lo sé por experiencia.

A mí tampoco me resulta ajena.

- ¡Eh! -nos saluda Gil al vernos. Me besa en la mejilla. -Te he echado de menos.

Daniella, a sus espaldas, hace como que se derrite.

- Te presento a Daniella. Mi nueva mejor amiga.

- Hola, Daniella. -Gil le estrecha la mano y se sienta a mi lado. -Gracias por cuidar a Sadie por mí.

No me agrada mucho el comentario, pero me las arreglo para no fruncir el ceño. La única razón por la que estoy en casa de Daniella es porque Gil está cuidando de Gina más que de mí. A mi amiga puede que le gusten los hombres ricos; pero yo, desde luego, los prefiero atentos.

- Os dejo solos, tortolitos -anuncia Daniella. -¿Vuelves a casa esta noche?

- No -salta Gil antes de que yo pueda decir «sí». Esta vez, el ceño fruncido gana la partida. -Si es que te parece bien -añade.

- Pensaba irme a dormir temprano.

La idea no parece gustarle.

- ¿Acaso anoche te acostaste tarde? -pregunta con tirantez.

- Nos vemos -se despide Daniella sabiamente, poniéndose en pie. -No te esperaré levantada.

Y se aleja taconeando hacia la calle en busca de su coche, dispuesta a conducir los cien metros que la separan de su casa.

El silencio se interpone como una barrera entre nosotros.

- Bueno -dice Gil, por fin. -¿Dónde fuiste cuando te marchaste?

Tavis llega a la mesa y levanto la vista para mirarle.

- Estuve en casa de Tavis -respondo. Gil sigue mi mirada. -Tavis Jones. Soy su representante. -Parece lógico informarle lo antes posible. -En Toma Doble. Es actor.

- Ah. -La mirada de Gil parece decir: «¿Y no lo es todo el mundo en esta ciudad?».

- Llevé a Dolores a verle.

- ¿No es una maravilla? -Tavis parece incómodo.

- ¿El coche, o Sadie? -se interesa Gil.

- ¿Le apetece algo de beber, señor McGann? -pregunta Tavis.

- Me parece que nos marchamos.

Reúno mis cosas.

- Confío en que mañana te vaya bien -le deseo a Tavis. -Llámame para contármelo.

- Claro -promete Tavis. -Y muchas gracias.

- De nada. Gracias a ti por la cena.

Noto que Gil se impacienta.

- Espero que se mejoren tus ojos -dice Tavis levantando la voz al tiempo que nos alejamos.

Me despido con la mano mientras Gil me empuja por el codo en dirección a la puerta.

- ¿Tus ojos?

Una vez en la calle, me quito las gafas de sol. Por la reacción de Gil, sé que no se han curado.

- Tengo alergia.

- Confío en no ser yo el culpable -se apresura a decir Gil.

No me atrevo a confesarle que debe de ser culpa de sus espaguetis.

- Por eso quería irme a dormir temprano.

- Ven a mi casa -suplica Gil. -Gina se ha marchado, por fin. Pasaremos una noche tranquila, los dos solos. Puedes darles un descanso a tus ojos. Tendremos la oportunidad de empezar a conocernos otra vez. -¿Por qué no acabo de decidirme?-Te colmaré de caprichos -promete Gil.

- Ahora me has convencido -digo, me pasa el brazo por los hombros y vamos hacia el coche. -¿Qué pasa con Dolores? -pregunto. -No puede quedarse aquí toda la noche.

- Si piensas que alguien podría robar tu carroza -apunta Gil con una sonrisa descarada, -creo que no debes preocuparte.

Me quedo mirando a mi querida camarada mecánica.

- ¿Y si viene la grúa?

Gil clava la vista en Dolores.

- La esperanza es lo último que se pierde.

Salimos de Larchmont y Gil me lleva por delante de la ostentosa entrada de hierro forjado de los estudios Paramount, en Melrose Avenue, para que yo vea dónde pasa Gil la mayor parte de su

jornada laboral. El hermoso edificio de color rosa está rodeado de hileras uniformes de palmeras y, a pesar de ser el único estudio cinematográfico que queda en Hollywood, conserva el aire glamuroso que el mundo del cine debe tener.

Desde Melrose, tomamos la dirección a casa de Gil. Esta avenida es mucho más de mi estilo que Rodeo Drive. Las tiendas parecen vanguardistas, con las últimas tendencias. Me recuerda a King's Road, en Londres, sólo que con más sol y menos carácter. En lo que a ropa y complementos se refiere, se ven auténticas cuevas de Aladín que harían temblar tu tarjeta de crédito. Aquí es donde deben venir a hacerse un *piercing* en el ombligo aquellos a quienes no les importa sufrir en aras de la moda. En cuanto reúna algo de dinero, pienso someterme a una terapia de compras en Melrose.

En el equipo de sonido suena la banda sonora de *Notting Hill*, y caigo en la cuenta que los gustos musicales de Gil giran en torno a películas británicas: *Dos vidas en un instante, Un gran chico o El diario de Bridget Jones*. No sé si piensa en mí cuando las escucha, pero prefiero no preguntarle. El aire resulta cargado a causa del aroma dulzón de la buganvilla y el humo de los tubos de escape. Sigo con la sensación de que estoy de vacaciones, de que Los Ángeles no forma parte de mi vida.

Gil se gira hacia mí y me acaricia la mejilla.

- Quiero que dejemos atrás todo lo que ha ocurrido -me anuncia con voz suave. -Que pasemos página y empecemos desde el principio.

- Suena bien. -Los labios de Gil tienen hoy un aspecto especialmente besable. Creo que, después de todo, me quedaré a pasar la noche con él. -Podemos aprovechar el fin de semana -sugiero.

Me gustaría visitar Venice Beach a la luz del sol. Se me ocurre que no es una buena idea comentar que he visto esa playa a la luz de la luna. Estar tumbada en la arena junto a un hombre no da una imagen muy buena, aunque ese tipo sea gay. Me parece que es más información de la que Gil requiere por el momento.

- Eh… -empieza Gil. -No sé si va a ser posible.

Soy toda oídos.

- Tengo que volar a San Francisco por la mañana. Noto que la cara se me desploma. -Regresaré tan pronto como pueda.

- ¿Y eso será…?

- Tal vez el domingo por la mañana.

Bueno, no está tan mal.

- O a última hora de la tarde -admite. -No puedo asegurarlo. Tengo problemas allí.

- Por lo visto tienes problemas en todas partes.

Creo que se ha enterado de que no estoy precisamente encantada.

- Ten paciencia -me aconseja. -Ahora que Gina se ha marchado, todo irá sobre ruedas.

Paramos a la puerta de su casa. Las luces están encendidas.

- ¡Caray! -Veo que una limusina blanca del tamaño de una pequeña calle de casas adosadas ocupa la mayor parte del camino de acceso. -¿De quién es ese coche?

- ¡No! -exclama Gil. -¡No! ¡No! -Sale del automóvil y llega corriendo a la puerta principal sin ni siquiera responderme.

- Gil. -Le sigo con paso algo titubeante debido a un excesivo consumo de chardonnay californiano.

Gil, furioso, cruza el umbral de la puerta seguido por mí. Se para en seco a la entrada del salón. Yo no lo hago, y me choco contra él.

- ¿Qué coño estáis haciendo? -pregunta a grito pelado.

Miro por encima del hombro de Gil y parece bastante obvio lo que esos dos están haciendo. El hombre lleva puesto el delantal que Gil usa para cocinar y los guantes de goma amarillos de María. También luce medias y liguero, y unos tacones altísimos que parecen ser de su propiedad. A pesar de que mis ojos sufren de una grave reacción alérgica, se las arreglan para abrirse hasta alcanzar un tamaño sorprendente. Parece… ¡Madre mía! Es él… Noah Bender. La respuesta inglesa a Rod Steward. Miro otra vez para cerciorarme. Es él, no cabe duda. Qué extraño. Yo pensaba que era más alto.

- ¿Qué hacemos, preguntas? -ruge Gina. -¿Qué haces tú aquí?

La mujer de Gil, por otro lado, no parece llevar puesto más que nata montada sobre el pecho, con un par de cerezas en almíbar colocadas estratégicamente. Se sienta a horcajadas sobre Noah Bender y empuña una cuchara de madera.

La verdad es que no sé dónde mirar, y casi lamento que mis ojos ya no se resistan a abrirse.

- ¡Dijiste que te ibas a San Francisco!

- Pero he cambiado de opinión -grita Gil a pleno pulmón. -Me voy por la mañana. ¡Fuiste tú quien dijo que se marchaba!

- Y voy a marcharme. Noah vino a recogerme y… -Mira al hombre que tiene debajo de sí.

- ¡Eh, colega! -dice Noah, y nos hace a ambos un gesto en señal de paz.

- Largo de aquí-ordena Gil. -¡Ahora mismo!

- Joder, Gil -exclama Gina. -Ni que en tu vida hubieras visto a un hombre con lencería de mujer.

- Es que no lo he visto -replica Gil. -Al menos, no a Noah. Y no en mi propio salón.

Yo sí que puedo afirmar que nunca antes he visto a un hombre con ropa interior femenina. A tan corta distancia, no. La visión no resulta muy atractiva, que digamos. Ese color no le favorece en absoluto.

- Estáis destrozando mi alfombra -se queja Gil.

- ¿Tu alfombra? -Gina se pone furiosa. -Siempre has sido un estirado. -Si yo estuviera en el lugar de Gina, creo que me sentiría mucho más avergonzada y mucho menos indignada. Para ser justa con Gil, hay que decir que por toda la alfombra se esparcen restos de nata montada.

- Tráeme una toalla -ladra Gina.

- Yo iré a buscarla. -Me ofrezco principalmente porque siento la necesidad de salir de aquí.

- Gracias, Sadie -dice Gina.

Salgo corriendo al baño más cercano y agarro un par de toallas. Había oído hablar sobre las

cosas que pasan en Hollywood, pero nunca se me había ocurrido que iba a ser testigo directo. ¡Noah Bender! La prensa sensacionalista pagaría una fortuna por esto.

Cuando regreso al salón, Gil está lo más lejos posible de Noah y Gina, mirando por la ventana. Noah está sentado en el sofá con las piernas cruzadas; parece completamente borracho. Le entrego una toalla a Gina. Se quita las cerezas y se las da a Noah, quien se las come debidamente. Entonces, se frota enérgicamente con la toalla. Tiene un cuerpo fantástico, pero no estoy segura de querer verlo con tanto detalle, la verdad.

- Hola -me saluda Noah al tiempo que me hace el signo de la paz.

- Hola -respondo yo. -Me alegro de conocerte. Soy una de tus fans. Me encanta tu música.

- Gracias, cariño -responde Noah, que parece encantado consigo mismo. Tiene un acento de Birmingham imposible de apreciar en sus canciones.

Gina se está vistiendo.

- ¿Pongo agua a calentar? -sugiero.

- Excelente idea, cariño -aprueba Noah.

- De ninguna manera -interrumpe Gil. -No vas a poner agua a calentar. Noah y Gina se marchan.

- Vamos, Noah -dice Gina. -Ponte esto.

Le lanza un voluminoso abrigo que con plena seguridad le ayudará a ocultar su dudoso gusto en cuanto a lencería.

Gina empuja a su novio en dirección a la puerta mientras éste se encuentra aún a medio vestir.

- Tendrás noticias de mi abogado -grita Gil mientras se alejan.

Noah vuelve a hacer a Gil el signo de la paz y Gina, por su parte, le levanta el dedo corazón.

Se escucha un portazo y, de repente, el silencio reina en el salón.

- Bueno. -Me acerco a Gil. -Otro día normal y corriente en Hollywood.

- No estoy para bromas en este momento -salta él.

Pues yo considero que alguna que otra broma nos vendría bien.

Gil se gira hacia mí.

- «¿Me encanta tu música?» -me espeta. -¿Cómo se te ocurre?

- ¿Qué querías que le dijera? ¿Qué las bragas le quedaban pequeñas? -Me hundo en uno de los sofás blancos y después caigo en la cuenta de que debería haber comprobado si estaba manchado de nata montada. -Dadas las circunstancias, creo que me he enfrentado de maravilla a la situación.

Gil permanece en silencio.

- ¿Cómo es que ahora soy yo la mala de la película?

Se frota la frente como si tuviera jaqueca. Tal y como están las cosas, no me extrañaría que la cabeza le explotara.

- No lo sé -admite. -Lo siento.

- Da la impresión de que nos pedimos disculpas con demasiada frecuencia.

Me coge la mano, pero evita mirarme directamente a la cara.

- Ya lo sé.

- Pero ha sido divertido -apunto yo. -Una vez pasado el primer impacto.
- A mí no me lo parece -replica Gil en voz baja. -¿Cómo crees que me siento al ver que Gina prefiere estar con ése que conmigo?
- Sobre gustos no hay nada escrito -gorjeo yo con voz animada, aunque entiendo su postura. -Yo no me lo tomaría a título personal.
- ¿Existe acaso otra forma de tomárselo?
- Imagino que Gina y tú no… -Miro la alfombra de reojo.
- No -asegura Gil, y su respuesta me produce alivio.

Gil se pone de pie.

- Mejor te llevo a casa.
- Bueno. -Me encojo de hombros. -Pero no me importa quedarme -digo, porque la verdad es que no quiero irme.
- Prefiero estar solo -aclara Gil.
- Ah. No tenemos que… -Mis ojos vuelven de nuevo a la alfombra. -Podemos abrazarnos y ya está. Te vendría bien.
- Tengo que madrugar -responde Gil de forma tajante. -Gracias, de todas formas.
- De nada. -No sé muy bien qué decir, salvo que Gina está demostrando ser uno de los anticonceptivos más eficaces que jamás he conocido.

CAPÍTULO 46

Debería llamar a Gil, pero aún estoy de mal humor. Además, él es perfectamente capaz de llamarme, y no lo ha hecho. Son las nueve y el sol empieza a competir con el aire acondicionado de mi dormitorio. Alexis se metió en mi cama cuando yo estaba medio dormida y me ha estado dando patadas durante diez minutos hasta cerciorarse de que me había espabilado por completo. Ahora estamos jugando con una pequeña selección de sus dos docenas de muñecas Barbie: Barbie Cumpleaños y Barbie Hada del Jardín. Me pregunto si habrá una Barbie Desafortunada en Amores.

- ¡Eh! -Daniella entra luciendo un estrafalario quimono de seda y una expresión de resaca. Mira a Alexis con exasperación.

- ¿Qué haces aquí?

- La tía Sadie se sentía sola -explica Alexis. Qué razón tiene.

- La tía Sadie tiene mucha paciencia -añade Daniella. -Y tú te cuelas en todas partes como un gusano -dice, y agarra a su hija y le hace cosquillas hasta que se convierte en un ovillo chillón.

- Deberías echarla a patadas -me aconseja mi amiga.

- Claro que no -replico yo. -No me importa, en serio. -De repente, una punzada me recuerda que me gustaría tener una hija propia con la que poder jugar y revolearme. ¿Pero en qué estoy pensando? Aún no he conseguido a ningún hombre y mi útero parece haber pasado al modo «anidar».

Daniella abraza a Alexis con fuerza.

- ¿Te gustaría pasar el fin de semana con la abuela?

- ¡Sí! -La niña se baja de mi cama y se dispone a preparar su bolsa de viaje. Es una auténtica veleta.

Daniella se sienta al borde de la cama.

- Me voy a un congreso de guionistas.

- Ah -respondo. No sabía nada.

- No quedaban plazas -me cuenta. -Ha quedado una libre a última hora.

- Genial.

- Me será útil para mi trabajo -coincide ella. -Puedo establecer contactos. Supongo que tú pasarás el fin de semana con Gil.

- Supones mal -respondo con un suspiro. -Está fuera de la ciudad, en San Francisco.

Las facciones de Daniella se desploman.

- ¿Vuestro primer fin de semana en Los Ángeles y te quedas sola?

- No importa -indico yo. Pero en mi fuero interno algo me dice que sí, que sí importa.

- Me siento fatal -dice mi amiga.

- Ni se te ocurra. Esto es importante para ti. -Le doy un apretón en la mano. -No eres responsable de mí, y soy capaz de entretenerme yo sólita.

Daniella se muestra indecisa.

- Dolores y yo nos lanzaremos a la carretera -aventuro.
- ¿Estás segura?
- Claro que sí -afirmo. -Incluso me acordaré de conducir por la derecha.
- Ese Gil… -dice Daniella. -Puede que sea guapo a rabiar, pero te está mareando a base de bien.
- Y que lo digas. -Me recuesto sobre la almohada.
- ¿Qué tal anoche? -pregunta Daniella. -Te oí llegar a casa.
- No muy bien -admito yo. -En absoluto. -La imagen de Noah Bender, con sus medias y su liguero, me viene a la cabeza. -No sé si esta relación va a despegar alguna vez.
- Deberían leerte el culo -me dice Daniella. No se ríe, por lo que deduzco que habla en serio.
- ¿Cómo dices? -El comentario me ha hecho incorporarme de la almohada.
- Deberían leerte el culo -repite con más ahínco. -Estoy hablando de la lectura de nalgas -me instruye. -Se necesita una impresión de trasero. -Tales palabras carecen de sentido en el mundo del que procedo. Daniella chasquea la lengua con impaciencia. -Te untas el trasero de tinta y te sientas en un papel. Después, lo mandas a que lo analicen. Te hablará de tu pasado.
- No quiero embadurnarme el culo para conocer mi pasado, te lo aseguro. Todo lo que el culo me dice es que como demasiados dulces.
- También te informaría sobre tu futuro.
- Conozco mi futuro. El culo se me pondrá más gordo si sigo comiendo dulces.

Daniella aprieta los labios hasta formar una línea.

- Te ayudaría a averiguar por qué Gil no quiere comprometerse.
- Tú no crees en esas cosas, ¿verdad?
- La madre de Stallone lo hace; no puede ser un fraude.
- ¿Quieres decir que la madre de Silvester Stallone lee culos? -Ahora ya no me queda nada por oír.
- Mucha gente asegura que funciona.

Sospecho que mucha gente que vive en California.

- Piénsalo -concluye Daniella mientras se levanta y sale de la habitación. -Podría ser justo lo que necesitas.

Lo que necesito es otra taza de té, eso seguro. Si los pliegues de mis nalgas guardan la clave de mi indecisa relación con Gil, entonces el mundo -esta parte del mundo en particular- es definitivamente un extraño lugar.

Me levanto y camino con lentitud hasta la ducha mientras me pregunto qué hacer con el fin de semana que se extiende, vacío, ante mí. Supongo que lo mismo que hacía con mis vacíos fines de semana en Londres, sólo que con más sol.

Las duchas norteamericanas me parecen maravillosas. Sueltan más agua que las cataratas del Niágara, y toda ella caliente -ni comparación con los tres hilillos de líquido tibio que la ducha de Alice a duras penas logra producir. -La conversación sobre traseros me trae a Tavis a la memoria. Pronto tendrá que estar en el plató. ¿Debería llamarle para desearle buena suerte? Sé que no es algo emocionante como representar un guión ni nada parecido; pero estoy nerviosa por

él, como la madre que envía a su hijo solo al dentista. Decido llamarle para que sepa que le apoyo.

Mientras me froto con una toalla cojo el teléfono. Tavis contesta al primer timbrazo.

- ¿Diga? -Es una pena que no tenga un diálogo que representar, porque tiene una voz de lo más sexy.

- Hola. -Ahora me da vergüenza haber llamado. -Soy Sadie.

- ¡Sadie! ¿Qué tal?

- Quería desearte buena suerte.

- Muchas gracias -responde. -Me muero de ganas.

- Bueno, nada más -mascullo. -Buena suerte.

- Espera -replica Tavis. -¿Tienes algo que hacer?

- No. -Ni remotamente. -No mucho.

- ¿Has estado alguna vez en un plató?

- Eh… Pues no.

- ¿Te gustaría acompañarme?

- Bueno, sí. Me gustaría.

- Pasaré a recogerte -indica Tavis. -En media hora. Tendrás que estar preparada.

- Lo estaré -prometo yo. Tavis cuelga el teléfono.

Lanzo la toalla a un rincón del dormitorio y reflexiono sobre qué bolsa de ropa de marca voy a saquear en primer lugar. ¿Cómo debería vestirme? ¿En plan informal? ¿Elegante? ¿Informal y elegante? ¿Elegante e informal? Medito sobre los documentales acerca de los rodajes de películas. ¿No llevan todos gorras de béisbol? No hace falta que busque en mis bolsas para saber que no tengo ninguna. ¡Esto es ridículo! Me siento como si tuviera una cita, cuando no voy más que a acompañar a uno de mis clientes a un trabajo. Tengo que mantener la calma.

- ¡Daniella! ¡Daniella! -chillo, y parezco auténticamente un gato escaldado. -Necesito ayuda. ¡Rápido!

Si ahora mi amiga me aconseja que me lean el trasero para elegir la ropa perfecta, seré capaz de llamar a la madre de Stallone en menos que canta un gallo.

CAPÍTULO 47

Gil no sabría decir a cuál de ellos prefería asestar un puñetazo más fuerte… o en primer lugar. Al aterrizar en San Francisco, había descubierto que un escritor perturbado era el menor de sus problemas. Para colmo, había llegado más tarde de lo previsto porque se había levantado al amanecer para mudarse al Beverly Hills Hotel.

En algún momento de la madrugada, mientras yacía solo en la cama, decidió que no iba a pasar ni un minuto más en una casa a la que Gina tenía acceso las veinticuatro horas del día. Como precaución, para evitar que su mujer pudiera localizarle, se había registrado en el hotel con el nombre de señor M. Mouse.

El director, el protagonista y el guionista -es decir, los personajes clave en el rodaje- se encontraban alineados frente a Gil en el interior de un gigantesco tráiler que bloqueaba la luz del sol en Montgomery Street. Se enfrentaban acaloradamente entre sí mientras Gil hacía un esfuerzo por no enfrentarse acaloradamente con ellos. El director era un inconformista con talento. El actor, un gilipollas con talento. El guionista, un misántropo, gilipollas e inconformista con talento. Todos gritaban y ninguno escuchaba. Era uno de esos momentos en los que Gil consideraba seriamente cambiar de profesión y dedicarse al mundo inmobiliario. Sabía que antes de que terminara el fin de semana su vida se habría acortado en unos dos años.

- ¡No pienso decir esta mierda de guión!

El actor se las ingenió para que su voz alcanzara varios decibelios por encima del alboroto.

La película era de mucha acción y alto presupuesto, de la clase en la que el actor principal se abre camino entre edificios en llamas con una camiseta sin mangas hecha jirones por toda vestimenta y que al final, cuando la protagonista le abraza, da un ligero y tímido respingo.

El actor llevaba su camiseta hecha jirones, y de diversas heridas ficticias manaban regueros de sangre ficticia, dispuestos de tal manera que no ocultaran la suciedad ficticia que manchaba sus pómulos quirúrgicamente esculpidos. Aquellas eran las heridas preferidas de Gil; las falsas, las de Hollywood. Heridas que desaparecían al final de la jornada. No como las heridas de la vida real, cuyos cortes profundos te van comiendo por dentro durante años.

- Es banal -rugía el actor. -Es pueril.

Se trataba de un actor que había alcanzado la fama a base de correr entre edificios en llamas ataviado con una camiseta sin mangas mientras recitaba un guión banal y pueril. Se trataba de un actor al que pagaban diez millones de dólares por decir diez frases banales y pueriles en toda la película. Por un millón de dólares por frase, Gil habría dicho cualquier cosa que le pidieran, ¡faltaría más! A pesar de que habría sido poco profesional, Gil estuvo a punto de sugerirle que si quería algo de más enjundia, probara con *Hamlet* la próxima vez. Entonces sí que recitaría más de diez puñeteras frases por mucho menos de diez puñeteros millones.

- Le hace falta más sensibilidad -insistía el actor.

Lo que hacía falta es que los tres se volvieran a poner el chupete -expresión que Steve le había enseñado y por la que se sentía extremadamente agradecido- y empezaran a trabajar. Por si no

era suficiente, la película se había pasado en gran medida del presupuesto inicial y aquella mañana, mientras Gil se trasladaba al fresco y oscuro *bungalow* que sería su hogar durante el futuro más inmediato, el estudio había cerrado la producción.

Era una película de cien millones de dólares y hasta la fecha esta cantidad se había superado en veinte millones, y eso que quedaban cuatro semanas de rodaje. La situación no era precisamente idílica. La acción giraba en torno a un atraco a mano armada en lo más alto del edificio Transamerica Pyramid. Les habían permitido cortar una de las calles de acceso durante dos días, mientras rodaban las secuencias de exteriores. En un negocio que se llamaba a sí mismo «la industria», no solía llevarse a cabo nada industrioso sin la consabida consumición de bollos y hamburguesas. Ahora incluso eso se había cortado y todo el mundo permanecía ocioso. Por la forma en la que las cifras ascendían, la financiación de un programa espacial habría resultado más barata.

Gil sospechaba que el actor intentaba presumir de sensibilidad para tirarse a la protagonista. Ignoraba éste que la dama en cuestión era -fuera de la gran pantalla- una lesbiana impenitente. Mientras que la visión del galán con su camiseta rasgada, haciendo oscilar sus músculos, podría subir el nivel hormonal de la mayor parte de la población femenina mundial, a la actriz en cuestión le dejaba indiferente por completo.

El director llegó a la conclusión de que era su turno para gritar. Gil hubiera preferido un tiro en la cabeza. No deseaba estar allí. Quería regresar a Los Ángeles con Sadie, y pasar tranquilamente el fin de semana. Sin embargo, le consolaba pensar que para cuando se marchase el domingo, todo el mundo se habría aplacado. Se habrían limado asperezas, las cámaras se pondrían en movimiento y el guionista habría escrito páginas enteras de diálogo de exquisita sensibilidad que sería abandonado en un rincón de la sala de montaje.

Ojalá Gil pudiera demostrar tanta seguridad y determinación en su vida personal.

CAPÍTULO 48

El trasero de Tavis supera con mucho al del protagonista, aunque mi opinión se podría tachar de ligeramente parcial. Este se encuentra sentado en un rincón con cara de pocos amigos y da la impresión de que opina lo mismo que yo.

Estamos en los gigantescos estudios Universal, en un enorme plató situado frente al Back Lot Café, de incongruente color rosa. Hemos llegado al corazón mismo del mundo de fantasía que el cine supone.

Tavis, mi cliente y el motivo por el que he venido aquí, está envuelto en una manta de piel y va de un lado a otro acompañando a una núbil y jovencísima actriz. Da la impresión de que lo pasa en grande; ese chico debe de ser un actor de primera.

No parece importarle lo más mínimo el hecho de que nos encontremos en un estudio del tamaño de un pequeño estadio de fútbol y que haya unas setenta personas observando cómo retoza en cueros mientras simula un polvo sensacional. Y yo ni siquiera contemplo la posibilidad de hacer el amor con Gil mientras su mujer y su ama de llaves estén en la misma casa. ¿Qué dice eso de mí?

Se supone que ésta es una tórrida y emocionante película de sexo y suspense -Los asesinos siempre llaman dos veces- y, efectivamente, por el momento resulta de lo más tórrida y emocionante. Empiezo a sudar bajo el cuello de la camisa, y eso que no llevo camisa. Incluso el hombre que está a mi lado, que lleva sentado toda la mañana leyendo el periódico, levanta los ojos para echar un vistazo. Apenas soporto mirar la escena, aunque tal vez se deba a que me está gustando más de lo debido. Me resulta dificilísimo mantener una opinión profesional. El trasero de Tavis es, sencillamente, una maravilla.

- ¡Corten! -grita el director. Sé que es el director porque Tavis me ha comentado que es un bombazo. A mí me parece de unos catorce años e incapaz de dirigir una obra representada por colegiales, y mucho menos una película. Lleva una gorra de béisbol colocada al revés. Tavis y su amiga se detienen en seco.

- Buen trabajo -aprueba el director.

Los presentes rompen en aplausos y yo me uno a ellos, si bien, con excesivo entusiasmo. Madre mía, necesito beber una copa y después tumbarme en una habitación a oscuras.

Alguien se acerca corriendo y le entrega a Tavis una toalla que él se enrolla a la cintura con movimientos ágiles. El director adolescente se aproxima para estrecharle la mano y, después, Tavis viene caminando hacia mí. Parece encantado consigo mismo.

- Ha sido genial -exclamo, y para mi consternación mi voz suena demasiado femenina y falta de respiración.

- Gracias -responde él. Tiene las mejillas sonrojadas y las pupilas dilatadas. El pelo se le ve más revuelto de lo habitual.

- El director está muy satisfecho. -Me guiña el ojo. -Pero la verdad, no cuesta mucho disimular con una chica como ésa.

La diminuta protagonista de origen asiático -también envuelta en una toalla- saluda a Tavis con la mano y éste le devuelve el saludo.

- Ojalá fuera tan fácil contentar a todas las mujeres -dice, y se echa a reír. Yo también me río, aunque no sé bien por qué.

- Vuelvo en cinco minutos -comenta Tavis y se dispone a marcharse, supongo que para vestirse como Dios manda.

Me quedo de pie mientras el equipo se pone en movimiento y prepara otra escena.

Por fin Tavis aparece entre aclamaciones y palmadas en la espalda. Nos meten en un coche eléctrico como los que se usan para el golf, sólo que más grande, y nos alejamos del estudio de grabación. Estoy tan emocionada que me arrancaría las piernas a mordiscos, y me resulta casi imposible mantener una apariencia de calma. Tomamos la avenida James Steward, bordeada de pequeños edificios de color beis.

- Eran vestuarios para las estrellas -me explica Tavis. -Ahora son despachos de guionistas y productores.

Daniella se encontraría en la gloria si alguna vez pudiera conseguir uno de esos despachos. Parece ser que las estrellas de hoy en día hacen sus abluciones, o lo que quiera que hagan, en caravanas de lujo.

Pasamos junto a un autocar lleno de excursionistas que clavan la vista en un plató exterior en el que se rueda un episodio de *Expediente X*. Un ligero escalofrío de placer me recorre el cuerpo por el hecho de haber entrado en este lugar sin tener que pagar veinte dólares.

Creo que Tavis percibe mi alegría, porque se gira hacia mí y me pregunta:

- ¿Tienes prisa por volver?

- No. -¡Si él supiera! -No mucha.

- Eh, amigo -indica Tavis al conductor. -Hágame un favor. ¿Por qué no nos dedica cinco minutos y nos da un paseo por todo esto?

- Claro -accede el hombre, y nos desplazamos por las estrechas calles llenas de piezas de decorado, camiones y remolques vacíos.

Avanzamos dando botes y Tavis alarga el brazo por detrás del asiento para estabilizarse. La postura no me ayuda a estabilizarme a mí. Sé que suena ridículo, pero su presencia me hace sentirme rara por dentro, fría y caliente a la vez. Está claro que no le intereso, y que él no me interesa a mí; pero el hecho de que sea totalmente inconsciente del efecto que podría producir en mí -si yo estuviera interesada y si él estuviera interesado- me pone los nervios de punta. Ni siquiera estoy segura de que lo que acabo de decir tenga sentido. De todos los hombres con los que he salido, nunca me he sentido tan cómoda como me siento con Tavis, que es gay. ¿Se debe simplemente a que podemos ser sólo amigos? Mierda. No lo sé. Voy a limitarme a disfrutar de la visita.

- Esos son decorados urbanos -comenta Tavis. -Con una capa de pintura se convierten en Roma, Londres, Boston o en cualquier ciudad del mundo en la que quieras estar en cualquier momento. Los usan para *Ally McBeal* y para las películas de Austin Powers.

Una hilera de automóviles de los años sesenta confirma sus palabras.

- ¿Cómo es que sabes tanto?

- Aquí rodábamos *El hospital de la felicidad* -me informa Tavis. -Justo allí. -Y señala un edificio de cuyas enormes puertas cuelga una pancarta con el nombre de la serie. Una sombra empaña el rostro de Tavis. -Lo echo de menos.

Le pongo una mano en el brazo.

- Pronto encontrarás otra cosa.

Me sonríe con gratitud, y espero que sea así. Ahora entiendo el atractivo de perderse en un mundo irreal lleno de glamour. La clase de mundo que la gente corriente nunca llega a experimentar.

Nos fijamos en el Bates Motel de *Psicosis*; intuyo que Gina se encontraría ahí a sus anchas. Después, el decorado de *La casa más divertida de Texas*; me abstengo de hacer comentario alguno sobre la película. Cruzamos un poblado mejicano al que no le falta detalle, incluida una inundación repentina, y llegamos a la calle del Salvaje Oeste en la que según me cuenta Tavis se rodaron *Alias Smith y Jones y El virginiano*, además de una docena de cintas del oeste de las que nunca he oído hablar.

- Filmaban a todos los cowboys delante de puertas bajas y estrechas para que parecieran más grandes y robustos -me explica Tavis. -Se llama falsa perspectiva.

Otra de mis ilusiones hecha añicos. Me siento tan engañada como el día que me enteré de que John Wayne se llamaba en realidad Marión. No me extraña que anduviese de aquella manera.

Desde el Salvaje Oeste seguimos la ruta habitual de los autocares turísticos y acabamos en Nueva Inglaterra, donde nos paramos a contemplar una reproducción de Amity Island y observamos cómo los visitantes lanzan gritos cuando el falso escualo de *Tiburón* salta hacia el autobús y les lanza chorros de agua.

Después de Amity encontramos una gigantesca losa de cemento del tamaño de un hangar.

- Es el telón de fondo más grande del mundo -me explica Tavis con entusiasmo. -Donde Jim Carrey alcanzó el final de su mundo en *El show de Truman*.

- Sí, ya me acuerdo.

- ¿Ves aquel diminuto lago que tenemos delante? -Nos paramos de nuevo. -Fue el océano sobre el que cayó la nave espacial en *Apollo 13*.

- ¿En serio?

Estoy sonriendo como el gato de *Alicia en el país de las maravillas* y Tavis se muestra tan radiante como yo. Entonces, por un instante, me pongo triste. Ni siquiera esto es como debería ser. Un chico y una chica dando botes en un coche eléctrico y riéndose, libres de toda preocupación. Pero no es el chico adecuado. Gil debería ser quien me enseñara este mundo. Su mundo. Tavis sólo lo conoce un poco más que yo; aún se encuentra en la periferia. Gil está justo en el centro, en pleno corazón.

- ¿Estás bien?

Tal vez ha notado que mi sonrisa ha desaparecido. Asiento en silencio.

- Aquí nada es lo que parece -me advierte Tavis mirándome a los ojos. -No lo olvides.

Antes de que yo pueda responder, nos alejamos otra vez para visitar la Corte de los Milagros de

la primera versión de *El jorobado de Notre-Dame*, así como una pequeña zona -húmeda y plagada de huesos- de *Parque jurásico*. A continuación, el conductor atraviesa el monstruoso aparcamiento, disimulado con árboles pintados, y nos deposita en la puerta principal. Tavis entrega al hombre una generosa propina y al abandonar la tierra de la fantasía regresamos de nuevo al mundo real. El tráfico pasa ante nosotros a toda velocidad.

Cruzamos la carretera para acceder al estacionamiento situado fuera de los estudios y nos paramos junto al coche de Tavis: una pila de chatarra llena de óxido auténtico, con neumáticos desgastados auténticos. No sé de qué modelo se trata, pero se encuentra en un estado ligeramente peor que el de Dolores. No me extraña que a Tavis le guste tanto mi medio de transporte. Abre la puerta y tomo asiento.

- ¿Qué planes tienes para el fin de semana? -pregunta Tavis metiendo la marcha atrás con un alarmante chirrido.

- No gran cosa -admito yo. -Gil está en San Francisco. Tiene problemas con la película en la que está trabajando. Daniella se ha marchado a un congreso de guionistas.

- Vaya -exclama. -Qué lástima.

- He pensado hacer turismo y cosas así -aventuro yo, intentando que dé la impresión de que no estoy cabreada.

- ¿Sola?

Asiento con un gesto. Arrancamos y tomamos la autopista de Hollywood y, a continuación, entramos por Vine Street en dirección a Larchmont. En la radio suenan los Eagles a todo volumen. Me recuesto en el asiento mientras noto el frescor de la brisa. Tavis parece sumido en sus pensamientos.

Cuando paramos a la puerta de casa de Daniella, se gira hacia mí.

- Tengo el fin de semana libre, el primero en varios meses. Voy a visitar a mis padres -señala. -¿Por qué no me acompañas?

Tardo unos instantes en digerir la invitación.

- Viven en San Juan Capistrano. Un sitio precioso. Podemos tomar la carretera de la costa y te enseñaré algunos de los lugares de interés. Regresaremos mañana.

- ¿Pasaríamos la noche fuera?

- Recoge un par de cosas.

- ¿No les importará?

Para ver a mis padres hay que reservar con tres semanas de antelación, con el fin de que mi madre tenga tiempo de hornear una buena provisión de pasteles de manzana y almidonar las sábanas del cuarto de invitados de manera que te corten por la mitad cuando te metas en la cama.

- ¿Por qué iba a importarles?

- No lo sé. -Me encojo de hombros. -¿Y qué pasa con Joe?

- Tiene que trabajar -asegura Tavis. -¡Eh! Dos actores; ambos con trabajo. Nuestra suerte podría estar cambiando. -Me mira con ojos suplicantes. -Venga -insiste. -No te puedo dejar sola tu primer fin de semana en Los Ángeles.

Me viene a la cabeza que a Gil no pareció importarle esta circunstancia. Odio decir esto, pero

de alguna manera me alegro de tener un descanso de él y su quejumbrosa mujer. No necesito la lectura de nalgas ni a la madre de Stallone para saber que los augurios de nuestra relación no son favorables. Podría sentarme sobre las mencionadas nalgas esperando a que Gil me llamase…, pero mejor no.

- Me encantaría ir contigo -respondo, por fin. -Dame unos minutos para recoger mis cosas. -Me bajo del coche de un salto. -¿Qué me recomiendas?

- Lo que llevarías normalmente para un día de piscina y barbacoa.

Ah, sí; de acuerdo. Está claro que Tavis no tiene ni idea de cómo discurre mi vida en Londres.

CAPÍTULO 49

Los sábados, en California, la gente pasa el día en la costa haciendo surf y patinando, montando en bicicleta y realizando otras actividades para las que se emplea ropa más bien escasa y de colores coordinados. Si estuviera en Londres, probablemente me encontraría envuelta en mi abrigo más grueso, empujando un carrito por los pasillos de Waitrose en busca de productos rebajados y gruñendo a los niños pequeños y los ancianos seniles que se interpusieran en mi camino. *¿Moi*, estresada? Esta es una forma mucho más agradable de pasar el día.

- Iremos por la ruta panorámica -sugiere mi amigo, y salimos de Los Ángeles a través de un laberinto de calles idénticas flanqueadas de Dunkin' Donuts, KFC y McDonald's hasta que al llegar a la Route 1 o Autopista de la Costa del Pacífico, que conduce a San Juan Capistrano, divisamos el reluciente mar azul. En Inglaterra tenemos la M1, la M6 y la M25. Los estadounidenses tienen la Autopista de la Costa del Pacífico. Imposible competir.

Tavis cuelga el brazo por el lateral del coche y conduce el volante con una sola mano, lo que me resulta típicamente norteamericano. En la radio suena la animada música preferida por los surfistas que nos acompaña durante todo el trayecto. Mientras Tavis canta a pleno pulmón me echo hacia atrás en el raído y gastado asiento de vinilo y caigo en la cuenta de que éste es el día en el que más feliz me he sentido desde hace mucho tiempo. Puede que sea el sol; tal vez la música, o la buena compañía. Sea lo que sea, está funcionando a tope.

Tavis se gira hacia mí y me ofrece una de sus sonrisas de galán de cine, capaces de derretir al más pintado.

- ¿Todo bien?

- Sí -respondo, y esta vez no tengo la sensación de que estoy haciendo esto con el hombre equivocado.

Dejamos a un lado las extensas y doradas arenas de Huntingdon Beach, que engendraron el Surfin' USA de los Beach Boys, y los atascos de la selecta zona de Laguna Beach, con sus viviendas multimillonarias. Seguimos la Autopista de la Costa del Pacífico hasta Dana Point, antes de alejarnos del litoral y ascender las colinas.

San Juan Capistrano es un adormilado pueblecito que recuerda a una versión moderna del poblado mejicano de los estudios Universal, y es diametralmente diferente a la gigantesca ciudad de Los Ángeles. A pesar de su pequeño tamaño, cuenta con varias docenas de tiendas de artesanía.

- Paremos en el pueblo antes de ir a casa de mis padres -sugiere Tavis. -Una vez que estemos con ellos, no habrá manera de que nos dejen escabullirnos.

Me agrada la idea de escabullirme con Tavis. Aparcamos a la puerta de una cafetería que más bien parece una taberna y bajamos paseando por la calle. Además de las tiendas de artesanía, vemos un bar en el que la celebración de una boda se encuentra en pleno apogeo. Varios hombres que parecen extras de los Blues Brothers bailan de un lado a otro de la acera al estilo de los célebres hermanos Jake y Elmo.

- ¿Has estado alguna vez a punto de casarte? -pregunta Tavis.

- No. -Ni mucho menos, deseo añadir con tristeza. Pero me abstengo. -¿Y tú? -digo, y entonces caigo en la cuenta de lo absurdo de la pregunta.

El se echa a reír.

- No.

Paramos en un semáforo y para evitar que yo ponga el pie en la calzada me coge de la mano. Es cálida y fuerte. Cuando el hombrecito blanco se enciende, Tavis tira de mí y cruzamos. Al otro lado de la calle, una banda de música irlandesa con tambores célticos y flautas de hojalata interpreta diversas melodías. Para un pueblo tan pequeño, la animación es sorprendente. Miramos escaparates como si fuéramos una pareja de toda la vida y compramos un enorme ramo de flores para la madre de Tavis antes de entrar en la cafetería a tomar algo. Intento no fijarme en que sigue cogiéndome de la mano aunque hace siglos que cruzamos la calle.

En la cafetería, después de repasar otras quinientas variaciones de la bebida por excelencia en Norteamérica, decido pedir lo mismo que Tavis: algo que lleva bolitas de chocolate y un cerro de nata montada. Al menos puedo culpar a otra persona del exceso de calorías. Algún día habré crecido lo suficiente como para elegir mi propio café, lo sé; pero aún es demasiado pronto. La idea de conocer a sus padres me inquieta, posiblemente porque apenas conozco a Tavis y esta visita parece de carácter muy íntimo. Yo sólo llevaba a mis amigos a casa cuando los consideraba «formales», sobre todo porque mis padres suelen avergonzarme. Mi padre solía preguntarles cuánto ganaban en el momento mismo que traspasaban el umbral de la puerta, y mi madre insistía en darles de comer a cada hora en punto. Después de llevar a casa a tres amigos «formales» y de que, acto seguido, uno por uno me abandonara, llegué a la conclusión de que era la forma más rápida de terminar con una relación en potencia, por lo que abandoné la costumbre. Nunca he conocido a los padres de mis antiguos novios y me pregunto si eso es algo habitual en Londres o si ninguno de ellos me consideró nunca como posible material de matrimonio.

Nos sentamos a una mesa junto a la ventana, en taburetes altos, y observamos a los invitados a la boda, que bajan por la calle bailando la conga.

- ¿Cómo son tus padres?

- Estupendos -responde Tavis. -Personas de clase media y de mediana edad que se preocupan por todo. Mi madre te freirá a preguntas. Creerá que vamos a casarnos.

- ¿Y eso? -Estoy tan sorprendida que no me encuentro la boca y acabo con la nariz llena de nata montada. Tavis coge una servilleta y me limpia. -¿No sabe nada de…?

- ¿Gil? -tercia él. -No.

- No me refería a Gil -aclaro. -Me refiero a tu…, tu estilo de vida.

- Lo toleran. -Se echa a reír. -Pero supongo que toda madre ansia en secreto llegar a ser abuela. -Remueve su café con aire pensativo. -Excepto que la mía no guarda el secreto. No ha perdido la esperanza de que yo tenga una visión repentina y cambie mis costumbres.

Imagino que unas cuantas mujeres ahí fuera sienten lo mismo. Sobre todo si Tavis va por ahí cogiéndolas de la mano de esa forma tan cariñosa.

- Probablemente te examinará para ver si cuentas con buenas caderas para tener hijos.

Me doy una palmada en mi amplio trasero.

- Entonces, no quedará desilusionada.

- Claro que se va a desilusionar -me contradice Tavis con tristeza. -En mi lista no figura una mujer, ni hijos.

- No. -Escarbo en la nata montada. -Pero no debes descartarlo por completo. Algún día podrías… -¿cómo decirlo de forma delicada?- cambiar tus inclinaciones.

Tavis suelta una carcajada.

- Podría ser -responde entre risas. -Vamos. Más vale que nos marchemos antes de que mi madre envíe un equipo de rescate.

Nos bajamos de un salto de los taburetes y nos encaminamos de nuevo a la soleada calle. Al llegar al coche de Tavis, éste abre la puerta y espera a que me siente. Después rodea el automóvil, se introduce de un salto por la ventana y se sienta a mi lado.

Coloca la llave en el contacto, pero no arranca el coche. En su lugar, se gira hacia mí y, con expresión seria, me dice:

- Sadie, quiero que sepas que si alguna vez cambiara mis… inclinaciones -sonríe al mencionar la palabra, -sería sin lugar a dudas por alguien como tú.

- Ah. -No sé cuál es la respuesta adecuada a esto. Para empezar, me entran ganas de rascarme la cabeza. -Gracias.

- De nada.

Tavis me sonríe, arranca el motor con estrépito y partimos hacia casa de sus padres.

No sé si me alegra o me entristece responder exactamente a lo que Tavis buscaría en una mujer si no fuera gay.

CAPÍTULO 50

- ¡Es preciosa!

Alma, la madre de Tavis, estaba asomada a la ventana de la cocina, estirando el cuello para ver mejor a Sadie.

- Sí, es verdad -coincidió Tavis al tiempo que cogía un tomate.

Su madre le propinó una palmada en la mano para que lo soltase.

- Lávate las manos -le ordenó.

Tavis obedeció y aprovechó para mirar también por la ventana. Se alegraba de que Sadie tuviera un aspecto tan relajado. Desde que la había conocido, parecía más tensa que una cinta de goma a punto de partirse en dos. Seguro que el ilustre Gil McGann era el principal culpable.

Estaba recostada en una tumbona junto a la piscina y Carey, el padre de Tavis, la agasajaba con cerveza mientras le narraba la historia de la localidad. Iba vestida con pantalones cortos y un top de última moda. A pesar de su apariencia informal, la ropa era de primeras marcas. Cierto era que Sadie parecía una mujer sencilla y de escasa fortuna, pero estaba claro que de alguna parte le llegaba un buen flujo de dinero. Las marcas como aquellas no eran nada baratas. Sadie estaba muy elegante… ¿O más bien muy sugerente?

Tavis sacudió la cabeza inconscientemente. Las mujeres sólo le habían dado problemas y por eso mucho tiempo atrás había tomado la decisión de no volver a mantener relaciones con ellas. Por extraño que pareciera, cuanto menos interés demostraba por las mujeres, más se interesaban ellas por él. Cosas de la vida. Pero Sadie era una excepción. Ella había aceptado desde el primer momento que Tavis sólo podía ofrecerle su amistad. Por otra parte, estaba tan cautivada por ese tal Gil que le daba igual el hecho de que Tavis estuviera o no disponible. Una lástima. Tavis fue completamente sincero cuando le dijo aquello en el coche, si bien no entendía cómo se le ocurrió sacar el tema. No tenía la intención de decirle nada, en absoluto. Pero era cierto. Si alguna vez contemplara la posibilidad de reanudar su relación con el sexo contrario, Sadie sería su primera elección. Se preguntó si ella sentiría lo mismo por él.

Una vez que Tavis hubo seguido las indicaciones de su madre en cuanto a la higiene, ella partió un tomate y le entregó un pedazo. Le gustaba volver a casa a pasar el fin de semana. Tal como su madre se había apresurado a señalar, había pasado demasiado tiempo. El caso era que con las clases de arte dramático, el empleo como camarero en Zorba’s, las constantes audiciones y los trabajos ocasionales como actor le quedaba muy poco tiempo libre. A veces se preguntaba por qué había elegido ese camino.

La casa de sus padres era luminosa y aireada. Una construcción de una sola planta al estilo mejicano; pequeña, pero bien proporcionada. Delante de la fachada principal tenía un jardín con árboles y en la parte de atrás había un patio con piscina. Su madre elaboraba piezas de cerámica, cuando tenía tiempo; objetos de colores brillantes que adornaban las blancas paredes de yeso.

- Y es tan inglesa… -Alma proseguía el escrutinio de la desconocida que se había presentado de improviso. -Me encanta su acento, ¿y a ti?

- Sí, mamá; me gusta mucho.

Era verdad. De hecho, le gustaban muchas cosas de Sadie. Era divertida, y natural; muy diferente a las mujeres de Los Ángeles.

- ¿Cuánto tiempo hace que la conoces?

- No mucho -respondió Tavis de forma imprecisa. -Trabaja en una agencia en la que estoy inscrito. Podría ser un contacto útil. Su novio es un productor de cine muy importante.

- ¿Su novio?

- Sí.

Tavis sonrió ante la decepción no disimulada que impregnó el semblante de su madre.

- Me preguntaba por qué habías traído a casa a una chica después de tanto tiempo.

- Bueno, ahora ya lo sabes. -No le explicó a su madre que lo pasaba muy bien con Sadie y que ella era la única mujer que le había hecho volver la cabeza últimamente. Algunos asuntos no debían salir a la luz. -Me temo que no hay ninguna novedad.

Su madre sonrió con tristeza, pero en sus ojos se adivinaba un tenue destello de esperanza. -A tu padre le cae bien.

- Ah, ¿sí? -repuso Tavis con toda la indiferencia de la que fue capaz. Sus padres llevaban cuarenta años casados, un triunfo incontestable. El hecho de que hubieran sido felices la mayor parte de su matrimonio se acercaba a la categoría de milagro. Dos años atrás se habían mudado a San Juan. Una bala en la pierna había convencido a Carey Jones de pedir la jubilación anticipada en el Departamento de Policía de Nueva York, y ahora trabajaba a tiempo parcial en la estación de ferrocarril de la localidad. Alma estaba empleada en una de las numerosas tiendas de artesanía que bordeaban la pintoresca calle principal del pueblo.

Ambos estaban muy contentos de vivir cerca de Tavis, su hijo menor y el más necesitado. Lo que les tenía menos satisfechos era su convicción de que el mencionado hijo no comía lo suficiente, no ganaba lo suficiente y no se asentaba lo suficiente. Su ideal habría sido que Tavis trabajara en un banco, al igual que su hermano mayor, y tuviera dos niños encantadores que le saltaran sobre las rodillas. No lograban comprender el estilo de vida de su hijo, o que la carrera como actor le importara más que formar una familia. Pero no perdían la esperanza de que un día pudiera cambiar.

- ¿Cómo está Joe? -prosiguió su madre mientras lavaba unas hojas de lechuga.

- Bien -respondió Tavis. -Habría venido, pero hoy trabaja.

- ¿En la librería?

Joe tenía un empleo a tiempo parcial en Book Fever, una librería de moda situada en la parte más selecta de Sunset Boulevard. Cualquiera que fuera alguien quería que le vieran comprando allí sus libros. Estaba regentada por dos antiguos hippies quienes, al igual que los dueños de Zorba’s, se mostraban muy tolerantes cuando Joe tenía que acudir a los castings. Incluso cuando Joe encontraba trabajo como actor, seguía yendo a la librería siempre que le era posible. Decía que sentía la necesidad de devolverles el favor, y que así mantenía los pies en el mundo real. Tavis no dudaba de que Joe abandonaría el mundo real en un segundo si pudiera convertirse en una estrella, pero llevaba suficiente tiempo en el negocio del cine como para esperar que el

milagro pudiera suceder alguna vez. Tavis también estaba convencido de que Joe no soportaría perderse los cotilleos de Book Fever. Y esperaba que algún día, durante su turno de trabajo, Steven Spielberg sintiera la necesidad de acercarse a comprar al establecimiento.

- No, trabajo de verdad -repuso Tavis. -De actor.

- ¿Trabajo de verdad? Tu padre era policía. Eso sí que es trabajo de verdad.

Las facciones de Tavis se crisparon. Su padre había dedicado sus días a luchar por cosas que merecían la pena. Y él dedicaba los días a hacer pasar su trasero por el de otra persona. Nadie en su sano juicio entendería por qué había elegido ese medio de vida. En ocasiones, ni él mismo llegaba a comprenderlo. Su madre se quedó mirándole.

- Eso está bien -añadió con suavidad, al darse cuenta de que había metido el dedo en la llaga, había irrumpido en los sueños de su hijo.

Sí, y quizá cuando Tavis fuera una gran estrella de cine sus padres le dejarían por fin en paz. Mientras tanto, cuanto menos supieran, menos motivo de preocupación tendrían.

- Me preocupo por ti.

Tavis sonrió para sí.

- Me preocupa que te preocupes -terció él. -Estoy bien. Hoy he tenido un trabajo estupendo.

Aunque más valía no entrar en detalles.

- Llevas una vida muy rara. Necesitas a alguien que te apoye.

- Tengo a alguien que me apoya.

- Me refiero a una mujer -replicó ella con un suspiro. Lanzó una mirada a Sadie, y Tavis no pudo reprimir una sonrisa ante la transparencia de su madre.

Joe caía bastante bien a sus padres, pero no acababan de darle el visto bueno. Por lo visto pensaban que era él quien apartaba a su hijo del buen camino, cuando todo lo que hacía Joe era quererle y apoyarle de forma incondicional. Eran muchas las semanas que pasaba por alto el hecho de que Tavis no pudiera pagarle el alquiler. Nadie podría tener un amigo mejor; algún día Tavis le devolvería la deuda con creces.

- Alguien que te alimente -proseguía su madre.

- Joe me alimenta.

- No adecuadamente. No como lo haría una mujer.

- Trabajo en un restaurante, mamá. Consigo toda la *moussaka* y la cerveza que quiero.

- Seguro que no tomas suficiente *moussaka*. -Su madre le apretó las costillas con los dedos. -Mírate. Estás en los huesos.

Tavis colocó los brazos alrededor de la amplia cintura de su madre.

- Soy una esbelta y perversa máquina del amor.

- Estás anoréxico.

- Estoy delgado, es lo que se lleva.

- No comes con regularidad.

- Tomo tres comidas completas al día.

La madre de Tavis soltó un bufido de incredulidad.

- ¿Crees que la madre de Robert de Niro le regaña de esta manera?

- Sí -respondió ella, y después acarició el brazo de su hijo. -Sólo quiero lo mejor para ti.

Tavis le dio un fugaz beso.

- Lo sé.

Su madre se enderezó el delantal.

- Venga, ve a encender la barbacoa. Voy a cebaros a ti y a esa preciosa chica a base de costillas de primera calidad.

CAPÍTULO 51

¿Qué quieren las mujeres? Para averiguar la respuesta, Mel Gibson atravesó una experiencia extremadamente dolorosa en su película de similar título. Al final, no consiguió llegar a conclusión alguna -ni yo tampoco, -con la excepción de que nosotras, las mujeres, parecemos quererlo «todo». No estoy muy segura de lo que «todo» significa. Yo misma me encuentro vagando sin rumbo con la esperanza de enterarme siquiera de los rudimentos de la cuestión.

En este preciso instante sigo anclada a la tumbona desde la que he pasado la mayor parte del día contemplando el bronceado, musculoso y casi desnudo cuerpo de Tavis mientras él, sin esfuerzo alguno, hace largos en la piscina de sus padres.

- Ocurrió en el último terremoto -indica Alma.

- ¿Cómo?

- Las baldosas -responde, y señala varias grietas en las baldosas de terracota que rodean la piscina.

- Tuvimos suerte de que la piscina no se cuarteara.

- Ah.

- Cuando la tierra tiembla bajo nuestros pies no nos coge desprevenidos.

Hace mucho que la tierra no ha temblado bajo mis pies, la verdad; pero me guardo el comentario. Me ajusto las gafas de sol. Sonrío al pensar que la madre de Tavis da por sentado que estoy observando el estado de su pavimento en lugar de los movimientos enérgicos y elegantes de su atractivo hijo. Tal vez sea consciente de que sería una pérdida de tiempo. Me consuela el hecho de que no haya nada malo en mirar.

Así que, ¿qué quieren las mujeres? ¿Y qué quiere esta mujer en particular? Me recuesto en la tumbona y sigo con la mirada los escasos retazos de nube que atraviesan el cielo, con la esperanza de que me traigan a la mente pensamientos sensatos. Había olvidado lo mucho que el sol puede debilitar un cuerpo que no ha sentido su calor durante tanto tiempo. Incluso el hecho mismo de pensar me cuesta un esfuerzo; pero es la primera vez, en más tiempo del que quiero acordarme, que he tenido la oportunidad de tumbarme tranquilamente y meditar. He pasado los últimos meses desplazándome de una parte de mi vida a otra.

El desplazarse para avanzar es un buen principio. A semejanza de la mayoría de las mujeres del nuevo milenio, yo opinaba que el éxito en mi vida profesional era lo que me definía como persona. Me sentía razonablemente feliz en la rutina de los trajes de chaqueta negros y entallados, el reparto de beneficios y las puñaladas por la espalda, hasta que me apartaron a la fuerza de esa rutina. Después de arrojarme a la vorágine con el fin de llegar a fin de mes, ya no supe si de verdad deseaba regresar a los horarios interminables, la falta de tiempo para almorzar y el insomnio causado por el estrés. Me dediqué a trabajar en empleos insignificantes en los que me pagaban una miseria y conseguí volver a los horarios interminables, la falta de tiempo para almorzar y el insomnio producido por el estrés. ¿Qué fue primero, el huevo o la gallina? ¿Qué es

peor? ¿Tener una fortuna y carecer de tiempo para disfrutarla, o no tener dinero para pagar las facturas y disponer de todo el tiempo del mundo?

Yo me había construido una preciosa fachada de mujer profesional capacitada y se me daba muy bien esconderme tras ella. Ahora que se ha desmoronado, no sé si cuento con la energía suficiente para levantarla de nuevo.

También ha pasado mucho tiempo desde que mantuve por última vez fuertes vínculos familiares. Al estar hoy aquí, con Tavis, me doy cuenta de que es algo que también me he perdido. Mi hermoso y elevado muro parece haber tenido un montón de ladrillos inestables durante más tiempo del que yo pensaba. Los padres de Tavis le gastan bromas de una forma que denota lo orgullosos que se sienten de su hijo. He decidido que quiero tener mis propios hijos a los que pueda gastar bromas y de los que me pueda sentir orgullosa.

Me preocupa pensar que he alcanzado la madura edad de los treinta y dos años y, aunque me han besado más de unas cuantas veces, nunca he recibido una proposición de matrimonio. Una auténtica, no. El último -y único- hombre que me pidió que me casara con él fue John Finchley; tenía quince años y había estado en el Strongbow Cider. Era la fiesta de cumpleaños de Erica Litherland. Le di la espalda durante diez minutos para reflexionar sobre su proposición y cuando me giré otra vez, estaba besuqueando a Geraldine Brownlow. El hecho de que yo hubiera decidido no casarme con el borracho y plagado de acné John Finchley no me frenó las lágrimas. Desde entonces, ha sido un tema recurrente en mis relaciones.

¿Qué tengo yo de malo? Eso es lo que me gustaría saber. ¿Por qué no soy material apto para el matrimonio? No me huele el aliento, ni padezco de una terrible enfermedad que me desfigure. Pero tampoco tengo la capacidad de encandilar a los hombres. Cuando me comparo con Alice, siempre salgo perdiendo. Ella es como un chorro de aerosol Raid: los hombres caen como moscas a sus pies. Yo, por otra parte, parezco ser tan sólo un chorro de aerosol. Alguien que tras el impacto inicial desaparece en la atmósfera y queda olvidado.

Cuando rondaba los veinticinco años tenía muchas ganas de sentar la cabeza -aunque no había hecho nada ni remotamente salvaje, -casarme y tener niños. Solía contarle esto a todo el mundo, incluyendo a los hombres que sólo había visto -y jamás vi- más de una noche. Mis amistades -y mi madre en particular- decían que mi desesperación por casarme era la causa de mi soltería. Entonces fue cuando abandoné la idea de una vez por todas y me convencí a mí misma de que lo que secretamente había deseado siempre era ser una profesional autosuficiente. Cuando me convertí en una profesional autosuficiente y los hombres seguían sin llegar, mis amistades -y mi madre en particular- dijeron que mi autosuficiencia era la causa por la que seguía soltera.

Soy una completa inútil a la hora de las maniobras diplomáticas entre sexos. He leído todos los libros: *Cómo conquistar marido, Los hombres son de Marte, Intimidad emocional, La soltera rendida*… Básicamente, cualquier cosa que pudiera darme pistas sobre cómo convertir a un monstruo sediento de polvos en un marido sensible y cariñoso. ¿Y qué me aportaron sus páginas? Absolutamente nada. La verdad es que no debería haberme fiado de un libro con el inquietante subtítulo de *Guía práctica para atraer al hombre ideal y casarte con él*. Demasiadas promesas por diez libras esterlinas.

Alguien me contó que el tipo que escribió *Los hombres son de Marte, y las mujeres son de Venus* se había separado de su mujer. De ser verdad, lo encuentro de lo más deprimente. Debe de tratarse de un individuo sensible y cariñoso que se ha hecho millonario explicándole a los demás cómo pueden convertirse en individuos sensibles y cariñosos. Si él no es capaz de mantener su matrimonio, ¿qué esperanza nos queda a los demás mortales? Tal vez su mujer estaba cabreada porque contara todas esas cosas en sus *best-sellers* y que después, como la mayoría de los hombres, ni se le pasara por la imaginación sacar la basura sin que hubiera que repetírselo una docena de veces.

Todos esos libros de autoayuda ofrecen consejos contradictorios. Si sigues las reglas de *Cómo conquistar marido*, no permitirás que ningún estúpido, por mucho que lo suplique, se salga con la suya; y nunca jamás en la vida se te ocurrirá sacar a colación la palabra que empieza por «m», salvo con la intención de hacer comentarios despectivos sobre las personas que acceden a tal estado civil. Para la autora de *La soltera rendida*, la mujer entendida nunca debe actuar con frialdad. Por el contrario, sonríe a todos los hombres -por muy dudoso aspecto que tengan-y viste minifalda. Se ofrece a limpiarles el apartamento. Después de media docena de citas, lucirá un diamante en el dedo anular.

Siempre que he actuado fríamente, el objeto de mi frialdad ha perdido el interés y se ha marchado a perseguir a otra chica más cariñosa que yo. Cuando me he mostrado complaciente y necesitada de varón, los hombres han salido corriendo en la dirección contraria -normalmente detrás de alguien a quién le importan un bledo. -Cuando me he limitado a ser yo misma -a medio camino entre la actitud fría y la necesitada- también han salido huyendo. Me estoy convirtiendo en *La soltera resignada*. Oigo la llamada del convento.

Tomemos a Gil. ¿Qué ve él en Gina que no tenga yo, si exceptuamos que todas las partes de su cuerpo han sido endurecidas con silicona? ¿No es una saludable rellenita más atractiva que alguien que siempre está de mal humor o bajo los efectos de alguna droga? La mujer -ex mujer- de Gil parece seguir siempre su propias reglas y éstas funcionan a la perfección, sobre todo en lo que a Gil se refiere: no importa cuántas veces ella pueda cambiarlas o lo mal que se porte con él. Por mi parte, en lugar de tratarla como a una leprosa, a lo mejor debería pedirle consejo. Creo que lo que quieren los hombres es una cuestión infinitamente más complicada.

En los viejos tiempos -parezco mi madre- los hombres tenían que casarse para disfrutar del sexo. Ninguna mujer que se respetara a sí misma se sometería a tal cosa sin una alianza en el dedo, y ningún hombre que se respetara a sí mismo se casaría con una mujer promiscua. Doble vara de medir, diría yo; pero tal vez el asunto era menos complicado que algunas situaciones que se dan hoy en día. Si un hombre puede acostarse con quien quiera después de una noche de copas, ¿por qué habría de comprometerse con nadie? Si una mujer tiene media docena de hijos con una cantidad similar de hombres, resulta un poco complicado decir que lo que siempre has querido es una mujer de un solo hombre.

En este estadio de mis pensamientos, Tavis sale de la piscina. Se acerca, se sienta a mi lado en la tumbona y agarra una toalla. Mientras se frota por todo el cuerpo, intento por todos los medios concentrar mi atención en las deterioradas baldosas de terracota de su madre. Cuando está

húmedo, resulta aún más atractivo que cuando está seco. Y se me ocurre que he visto a Tavis a medio vestir más veces que al hombre ausente que dice ser mi novio.

Su madre se pone de pie.

- Prepararé algo de comer.

Si comemos algo más, por poco que sea, vamos a explotar.

- Cuidado con tu cutis, cariño -me advierte. -Las mejillas se te están poniendo coloradas.

No creo que se deba solamente a la exposición al sol. Alma entra en la casa y nos quedamos solos.

Tavis me mira. Sus ojos resultan inquietantes. No parpadean. Noto un cosquilleo muy extraño en lugares donde no debería notar cosquilleo.

- Pareces muy pensativa -comenta.

- Sí. Estoy pensando sobre mi vida y la forma en la que la estoy estropeando -admito yo.

- Gil no te está haciendo feliz.

No sé muy bien si formula una afirmación o una pregunta. Intento sonreír.

- Es un poco difícil, teniendo en cuenta que está en San Francisco.

- Buena forma de esquivar el tema -me acusa Tavis con una sonrisa.

Me estiro y esquivo igualmente la mirada de Tavis.

- ¿Existe entre los gays un código de conducta a la hora de mantener relaciones?

Tavis se muestra ligeramente sorprendido ante mi pregunta.

- No tengo ni la menor idea.

- Ah.

- ¿Por qué lo dices?

- Estoy intentando pensar en una forma de atrapar a mi hombre y no la encuentro -respondo. -Me preguntaba si a los gays les resulta más fácil.

Presumiblemente, ellos tienen alguna pista acerca de lo que el otro piensa. Tavis frunce las cejas.

- ¿Eso es lo que te haría feliz? ¿Atrapar a Gil?

Ahora no estoy segura de qué me haría feliz. Tal vez es porque con cada relación que tengo me siento más lejos del altar. Me confortaría saber que por lo menos me dirijo hacia una unión feliz en lugar de alejarme de la iglesia a una velocidad alarmante.

- No lo sé -admito. -Si soy capaz de tener pensamientos negros y negativos mientras estoy tumbada bajo el azul cielo de California, tal vez no existe ya esperanza para mí.

- Nunca pierdas la esperanza -interviene Tavis. -Es lo único que nos queda.

- Confío en que algún día, en un futuro no muy lejano, me enamoraré de alguien que me corresponda. -Le miro por encima de mis gafas de sol. -¿Te parece demasiado confiar?

- Creo que es algo magnífico en lo que confiar -responde Tavis mientras me mira de forma enigmática.

Yo también lo creo, pero voy a tener que hacer algo con respecto a mi proceso de selección. En *La soltera rendida* todo hombre se contempla como marido en potencia. Sólo los hombres con dos cabezas deberían pasarse por alto.

Tengo la costumbre de enamorarme de varones poco adecuados, pero esta vez me he superado a mí misma. Estoy loca por un hombre que sigue obsesionado con su mujer (o ex mujer). Y si no ando con cuidado, podría alcanzar un estado mental similar a causa de otro hombre que es gay; puede que Tavis no cumpla la condición de bicéfalo, pero existe algún que otro impedimento por su parte. Podría analizar la situación un millón de veces, pero siempre se reduce a lo mismo: no me estoy dando a mí misma la oportunidad de luchar.

CAPÍTULO 52

- ¡Uf! ¡Uf! ¡Ah! ¡Ah! -Debo aclarar que estas exclamaciones no denotan ningún tipo de pasión. - ¡Aaaaaaay!

- Estate quieta -ordena Tavis.

- Duele. Está frío.

Mi torturador se detiene y me sonríe.

- ¿A qué te refieres?

Estoy decidida a no devolverle la sonrisa.

- A que duele. Y está frío.

Tavis aplica más loción de calamina en la bola de algodón y continúa dando toques con entusiasmo.

- ¡Ah! ¡Ah! ¡Uf! ¡Uf! -Cada centímetro de mi cuerpo que ha estado expuesto al intenso sol de California parece una versión pasable de una langosta cocida. Se diría que me he golpeado la nariz contra una puerta. -¡Ay! ¡Ay!

Tavis frunce el ceño con preocupación, pero está bien claro que se está aguantando la risa.

- Te dolerá mañana.

- ¡Me duele ahora!

- Lo siento -se disculpa. -Debería haberte dado un protector solar.

- Me puse un protector solar. -De un factor patéticamente bajo, eso sí, sólo suficiente para proteger del débil sol británico. Este monstruo californiano me ha freído literalmente la piel. Tengo frío y calor a la vez.

- ¿Tienes frío y calor a la vez?

- No.

- No quiero que cojas una insolación.

Ah. Así que es eso. Y yo que pensaba que se debía a los cuidados de Tavis. Nunca imaginé que el hecho de que te frotaran por todo el cuerpo con un algodón húmedo resultara tan poco erótico. O lo sería si no doliera tanto.

- Puede que sienta un poco de frío y calor a la vez -admito. Siento ganas de llorar por lo estúpida que he sido. Ni siquiera sé ponerme morena como es debido, y no es algo que resulte muy difícil, que digamos. Suspiro con tristeza. Apuesto a que a Gina nunca se le ha despellejado la nariz. -Voy a estar pelándome años y años.

- No, claro que no -responde Tavis. El doctor Robert da un paso atrás y admira su obra de artesanía.

Me miro en el espejo y todo lo que veo es uno de esos terroríficos aborígenes engalanados que luce las pinturas de guerra. Tengo rayas de color rosa pálido por todo el cuerpo.

- ¡Joder!

- No está tan mal -asegura Tavis, pero su cara dice que sí, que está fatal. Abandona todo intento

por no reírse y suelta una sonora risotada. Sé que la palabra «risotada» no suele utilizarse más allá del mundo de *Dandy* o de *Beano*; pero definitivamente ha sido una risotada.

- Soy una auténtica imbécil -comento.

- Puede pasarle a cualquiera.

- ¿Te ha pasado a ti?

- No. -Tavis recibe una mirada asesina por su sinceridad. -He tenido suerte -añade a toda prisa.

Estamos en la habitación de invitados de la casa de sus padres, que carece del majestuoso tamaño de la miríada de dormitorios de casa de Gil. El baño está al final del pasillo y en el cuarto hay dos camas pequeñas, una a cada lado de una cómoda de aspecto destartalado. Esta circunstancia me está ayudando en cierta medida a apartarme el dolor de la mente. ¿Es aquí donde vamos a dormir? ¿Juntos?

Tavis sigue mi mirada.

- Yo dormiré en el sofá si te resulta incómodo compartir conmigo la habitación.

- No, nada de eso -respondo, antes de que mi cerebro tenga tiempo de calibrar las implicaciones. -Puedo afrontarlo con madurez.

Tavis suelta otra risotada.

- ¿Seguro que podrás resistir la tentación?

¿Tentación? ¿De qué?

- Eso creo. -¡Cielos! ¿Y si me tiro un pedo, o me pongo a roncar? ¿O las dos cosas?

- Te dejaré sola un rato. -Tavis enrosca el tapón del bote de loción de calamina y se dirige a la puerta. -Para que te prepares.

¿Prepararme? ¿Para qué?

- Para meterte en la cama -contesta Tavis, aunque yo no he articulado palabra.

- Sí. De acuerdo.

Me pregunto si el acondicionador que utilizo después del champú, ése que garantiza fortaleza, tendrá efecto en otras partes de mi cuerpo.

Mi compañero de habitación se retira con otra risotada y, con suma cautela, me quito la ropa. Santo Dios. Parezco una cebra pintada por un niño de cinco años, daltónico y carente de talento artístico. Con la promesa de lavarme a fondo a la mañana siguiente, me introduzco entre las frescas sábanas y la agonía ataca cada centímetro de mi cuerpo ardiente.

Apago la luz y permanezco tumbada en la oscuridad, intentando no moverme, ni ponerme nerviosa, ni rascarme. Hace calor, y siento ganas de apartar las sábanas, pero estoy desnuda porque tampoco puedo soportar el roce de una camiseta. ¡Mierda! ¿Por qué nací tan estúpida? El aparato de aire acondicionado está en funcionamiento, y produce un zumbido soporífico. Estoy a punto de quedarme dormida cuando la puerta se abre levemente y Tavis entra de puntillas en la habitación. No me muevo, pero abro un ojo. Sólo lleva calzoncillos tipo boxeador, y la visión resulta enervante. Cierro el ojo otra vez. No sé si voy a poder afrontar esto con madurez, después de todo. Ojalá Tavis estuviera en el sofá, pero parece un poco tarde para decirlo.

- ¿Sadie? -susurra. -¿Estás despierta?

Mantengo la boca cerrada, algo que no suelo hacer a menudo. Oigo como se acerca a mi cama

con pasos silenciosos y me mantengo inmóvil.

- Duerme bien -dice, y me planta un tierno y fresco beso en mi frente febril.

Y yo creo que ese beso garantiza que no voy a pegar ojo en toda la noche.

CAPÍTULO 53

Gil lanzó las maletas sobre la cama y paseó la vista por su nuevo hogar. Nadie podría decir que la *suite* del Beverly Hills Hotel fuera precisamente un cuchitril, pero el espacio le resultaba pequeño en comparación a lo que él estaba acostumbrado. Sin embargo, para los millonarios, «pequeño» significa «acogedor». Dos dormitorios, en lugar de una docena. Y lo mejor de todo, se trataba de una zona de acceso restringido a la que Gina no podría llegar.

Era domingo, al atardecer. No tan temprano como había planeado, pero tampoco demasiado tarde. Al final, el director, el guionista y el actor no se habían enfrentado en batalla campal. El rodaje había proseguido. Crisis superada. Al menos, esa crisis en concreto.

Gil miró el reloj. Había planeado una velada maravillosa con Sadie, pero faltaba un pequeño detalle: Sadie.

No había tenido tiempo de llamarla hasta aquel mismo día a media tarde, lo que suponía una negligencia por su parte. Gil no sabía a ciencia cierta por qué había tardado tanto, y ahora se arrepentía. Sadie seguía inexorablemente sin contestar el móvil. Gil había contado con una cena romántica en la terraza privada de la *suite*, con flores, velas, champán helado… Una cena a lo grande. Pero llegado aquel momento se preguntaba si tendría que cancelarla. Marcó el número de móvil otra vez.

Esta vez, respondió una niña.

- ¿Diga?

- Hola -dijo Gil. -¿Con quién hablo?

- Con Alexis. Tengo diez años -respondió.

- Yo soy Gil -replicó él.

- ¿Cuántos años tienes?

- Tengo treinta y ocho.

- Eres viejo.

- Sí. -Se sentía mucho mayor, pero no era cuestión de dar explicaciones. -Alexis, ¿está Sadie por ahí?

- No.

- ¿Estás segura?

- Sí -dijo, y la voz denotaba un alto grado de seguridad.

- ¿Sabes dónde está?

- Con Tavis -respondió Alexis.

Gil notó que el vello de la nuca se le erizaba.

- ¿Con Tavis?

- Eso es.

Gil pensó que debería saber quién era ese tal Tavis.

- ¿Te gustaría hablar con Barbie Joya Mágica, en su lugar?

- Creo que no, cariño. -¡Un momento! ¿No era Tavis el camarero demasiado guapo del

restaurante? ¿Qué hacía Sadie con él? -¿Sabes dónde ha ido?

- Han pasado fuera el fin de semana. Dejó una nota.

Aquello sonaba fatal.

- ¿Qué dice la nota?

- Dice… -Gil escuchó a Alexis dar una profunda aspiración. -«Hola, Daniella y Alexis. Espero que lo hayáis pasado bien en casa de la abuela y en el congreso…».

Gil notaba que la paciencia se le iba agotando. Otra profunda aspiración.

- ¿Está tu madre en casa?

- No -respondió Alexis. -Está mi abuela. ¿Quieres hablar con mi abuela?

- No, no. ¿Te importa leerme la parte importante?

Dio la impresión de que Alexis perdía la paciencia con más rapidez que Gil.

- Esa era la parte importante. -Otra profunda inspiración. -«Me marcho con Tavis. Volveré el domingo. Os quiero a las dos. Sadie».

- Gracias -repuso Gil.

- Y pone tres besos en la parte de atrás.

Gil deseó que Sadie le pusiera tres besos en su parte de atrás.

- ¿Puedo dejarte un mensaje?

- No me dejan hablar con desconocidos.

- ¿No es ya un poco tarde?

- Barbie puede coger el mensaje -sugirió Alexis.

- Estupendo. -Gil exhaló un suspiro. -¿Tiene Barbie un lápiz?

- Sí -respondió la niña.

- Por favor, dile a Sadie que estoy en el Beverly Hills Hotel y que quiero que venga a cenar conmigo a las ocho.

- Barbie dice que hablas demasiado rápido.

- Dile a Barbie que no dispongo de todo el día.

- Barbie también tiene diez años -le informó Alexis con tono cortante. -Va lo más deprisa que puede.

- Decidle a Sadie que me llame, ¿de acuerdo?

- De acuerdo -convino Alexis. -Adiós.

Y colgó.

Gil se sentó en una esquina de la cama, aturdido por la conversación. ¿Por qué se le daban tan mal las mujeres, de cualquier edad? Pensó que tendría que alegrarse porque Sadie no hubiera pasado sola el fin de semana, en Los Ángeles, esperando a que él la llamara. Pero no se alegraba. En el momento en que se daba la vuelta, las mujeres de su vida se las arreglaban para encontrar a otra persona que las entretuviera. Había albergado la esperanza de que en aquella ocasión sería diferente.

Gil paseó la vista por la impersonal habitación de hotel. Y bien, ¿qué podía hacer? Podía desempacar las partes de su vida que había traído a su nuevo hogar. Podía darse una ducha.

Podía leer el folleto de información a los huéspedes. Y luego, ¿qué? Podía esperar y ver si Sadie se presentaba.

CAPÍTULO 54

- ¡Eh! -Tavis me agita el hombro con suavidad.

Me despierto de un salto y rápidamente me miro el hombro por si se hubiera manchado de baba. Por mucho que lo intente, se me olvida que no tengo por qué impresionar favorablemente a Tavis.

- Hemos llegado -anuncia mi conductor con una sonrisa.

Efectivamente, hemos llegado. A casa de Daniella. No nos hemos metido en el terreno de la genealogía, pero sin duda la madre de Tavis es de ascendencia italiana, o tal vez proceda de otra de esas razas mediterráneas que tienden a sobrealimentar al prójimo. Antes de marcharnos, nos obligó a tomarnos un gigantesco plato de espaguetis y ahora me doy cuenta que he estado durmiendo como un niño pequeño todo el trayecto de vuelta a casa. ¿Quién necesita un bólido de transporte al estilo *Star trek* cuando se cuenta con una madre italiana? Se me ocurre que las dos enormes copas de Chianti podrían haber colaborado.

Lo último que recuerdo es el semáforo de San Juan Capistrano; lo que no está mal, habida cuenta de que anoche no pegué ojo. La respiración de Tavis estaba demasiado cerca y me inquietaba demasiado como para conseguir relajarme. Además, mi piel ha estado intentando, sin éxito, derretirse. Ahora se toma su venganza y me inflige un intenso sufrimiento. Estoy convencida de que dispongo de más receptores del dolor que la mayoría de las personas, porque por mucha loción de calamina que me ponga por todo el cuerpo, me sigue doliendo a más no poder. Si en el futuro acabo con el aspecto de la abuela de George Hamilton, me lo tendré merecido.

- Debo de haberme quedado traspuesta -comento con la típica tendencia británica al eufemismo. Seguro que he roncado como un cerdo.

- Has roncado como un cerdo.

A veces, la verdad duele.

Antes de que pueda darle una bofetada, Alexis sale dando saltos de la casa. Está disfrazada de hada, y va vestida de rosa fluorescente de pies a cabeza. La visión resulta alarmante, pero Tavis no parece en absoluto desconcertado.

- Hola -dice la niña. -¿Quién eres?

- Tavis. -Choca la palma de la mano con la de Alexis. -Y tú debes de ser Barbie Princesa Perfecta.

Alexis sonríe de oreja a oreja, claramente impresionada por semejante afirmación. Prefiero no averiguar por qué Tavis es experto en muñecas Barbie.

- ¡Cómo mola! -exclama Tavis, y la Perfecta Princesa de tamaño real le obsequia con un rápido repaso de sus posturas de ballet preferidas. Acto seguido, agita decididamente su varita sobre el coche de Tavis. Como buena hija de su madre, con la esperanza de que se convierta en un Porsche.

- ¿Eres el nuevo novio de Sadie?

- ¡Alexis! -exclamo yo con un grito, sin saber cómo explicar a una niña de diez años que es perfectamente aceptable tener amigos varones. El hecho de que compartas la habitación con ellos no significa que estés en forma alguna, de ninguna manera, vinculada sentimentalmente.

- No -responde Tavis entre risas. -No soy su novio.

Alexis no está dispuesta a desviarse de su línea de interrogatorio.

- ¿Quieres ser el novio de Sadie?

- ¡Alexis! -bramo yo. Las escasas partes de mi persona que no se han quemado se ponen rojas como un tomate, -Tavis ya tiene su propio novio.

Santo cielo, ¿qué estoy diciendo? Tavis se ríe a carcajadas. Me pregunto si aprende semejante variedad de formas de reírse en su clase de arte dramático. No hay duda de que elige la adecuada para cada ocasión. Este es el sonido perfecto para acompañarme mientras meto la pata hasta el fondo.

Alexis mira a Tavis.

- Ah, sí.

Él sufre convulsiones de risa.

- Vayamos adentro -sugiero yo, mientras intento localizar a tientas la manilla de la portezuela.

Barbie Princesa Perfecta se apoya sobre el coche.

- Si Tavis no es tu novio, ¿puedo entonces hablar de Gil?

- ¿Gil? -repito yo. -¿Gil? Claro que puedes hablar de él. ¿Por qué lo dices?

- Dejó un mensaje -responde Alexis. Hace un gesto de profunda concentración. -Dijo que tenías que ir a su hotel a cenar. Esta noche.

- ¿Qué hotel?

- El Beverly Hills.

Tavis pone un gesto de asombro.

- ¿Cuándo hablaste con él?

- Te llamó al móvil. Estaba encima de tu cama.

Mierda. Nunca me acuerdo de llevar el maldito aparato a ningún sitio y, cuando lo llevo, no lo enciendo.

- Más vale que le llame -digo, y detecto un matiz de pánico en mi voz. Miro el reloj y no doy crédito a la hora que es.

- Dijo que estuvieras a las ocho. Lo que significa que tengo exactamente cinco minutos para llegar. Alexis mira su reloj. Es una enorme margarita de color rosa, pero por lo visto también funciona.

- No tienes tiempo -asevera la niña. -Te llevaré sobre la marcha -se ofrece Tavis. Mierda. Tengo que decidirme. Puedo llegar a tiempo con pinta de vagabunda. O puedo llegar tarde con pinta de cebra con traje de cóctel. Quizá la decisión no sea tan complicada.

- Alexis. -No tengo más remedio que preguntar. -¿Seguro que te has enterado bien del mensaje?

- Sí -responde sin ofenderse por el hecho de que yo cuestione los poderes de su memoria. -Eso está muy bien.

- Siempre miento por teléfono por mi madre -explica con animación y da varias vueltas sobre sí

misma.

Tavis y yo intercambiamos una sonrisa.

- ¿Dónde dijiste que había estado Sadie? -pregunta Tavis a su hada preferida.

- Dije que había pasado el fin de semana con otro hombre.

El grado de comprensión de Tavis con respecto a los niños es obviamente más avanzado que el mío. El alma se me cae a los pies.

- Muy bien. Buena chica.

Tavis arranca el coche, choca la palma con Alexis otra vez y salimos conduciendo. Se gira para mirarme.

- Más vale que también le digas a Gil que tengo novio -me aconseja. -Cuanto antes, mejor.

No parece mala idea.

CAPÍTULO 55

Creo que ambos nos sentimos un poco avergonzados cuando Tavis aproxima su destartalado vehículo a la puerta principal del Beverly Hills Hotel. Es un opulento oasis de palmeras y escayola rosa, del color de uno de esos dulces franceses del señor Kipling que nunca parecen de verdad. Un hermoso palacio de pastel. A Alexis le encantaría.

Tavis me mira y trato de aparentar que no estoy impresionada.

- Algún día volveré en un Mercedes -asegura con aire de determinación. No sé si lo dice para agradarme o si realmente eso es lo que piensa.

El hombre encargado del aparcamiento intenta por todos los medios disimular su horror mientras rodamos por la alfombra roja que conduce a la entrada. ¿Nadie le ha dicho a esta gente que el rosa y el rojo no casan bien? Percibo que el coche de Tavis no atiende a su dueño como es debido. Se estremece y se para en seco de forma poco elegante. Puede que funcione bien, pero parece una ruina. Dolores, por el contrario, es una ruina con estilo.

Tavis suspira con envidia.

- Sadie, menudo novio tienes.

- Ah, ¿sí?

- Cualquiera que es alguien en el negocio del cine viene por este hotel.

- ¿En serio?

Me mira como si yo estuviera loca por ignorarlo.

- Vas a estar hasta arriba de estrellas.

- ¿De veras?

Mi amigo me mira con desesperación. ¡Uf! Noto un ligero escalofrío de emoción. Llevo varios días en Los Ángeles y no he puesto la vista en una sola estrella de cine de verdad. En Toma Doble he visto a gente que se les parece; pero con eso no basta, ni mucho menos. Y también vi el otro día uno de esos gigantescos vehículos blindados estilo Hummer como los que conduce Schwarzenegger; pero podría haberlo conducido otra persona, así que tampoco cuenta. ¡Y ahora voy a estar hasta arriba de celebridades!

Tengo un repentino ataque de pánico y agarro a Tavis de la mano.

- Entra conmigo.

- No puedo.

Se da un repaso con la mirada. Yo también me recorro con la vista. Posiblemente, mi aspecto es aún peor.

- Podrían expulsarnos a la vez.

Parece dubitativo.

- No me dejes sola -suplico. -Imagina que Gil se haya hartado y esté furioso. Me quedaría tirada.

Sigue meditando.

- Cinco minutos. Y en lugar de salir por la ventanilla, se baja del coche por la puerta. Eso me

indica lo intimidado que se encuentra. -Sacaré tu bolsa -indica, y se dirige a la parte posterior del coche.

Se coloca mi bolsa al hombro y el aparcacoches se lanza a recoger las llaves del vehículo, claramente aliviado al poder apartarlo de allí y esconderlo detrás de un arbusto de manera que no estropee la panorámica.

Nuestro coraje desaparece cuando nos dirigimos a la zona de recepción, que se las arregla para hacernos parecer de lo más desaseado. El color de la fachada ha metido el turbo: moquetas, techos, sillones, almohadones… Todo es rosa. Podría jurar que cada uno de los objetos ha sido elaborado con chicle. Me imagino a Elton John alojado en este hotel. Los vaqueros desgastados y los pantalones de camuflaje están totalmente fuera de lugar.

A medida que nos acercamos al mostrador principal Gil se precipita hacia nosotros.

- ¡Sadie! -grita a través de la silenciosa superficie. Su rostro se ilumina y al momento vuelve a ensombrecerse, cuando repara en la presencia de Tavis.

- Hola.

Me abraza y me besa en la mejilla, pero sin excesivo entusiasmo. No le quita ojo a Tavis. Mi amigo se agita, incómodo.

- Lamento llegar tarde -comento. La verdad es que no llego tarde y no lo lamento en absoluto, ya que no tenía ni idea de cuándo Gil se dignaría a regresar de San Francisco, pero me ha parecido que una nota conciliadora podría ayudarnos a romper el hielo.

- No importa -responde Gil, mirándome por primera vez. -Ya estás aquí. Ahora.

El «ahora» lleva un ligero retintín, pero lo dejo correr.

- ¿Qué te ha pasado? -Gil mira de reojo mi probóscide achicharrada y mi rostro asado al punto.

- Quemaduras de sol -le informo con desgana. ¿Qué creía que me había pasado? ¿Qué había intentado asarme a mí misma a la barbacoa en plan sadomasoquista?

- Retrasaré la cena para que puedas arreglarte.

Claramente opina que lo necesito. Me pregunto cómo voy a lograr dar bocado, una vez que me he hinchado de pasta. Tal vez si retrasara la cena hasta mañana podría yo encontrar algo de hueco en el estómago.

Tavis deposita mi bolsa en el suelo.

- Me marcho -anuncia.

Sería un bonito gesto invitarle a que se quedara, pero no creo que Gil opine lo mismo.

Le doy un beso a Tavis en la mejilla.

- Gracias -murmuro. -Te lo agradezco de veras. Has estado magnífico.

- De nada -responde él, y me da otro beso. -Ha sido divertido.

Por el rabillo del ojo veo que Gil está dando golpecitos con el pie.

- Te veré durante la semana -añado mientras recojo mi bolsa. -Gracias otra vez.

- De acuerdo -responde Tavis. Me hace un gesto de despedida con la mano, y otro a Gil, y se marcha.

Gil y yo nos quedamos mirando durante unos instantes. Es como uno de esos momentos en los que te metes con una persona de aspecto extraño en un ascensor y no sabes qué hacer.

- ¿Te importa hacerme un favor? -pregunta Gil -Habla con el recepcionista. Retrasa la cena. Quiero alcanzar a Tavis.

- ¿Por qué?

- Quiero darle las gracias personalmente -replica Gil. -No he estado muy correcto con él. Me cogió por sorpresa.

¡Uf! Menos mal. Y yo que pensaba que las cosas se estaban poniendo feas.

- ¿Te parece bien media hora?

- Perfecto -responde Gil. -¿Tienes hambre?

Le ofrezco mi sonrisa más seductora.

- Me estoy muriendo.

Gil sonríe ante el comentario.

- Dame un minuto.

Me prometo a mí misma que le ofreceré toda mi atención durante el resto de la noche.

Gil alcanzó a Tavis mientras éste esperaba que le trajeran el coche. Si había algo que odiaba más que los hombres con pantalones de camuflaje bordados, eran los tipos guapos con pantalones de camuflaje bordados que habían pasado el fin de semana con su novia.

- ¡Eh! -le llamó Gil con un grito. -¡Eh, tú!

Tavis se giró.

- Quiero que te alejes de Sadie lo más posible -gruñó Gil. -Si me entero de que habéis estado respirando el mismo aire me encargaré personalmente de que no vuelvas a respirar.

Para indignación de Gil, Tavis se limitó a echarse a reír.

- ¡Eh, amigo! -dijo Tavis. -Sadie es mi representante. No tendré más remedio que verla.

- No, si yo puedo evitarlo.

Tavis soltó un bufido de incredulidad.

- Si eres tan paranoico sobre lo que hace tu chica, pasa más tiempo con ella.

- ¡Lo que yo haga no es asunto tuyo!

- ¡Oye! -La sonrisa de Tavis había desaparecido. -Has sido tú quien lo has hecho asunto mío. Era el primer fin de semana de Sadie en Los Ángeles. Pensabas dejarla completamente sola. Deberías alegrarte de que yo tomara el relevo. Sólo he tratado de ayudar.

- Bueno, pues abstente -cortó Gil. -No ayudes. Esfúmate.

- No sabes la suerte que tienes, colega -replicó Tavis. Su coche llegó y, después de entregar una propina al empleado, se metió de un salto por la ventanilla en el asiento del conductor. -Ha viajado muchos kilómetros para estar contigo. Lo menos que puedes hacer es prestarle un poco de atención. Si no, otra persona podría encargarse de hacerlo.

- No me amenaces.

- No es una amenaza, es un consejo -replicó Tavis. -No me interesa quitarte la novia. La próxima vez, puede que no tengas tanta suerte.

Arrancó el motor y éste cobró vida entre toses y estallidos.

Gil lanzó al coche una mirada de desaprobación.

- Veo que Sadie y tú tenéis mucho en común.
- Más de lo que te imaginas -repuso Tavis.

Gil sacó su billetera y extrajo un billete de cincuenta dólares.

- Toma. -Lanzó el dinero a Tavis. -Por las molestias.
- No fue ninguna molestia -respondió Tavis con tirantez. -Lo pasamos muy bien. -Agarró el billete y lo tiró a la acera. -Y no necesito tu dinero.

Con eso, Tavis se alejó conduciendo, dejando tras de sí un reguero de humos tóxicos y el resonante sonido de los pistones suplicando aceite.

Gil estaba decidido a no agacharse para recoger el dinero, por lo que giró sobre sus talones y se encaminó de vuelta al hotel dejando a sus espaldas un billete de cincuenta dólares que revoloteaba bajo la brisa y un aparcacoches muy sonriente.

CAPÍTULO 56

Gil regresa a paso marcial a la zona de recepción y su semblante se ve un poco más morado que cuando se marchó.

- ¿Todo bien? -pregunto yo.

- Perfectamente -responde al tiempo que se atusa el pelo, que está de punta, como el del cuello de un gato cuando se encuentra a punto de atacar.

- ¿Seguro?

Asiente con cierta tensión.

- Sólo quería aclarar varios asuntos.

- Tavis es un buen chico -comento yo. -Su novio también es encantador.

Espero la reacción, que parece ser diferente según quien escuche la información, si exceptuamos a las féminas de cierta edad -entre las que me incluyo, -pues todas suelen valorar la situación como un lamentable desperdicio. Un pequeño pero perceptible trago de saliva atraviesa la garganta de Gil.

- ¿Novio?

- Sí. Forman una pareja adorable -añado, por si acaso.

Otro trago de saliva.

- Ayer le acompañé a un trabajo a los estudios Universal, como doble de trasero. Se dio cuenta de lo triste que yo me encontraba. Tú te habías ido de viaje. Daniella y Alexis tampoco estaban. Iba a quedarme completamente sola.

Las mejillas de Gil se tiñen de rojo a causa de la vergüenza.

- Su novio también estaba ocupado, así que me llevó a casa de sus padres, en la costa.

- ¿A casa de sus padres?

- Sí. -Percibo que la noticia incomoda a Gil. -Son muy agradables, también. Me encuentro mucho mejor. -Y también estoy llena como una boa. -¿Qué tal te ha ido con tus negocios?

Gil parece un poco desanimado.

- Todo ha ido bien -responde.

- ¿Lograste solucionar los problemas?

- La próxima vez, te llevaré conmigo.

- No hace falta. En serio.

Gil me mira como diciendo: «Sé que soy despreciable».

- Te lo prometo.

Empezamos a llamar la atención en la zona de recepción y recuerdo la promesa que me he hecho a mí misma poco tiempo atrás.

- Vamos -susurro. -Puedes llevarme a tu habitación y enseñarme la decoración mientras me explicas con todo detalle qué estás haciendo aquí.

- ¡Eh! ¡Gil! -El agudo sonido de una voz femenina atraviesa la estancia.

Giramos la cabeza simultáneamente a tiempo de ver corriendo hacia nosotros a la joven autora

Elise Neils, cuyos rizos y pechos brincan al unísono.

Escucho que Gil suelta un gemido y albergo la esperanza de que ella no lo oiga.

- ¡Hola! -Llega a toda prisa y besa a Gil en la boca. Él consigue quitársela de encima y la mira. Creo que se ha dado cuenta de que no estoy precisamente encantada.

- No sabía que estabas en la ciudad -dice Gil.

- He estado intentando localizarte. -Abre los ojos como platos. -Nunca contestas el buzón de voz.

- Lo siento -masculla Gil. -He estado de viaje. Apagando fuegos. Me alegro de verte.

- Acabo de llegar -suelta de repente. -Me voy a alojar aquí. Mis editores me han traído a rastras para otra Feria del Libro. -Nos ofrece una expresión afligida. Trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo. Como diría Alexis: sí, vale. Definitivamente, Elise no es la clase de persona que se deja llevar a rastras a ningún sitio donde no quiera ir. -Estoy segura de que te dije que iba a volar a Los Ángeles.

Gil se da una palmada en la frente.

- Se me olvidó por completo -admite. -Tengo demasiadas cosas en la cabeza.

- Confío en que yo sea una de ellas. -Sus pestañas podrían golpear a un hombre hasta la muerte.

- *Amante a la fuga* está yendo muy bien. -Ahora que se encuentra en terreno más firme, Gil adquiere mayor seguridad.

- ¿Te alojas en este hotel? -Elise pasea la vista por los opulentos alrededores y se nota que le agradan.

- Sí -responde Gil, pero da la impresión de que contempla la posibilidad de negarlo. -Temporalmente.

Me pregunto cuánto tiempo implicará ese término en el diccionario de Gil.

- Te presento a Sadie. -Gil poco menos que me empuja hacia delante.

Elise frunce las cejas, lo que le otorga aún mayor atractivo.

- ¿No te conozco?

- Nos conocimos en la Feria del Libro de Londres. -Mi voz suena tímida, en concordancia con como me siento.

- Ya me acuerdo. Te hicieron unas fotos conmigo. ¿Has venido también a la feria?

- Eh… -Miro a Gil en busca de una explicación adecuada del motivo por el que me encuentro aquí.

- Eh… -Parece que él tampoco encuentra fácilmente una explicación.

- Ah -dice ella. -No sabía que estuvierais…

Yo tampoco estoy muy segura de que estemos…

- Tenemos que vernos mientras estés en Los Ángeles -sugiere Gil mientras me va alejando de ella.

- Sí, es verdad.

- Haré que te llamen de mi oficina.

Elise arruga su diminuta nariz.

- ¿Tienes algún plan para esta noche?

- Bueno… -empieza Gil, y la forma en la que tose con delicadeza bien podría haber sido un grito con el que anunciara por toda la recepción que pensaba echarle un polvo a su novia.

- Sólo voy a estar unos días. -Elise se muestra muy femenina. -Mi agenda está hasta los topes. Hoy sería genial.

- Bueno… -Gil me mira de reojo. Para el caso, podría haber agitado mis bragas delante de las narices de Elise.

- Estoy segura de que a…

- Sadie -apunto yo.

- A Sadie no le importaría.

Claro que me importa. Muchísimo.

- No, claro que no. En absoluto. -Incluso sonrío de oreja a oreja para reforzar la respuesta.

Gil me mira como si yo acabara de perder la cabeza.

- Entonces, está decidido -dice con tirantez mi novio involuntariamente célibe. -Cenaremos juntos.

- Cambié la hora para las nueve. -De lo que me alegro, porque llevamos aquí de pie media hora.

- ¡Fantástico! -aprueba Elise. -El tiempo justo para arreglarme.

Pienso con malicia que parece recién llegada de la pasarela. Ella examina mi ropa y mi bronceado a rayas y no hace ningún comentario audible.

- A las nueve -concluye Gil, quien me agarra por el codo y me guía hacia la puerta. -¿Por qué demonios accediste? -masculla por lo bajo.

No tengo ni idea. Pero si esto fuera una competición de tenis, estoy segura de que la señorita Autora Sonriente habría ganado el juego, el set y el partido.

CAPÍTULO 57

Nos encontramos a la luz de las velas en una preciosa terraza privada a espaldas de la *suite* de Gil, sentados a una mesa que ahora está dispuesta para tres. La llama de las velas apenas parpadea debido a la apacible noche en la que no hay ni una ligera corriente de brisa. Sin embargo, se producen numerosas corrientes de otro tipo. La autora sonriente no cae en la cuenta de que es la carabina en este trío; al contrario, se las arregla para que la novia no sonriente tenga la sensación de serlo.

Mi cabeza y mis quemaduras palpitan en igual medida. Las risitas de Elise tienen un tono tan agudo que podrían hacer estallar las copas de cristal, además de mi cerebro. No sé exactamente en qué orden. Elise no ha mencionado que parece como si mi nariz hubiera sufrido un desafortunado encontronazo con una barbacoa, pero no le aparta la vista de encima.

Gil me trata con frialdad y trato de averiguar por qué tengo yo la culpa. Siempre he albergado este sentimiento de que soy culpable de todo. Últimamente parecía que me había liberado de él; pero por lo visto no es así. Cuando mis novios me han dejado por otras mujeres, nunca he dudado en encontrar algún motivo en mí misma para semejante traición, en lugar de considerar que eran unos endebles y desleales hijos de puta. Me pregunto si alguna vez tendré a un hombre para mí sola.

Gil dice que se ha mudado a este hotel para alejarse de Gina, pero se ve que hemos conseguido un repuesto en menos que canta un gallo. Elise, al igual que Gina, está acostumbrada a tener a los hombres a sus pies. Yo, no. Lo único que me llega a mí a los pies es mi propia cara. Mis relaciones tienden a ser complicadas, y siempre quiero a mi pareja más que él a mí. Nadie que me importara me ha perseguido nunca frenéticamente, pero no he perdido la esperanza.

Elise domina toda clase de poses y posturas. Sus manos -naturalmente, con manicura impecable- son muy apropiadas para una escritora, y las agita durante la conversación como si de bellas mariposas se trataran. Es una mujer simpática, pero la detesto. Intento entretenerme con visiones de Elise en el futuro, con un enorme trasero a causa de todas las horas que ha tenido que pasar sentada frente al ordenador.

Gil me observa juguetear con mi comida y no es porque yo esté de mal humor -lo cual admito, - sino porque la madre de Tavis decidió que yo pesaba unos veinticinco kilos menos de lo que me corresponde y se emprendió de lleno en corregir tal deficiencia. Tengo en el estómago un depósito de pasta que probablemente tardaré unas dos semanas en digerir.

Nuestro fastidioso trío va por el postre y se dirige rápidamente hacia el café, por lo que me siento eternamente agradecida. Confío en que Elise no se invite a sí misma a pasar la noche. Mi novio y mi nueva enemiga mantienen una sesuda conversación sobre cine, tras haber agotado una sesuda conversación sobre literatura.

Yo no sé nada de literatura. No he leído a Joyce, Tolstoi o Dostoevski. Por lo que veo, en este momento me encuentro en minoría. A ambos les gusta Trollope. En cuanto intervine con un «a mí también», caí en la cuenta de que se referían a Anthony; y yo, a Joanna. No es que haya yo

abandonado deliberadamente mi progreso educacional en lo que a lenguaje se refiere; lo que ocurre es que estoy demasiado ocupada. Cuando regreso a casa de otro empleo de mala muerte estoy demasiado cansada como para pensar en actividades que fomenten el conocimiento. Mi frontera está en Brookside. Eso no significa que yo sea una mala persona. Sólo significa que mi conocimiento de literatura se limita a los libros que no te importa manchar de aceite solar, y a aquellos de los que se pueden comprar tres volúmenes por una libra.

Cuando en el instituto estudiábamos libros importantes, a mí no me interesaban lo más mínimo. Me daba igual si era un puñal lo que veía frente a mí, etcétera. Me importaba un bledo quién vagaba solitario como una nube. Prefería la asignatura de Economía Doméstica, porque podía comerme la fruta de los postres que cocinaba (casi siempre); y Educación Física, porque me enrollaba la falda hasta dejarla lo más corta posible para intentar ligarme a Ian Phillips. Ahora me doy cuenta de que malgasté un montón de tiempo valioso, aunque lo de la falda con Ian Phillips funcionó. Cuando me jubile, estaré más o menos preparada para sumergirme en los clásicos.

Cuando pasamos a la conversación sobre el cine, pensé que me encontraría en terreno más seguro. Pero no. A pesar de que Gil va a producir una comedia romántica y la señorita Bragas Literarias escribe esa clase de libros, ambos prefieren las películas de arte y ensayo. No sé muy bien en qué consiste una película de arte y ensayo, pero seguro que Bruce Willis no ha protagonizado ninguna. ¿A mí? A mí me gusta cualquier cosa que incluya a Hugh Grant. Y mucho más si se quita la ropa.

Soy una espectadora ignorante de un mundo del que nunca formaré parte. No necesito hacer esta afirmación en voz alta. Ambos han dejado de hablarme y están enfrascados en recíprocos «¡ah!» y «¡vaya!», mientras yo sigo aquí sentada tratando de no quedarme dormida. Siento ganas de llorar de aburrimiento y contemplo la posibilidad de emborracharme como una cuba sólo para molestar a Gil. El cielo nos contempla desde lo alto, una vez que ha arruinado mi cita. No me imagino a Gina soportando una situación como ésta, y me pregunto si ése es el motivo por el que le abandonó, en primer lugar.

Echo de menos a Tavis. Incluso cuando estamos en silencio, nos lo pasamos bien. No tiene músculos intelectuales que necesite flexionar. No alardea de sus conocimientos sobre nada en particular: ingredientes para pizza, el mejor sitio para aparcar en la playa, la cerveza de sabor más intenso, las letras de las canciones de Madonna… Cosas corrientes.

Puedo sacar temas importantes con Tavis sin sentirme como una idiota. Por ejemplo, puedo preguntarle por qué la primera película de *La guerra de las galaxias* no era el primer episodio; por qué la primera es ahora el tercer episodio…, ¿o quizá el cuarto? Además, si George Lucas supo desde el primer momento que iba a haber tantas películas de la serie, ¿cómo es que no empezó por el principio de la historia y siguió desde ahí? De haber sido así, se habría dado cuenta de que Jar Jar Binks es un personaje que no vale un pimiento. No entiendo cómo el enclenque Anakin Skywalker puede convertirse en el villano Darth Vader en el espacio de una película. Eso es lo que la gente normal comenta sobre cine. No les importa quién es el director de la cinta, o si la fotografía es buena, o si encierra un mensaje o no. *La jungla de cristal* tiene un

mensaje significativo: no te quedes atrapado en un edificio de oficinas con un puñado de terroristas chiflados a menos que tengas a mano un hombre con una camiseta hecha jirones. El público en general quiere acción, y persecuciones en coche, y pasarlo en grande. ¿Cómo es posible que Gil y Autora Sonriente no lo sepan?

Cuando Elise suelta otra risa nerviosa me pregunto hasta cuándo seré capaz de tolerar esta situación. La respuesta es: poco tiempo. Capto la mirada de Gil. Incluso a la luz de las velas, la noto inexpresiva. Donde debiera encontrarse la pupila hay un punto muerto, y sé que no se lo está pasando tan bien como parece. Detrás de ese barniz de cultura late el corazón de un hombre a quien también le importan los Ewoks. Le sonrío y ambos nos animamos de nuevo. Me aprieta la rodilla por debajo de la mesa. Elise está exponiendo las virtudes de una maldita película francesa de la que nunca he oído hablar y retiro la mirada para que no me vea sonreír.

Al hacerlo, diviso a una figura que cruza el exuberante jardín de la piscina, que resulta ser mi exuberante amiga Daniella. Estoy a punto de llamarla con un grito, pero algo en su actitud me lo impide. Se comporta de forma furtiva, y yo sé mucho sobre esa clase de comportamiento. Lleva el bolso pegado al pecho y mueve los ojos de derecha a izquierda. Debido a las sombras y a la tenue luz de las velas, no me ve. Sin embargo, yo la veo a ella y me pregunto qué diablos está haciendo aquí. Sea lo que sea, no tiene nada que ver con un congreso de guionistas.

CAPÍTULO 58

- Pensé que nunca se iría -le comento a Gil.

El suspira, se deja caer en la cama y se pasa las manos por la cara.

- Yo también -coincide. Entonces, me mira y mueve las cejas con un gesto pícaro. -Al fin solos.

- Me siento como la princesa Diana -comento. -¿No dijo algo acerca de que tres son multitud?

Pienso otra vez en Daniella y estoy deseando verla para enterarme de por qué me dijo que se iba a un congreso de guionistas cuando obviamente ha estado embarcada en alguna misión secreta. Percibo en el ambiente el aroma del Excéntrico Magnate Cinematográfico.

- Ven aquí -dice Gil, y acudo a sentarme a su lado. Me rodea con sus brazos. -Lamento mucho todo esto.

Su semblante intenta abarcar la semana pasada, la *suite* del hotel, la ex esposa, el viaje a San Francisco y la autora sonriente. Y casi funciona… hasta que me aprieta con fuerza.

- ¡Ah! ¡Ay!

- ¿Qué? ¿Qué pasa?

- Quemaduras de sol. -Es como si me hubieran frotado con un rallador de queso o me hubieran acariciado con una plancha de vapor Morphy Richards. Creo que mis quemaduras son del grado más severo. ¿Tercer grado? ¿Primer grado? Nunca me acuerdo. -Me abrasé viva en el patio de los padres de Tavis.

- ¿Tan malo ha sido?

- Un martirio.

Me levanto el top y dejo mi diafragma al descubierto.

- Asado al punto -afirma Gil. Yo asiento.

De mala gana, me baja la camiseta.

- Salgamos a la terraza a tomar una copa -sugiere el hombre que podría ser el amor de mi vida si no la estuviéramos fastidiando de esta manera.

Asiento otra vez. El champán es tan buen analgésico como cualquier otro.

Tomamos asiento en la terraza, juntamos nuestras butacas y miramos hacia el cielo. Gil sirve dos copas de líquido espumoso y damos sorbitos en un silencio que puede ser contemplativo, o no. No sé si el ambiente es propicio, a pesar de todo lo que ha pasado. Aún no conozco a Gil lo suficiente.

- Pensé que había algo entre Tavis y tú -se sincera Gil.

- Es gay.

- Ya lo sé. -Gil clava la mirada donde estarían las estrellas si no tuvieran tanta competencia por parte de las parpadeantes luces artificiales de Los Ángeles. -Aunque no lo aparenta.

No sé si el comentario es políticamente correcto, pero Gil no va descaminado.

- Parece una estrella de cine -prosigue, y en su tono se adivina un cierto matiz de envidia. Me acurruco más cerca de Gil.

- No hablemos de Tavis -interrumpo yo. Ya hay demasiada gente en esta relación; no quiero

que Tavis se una al grupo. Ahora, no.

Gil me acaricia la cabeza. Da la impresión de que va a decirme que me ama, pero permanece en silencio. Sus labios encuentran los míos. Primero, un ligero roce de tanteo; después, la intensidad va en aumento.

- ¡Aaaaay!

- ¿Qué?

- Mi nariz. Mi maldita nariz. ¡Ay, ay, ay!

El rastrojo de barba de Gil me ha arrancado la piel achicharrada. Me agarro el apéndice nasal y creo que podría estar sangrando. ¡Mierda! Sólo me queda una cosa por hacer. Meto la nariz en mi vaso helado de Dom Perignon y suelto un gemido de alivio.

Gil suspira y cae hacia atrás sobre el respaldo de su asiento. Tengo la impresión de que el momento se ha truncado. Me entrega una servilleta sin apartar la vista del cielo, por lo que me siento agradecida.

Se me ocurre que las quemaduras de sol van a ser un anticonceptivo tan eficaz como Gina Dispositivo Intrauterino.

CAPÍTULO 59

- Tienes el aspecto de haber pasado una noche salvaje -dijo Steve, señalando con la barbilla los ojos de Gil.

- No -respondió éste. -Me ha pasado la noche tratando de no tocar las quemaduras solares de Sadie.

El tenedor que empuñaba Steve se detuvo a medio camino de su boca.

- ¿Es ésa una expresión en clave?

- Sí -convino Gil. -Para las quemaduras solares.

- Ah.

Gil y Sadie se las habían arreglado para compartir la misma cama, pero en realidad eso fue lo más lejos que llegaron. Cada vez que él se acercaba, Sadie gimoteaba, sollozaba y aullaba.

- Me gustan estos desayunos nutritivos de Hollywood, ¿y a ti? -comentó Steve en mitad de sus cavilaciones. Estaba atacando un gigantesco plato de huevos revueltos y tortitas de patata con un sentimiento que se aproximaba al éxtasis.

- Sí -aprobó Gil. -Son estupendos. -Y miró sus fresas con cereales y frutos secos sin entusiasmo alguno.

Se encontraban en Nate amp; Al’s, un establecimiento de origen judío que la gente del cine frecuentaba desde su inauguración cincuenta años atrás. Un lugar con tan poco glamour que resultaba glamuroso, si bien los días en los que podía verse a Doris Day desayunando allí en bata quedaban muy lejanos.

- Son las únicas ocasiones en las que no acabo embadurnado de la cabeza a los pies -indicó Steve al tiempo que admiraba su polo libre de manchas. -Mis chicos podrían convertirse en campeones de lanzamiento de cereales.

Gil no quería desayunar con Steve. Quería desayunar con Sadie. Preferiblemente, después de despertarse a su lado en la cama. Preferiblemente, después de despertarse a su lado en la cama después de una noche de sexo salvaje y recíprocamente satisfactorio. Exhaló un suspiro sobre su zumo de naranja recién exprimido.

- Entonces, la cosa no tiene buena cara…

- No. -Gil siguió suspirando a causa de la tendencia británica a subestimar cualquier situación.

- ¿Aún te escondes detrás de la chiflada estilista de caniches?

- ¿Gina?

- ¿Hay acaso otra?

- No -respondió Gil. -Creo que no. Me he ido de la casa.

Steve enarcó una ceja inquisitiva.

- ¿Adónde?

- Al Beverly Hills Hotel.

El tenedor de Steve se para en seco.

- Es una forma más bien cara de darse a entender.

- Era la única forma.
- Supongo que un apartamento de alquiler en Santa Mónica con dos habitaciones no es tu estilo.
- Se trata de una medida de emergencia -le aseguró Gil.
- Me suena un poco excéntrico. ¿Qué dice Gina?
- Nada -respondió Gil, admirado. -No he tenido noticias de ella. -Se rió para sus adentros. -Lo extraño es que, de alguna manera, la echo de menos.
- Pues sí, es bastante extraño -apostilló Steve.
- Pero no es ése el problema -cortó Gil con impaciencia. -Son muchas cosas. Ya me he divorciado dos veces.
- No exactamente dos -puntualizó Steve. -Y eso es una minucia en esta ciudad. Podrás empezar a preocuparte cuando alcances cantidades de dos dígitos.
- Quería que esta vez todo saliera bien. Y todo está saliendo mal.
- ¿Estás saboteando esta relación deliberadamente?
- ¡Y una mierda! -Gil disparó la cabeza hacia arriba. -¿Por qué dices eso?

Steve se encogió de hombros.

- Quién sabe. Puede que yo lleve demasiado tiempo en el sur de California.
- Mientras me fui de viaje este fin de semana, Sadie estuvo por ahí con un actor joven y guapo -se quejó Gil. -Odio a los actores.
- Te sientes marginado y furioso.
- ¿Has estado viendo *Oprah*?
- Colega, los norteamericanos os agobiáis demasiado con estas cosas. En Inglaterra conoces a una chica, echas un polvo, te casas y tienes un par de niños. Más tarde, te encargas de los detalles y, para entonces, los hijos te han consumido y estás demasiado agotado para pensar en el divorcio.
- Haces que suene muy fácil -repuso Gil con sarcasmo.
- Es lo mismo que «comieron perdices» pero sin el brillo de Hollywood.
- Sadie quiere compromiso y considera que eso implica tener hijos… Uno de las acontecimientos más pavorosos que pueden existir.
- Los hijos son geniales.
- ¿Por qué?
- Porque lo son. -Steve extendió las manos. -Es como ver una versión en miniatura de ti mismo; antes de que las ventanas de la nariz se te llenen de pelos, claro está.
- No quiero ver una versión en miniatura de mí mismo.
- Son divertidos.

Gil miró a su amigo con incredulidad. -Saben manipular la gelatina de forma inenarrable. Y puedes enseñarles cosas.

- Si quisiera ser profesor, buscaría empleo en UCLA.
- Te admiran. Te respetan.
- ¿Los niños?

Steve se encogió de hombros.

- Bueno, tal vez he exagerado un poco.
- ¿Y en la parte negativa?
- No te dejan que los pintes, al contrario de los caniches.
- Mis padres estaban divorciados -indicó Gil. -Lo he vivido desde el otro lado. No sería capaz de hacerle eso a nadie. Tengo que estar convencido. -Apoyó la cabeza en las manos. -Me da miedo dar el paso y luego arrepentirme.

Steve le miró compasivamente. O tan compasivamente como le es posible a alguien con restos de huevo revuelto en los labios.

- ¿Y si Sadie engorda? ¿Y si cae enferma? ¿Y si pierde su belleza?
- Para eso firmas un contrato.
- No estoy seguro de poder cumplirlo.
- Gina es alcohólica y drogadicta, además de un coñazo de mujer; sin embargo, la soportas.

Gil lamentó que su amigo viera tantos programas televisivos de autoayuda. Se mantuvo en silencio.

- Se convirtió para ti en una costumbre -prosiguió Steve.
- Y hasta ahora no has conseguido romper el matrimonio.
- Entonces, ¿por qué habría de querer responsabilizarme del corazón de otra persona?
- Sadie es harina de otro costal. Lo que pasa es que los numerosos divorcios de tus padres te traumatizaron -aseveró Steve. -No tiene por qué seguirte pasando a ti. Puede que se detenga.
- ¿Cómo?
- Si dejas de casarte con mujeres que estén locas.
- Podría ser una enfermedad congénita.
- Podrían ingresarte en una clínica por eso.
- Muy gracioso -ironizó Gil. -Me encanta tu sentido del humor británico. -Se acabó el café de un trago. -Mi padre se casó con una sarta de mujeres locas, cada una más trastornada que la anterior. La mayoría de los maridos de mi madre no tenían la edad suficiente para poder comprarse el alcohol que consumían. Yo podría haberlo heredado.
- Tus padres eran actores, por eso odias a toda la profesión, incluyendo a ese tipo guapo y joven. Todos son raros. Si te pasaras tu jornada laboral actuando con Cameron Díaz y encima te pagaran, tú también serías raro.
- El hecho de que exista una explicación irracional para todo esto no significa que el problema vaya a desaparecer.
- Tienes demasiada historia a tus espaldas -afirmó Steve. -Tienes que olvidarla. Seguir adelante.
- No sé cómo hacerlo.
- Lleva a Sadie a la ceremonia de entrega de los Oscar.
- ¿A eso le llamas «seguir adelante»? Te pasas cuatro horas de aburrimiento atrapado en un asiento y no puedes ni ir al lavabo. ¿Cómo va eso a sacar adelante mi relación?
- Opinas de esa manera porque has asistido un millón de veces. A Sadie le encantará. No todos los días se consigue una invitación a los Oscar. Se volverá loca.

Gil no parecía convencido.

- Confía en mí. Soy un hombre casado, con mucha experiencia con las mujeres.
- Pensaba que ambas circunstancias eran contradictorias.
- Tienes que comprarle un vestido deslumbrante.
- ¿Un vestido deslumbrante? Sadie no es tan superficial. Odia que le compre cosas.
- Es una mujer.
- Sí, pero es diferente. Un vestido no cambiará las cosas.
- Lo hará -insistió su amigo. -Todas pierden la cabeza. A las mujeres les encanta esa clase de sorpresas.
- ¿Sorpresa? ¿Cómo coño voy a comprarle un vestido sin que lo sepa? Es demasiado arriesgado. ¿Y si me confundo de talla? Si es demasiado grande, será porquero pienso que está gorda. Si es demasiado pequeño, ella pensará que está gorda. No, no; ni hablar. No puedo hacer eso.
- Es sencillo, colega. Roba varias prendas de su armario y asegúrate que las que coges le quedan bien.
- No vive conmigo. -Gil empezaba a detectar fallos en el plan. -¿Cómo consigo acceso a armario?

Steve descartó las objeciones de Gil con un gesto de la mano.

- Eres un productor de Hollywood; uno de buenos. Tu trabajo consiste en encontrar soluciones. Ya se te ocurrirá algo.
- Me alegro de que deposites tanta confianza en mí.
- Después, lo único que tienes que hacer es llevar la prenda robada a una tienda; una *boutique* buena. Eliges otro vestido, que sea elegante. Encuentra a una dependienta de la talla de Sadie y haz que la mencionada dependienta se pruebe el traje elegante. Lo compras y te lo envuelven para regalo. Gil frunció el ceño. -No puede ser tan sencillo. -Te amará para siempre -aseguró Steve. -Y «para siempre» puede ser algo muy bueno.
- Esto es Hollywood -le recordó Gil. -«Para siempre» dura unos cinco minutos.

CAPÍTULO 60

¡Esto sí que es Los Ángeles en estado puro! Es la hora del almuerzo y asisto a una clase de Pilates con Daniella, porque mi amiga teme que me apoltroné después de una semana entera sin acudir gimnasio. El hecho de que yo haya caminado más distancia de la que ella recorre a pie en un año entero no parece que tenga nada que ver. Andar sólo cuenta si se hace en un aparato, no en las aceras de toda la vida. He venido hasta aquí conduciendo a Dolores para hacer media hora de ejercicio. Me abstengo de señalar que podría haber pasado mi tiempo para el almuerzo caminando por Larchmont puesto que no estaría bien visto.

Aparte de esta cuestión, este sitio es fabuloso Daniella va a pagar por las dos, lo que significa que no tengo ni idea de cuánto cuesta y que ella considera que el precio supera mis exiguas posibilidades. La decoración es tenue y glamurosa a la vez, con extensas paredes blancas, accesorios de iluminación cromados y entrenadores personales enfundados en lycra. El ambiente invita a la relajación. En la zona de recepción cuelgan fotografías firmadas enmarcadas de grandes estrellas, y me cuesta creer que yo vaya a hacer ejercicio en el mismo lugar que Samuel L. Jackson. Ni que decir tiene que, por el momento, el señor Jackson no se encuentra a la vista.

Da la impresión de que los aparatos han sido traídos directamente de una cámara de tortura medieval. Daniella está tumbada en el Reformador -sí, así se llama, en serio, -un banco bajo y alargado al que parecen haberla sujetado con grilletes. Mi amiga está siendo «reformada» por Kerry-Emma, quien a pesar de vestir unas mallas de una pieza con estampado de piel de leopardo al estilo del Elvis Presley tardío se las arregla para lucir un aspecto fantástico. También desaparece cuando se coloca de lado. Si esto es lo que el sistema Pilates hace por ti, ¡adelante! Kerry-Emma coloca las piernas de Daniella detrás de su cabeza y tira de una serie de correas y poleas. Daniella gime. Ese aparato no tiene muy buena pinta, la verdad.

Yo estoy junto a ella, en el Cadillac. El nombre es engañoso, pues sugiere un cierto grado de confort. El Cadillac consiste en un gran marco de metal, como una cama con dosel sin cortinas ni colchón, pero con algo que parecen ser manillas. Mónica -una diminuta china con una gigantesca vena de crueldad- me cuelga, tira de mí y me descuartiza. Del interior de mi cuerpo surgen sonidos metálicos desde lugares que, según me parece, no deberían producir sonidos metálicos. Mi piel quemada por el sol intenta arrancarse por sí misma y ni siquiera la imagen de Tavis aplicándome loción de calamina es suficiente para aplacarme los deseos de gritar. Sea cual sea la cantidad que vamos a pagar por esto, va a resultar excesiva.

Si la Inquisición española hubiera inventado estas máquinas, no habría durado ni la mitad de tiempo; después de diez minutos, estoy dispuesta a confesar lo que sea. Confío en que Daniella sienta lo mismo que yo.

- ¿Qué tal el congreso? -le pregunto, tragando mi dolor en silencio mientras Mónica me levanta las piernas y las descoyunta.

- Muy bien.

Puedo decir que Daniella rechina los dientes a causa de la agonía.

- ¿Mereció la pena? -pregunto al tiempo que ahogo un grito.
- Creo que sí.
- ¿Dónde se celebró?

Voy a desmayarme de un momento a otro.

- En un hotel bastante malo, fuera de Los Ángeles -responde Daniella, jadeando efusivamente.
- ¿No en el Beverly Hills, entonces?

Se escucha una profunda inspiración. Daniella se gira hacia mí y algo en su cuello emite un sonido metálico. Creo que está a punto de fracturarse.

- ¿Qué hacías tú allí?
- Puede que no tanto como tú -me las arreglo para contestar.

Daniella deja escapar un apenado gruñido.

- ¿El Excéntrico Magnate?
- ¿Quién, si no? -responde ella con triste.
- ¿Sigues pensando que merece la pena?
- No lo sé -confiesa Daniella. -Ya no soy capaz de pensar a derechas.

Conozco bien esa sensación. Kerry-Emma y Mónica continúan descuartizándonos extremidad por extremidad sin importarles si cuentan o no con nuestro beneplácito.

No es buen momento para comunicarle a Daniella que Gil por fin ha abandonado a Gina. Sería como arrojar sal a una herida abierta. Podría contarle que he pasado el fin de semana con Tavis pero, no sé por qué, tampoco me animo a hacerlo. Ya se encargará Alexis de irse de la lengua a ese respecto. He pasado la mayor parte de la mañana mirando por la ventana de mi despacho en Toma Doble, intentando no pensar en Gil ni en Tavis.

- ¿Por qué las mujeres deseamos a hombres que no están disponibles? -resopla Daniella.
- A lo mejor porque los que están disponibles tienen una razón para estarlo. ¡Ay!
- Es verdad -coincide mi amiga.
- Menudo par de idiotas estamos hechas -comento yo.

Ahora el dolor es atroz.

Kerry-Emma y Mónica intercambian una mirada que expresa que, efectivamente, nos consideran un par de idiotas; pero por otra parte deben de escuchar esta misma conversación una docena de veces al día. Se me ocurren varias personas a las que me gustaría colocar en estos potros de tortura y luego interrogarlas.

- Tenemos que hacer algo -propone Daniella con decisión.
- Es verdad -coincido yo. -¿El qué?
- No tengo ni idea.

Ambas gemimos al unísono y no precisamente de placer. Estoy segura de que todos estos estiramientos me están aumentando el estómago. Me estoy muriendo de hambre y no veo el momento de regresar a la oficina y comerme mi sándwich. Tengo una tarde muy ocupada, con un montón de culos por registrar.

Suena el móvil de Daniella. No sé cómo se las arregla, pero lo localiza en alguna parte de sus

pantalones cortos y responde. Se pone pálida como el papel. A pesar de los esfuerzos de Kerry-Emma para inducir el rubor de su cutis, de súbito la sangre desaparece del rostro.

- Sí -dice con tirantez. Y no articula ni una palabra más antes de colgar.

Hacemos varias acrobacias forzosas antes de que se decida a hablar.

- Era la esposa del Magnate -informa. -Quiere conocerme.

Los ojos se me abren como platos, pero en parte porque las rodillas me están tocando las orejas y no tenía ni idea de que era capaz de semejante proeza.

- ¿Y has aceptado? -pregunto cuando por fin logro recobrar la respiración.

- Sí -responde Daniella. -¿Crees que he hecho bien?

Intento encogerme de hombros, pero Moni me está sujetando los brazos.

- Probablemente, no.

- Necesito afrontar esta situación.

Suena muy convencida.

Yo odio enfrentarme a las situaciones; considero que lo mejor es evitarlas. No me gusta la idea de que Daniella se enfrente a su situación, porque me hace pensar que yo debería enfrentarme a la mía. Y no sé qué parte de mi situación necesita más enfrentamiento.

Justo en ese momento, Mónica hace algo abominable con una de las poleas. Todas mis vértebras se colocan en fila india de un salto. A mi cerebro ascienden a toda prisa quince litros de sangre. Me levanto totalmente mareada y aturdida, como si estuviera flotando a treinta centímetros del suelo. Es una sensación fabulosa. Si pudiera hacer Pilates todos los días, no tendría que preocuparme por los hombres nunca más.

CAPÍTULO 61

Gil se incautó de un vestido de Sadie por medio de los servicios de un versado agente secreto en miniatura; pero no sin coacción previa. Alexis -su joven aunque eficaz cómplice de delito- había dirigido una dura negociación. El precio acabó siendo una Barbie Estilista Canina. Mientras Gil pagaba a la dependienta, examinó cuidadosamente el sonriente rostro de la muñeca. Venía ésta con su propio caniche lanudo, más una cabina de trabajo y una bandeja llena de artilugios para realizar manicuras a los perros. Guardaba un extraño parecido con Gina -con la excepción de que Barbie Estilista Canina no llevaba una botella de vodka escondida en el neceser. -Metió la muñeca en la bolsa junto con el vestido robado a Sadie y se dirigió a Rodeo Drive con la intención de ir de compras, esta vez a lo grande.

Gil no sabía nada sobre los gustos de las mujeres en cuanto a ropa, lo que suponía una confesión terrible tras haber tenido dos esposas. Tal vez era en eso en lo que había fallado. Steve parecía opinar que el camino para llegar al corazón de una mujer consistía en una serie de vestidos entregados en momentos bien calculados. En cuanto a los asuntos del corazón, Gil era de la opinión de que las cosas eran mucho más complicadas. Había llamado a una de las pocas amigas sensatas de Gina para pedirle consejo, y ella le recomendó una *boutique* exclusiva dirigida por un diseñador californiano de última moda y semi-oculta entre los emporios de Chanel y Prada, ambos de corte menos radical. Era la clase de tienda en la que uno paga el doble por la mitad de tejido; sin duda, el local ideal donde adquirir un vestido para deslumbrar.

Gil localizó la *boutique* y entró con ademán furtivo. En el interior se encontró con un rutilante despliegue de mercancía de semejantes proporciones que casi perdió la respiración… y el coraje. Los hombres lo tenían fácil. Uno no podía confundirse a base de pantalones y camisas. Por lo general, las camisas venían en una reducida selección de estilos no excesivamente complicados para el cerebro masculino medio: manga larga, manga corta, de vestir, de sport… Algunas llevaban dibujo, pero la mayoría eran lisas. Los pantalones tampoco resultaban problemáticos en exceso: negros, azules, marrones o tal vez, si uno se sentía temerario, beis. No se trataba de prendas sin espalda o sin mangas, de campana, de pitillo, de estilo cíngaro, femeninas, sofisticadas, sugerentes, de santa o de prostituta. Ni se ofrecían en una pavorosa gama de colores que haría deprimirse a cualquier arco iris con un mínimo de dignidad. Gil contempló las perchas atestadas y notó que una jaqueca se avecinaba. Aquello era un campo de minas en toda regla.

- ¿Puedo ayudarle, señor? -preguntó una hermosa dependienta rubia.

- Eso espero, sinceramente -contestó Gil al tiempo que mostraba la bolsa que acarreaba. Nunca en su vida se había sentido tan necesitado de ayuda.

Una hora y varios atuendos más tarde, Chloë -la dependienta rubia- salió del probador enfundada en un traje largo de color blanco que literalmente le cortó a Gil la respiración.

- ¡Caray! -exclamó, falto de aliento.

Chloë dio una vuelta sobre sí misma.

- ¿Le gusta?

Gil percibió un matiz de alivio en la voz de la joven.

- Me encanta.

El vestido estaba cubierto de cristales diminutos que al atrapar la luz brillaban con múltiples colores. Un vestido que haría girar la cabeza a todo el mundo; un vestido perfecto para la noche de los Oscar, que haría sentirse a Sadie como un millón de dólares. Gil tenía la sensación de que iba a costarle una buena parte del mencionado millón, pero ella se lo merecía.

Le gustaría poder decir que él lo había elegido, pero el trabajo duro había corrido de cuenta de Chloë, quien sin duda había triunfado.

- Si le regalaran este vestido, ¿le haría ilusión? -preguntó Gil con voz indecisa a la dependienta.

- ¿Está usted de broma?

Gil nunca sabía cómo iba a reaccionar Sadie, pero eso formaba parte de su encanto.

- Es maravilloso -le aseguró Chloë mientras Gil permanecía sentado, mordiéndose las uñas. -La mujer que vaya a recibirlo como regalo tiene mucha, mucha suerte.

- ¿Le quedará así de bien?

Chloë dio otro giro sobre sí misma.

- Seguro que sí.

- Me lo llevo -se decidió Gil.

Antes de que pudiera cambiar de opinión, salió corriendo hacia la caja para pagar la prenda.

Cinco minutos más tarde, Chloë estaba de vuelta enfundada en su propia ropa y traía una enorme bolsa blanca con una caja envuelta para regalo que contenía el centelleante traje de color blanco. Tanto Gil como su tarjeta de crédito se encontraban al borde de un ataque de nervios.

- Que lo disfruten -le deseó Chloë al tiempo que le entregaba la bolsa.

- Gracias.

Gil apretó su adquisición contra el pecho. Si el dinero tuviera relación directa con el grado de felicidad, aquel vestido haría que Sadie se volviera loca de alegría. Ojalá estuviera Gil seguro de haber actuado correctamente.

- Gracias por su ayuda.

Entregó una generosa propina a Chloë y se dirigió a toda prisa hacia la salida. Necesitaba un café solo bien cargado, una buena dosis de cafeína que le reanimara.

Se despidió con un gesto por última vez y abrió la puerta. En ese momento se topó con Gina. No supo a ciencia cierta cuál de los dos se sorprendió en mayor medida.

Su mujer se recuperó primero.

- ¡Eh! -dijo.

- Hola -replicó Gil, dándose cuenta del matiz de cautela en su tono.

- ¿No me das un beso? -preguntó Gina haciendo un mohín con los labios.

Si había algo que decir a favor de Gina era que nunca guardaba rencor.

Obediente, Gil le besó ambas mejillas. Ella clavó la mirada en la bolsa blanca.

- Espero que no sea para ti -indicó.

- No. -Gil se notaba falto de naturalidad. -Es para Sadie.

Le pareció apreciar una fugaz sombra en el semblante de Gina, pero su amplia sonrisa seguía en su sitio.

- ¿Noche de los Oscar? -Gina ladeó la cabeza.

- Sí.

- Le encantará -aseguró Gina. -Quizá Noah y yo vayamos también.

- ¿Qué tal van las cosas entre Noah y tú?

Gina se ahuecó su rubia melena.

- Bueno, ya sabes. -Elevó los ojos al cielo. -La vida junto a una estrella del rock nunca es fácil.

Gil opinaba que la vida nunca era fácil junto a nadie; la diferencia residía en que se trataba de dificultades diferentes. Algunas personas eran demasiado pobres y otras, demasiado ricas; algunas personas eran demasiado fieles y otras, demasiado dependientes. La pareja perfecta debía de ser alguien con quien uno pudiera superar la mayoría de los roces, si es que tenía suerte.

- Ven a tomar un café -soltó Gil con un impulso. -Iba a cruzar la calle para tomar uno.

- De acuerdo. -Gina le agarró del brazo y esbozó una amplia sonrisa. -Puedes invitarme a almorzar, aunque sea tarde. Yo tuve que saltármelo. Como dirías tú, tenía que hacer un perro.

Se echó a reír y tiró de Gil en dirección a la calle.

Él se acordó con una punzada de culpabilidad de la Barbie Estilista Canina que llevaba en la otra bolsa y esperó que Gina no reparase en ella. Cuando su ex mujer se encontraba de aquella manera -sobria, amable y sin jugar a la mujer fatal- Gil se preguntaba si su matrimonio podría haber funcionado. Mientras esperaban en el semáforo miró a Gina de reojo. Habían dejado atrás una historia demasiado larga, con demasiada tristeza y demasiada inestabilidad. Gina podía comportarse así durante una semana, un día, una hora o un minuto: breves respiros de calma antes de las inevitables tormentas. Al final, resultaba demasiado agotador.

No había llamado a Sadie aquel día, lo que era un torpe error por su parte. En cuanto se despidiera de Gina, iría a verla. Podía acercarse a casa de Daniella a entregar los honorarios de Alexis y devolver la ropa de Sadie al armario antes de que ella pudiera echarla en falta.

Entraron en el restaurante más cercano y la encargada les condujo a un reservado. A medida que pasaban junto a otros comensales, los hombres giraban la cabeza para observar a Gina y admirar sus acompasados movimientos, propios de una modelo de pasarela. Se sentó enfrente de Gil y se colocó el pelo por detrás de las orejas mientras sonreía con timidez. Varios hombres de las inmediaciones habían dejado de comer. Pero Gil no sintió cosquilleo alguno en su corazón, ni en ninguna otra parte de su cuerpo. En ese instante se dio cuenta de que para él había terminado. Estaba dispuesto a seguir adelante.

CAPÍTULO 62

Los abdominales de Tavis son tan lucrativos como su trasero. Los he contratado para el rodaje de una película de artes marciales al estilo *Matrix* que carece del presupuesto necesario para contar con la presencia de Keanu Reeves. El protagonista, de mediana edad, está un poco rollizo por la cintura, justo al contrario que Tavis.

Mi amigo se encuentra de camino para enterarse de los detalles, y Bay y Min apenas consiguen contener su entusiasmo. Odio admitirlo, pero yo también estoy teniendo problemas para controlar el mío.

Me encanta trabajar en esta oficina; siento como si llevara aquí toda la vida. Ya formo parte del entorno en el mismo grado que la aspidistra en estado terminal.

Gil no me ha llamado en todo el día; pero no me sorprende, ya que en la actualidad no estamos viviendo uno de nuestros momentos más dulces. Aún sigo enfadada porque la autora sonriente se adosara a nuestra cena íntima y nos arruinara la velada, y él tiene que estar enfadado por el asunto de las quemaduras de sol. Ambas circunstancias parecen insignificantes a la fría luz del día, pero a las tres de la madrugada yo estaba cabreada a más no poder. Debo alegar en mi descargo que nada podía hacerse con respecto a las quemaduras, pero Gil debería haber encontrado una forma de librarse de Elise Neils.

Mientras reflexiono sobre los avatares de mi vida amorosa, aparece Tavis y mis colegas se deshacen en risas nerviosas y ademanes femeninos.

- Hola -dice, y me besa en la mejilla. A Bay y Min les da un soponcio y yo les ofrezco una sonrisa de superioridad.

Le entrego el papel con la información sobre el trabajo y él lo examina rápidamente.

- Es genial -exclama.

No es genial, pero es un trabajo. Ojalá pudiera yo hacer algo para convertir a Tavis en una estrella, pero ya tengo bastantes problemas intentando que mis sueños se hagan realidad, así que por ahora no puedo encargarme de los de otras personas.

- Caramba -observa Tavis mientras señala mi nariz. -Apenas se nota la quemadura.

- Te agradezco el comentario.

- ¿Qué dijo Gil?

- Nada muy halagador. -Me he pasado la tarde cambiando impresiones sobre mi estado célibe con mis compañeras, quienes coinciden conmigo en que es una absoluta lástima. La próxima vez, utilizaré un factor de protección muy superior.

- ¿Fue bien la cena?

- Podías haberte quedado con nosotros -replico yo. -Tuvimos compañía.

- Ah. -Da la impresión de que Tavis no sabe qué decir. -¿Vas a ver a Gil esta noche?

- No -respondo. -Que yo sepa, no.

- Ven a mi clase de arte dramático -sugiere. -Joe estará allí, y no para de decirme que quiere verte otra vez.

- ¿A qué hora?
- Ahora -contesta mientras mira a Bay con ojos esperanzados.

Ella asiente con gentileza. Bueno, podría hablarse de gentileza si no estuviera jadeando con la lengua fuera.

- Es en Burbank. Tenemos que marcharnos ya para no pillar tráfico.
- Iré a por mi abrigo -replico, lo que suena a chiste, porque no me he puesto un abrigo desde que llegué a Los Ángeles.

Esta parte de Burbank no parece demasiado salubre y me alegro de no estar aquí sola, por la noche. Rodeamos el enorme complejo de los estudios Warner Brothers en Hollywood Way para salir a una zona residencial que se ve un tanto ruinosa. He venido conduciendo a Dolores porque Tavis dice que las clases duran horas y horas y que me aburriré como una ostra; de esta forma, puedo marcharme cuando me apetezca y él se volverá con Joe. Parece nervioso ante la idea de encontrarse con ambos a la vez.

Aunque se supone que tengo que concentrarme en la carretera, noto que no para de echarme ojeadas subrepticias.

Cuando llego a territorio desconocido para mí, Tavis me indica por dónde ir y por fin nos detenemos ante una puerta inconspicua y anónima situada frente a un destartalado salón de billares. Nos bajamos del coche. Siento ganas de colgarme de su brazo, pero me abstengo.

Tengo la sensación de que todo el mundo en Los Ángeles recibe clases de arte dramático. Min y Bay, por ejemplo. Daniella asistía tiempo atrás, aunque ahora ya no. No parece que nadie se limite a llenar depósitos de gasolina, o a servir mesas, aparcar coches o conducir taxis; aquí todos son actores o actrices que aguardan ser descubiertos. Algunos tienen que esperar más tiempo que otros. Me siento como un inocente en tierra extraña, porque no tengo ni idea de cuáles son mis expectativas.

En el interior hay una amplia sala que parece un teatro. Dispone de un escenario provisional y de varias hileras de deteriorados asientos de terciopelo escarlata en los que se sientan hileras de presuntos actores. Joe ha llegado ya. Tiene los pies enganchados en el asiento de delante y repasa su guión. Nos acercamos a él y me besa en ambas mejillas. Me aparta un poco hacia atrás y sonríe de oreja a oreja.

- Me alegro de verte otra vez, Sadie.
- Yo también.
- Atención, todo el mundo. -Un hombre guapo y de cierta edad sale al escenario. -¡Aquí está nuestro protagonista!

Se escucha un coro de contundentes gritos y ovaciones y Tavis hace una jocosa reverencia.

- Gracias por honrarnos con su presencia, señor Jones. ¿Podemos empezar?
- ¡Eh! -replica Tavis. -No tan deprisa. Traigo una invitada.

Más gritos y ovaciones. Noto que las mejillas me arden y me siento al lado de Joe a toda prisa.

- No les hagas caso -me aconseja. -Son animales incultos.
- Espero estar exento de semejante descripción -apunta el hombre.

- Te presento a Jake Le Fevre, mi profesor de arte dramático -interviene Tavis.
- Encantado de conocerte. -Jake me estrecha la mano. -Tendrás que escoger a otra protagonista -le comunica a Tavis al tiempo que señala con la barbilla a la cuadrilla enteramente masculina que aguarda sobre el escenario. -Jackie ha llamado; tiene catarro.
- Genial -replica Tavis mientras recorre con la vista sus posibilidades de elección.
- ¿Quieres hacer el papel con Joe?
- No especialmente. Ya se cree que estoy enamorado de él.

Más abucheos.

- No tendrás esa suerte -ataja Joe.
- Elige a Mohammed. -Un hombre barbudo de más de cien kilos ocupa un asiento del extremo de la fila. -Pondrás a prueba tus habilidades de representación.
- Pondré a prueba mi cordura -responde Tavis. -Sadie hará el papel.

A la mención de mi nombre, me pongo en alerta.

Tavis se gira hacia mí.

- ¿Quieres?
- ¿A qué te refieres?
- A repasar el guión conmigo.

Delante de todas estas personas, actores de verdad. ¡Debe estar de broma!

- Bueno, no sé…
- Genial -dice Tavis, que me sube de un tirón al escenario; Jake me entrega un manojo de papeles que intento colocar como Dios manda.

¡No me lo puedo creer! Soy Julieta y Tavis, Romeo. Mierda. Mierda. Menos mal que me estudié el libro para el examen de Secundaria, por lo que más o menos sé de qué va. Siempre tuve la certeza de que algún día, de una manera muy especial, la obra de Shakespeare que me obligaron a aprender me resultaría útil. Por desgracia, no he vuelto a leerla en los más de diecisiete años que han transcurrido. ¿Cómo puede arrojarme la insultante fortuna a este piélago de calamidades? Mis dientes representan su papel a la perfección y castañetean de forma incontrolable. Intento ponerme en situación. Empleo la táctica del ataque de pánico.

La última vez que me subí a un escenario hacía de Virgen María en la obra de Navidad de la parroquia de San Esteban, y eso fue hace más tiempo del que quiero acordarme. Ni siquiera entonces fui víctima voluntaria, pero eran los días en los que los católicos aún creían que Jesús y su familia -de indiscutible origen judío- tenían ojos azules, rizos rubios y pequeñas narices chatas. Me eligieron porque era la María más rubia que pudieron encontrar. Ésa es la suma total de mi experiencia como actriz, experiencia que resultó ser muy traumática. El estúpido de Timothy Harrison, uno de los Reyes Magos, se tropezó con el burro traído de una granja de los alrededores -que se comía alegremente el árbol de Navidad- y dejó caer la mirra en la cabeza del Niño Jesús, mientras que san José no paraba de levantarles la falda a los ángeles.

- No te preocupes -me indica Jake. ¡Ja! Para él, es fácil decirlo. Es el jefe, le dice a los actores qué tienen que hacer. -Léelo de corrido para dar pie a las intervenciones de tu amante.
- De acuerdo -respondo yo, y no sé si mi tono de voz es audible ni cómo se «lee de corrido» un

guión.

Una bruma blanquecina se arremolina frente a mis ojos y empiezo a convencerme de que estoy sufriendo mi primer ataque de ansiedad.

- Empecemos a partir de… -Jake lee las hojas por encima. Mis rodillas intentan seguir los pasos de un cha-cha-cha por voluntad propia: -«Pero, ¡silencio!, ¿qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana?»

Miro las hojas, que se nublan risueñamente frente a mí, y siento alivio al comprobar que Tavis es quien empieza y que su parte es mucho más larga que la mía, si se me perdona la expresión. Se hace el silencio entre los espectadores. Pienso que no van a poder oír a Tavis debido al sonido de mi respiración entrecortada. Cielo santo, ¡*Romeo y Julieta*! ¿Por qué no podía ser *El rey Lear*, o *Hamlet*, o cualquier otra cosa que no fuera tan tierna y romántica? Voy a hacer el ridículo a base de bien.

Mi amigo me guiña un ojo y me ayuda a subirme en la caja que va a ser mi balcón.

- Todo irá bien -me susurra al oído. No puede saberlo, de ninguna manera. Coloco mis páginas en orden. -«Pero, ¡silencio!» -dice de forma idéntica a como lo haría Romeo. -«¿Qué resplandor se abre paso a través de aquella ventana? ¡Es el Oriente; y Julieta, el sol!»

La lengua se me ha convertido en un biscote Ryvita. Le escucho, presto atención a su hermosa voz y por primera vez las palabras de William Shakespeare cobran verdadero sentido para mí. La pasión rezuma de cada uno de los poros de Tavis. Estoy segura de que no era así en las clases de literatura la señorita Gregory. Tavis se muestra tan impetuoso que el vello de la nuca se me eriza. Si Julieta se enfrentó a una situación siquiera parecida, no me extraña que acabara perdiéndose.

Cuando llega mi parte, respiro hondo y me lanzo adelante.

- «¡Oh, Romeo, Romeo! ¿Por qué eres tú, Romeo? Niega a tu padre y rehúsa tu nombre…»

Personalmente, siempre había considerado que el trozo de «Romeo, Romeo» era un poco absurdo, pero ahora estoy asombrada de la intensidad con la que lo recito, y percibo que el público se incorpora en sus asientos cuando me convierto de repente en Helena Bonham-Carter antes de que empezara a disfrazarse de mono. Continuamos con el resto de la escena, dejándonos llevar por la belleza del texto y el trágico dilema de los amantes.

Tavis se encarama a mi caja y se coloca a mi lado (estoy segura de que tal cosa no aparece en el guión). Entonces, me toma en sus brazos y me da un beso largo e intenso mientras me empuja hacia atrás, apretando la totalidad de su cuerpo contra el mío. Y yo estoy como una chocolatina Dairy Milk de Cadbury’s debajo de un radiador: blanda, gelatinosa y derritiéndome a una velocidad alarmante.

- «¡Descienda el sueño sobre tus ojos y el descanso sobre tu pecho!» -prosigue. -«¡Quién fuera sueño y descanso para reposar tan deliciosamente!»

Noto su aliento cálido e intenso sobre mi mejilla. Me alegro de no llevar puesto uno de esos puntiagudos sombreros con toca que lleva todo el mundo en las obras de Shakespeare, porque Tavis lo habría derribado de un capirotazo. La señorita Gregory no nos explicó que Romeo era una máquina de sexo; ésta debe de ser una versión clasificada X. Siento como si me hubieran besado de dentro hacia fuera, pues mis rincones más íntimos se encuentran a flor de piel. Para ser

gay, Tavis interpreta de forma sublime la escena de besar a una mujer. No recuerdo que me hayan besado nunca con tanto ímpetu. Debe ser un actor condenadamente bueno. Tardo unos instantes en recordar que unas treinta personas nos están observando, si bien a Tavis no parece importarle. Aún sigue clavándome la mirada. Intento conseguir que los ojos me dejen de girar; en cualquier momento van a reunir tres limones y a emitir un estrepitoso ¡ping! para anunciar que me ha tocado el premio.

- Gracias, señor Jones -interviene Jake con ironía. -Maravillosa improvisación. ¿Cómo podría Julieta no enamorarse de usted?

Eso es lo que me pregunto yo. Tavis me devuelve a una posición erguida y me arreglo la ropa hasta que no se nota tanto que un rampante Montesco me ha asaltado.

- Vamos a la escena de la muerte de Romeo -ordena Jake. -Veamos qué tal se te da.

- Túmbate.

Tavis me hace descender con delicadeza y me tumbo sobre el suelo, agradecida por no tener que seguir de pie. Para haber fallecido, el corazón se me acelera bastante.

- Empieza desde «¡Ah! Julieta querida!…».

- «¡Ah! ¡Julieta querida!»

Tavis se arrodilla junto a mí y me coge de la mano. Comienza su discurso mientras yo trato de hacerme la muerta. ¿Suelen sonrojarse los cadáveres?

- «¡Ojos míos, lanzad vuestra última mirada! ¡Brazos, dad vuestro último abrazo!» -Cuando estoy a punto de recobrar la compostura, Tavis me da su último abrazo y me convierto en un bloque de gelatina. -«Y vosotros, ¡oh, labios!…»

No, por favor.

- «Puertas del aliento, sellad con un legítimo beso…»

Y sella mis labios con un legítimo beso. Bueno, más que legítimo, ardiente y prolongado. El corazón de Romeo también está bastante acelerado.

- «… un pacto infinito con la acaparadora muerte.» -Coge el frasco de veneno. -«¡Ven, amargo conductor! ¡Ven, guía fatal! ¡Tú, desesperado piloto, lanza ahora de golpe, para que vaya a estrellarse contra las duras rocas tu maltrecho bajel, mareado de navegar!»

No hay duda: estoy tan mareada como el maltrecho bajel.

- «Brindo por mi amada.» -Bebe el veneno. -«¡Oh, sincero boticario! Tus drogas son activas. Así, con un beso…»

¡No! Otro, no. Tavis me besa otra vez y vuelvo a derretirme. Nuestros corazones laten al unísono. Esto podría haber matado a Julieta si ella hubiera sido un poco más apocada. Aunque no recordaba que hubiera tanto beso en esta tragedia.

- «… yo muero.»

Tavis pronuncia las últimas palabras de Romeo y a medida que me libera de su beso y su abrazo intento ahogar un grito, pues aún soy capaz de darme cuenta de que no es lo más apropiado para un cadáver. Caigo hacia atrás y Tavis se desploma sobre mí. ¡Cielo santo!

Los ojos de Tavis están húmedos, mientras que mis propias lágrimas me taponan la garganta. En el teatro reina el silencio más absoluto y, de repente, la variopinta multitud arranca en

aplausos y silbidos. Unos cuantos -entre ellos Mohammed, el de más de cien kilos- se secan los ojos con las mangas y después se levantan espontáneamente y ofrecen a Tavis una larga ovación. Joe, abiertamente, llora a moco tendido. Tavis me ayuda a incorporarme y hace una reverencia. Entonces, me coge de la mano y me obliga a inclinarme junto a él. El corazón se me sale del pecho y siento ganas de llorar y reír a la vez. Por primera vez entiendo el atractivo de ganarse la vida actuando. Jake también aplaude con entusiasmo.

Tras lo que parece una eternidad, el ruido se va aplacando.

- Caballeros, así se hace -anuncia Jake al tiempo que señala a Tavis con aprobación. -Si alguien puede triunfar en esta ciudad, ése eres tú.

Los colegas de Tavis lanzan gritos en señal de acuerdo. Los ojos de Jake lanzan destellos.

- Intenta acostarte con la gente adecuada.

Tavis sacude la cabeza.

- No voy a acostarme con nadie.

Me parece que Jake me lanza una breve mirada, pero no estoy segura.

- Pues deberías hacerlo. -Acto seguido, el profesor da una palmada. -A ver, muchachos, ¡hay trabajo que hacer! Ya sé que no es fácil después de esta actuación. ¿Quién quiere ser el próximo?

Dos tipos del final de la fila se adelantan arrastrando los pies. Tavis, que aún me coge de la mano, me conduce al exterior. Noto el aire fresco en la frente y de repente me noto vacía, como si toda la energía se me hubiera agotado.

Mi Romeo me toma las dos manos y las aprieta.

- Has estado genial -dice.

- Yo creo que no. -Sacudo la cabeza. -Es a ti a quien aclamaban.

- Esos tipos se conforman con poca cosa. Ojalá los directores de *casting* fueran iguales.

- Triunfarás -aseguro yo. -No seguirás mucho tiempo haciendo de doble de trasero.

- Gracias. -Tavis sonríe con timidez. Creo que también se siente un poco flojo. -Sadie, me alegro muchísimo de que hayas venido.

- Me lo he pasado bien. -De una extraña manera, eso sí.

- Deberías pensar en apuntarte a clases de arte dramático.

Suelto una carcajada.

- Me lo he pasado bien, pero no quiero repetir. Lo dejo para los profesionales.

Tavis señala la puerta con un gesto.

- El ensayo va a ser larguísimo -comenta. -Pero si te apetece, nos encantará que te quedes.

- Debo regresar.

- ¿Sabes el camino?

Asiento en silencio. No tengo ni idea, pero estoy segura de que Dolores no me defraudará.

- Sadie… -Tavis se apoya otra vez contra la pared. -Todo eso de ahí dentro -dice. -Ha sido muy intenso. No me gustaría que pensaras…

- No, ¡claro que no! -exclamo, y empiezo a lanzar incontroladas risas nerviosas como si fuera la última cosa que se me pasara por la cabeza.

- Conozco tu situación con Gil.

¿Gil? ¿Qué tiene que ver Gil con todo esto?

- Era una actuación -digo yo con voz animada. -Teatro. Muy buen teatro.

- Sí-coincide Tavis. -Teatro. Es que no quería que pensaras…

- No, claro -interrumpo yo, a pesar de que no sé en qué le estoy dando la razón. Miro el reloj, aunque sigo sin enterarme de la hora que es. -Más vale que me marche.

- Yo, también -dice Tavis, y me da un beso ligero y cariñoso en la mejilla. La cara le arde.

Pongo una chistosa pose de Julieta.

- «¡Mil veces buenas noches!»

Los ojos de Tavis se encuentran con los míos y la suciedad y el ruido de la calle parecen desvanecerse.

- «Malditas mil veces, faltando la luz tuya.»

Y con eso, entra en el edificio a toda prisa.

La puerta se cierra tras de él y me quedo sola. Me humedezco los labios deshidratados y susurro en la noche:

- «La despedida es un dolor tan dulce que estaría diciendo “Buenas noches” hasta llegar el día.»

Me monto en Dolores y me quedo sentada, sujetando el volante, durante unos instantes. Las manos me tiemblan y no me veo capaz de conducir. No me extraña que las primeras actrices y los protagonistas siempre acaben enamorándose. Tavis es un actor maravilloso, de eso no cabe duda. Por un momento, ahí dentro, me tuvo absolutamente convencida de que estaba enamorado de mí.

CAPÍTULO 63

Tavis y Joe estaban sentados en Mel's Diner, en Highland Avenue, un conocido establecimiento abierto las veinticuatro horas, siete días a la semana, que servía hamburguesas con patatas y todo tipo de acompañamientos. Las camareras llevaban minifalda negra, un primoroso delantal y un lápiz encajado en la oreja, lo que les hacía parecer recién sacadas de *Happy Days*. Era de madrugada, y el resto de la clientela mostraba un aspecto altamente indeseable.

Joe había gastado todas su energías actuando como el padre de los Capuleto durante parte de la noche, y estaba echado hacia atrás sobre el respaldo de su asiento en una pose menos teatral que de costumbre. Sorbía ruidosamente un batido de chocolate. Para ambos, aquello se había convertido en una rutina después de la clase de arte dramático; era una manera de dar fin a la emoción y recobrarse del maltrato constructivo que Jake ejercía sobre ellos, aunque aquella noche en particular se había mostrado bastante amable. Tavis y Joe solían informarse mutuamente sobre sus respectivas actuaciones, reconstruir su desbaratada autoestima, aliviar las inseguridades que hubieran podido surgir y, en general, se daban fraternales palmadas en la espalda.

La hamburguesa de Tavis permanecía intacta en el plato. Aquella noche la comida rápida norteamericana no saciaría su hambre.

Joe acribillaba su hamburguesa con los dedos y examinaba a Tavis con atención.

- Tuve la impresión de que te metías muy bien en el papel.

- Gracias. Creo que no estuvo mal.

Tavis notaba que las manos aún le temblaban.

- Sí. Una actuación fantástica.

Tavis asintió con un gesto.

Joe frunció los labios.

- Si es que fue una actuación.

- ¡Venga ya!

Tavis cerró sus cansados ojos y por un momento bloqueó el destello de la intensa luz blanca.

- Creí que habías abandonado ese asunto de las chicas.

Tavis arrojó por la nariz un chorro de aire, lo que suponía una forma completamente inadecuada de abarcar quince años de fracasos amorosos.

- Yo también lo creía.

- Puede que fuera la emoción. Lo hiciste muy bien -insistió Joe. -*Romeo y Julieta*. -Se encogió de hombros. -Hay pocas cosas más emocionantes.

- A lo mejor fue algo más que eso.

- ¿Desde cuándo no besabas a una mujer?

Tavis se detuvo a pensar.

- Hacía tanto tiempo que se me había olvidado lo fabuloso que puede ser.

- ¿Mejor que un batido de chocolate?

- Sin comparación.
- Bueno -dijo Joe, haciendo un mohín de disgusto con los labios. -Yo no podría decirlo.
- ¿Nunca lo has intentado?

Joe sacudió la cabeza con vehemencia.

- Para mí es un asunto genético, y no de autoafirmación.

Tavis estaba agotado a más no poder. Debería estar satisfecho con su interpretación, pero en su fuero interno sabía que no era su pericia como actor lo que le había llevado a semejante delirio. Aquello de que Julieta era la luna y las estrellas había brotado de él con tanta pasión que se sentía como si fuera la primera persona del mundo en pronunciar semejantes frases.

- A lo mejor deberías haber elegido a Mohammed como actriz principal, después de todo -sugirió Joe.
- Desde luego, no me sentiría así en este momento -coincidió Tavis. -¿Qué vas a hacer ahora?
- Nada.
- ¿Porque ella ya está con otra persona, o por tu pacto con el diablo?
- No lo sé -respondió Tavis. -He acabado con las mujeres. Dan demasiado trabajo.
- Pues en el escenario no daba la impresión de que el trabajo fuera muy penoso.
- Eso era teatro.
- Claro -aprobó Joe. -Se me olvidaba.

Tavis examinó su hamburguesa. Cuanto más se enfriaba, menos atractivo resultaba su aspecto. ¿Qué tenía de bueno el amor si a la mínima señal se te quitaban las ganas de comer?

- Tengo algo que decirte. -Joe se reclinó sobre el respaldo. Su camisa hawaiana de colores chillones encajaba a la perfección en aquel local. -Yo también he conocido a una persona.

Tavis se incorporó.

- Podría ser importante para mí.
- ¡Vaya! -exclamó Tavis. -Esto sí que es una noticia.
- Llevamos viéndonos varias semanas -continuó Joe. -Es un encanto. Es más, él piensa que yo soy un encanto.
- Tiene buen gusto -replicó Tavis con una sonrisa.
- Yo también opino que eres un encanto.
- ¡Ah! Pero la diferencia es que tú nunca podrías amarme como yo quiero que me amen.
- No -admitió Tavis con tristeza.

Joe se encogió de hombros.

- Hace tiempo que me resigné.
- Entonces, ¿qué hacemos ahora?
- Te quiero como a un hermano-aseguró Joe. -Siempre te querré. Nada cambiará eso.
- ¿Quieres que me marche de casa?
- No -Joe negó con la cabeza. -Pero supongo que Saúl irá por allí con frecuencia.
- ¿Saúl? ¿Trabaja en el cine?
- Sí. Es productor. Forma parte del Poder Rosa.
- Puede que te consiga trabajo.

- Puede que nos consiga trabajo a ti y a mí.
- Joe -prosiguió Tavis, -me alegro por ti. Muchísimo.
- No quiero que dejes de ser una parte de mi vida -afirmó Joe, -una parte fundamental.
- Somos familia. -Tavis le dio un afectuoso puñetazo. -Prácticamente.
- Lo seríamos si llegaras a algo con mi hija -replicó su amigo, volviendo a adoptar el papel de padre de Julieta.
- Eso es sólo una ilusión -señaló Tavis. -La vida real es mucho más complicada.
- Es una mujer excepcional -indicó Joe.
- Todas lo son al principio.
- Esta podría ser diferente.
- No quiero distracciones. Hace dos años estuve a punto de abandonar todo esto por una mujer, ya lo sabes. Fuiste tú quien me sacó a flote. Ella me amaba, pero odiaba mi trabajo. Fue la decisión más dura que he tenido que tomar en mi vida, pero abandonar mis sueños habría sido el mayor error de mi existencia. Si no puedo actuar, no soy nada. Juré entonces que nunca dejaría que nada, ni nadie, me apartara de lo que más deseo. -Tavis levantó las manos. -Mi corazón está helado.
- ¿En serio? -preguntó Joe. -Pues me da la impresión de que el hielo empieza a derretirse.

Tavis dejó caer la cabeza.

- Ya lo sé; y eso me preocupa.

Su amigo le miró con seriedad.

- No importan los errores del pasado, no importa lo que te prometieras a ti mismo. Si esto es de verdad lo que quieres, no dejes que se te escape.
- Lo que de verdad quiero es convertirme en el mejor actor que pueda llegar a ser.

Joe le cogió la mano y le dio unas palmadas.

- Asegúrate de no convertirte también en el más triste y solitario.

CAPÍTULO 64

Estoy al borde de las lágrimas. No es debido a «esos días del mes», yo no tengo «esos días del mes». Mis cambios de humor son puramente arbitrarios y no ejerzo control alguno sobre mi ciclo menstrual; ¡ojalá sólo me encontrara así cada veintiocho días! Pero no cabe duda de que mis hormonas están a tope en este momento y no puedo hacer nada para convencerlas de que se calmen.

- Es fabuloso. -El vestido está cubierto de diminutos cristales y brilla desaforadamente. Atrapa cada partícula de luz que entra por la ventana y la convierte en un millón de arco iris en miniatura. -Fabuloso, de verdad.

Nunca he visto nada tan hermoso. Es una prenda propia de una estrella de cine, y no de una estúpida disfuncional con acento del sur de Londres. Quiero estar alegre, pero mi cuerpo me dice que llore y no sé por qué.

- ¿En serio? -Gil parece aterrorizado y si no me confundo, tiene la frente perlada de pequeñas gotas de sudor. -No se te ve muy contenta -añade con nerviosismo.

- Lo estoy -respondo llorando. -Estoy muy contenta.

- ¿Crees que será de tu talla?

- No lo sé -respondo entre sollozos. Parece un vestido para una mujer muy delgada. -Pero confío en que sí.

Estamos en casa de Daniella, en mi habitación. Gil me ha llamado hoy una docena de veces para declararme su amor eterno y por fin tengo la impresión de que volvemos al buen camino. Sus llamadas me han ayudado a racionalizar mi representación de Julieta: una mujer apasionada pero confundida, enamorada de un hombre inalcanzable y altamente inapropiado. Tavis y yo nunca seremos más que buenos amigos, a pesar de que él no tendría competencia en el concurso Besador del Año, si es que existe tal cosa.

- ¿Cuándo puedo ponérmelo? -Alzo el vestido y lo aprieto contra mí. -Parece un poco elegante para la oficina.

Gil se aclara la garganta.

- Pensé que podríamos ir a la ceremonia de los Oscar mañana por la noche -responde con cautela. -Si te apetece.

Por poco se me cae el vestido al suelo.

- ¿Si me apetece?

- Suele ser un aburrimiento -replica Gil.

- ¿Aburrimiento? -Este hombre no tiene ni idea de lo que es el aburrimiento. Hacer cola para comprar comida en el Wing-Wah de Battersea es aburrimiento. Sentarse todos los sábados por la noche frente al televisor y ver cómo Ant y Dec hacen estupideces es aburrimiento. Tener que afeitarte las piernas cada semana es aburrimiento. Repartir folletos en una feria de libros es aburrimiento. Una noche en la ceremonia de entrega de los Oscar dista mucho, pero muchísimo, de mi concepto de aburrimiento.

- Puedo soportar el aburrimiento -concluyo.
- Genial.

¡Cenicienta va a acudir al baile! Estoy deseando llamar a alguien por teléfono para contárselo; a quien sea.

- ¿Quieres que me lo pruebe?
- Sí, estaría bien -contesta Gil, si bien suena un poco reacio.
- ¡Espera ahí!

Me lanzo al baño contiguo a velocidad de vértigo, me despojo de mis andrajos de Cenicienta -en este caso, vaqueros y camiseta de Armani- y me enfundo el vestido. Me recojo el pelo, lo sujeto con el primer pasador que encuentro y después me miro en el espejo de cuerpo entero situado junto a la ducha.

¡Madre mía! Incluso sin maquillaje o accesorios a juego de Jimmy Choo parezco un millón de dólares. No puedo creer que esa persona sea yo. Sólo habría esperado verme así de radiante el día de mi boda. El vestido se adapta a cada curva de mi cuerpo y hasta se las arregla para añadir unas cuantas curvas más cuya existencia yo desconocía. El rojo langosta de mi piel va desapareciendo por momentos y con una buena aplicación de crema St. Tropez podría dar la talla de una belleza con bronceado natural. ¡Bendita sea la persona que inventó el moreno artificial! Dadas las circunstancias, tengo motivos para pensar que mañana, a estas horas, la quemadura de mi nariz se habrá suavizado lo suficiente como para que sólo queden unas cuantas pecas no exentas de atractivo.

Respiro hondo y me preparo para presentarme ante Gil.

- ¡*Voilà*!-exclamo mientras salgo del cuarto de baño.

Los ojos de Gil se abren como platos a causa de la sorpresa, y se quedan fijos y dilatados mientras su cerebro trata de asociar la visión que tiene delante al desaliñado patito feo que suele frecuentar su vida. Abre la boca, si bien no acierta a articular palabra.

- ¿Te gusta? -pregunto, aunque mi voz denota más inseguridad de la que siento.

Antes de que tenga oportunidad de responder, Alexis entra en la habitación.

- ¡Caray! -dice, boquiabierta. A la edad de diez años no ha tenido tiempo de desarrollar las inhibiciones de un hombre de treinta y ocho. -Tía Sadie -prosigue con franca admiración, -pareces la Barbie Destellos.
- ¿De veras? Y eso está bien, ¿no?
- Alexis me ayudó con tu talla de ropa -admite Gil en cuanto su cerebro vuelve a ser capaz de formar palabras. -Es una espía de primera.
- Buena chica -apruebo yo.
- ¿Vas a vestirte de Príncipe Ken? -pregunta Alexis a mi novio.
- Eso espero -responde él con una sonrisa.

Yo, sinceramente, espero que no. ¿Has visto a Ken Príncipe? Parece un cruce entre un roquero *glam* y Liberace, pero sin el piano. De todas formas, quienquiera que decidiera que Ken era el nombre ideal para el príncipe de Barbie no iba bien encaminado, ¿verdad?

- Voy a buscarlo -anuncia Alexis, y sale con aire marcial de la habitación mientras nosotros nos

quedamos mirándonos con cierto aturdimiento.

- Estás impresionante -afirma Gil con un tono cargado de admiración y sorpresa. No debo de dar muy mala impresión.

- Hay un par de cosas más -dice mientras saca otra bolsa de detrás de la cama. -Tuve que arriesgarme en cuanto al número, pero se pueden cambiar sin problema.

Saca un par de zapatos de Jimmy Choo de la caja más bonita que pueda imaginarse. Coordinan con el vestido a la perfección, y confío en que me queden bien. Gil se arrodilla y me ofrece el zapato. Introduzco el pie, que se ajusta de forma impecable al suave satén. El zapato me queda bien. Efectivamente, soy Cenicienta.

Gil se pone en pie y me entrega un pequeño bolso de fiesta. Ha pensado en todo, y deseo borrar todos los malos pensamientos que he tenido sobre él con anterioridad. No importa lo que haya costado el vestido -una fortuna, con plena seguridad. -Por lo que a mí respecta, podría haberlo adquirido en una tienda de segunda mano. Lo que me emociona es el hecho de que se haya tomado tantas molestias para conseguirlo. Creo que hasta ahora nadie se había esforzado tanto por mí. Si no me ando con cuidado, voy a echarme a llorar otra vez. Puede que

Gil sea mi Príncipe Encantado, después de todo. ¡Y yo que pensaba que estas cosas sólo ocurren en las películas!

- Hay otra cosa -dice Gil, y saca del bolsillo de su chaqueta un estuche de joyas profusamente decorado. La boca se me seca.

- Era de mi madre -dice con prevención. -Espero que no te parezca una cursilada.

- No es una cursilada -replico yo, -pero es demasiado, Gil.

Abre el estuche y un precioso collar de diamantes emite su brillo en mi dirección. Apuesto que Barbie Destellos no viene con nada parecido; de ser así, necesitaría su propia caja de seguridad en un banco.

- No puedo llevarlo.

- ¿Es que no te gusta?

- Gil, es maravilloso. Pero su valor… -Posiblemente se podría comprar una casa con las ganancias; más bien, dos. -Yo no le haría justicia.

- Me harías sentirme muy orgulloso.

Saca el collar del estuche y me lo abrocha con delicadeza alrededor del cuello.

- Estás encantadora.

Me vuelvo a mirar en el espejo. No estoy encantadora. «Encantadora» es la clase de calificativo que utiliza mi madre para describir una agradable visita a un vivero de plantas, o una taza de té en una cafetería de la costa. Estoy espléndida, sensacional y sexy a rabiar. La clase de chica digna de ser llevada a una ceremonia de entrega de los Oscar.

- No sé qué decir.

Gil se acerca a mí.

- No digas nada. -Agarra mi pasador de pelo y lo arroja al suelo, de manera que el cabello me cae por los hombros. -Eres una mujer deseable y bellísima -susurra con los labios pegados a mi cuello. -No he tenido la oportunidad de demostrarte cuánto te necesito.

Yo también me siento un poco necesitada, la verdad.

- Ayúdame a desabrochar el vestido -murmuro mientras Gil me cubre de insistentes besos.

Sin pronunciar palabra, baja la cremallera de la espalda y me aparta los diminutos e inconsistentes tirantes de los hombros. Vuelvo a tener la sensación de la chocolatina Cadbury's colocada debajo del radiador.

La puerta se abre de par en par.

- Lo encontré -anuncia Alexis, y entra marcando el paso en la habitación con un Príncipe Ken agarrado fuertemente en una mano y una Barbie Destellos, con toda su parafernalia, en la otra.

- Ya podéis jugar con él.

- Puede que ahora mismo no sea el momento, Alexis -digo yo, más falta de aliento de lo que me gustaría.

- Gil sí que quiere -afirma la niña sin sombra de duda mientras se sienta de un bote sobre la cama y adopta una pose indicativa de que piensa permanecer allí, -¿verdad, Gil?

A pesar del gesto de angustia de su rostro, Gil tiene el detalle de echarse a reír.

CAPÍTULO 65

Joe estaba trabajando en Book Fever, pues su papel en la serie de televisión se estaba agotando y él había solicitado varios turnos extra en la librería para aliviar el dolor de la pérdida y aumentar sus posibilidades de toparse con Spielberg cuando hojease un ejemplar de *Las aventuras de un guionista en Hollywood*. Había dejado un mensaje para que Tavis le llamara, aunque pudiera ser que se presentase allí, ya que no tenía otra cosa que hacer. Tal vez a su amigo le apeteciera almorzar en Clafouti's o en otra de las cafeterías de Sunset Plaza.

Era el día libre de Tavis, libre por completo, lo que era algo infrecuente. Sin turno en Zorba's, ni guiones que aprender que no pudieran esperar un par de días, ni audiciones, ni dobles de trasero, ni tareas domésticas. Nada. Un día felizmente ocioso se extendía ante él y pensó que, como un auténtico californiano, se daría una vuelta por la playa.

Book Fever era una magnífica librería, conformada por una serie de pequeñas estancias que creaban el ambiente de una biblioteca particular. Las estanterías, que llegaban hasta el techo, estaban atestadas de nuevos lanzamientos eclécticos que se codeaban con raros volúmenes descatalogados y joyas de segunda mano. A todos los miembros del personal les apasionaban los libros y era el lugar ideal donde encontrar tomos olvidados sobre el mundo del cine y, más importante aún, donde toparse con los grandes de la industria hojeando dichos tomos. Al ver las cantidades de libros que Joe llevaba a casa, a veces Tavis se preguntaba si Joe no se gastaría en Book Fever más dinero del que ganaba. Las cantidades debían de ser muy parecidas.

El timbre de la puerta anunció la llegada de Tavis. Joe estaba detrás del mostrador más próximo, envolviendo un libro con ilustraciones apropiado para regalo. Había sido adquirido por una mujer de melena larga con un top cuyo escote le llegaba al ombligo y unos vaqueros de cintura baja con cinturón, cuya hebilla se le clavaba seductoramente en el pubis. Le hizo un mohín a Tavis; lo más probable era que lo tomara por un productor de cine, en lugar de un actor en paro. A Tavis se le ocurrió que todo el mundo en Los Ángeles se desesperaba por hacerse notar, lo que resultaba lamentable cuando uno se paraba a pensarlo. ¿En eso se estaba convirtiendo él? Mientras esperaba, se entretuvo examinando un expositor con postales de arte moderno.

- Que tenga un buen día -se despidió Joe con voz cantarina y acto seguido volvió su atención a Tavis.

- Hola, colega -dijo Joe, y chocó palmas con su amigo.

- ¿Dónde está el incendio? -preguntó Tavis.

- No hay incendio pero, ¿te gustaría ir a la fiesta de los Oscar?

- ¡Estás de broma!

- ¿Bromearía yo con algo así?

- ¿Cómo lo has conseguido? ¿Por medio de ese productor amigo tuyo?

Joe puso un gesto un tanto sombrío.

- No exactamente.

- Espera -cortó Tavis levantando la mano. -No me lo has dicho todo, ¿verdad?
- ¿Es que siempre tiene que haber gato encerrado?
- ¿Contigo? ¡Sí!
- ¿Cuál es la forma peor de estar en la fiesta de los Oscar?
- ¡Me has conseguido un empleo! Colega, ¿cómo me haces esto?
- Necesitas el dinero.
- ¿Y no necesito más mi dignidad?
- No -repuso Joe. -¿Cuál es el peor empleo?
- Aparcacoches.
- No hay por qué llegar tan bajo -le aseguró Joe.
- Camarero. Servir mesas.

Joe chasqueó la lengua.

- ¡Acierto en sólo dos respuestas!
- Me mataría.
- Prepárate para morir.
- No pienso aceptar.
- Venga ya, será divertido. Nos dará algo a lo que aspirar. ¿Qué otros planes tienes para esta noche?
- No lo sé. Ver la televisión. Lavarme el pelo. Lavar el pelo de otra persona.
- Amigo mío, eres un desagradecido.
- Vamos, Joe -suplicó Tavis. -No me obligues a hacerlo.
- ¿De qué otra forma vas a conseguir entrar a la fiesta de los Oscar?
- Voy a convertirme en una estrella de cine, ¿te acuerdas?
- Sí, y de vuelta a la vida real, al menos de esta manera podemos irnos a la tumba diciendo que estuvimos allí.
- No creo que ser contratado para servir sea lo mismo que «estar allí».
- Deja de ser quisquilloso. Sólo piensa en las historias que podrás contar a tus nietos.
- ¿Es que nosotros vamos a tener nietos alguna vez? ¡Míranos! -exclamó Tavis. -Tú eres un mariquita de marca mayor y yo… No sé lo que soy.
- Un fenómeno de feria -apuntó Joe. -Gracias.
- Piensa en los titulares de la revista Movie Premier: «De camarero a galardonado». ¿No sería un artículo interesante? Parece que lo estoy viendo.

Por extraño que resultara, Tavis también podía verlo. Levantó las manos.

- Lo haré -claudicó. -Pero sólo porque eres mi mejor amigo y porque es mejor que verlo en televisión.
- Te lo pasarás bien -aseguró Joe. -Va a ser un bombazo.

No, pensó Tavis. El bombazo sería ganar un Oscar, y seguro que algún día lo iba a conseguir.

CAPÍTULO 66

Daniella estaba esperando en LA Farm, un selecto restaurante en West Olympic Boulevard, más allá de los elevados bloques de oficinas de Century City cuyos terrenos ocuparan en otros tiempos unos prósperos estudios cinematográficos. La mujer del Excéntrico Magnate Cinematográfico llegaba tarde, según mandaba la moda, y Daniella tenía los nervios a flor de piel.

LA Farm era un establecimiento discreto, luminoso y aireado, y el efecto rústico de granero reconvertido quedaba suavizado por delicados toques de cretona. Daniella había pasado una cantidad ridícula de tiempo eligiendo su atuendo. Era como si tuviera una importante cita amorosa, en lugar de un encuentro con la esposa de su amante a largo plazo. Se había decidido por pantalones y blusa de color negro: ropa poco llamativa pero favorecedora, que no pareciera gritar la palabra «concubina». A pesar de la jovialidad del entorno y el agradable murmullo de conversación, no lograba mantener la calma. Intentó respirar hondo. Con anterioridad, había intentado preparar un discurso conciliatorio; también había intentado evitar el alcohol, para mantener la cabeza despejada; ambos intentos fallaron. Cuando la señora Magnate llegó por fin, Daniella se convenció de que habría al menos una mesa que no emitiría un agradable murmullo de conversación.

Cuando cruzó la estancia en dirección a Daniella, ésta se percató de que la ropa que vestía aquella mujer decía a voz en grito: «¡Esposa del Excéntrico Magnate Cinematográfico!». Era una figura de cintura pequeña y esbelta, vestida de Prada azul pálido, con el cabello y los tacones de Ivana Trump. Daniella se levantó con gesto torpe para saludarla y extendió la mano. ¿En señal de qué? ¿De amistad?

La palma fría y seca de la señora Magnate estrechó por un instante la mano que se le ofrecía y acto seguido permitió que la sentaran enfrente de Daniella.

- ¿Qué tal? -saludó ésta de nuevo cuando volvió a tomar asiento.

- Hola -respondió la señora Magnate con un acento más distinguido y refinado.

La esposa de su amante tenía un aspecto más juvenil de lo que Daniella había imaginado, y eso que con el paso de los años había tenido mucho tiempo para imaginar. Era evidente que aquella mujer se había beneficiado de los servicios de un cirujano plástico de notable habilidad, pues daba un aspecto joven y elegante en lugar de parecer un cuadro de Picasso en el que los ojos, la boca y la nariz no se encontraban exactamente donde debieran estar. Daniella se juzgó desaliñada en comparación.

- ¿Pedimos? -preguntó la señora Magnate, y enumeró de corrido lo que quería tomar sin ni siquiera mirar la carta.

Daniella no pudo ponerse a su altura.

- Yo tomaré lo mismo.

La mujer del Excéntrico Magnate Cinematográfico le ofreció una sonrisa clandestina para demostrar que captaba la ironía del comentario.

El camarero se acercó a rellenar las copas y la señora Magnate le atrajo con una mirada de sus ojos azules, que seguro que habían sido elegidos específicamente para hacer juego con su traje. Para el camarero, se había convertido en la única persona presente en el comedor y Daniella estaba convencida de que acabaría derramando el agua mineral.

El camarero, con un último intento de sonrisa seductora, se marchó con reticencia. La señora Magnate volvió su atención a Daniella, y le clavó la mirada sin pestañear.

- ¿Sabe él que ibas a reunirte conmigo? -preguntó la esposa del Excéntrico Magnate Cinematográfico a modo de jugada de apertura.

- No -respondió Daniella.

- Has hecho bien -replicó la mujer del Magnate. -Habría intentado convencerte de que no aceptaras.

Eso era exactamente lo que Daniella había temido y, por alguna razón inexplicable, necesitaba desesperadamente enterarse de lo que aquella mujer tenía que decirle.

La señora Magnate examinó a Daniella con detenimiento.

- Ha habido otras mujeres -prosiguió. -Muchas más, aunque supongo que ya lo sabes.

Daniella depositó su copa en la mesa con mano temblorosa y sin querer la chocó contra los cubiertos. Claro que lo sabía, pero era muy diferente suponerlo a escuchar la confirmación. Se notaba húmeda y pegajosa por todo el cuerpo, a pesar de que el aire acondicionado del restaurante provocaba una temperatura glacial.

- Después de las primeras, dejó de importarme. Aprendí a que no me importara -corrigió la mujer con un vago gesto de la mano. -Es algo consustancial con el mundo del cine, ¿no te parece? Jóvenes actrices impresionables, modelos complacientes… Todas aguardan su turno. Hay que aprender a vivir con ello.

Daniella escudriñó a la mujer que se sentaba frente a ella. Era la persona a la que había detestado durante una década; la detestaba sin haberla conocido, tan sólo sabía de su existencia. El camarero volvió a aparecer, y cuando se marchó sólo el salmón a la plancha y el risotto de espárragos separaban a Daniella de su rival principal.

La esposa del Excéntrico Magnate Cinematográfico era hermosa, increíblemente hermosa. No se trataba en absoluto de una mujer que se hubiera «abandonado», según afirmaba con frecuencia su marido. Estaba más serena de lo que Daniella había esperado. Más serena, sí, pero se apreciaba una pizca de picardía y pasión tras su apremiante mirada. Daniella se sentía pálida y desvaída en comparación, como una imitación barata; una aspirante que carecía del estilo, el gusto y el dinero para poder competir. Lo único que tenía a su favor frente a la señora Magnate era su juventud, en una ciudad en la que la juventud era fundamental. Pero nadie tardaba en envejecer -tampoco la gente hermosa. -Ni siquiera el mismísimo Hollywood había conseguido un método para evitar la decadencia causada por la edad.

La mujer del Excéntrico Magnate Cinematográfico se llevó la servilleta delicadamente a la boca -que recordaba a una mariposa de color rosa- y parpadeó con suavidad.

- Esto es maravilloso.

Daniella dio por sentado que se refería a los espárragos, pero podía haberse referido igualmente

al hecho de observar cómo su contrincante en el amor quedaba en inferioridad de condiciones. Daniella no estaba segura de si había probado o no su salmón; de haber sido así, no se había percatado. Se preguntaba por qué el Magnate la había elegido a ella, una mera hamburguesa, como amante, cuando en casa le esperaba un Chateaubriand.

- Nadie ha dicho que la vida sea fácil, ¿no te parece, Daniella?

La esposa de su amante se inclinó hacia delante con aire conspirador.

Daniella. Resultaba extraño escuchar su nombre de labios de aquella mujer. De la manera en que lo pronunciaba sonaba insustancial, infantil y vulgar, como el nombre de una revista para adolescentes o el título de una mala novela. Daniella conocía el nombre de la mujer -era tan glamuroso y selecto como ella, -pero nunca lo mencionaban. La llamaban, simplemente, «la esposa».

- Imagino que querías ser actriz o escritora. -La mujer del Magnate la miraba sin rencor. -Apuesto a que nunca se te pasó por la cabeza que te convertirías en la madre de un hijo ilegítimo y que te dedicarías a esperar a que cierto hombre abandonase a su mujer.

- No -respondió Daniella con un hilo de voz. Era cierto, nunca había imaginado que aquello le ocurriría a ella.

- Por otro lado, yo no me puedo quejar -continuó la mujer del Magnate. -A pesar de lo que mi marido haya podido hacer, siempre se ha encargado de que no me falte de nada; ni siquiera amor -afirmó. -Me ha amado, a su manera. -Removió los espárragos con el tenedor. -Tú y yo estamos en la misma cola, Daniella; sólo que yo siempre he estado la primera.

Era verdad. Daniella se dio cuenta de que había pasado su tiempo con el Excéntrico Magnate Cinematográfico esperando a la cola; esperando y volviendo a esperar. Esperando cenas repentinas; esperando sexo apresurado; esperando el momento en el que él abandonara a aquella mujer sentada frente a ella, que parecía más contenta que unas pascuas. Aquella mujer no era la piltrafa llorosa y subyugada que supuestamente había apartado a Daniella de su amante. No era una mujer que fuera a desmoronarse en el momento mismo que su marido acopiara el valor para abandonarla. Ni siquiera el exquisito traje de chaqueta y su frágil figura podían esconder el hecho de que una viga de acero cruzaba de parte a parte el interior de aquella mujer. No era un ser dependiente ni indefenso, que se dejara llevar por los vientos de la emoción; ni mucho menos. Se trataba de una mujer al mando de su destino, una mujer que había sabido desde el principio lo que quería y cómo conservarlo. Cualquier mentecato se daría cuenta. Daniella cayó en la cuenta con sobresalto de que por primera vez veía a aquella mujer con sus propios ojos, y no con los de su amante.

- ¿Cómo supiste dónde encontrarme? -preguntó Daniella.

La otra mujer soltó una risa liviana, carente de amargura.

- Siempre lo he sabido -respondió. -Conozco tu número de móvil; sé dónde está tu casa. Y sé lo de Alexis; ahora debe tener diez años.

- Sí -confirmó Daniella con un murmullo -Tiene diez años.

- Molly tiene siete; Imani debe de acercarse a los cinco.

Daniella notó que el vello de la nuca se le erizaba.

- Sus otros hijos -informó con displicencia la señora Magnate. -También sé dónde viven sus madres.

- ¿Por qué ahora? -masculló Daniella. -¿Por qué después de todo este tiempo?

Dio la impresión de que la mujer del Excéntrico Magnate Cinematográfico iba a cubrir la mano de Daniella con la suya, pero después se lo pensó mejor. En cambio, se examinó las uñas, impecablemente arregladas.

- La vida no debería consistir en hacer cola y esperar el turno para montar en una emocionante montaña rusa; debería tratarse de pasear de la mano por la playa.

«¿Acaso no se da cuenta de que ya lo sé?», pensó Daniella. Lo había sabido desde el principio.

- Si pasas mucho tiempo en una montaña rusa -continuó su interlocutora, -la emoción se pierde, créeme.

De repente, Daniella sintió deseos de creerla.

- ¿Vas a conocer a las otras mujeres, también?

- No. -La señora Magnate sacudió la cabeza. -Tú eres la única que siempre me ha preocupado. Eres la única a la que él ha amado de verdad, la única que ha supuesto una amenaza. Las otras recibían y tú, dabas. -Hizo una pausa. -Mi marido también es de los que reciben; le encanta que le adoren. -Encogió los hombros con gesto elegante. -Y yo empecé a sentir indiferencia hacia él hace mucho tiempo. No fue algo calculado; sencillamente, ocurrió. Los hombres poderosos no saben cómo hacer frente a esas situaciones.

Daniella jamás había sentido indiferencia por el Excéntrico Magnate Cinematográfico. Siempre había estado ahí, esperando con fidelidad -si es que el término no resultaba demasiado chocante. -Era ella quien había conocido la indiferencia por parte de él. Era ella quien había perdido todas sus amistades porque éstas se habían cansado de que Daniella las apartara a un lado para agarrar con ansia unos cuantos momentos preciosos con su amante, un hombre casado. Pensó que podría aprender mucho de la esposa del Magnate y se preguntó si aquella mujer le habría agradado en caso de que se hubieran conocido antes de que Daniella se enamorase de su marido.

- Le he abandonado -anunció su mujer con un alegre suspiro- por un hombre al que le gusta pasear por la playa. Fue hace tres meses.

Daniella soltó el tenedor, que cayó al suelo con estrépito e hizo que las cabezas se giraran, con lo que el animado ambiente de LA Farm quedó momentáneamente interrumpido. Cuando Daniella se inclinó para recogerlo, se golpeó con la mesa y observó que el camarero no salía corriendo en su ayuda. Se dio cuenta de que estaba dando el espectáculo mientras trataba de recobrar su compostura y su cubertería, esparcidas por las cuatro esquinas del restaurante. La mujer del Excéntrico Magnate Cinematográfico esperó con paciencia y siguió tomando metódicamente su risotto hasta terminarlo.

- Está libre para irse contigo -indicó, y en sus ojos había una mirada de lástima. -Lo ha estado desde hace mucho tiempo.

Daniella se iba poniendo tan pálida como el mantel almidonado.

- Pago yo -insistió la señora Magnate mientras se ponía en pie, preparada para marcharse.

- ¿Por qué me cuentas esto?

Daniella sintió ganas de alargar la mano y asirla del brazo; no se podía ir así. Pero sus brazos se habían quedado entumecidos, helados.

- No lo sé muy bien -respondió. -Tal vez porque dentro de veinte años estarás como yo y no quiero que desperdicies tu vida; ya la has desperdiciado bastante. -Miró a Daniella con tristeza. -Entrega tu amor a alguien que lo valore.

A continuación la lúcida, sensata y serena mujer que hubiera sido la esposa del Excéntrico Magnate Cinematográfico sonrió con optimismo y, con paso calmado, abandonó el restaurante.

CAPÍTULO 67

Ésta es mi gran noche. He pedido el día libre en Toma Doble para prepararme. No hay un solo centímetro de mi cuerpo que no haya sido masajeado, depilado, pulido, pintado, purificado y mimado como mandan los cánones. Para cuando haya terminado, no será posible decir dónde acabo yo y dónde empieza Gwyneth Paltrow. Bay y Min apenas pudieron contener su entusiasmo al conocer la noticia y nunca me atreveré a aparecer por la oficina otra vez a menos que haya tomado un millar de fotografías comprometedoras de las estrellas de cine.

Estoy de vuelta en casa de Daniella, viendo en la televisión un horrible concurso y tomando un sándwich de atún antes de que comience la parte seria de mi transformación, cuando suena el timbre. Miro desde detrás de la cortina y mi corazón da un extraño vuelco al ver a Tavis allí, de pie. Salgo trotando a abrirle.

- ¿Qué haces aquí?

- Agradable bienvenida.

Me aparto a un lado y le dejo pasar.

- Somos amigos -argumento. -No tenemos que andarnos con cumplidos. ¿Cómo sabías que estaría en casa?

- Utilicé mis poderes de percepción extrasensorial para detectar en qué parte del universo se encontraba tu aura.

- Sólo los británicos empleamos la ironía -le informo.

- Pasé por la oficina y me dijeron que tenías la tarde libre.

- Adivina dónde voy a ir.

- A la playa, conmigo.

- No.

- Venga, Sadie. Yo también tengo la tarde libre. Joe no puede venir, está trabajando en Book Fever.

- Pues lleva a otro amigo.

- No tengo más amigos. -Tavis me pone ojos de cordero degollado. -Tú eres el único amigo que tengo en el mundo.

- Eso es porque trabajas demasiado.

- Dime, ¿dónde vas?

- ¡A la ceremonia de entrega de los Oscar! -me oigo a mí misma chillar de entusiasmo.

- Ah. -Tavis no parece tan emocionado como yo. -¿Con Gil?

- ¿Con quién, si no?

- ¿Vas a ir a la fiesta de después?

- Claro.

Tavis recoge el Príncipe Ken que Alexis ha abandonado en el sofá y se deja caer como un peso muerto.

- Yo también estaré allí.

- ¡Fantástico!
- No tanto. -Levanta la mirada hacia mí al tiempo que retuerce el brazo de Ken con cierto grado de fuerza bruta. -Estaré al otro lado de la valla.
- No te entiendo.
- Mientras tú te estés divirtiendo, codeándote con las estrellas de cine, yo estaré sirviendo mesas.

Me hundo a su lado en el sofá. Ahora también tengo ganas de darle un puñetazo a Ken.

- Lo siento, Tavis.
- Puede que sea la única forma en la que pueda entrar jamás.

Rodeo a mi amigo con los brazos y le abrazo con fuerza.

- No digas eso. Eres admirable, un actor sensacional.

Sonríe con reticencia.

- Lo dices para consolarme.
- No, lo digo en serio. Lo de anoche fue…
- ¿Qué fue? Excitante a más no poder, eso es lo que fue.
- Fue soberbio. Tienes mucho talento.

Me quedo en silencio.

Tavis me sonríe.

- Continúa.

Chasqueo la lengua.

- Sabes que haría cualquier cosa por ayudarte.
- Ven a la playa conmigo -suplica Tavis. -Me haría sentirme mucho mejor.
- No puedo. -Intento gimotear a la manera de Alexis; de esa manera, la niña siempre gana cualquier discusión. -Tengo que prepararme para esta noche.
- ¿Cuánto piensas tardar? -pregunta Tavis. -Si ya estás guapísima.
- No es verdad -protesto. -Estoy hecha un desastre. Tengo que hacer cientos de cosas de esas que hacen las mujeres antes de las seis. -Esa es la hora en la que vendrá a buscarme una limusina blanca. -Son casi las doce. Sólo quedan seis horas.
- ¿Qué vas a hacer en seis horas? -Tavis no da crédito. -Se necesitan seis horas para pintar todas las casas de una calle, y no unas cuantas uñas de los pies.
- Soy una chica de alto mantenimiento.
- No, no lo eres -dice Tavis con un bufido. -El look natural está de moda. Acompáñame -implora patéticamente. -Yo también tengo que ir temprano a trabajar. Pero antes quiero enseñarte una forma de entretenimiento típica de California.
- ¿A qué te refieres?
- Al patinaje. -Parece satisfecho con la idea.

En algún lugar de mi fuero interno mi atisbo de determinación se debilita.

- Nunca he patinado.

Tavis ya se ha puesto en pie.

- Te encantará -asegura. -¿Cómo puede uno venir a California y no patinar?

- A Gil le dará un ataque si no regreso a tiempo. -Peor aún, probablemente se marchará sin mí.

- Volveremos con tiempo de sobra. A Joe sí que le dará un ataque si llego tarde a trabajar.

- No es difícil, ¿verdad?

Tavis me coge de la mano. Me clava esos malditos ojos de Romeo y mi último parapeto de voluntad se desmorona y se convierte en polvo.

- Es cosa de coser y cantar -sentencia. -¿Crees que te mentiría?

Noto que mis entrañas suspiran. Anoche este hombre estaba dispuesto a quitarse la vida por mí. Ese tipo de cosas no se olvidan tan fácilmente. Siento que estoy en deuda con él.

- Bueno, pues vamos a patinar -claudico. Me odio a mí misma por esto, pero nunca he sabido resistirme a un hombre con ojos de cordero degollado.

CAPÍTULO 68

Venice Beach está atestada de *hippies* que llegaron en los años sesenta, sintonizaron, despotricaron, desconectaron, se apaciguaron y jamás se marcharon. Existe una población extraordinariamente nutrida de hombres de sesenta años que lucen largas colas de caballo y camisetas teñidas artesanalmente. No cabe duda de que éste es el lugar que frecuentan los tranquilos ciudadanos del Derby and Joan Club de California.

Una mujer que debe de ser diez años mayor que mi abuela pasa como una exhalación con sus patines plateados, vestida con minúsculos pantalones cortos de Nike y camiseta ceñida, y casi me hace caer de rodillas. Es la única octogenaria que he visto con muslos de acero, si bien, por otra parte es la única octogenaria que he visto montada en unos patines. De modo que no puede ser tan difícil, ¿verdad?

Tengo los patines puestos; es decir, diez ruedas serpenteantes que están decididas a tener vida propia debajo de un artilugio que reúne todo el confort de unas botas de agua de plástico rígido. Y me agarro a Tavis como si en ello me fuera la vida.

Él intenta separarme a la fuerza.

- Los alquilaremos sólo por una hora -promete.

Eso suena más que suficiente para mí. Reafirmo mi agarre de lapa.

- ¿Todo bien? -pregunta mi entrenador personal.
- Perfecto -mascullo a través de dientes apretados.
- Para empezar, tómatelo con calma -me urge Tavis.

No creo que pueda tomármelo de ninguna otra forma. ¿Es que se cree que en mi primera salida voy a deslizarme por la pasarela de Venice a ciento cincuenta kilómetros por hora detrás de la abuela Reina del Patinaje?

- Un pie delante del otro.

¡Consejos así son lo que necesito!

Emprendemos la marcha. Con cautela.

¡Joder! En el momento que me muevo, todas las ruedas se disparan en direcciones diferentes. Agito los brazos en alto en un intento de mantener el equilibrio, y pierdo la dignidad. Debo parecer uno d los Teleñecos.

Tavis intenta no reírse.

- ¡No te rías! -le advierto.
- No me estoy riendo. -Se está desternillando.

La legendaria niebla de Los Ángeles no resulta molesta hasta el final del verano, de manera que el sol, libre de estorbos, está decidido a abrasar a todos los visitantes de la playa. Ya he sido engañada por la potencia de sus rayos, por lo que me he untado una capa de protección solar de dos centímetros de espesor. No pienso correr riesgos. Quiero dar el aspecto de *perfecto mundo*[7] en el sarao de esta noche. Nunca verías a J-Lo aparecer en los Oscar con una probóscide achicharrada; lo más probable es que en este momento la estén bronceando a base de St. Tropez.

También parece que el buen tiempo ha hecho salir a la luz a todos los excéntricos. Cualquier comentario que hayas oído sobre Venice Beach es verdad, e incluso puede que se quede corto. Existe una amplia gama de chalados que habitan estas costas, y esta playa en particular. Muchos de ellos se ganan la vida -más o menos- vendiendo objetos de artesanía. El Ocean Front Walk es un mercado al aire libre alternativo que ofrece de todo, desde masajes chinos, tatuajes con alheña y esculturas de arena hasta lectura del tarot, pinturas originales de artistas con cola de caballo y camisetas teñidas artesanalmente, ruinosas tiendas de camisetas y la mayor selección de gafas de sol baratas, de imitación de grandes marcas de todo Occidente.

La acera está jalonada de artistas callejeros. Debido a que nos encontramos en temporada baja, los comediantes superan al público en una proporción de tres a uno. Un hombre descalzo toca el ukelele con bastante menos talento que George Formby, que ya es decir. Otro, hace malabares con varias sierras de cadena para disfrute de la concurrencia. Hay una estrella del pop del tamaño de una pinta de cerveza a quien están filmando para un vídeo musical; parece extremadamente reacio a posar con su guitarra, que es más de lo que puede decirse del hombre vestido de Jimi Hendrix, quien toca su guitarra eléctrica más alto de lo estrictamente necesario mientras patina sin rumbo entre las abuelas.

En condiciones normales, podría pasarme aquí todo el día observando el espectáculo, gastar unos cuantos dólares y regresar a casa tan contenta; pero por el momento mi total concentración se destina a mantener los pies en movimiento. Algo que consigo, si bien avanzando tres centímetros a cada paso. La pasarela -que discurre junto a la Bahía de Santa Mónica- tiene cuarenta kilómetros de longitud. A este ritmo, podría tardar un buen rato en recorrerla. Voy a tener que volver a casa a iniciar mi preparación para los Oscar antes de que lleguemos a la próxima manzana. En un pasado lejano yo sabía patinar sobre hielo. Se me daba bastante bien, la verdad; no a la manera de Torvill y Dean, pero era capaz de ejecutar varios pasos hacia atrás y realizar pequeños giros. Te aseguro que no es como montar en bicicleta; uno sí se olvida de patinar.

Tavis está siendo muy paciente, si bien mi falta de coordinación le divierte más que los estrafalarios artistas callejeros.

- ¡No te rías! Me estoy concentrando. -Tavis patina hacia atrás, hacia delante, de dentro afuera, en fin, no le falta detalle. Y todos sus movimientos resultan de una elegancia y fluidez sorprendentes. Odio a este hombre. Debe de haber algo que haga mal.

- Lo haces muy bien.

No. Estoy en condiciones de asegurar categóricamente que no es verdad.

Nos dirigimos hacia Muscle Beach, el gimnasio al aire libre que otorgó a Arnold Schwarzenegger su punto de partida hacia el éxito. En la actualidad no es frecuentado por hombres parecidos al *Increíble Hulk*, sino por entrañables ancianos de piernas como palillos que llevan minúsculos pantalones cortos a cuadros y grotescas pañoletas atadas a la cabeza para ocultar la calva, y que han pagado cinco dólares para ejercitar sus marchitos aunque bronceados pectorales delante de una pequeña si bien ligeramente alborotada concurrencia de observadores.

Este lugar es insólito. ¿Por qué no pueden los jubilados de por aquí comportarse como los de Inglaterra, que se pasan el día entero en casa, viendo la televisión?

- Lo estás haciendo genial -insiste Tavis con una sonrisa alentadora.

No lo estoy haciendo genial. Parezco uno de esos niños de cinco años colgados de la mano de sus progenitores que van dando pasitos con sus patines al compás del arrullo paternal.

- Intenta coger un poco de ritmo.

Para Tavis, es muy fácil decirlo. Me encantaría coger ritmo. Mi cerebro hace todo lo que puede para coger ritmo, pero no da la impresión de que envíe a mis piernas el mensaje apropiado.

- ¡Eso es! -grita Tavis al tiempo que se impulsa hacia atrás y se aparta de mí. Aleja la mano hasta que sólo estamos unidos por las yemas de los dedos. Un pequeño grado de confianza me baja hacia los pies. Empiezo a disfrutar de esto.

- Más deprisa -exige Tavis. -Siente las ruedas. Bien. Muy bien.

No está mal. Ahora que voy tomando un poco de velocidad noto la brisa fresca en la cara y en el pelo. ¡Ja! ¡Ten cuidado, abuela! Unas cuantas personas perciben la intensa determinación marcada en mi rostro y, sabiamente, se apartan de mi camino. Nos alejamos de los tenderetes y los vendedores ambulantes y nos lanzamos por el sendero bordeado de arena y palmeras, dejando atrás las fabulosas viviendas cuadradas de acero y cristal que miran al océano. -Eres una patinadora nata -aprueba Tavis. Lo cierto es que empiezo a notar las ruedas. Ahora ya no me resbalo, si no que patino, y me gusta. Me gusta mucho. En esto debería consistir la vida: sol, pantalones cortos y patines.

En este momento un octogenario ataviado con un tanga de Lurex dorado y poco más se abalanza sobre nosotros y me adelanta por la derecha. No sé qué me distrae más, si el hecho de que deje al descubierto la mayor parte de su trasero -como una pequeña avellana arrugada- o que esté fumando en pipa, cuando absolutamente nadie en California fuma. Sea lo que sea, de repente me doy cuenta de que estamos bajando por una cuesta, una mínima inclinación para quienes no lleven patines, pero algo parecido al Kilimanjaro para mí. Voy adquiriendo velocidad a un ritmo alarmante, y me acerco al anciano del tanga mucho más deprisa de lo que desearía.

- ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! -exclamo mientras mis brazos se agitan con violencia, pero el aspaviento no ayuda a frenar mi avance.

¡Maldita sea! Me dirijo hacia una especie de obra de arte contemporáneo: un muro pintado con *graffiti* en el que colaboran varios jóvenes. Están repantigados admirando su trabajo, sujetando sus botes de pintura en aerosol.

- ¡Frena! -grita Tavis.

Lo que resulta de gran ayuda. Lo haría si pudiera, pero al parecer Tavis ha olvidado una parte fundamental de mi instrucción. No me ha explicado cómo FRENAR.

- ¡No sé cómo!

Los jóvenes se giran en mi dirección y un gesto de terror se extiende por la colectividad de sus rostros.

- ¿Es que no tienen frenos estos malditos cachivaches?

- No.

- ¿No? -Estoy seriamente preocupada. -¡Haz una «T»! -Tavis me sigue a corta distancia.

- ¿Cómo que haga té? ¿Qué dices?

- ¡Una «T»! ¡Con los pies!

¡Ah! ¿Por qué no lo ha dicho antes?

- ¡Fuera de ahí! -grito a los pintores de *graffiti*, de aspecto aguerrido.

Al oír la orden, se dispersan de inmediato, sueltan sus botes de pintura en aerosol y se ocultan detrás de las palmeras. Mientras tanto, yo avanzo -más bien, vuelo- en dirección al muro.

Joder. El tiempo se está agotando.

- ¡Haz una «T»! ¡Ahora mismo! -La voz de Tavis está teñida de pánico. -Un pie detrás de otro.

Una «T». Intento levantar un pie para colocarlo detrás del otro, pero de repente hay algo que no va bien. Mi universo está invertido. La acera se encuentra donde debería estar el cielo y viceversa. De mi garganta escapa un «¡Ay!» involuntario y, tras un agradable revoloteo por el aire, aterrizo hecha un desmañado ovillo, una maraña de piernas y brazos derrumbada sobre la pasarela.

Tavis se acerca por detrás de mí, falto de respiración.

- ¿Estás bien?

Siento ganas de preguntar: «¿A ti qué te parece?»; pero en mi cuerpo no queda ni un hálito de aliento.

Para empeorar las cosas, el hombre del tanga dorado, todavía fumando su pipa serenamente, pasa a nuestro lado patinando con donaire.

7 En español en el original. *(N. de la T.)*

CAPÍTULO 69

- ¿Te encuentras mejor? -Tavis parece muy compungido.

- Hum.

Asiento con la cabeza; pero no estoy convencida y Tavis, tampoco.

Una vez que me hubo despegado de la pasarela me examinó brazos y piernas -bastante a fondo, me dio la impresión, habida cuenta de que sólo ha sido médico en televisión- y después, habiendo sentenciado que ninguna extremidad estaba rota, devolvió los infames y más bien arañados patines en la caseta de alquileres y me introdujo en su coche.

No soy la única que parece víctima de una conmoción.

- Por un momento, me has preocupado -comenta mientras nos dirigimos de vuelta a Larchmont.

- Sólo por un momento -tercio yo. -Trataré de hacerlo mejor la próxima vez.

Me sonríe.

- No puedo hablar de tu estilo, pero te daría un diez de diez por interpretación artística.

- Sí, muy gracioso.

Los chicos del *graffiti*, una vez que el peligro había pasado, salieron de su escondite tras las palmeras y me mostraron su respeto y admiración. Acto seguido, en señal de homenaje, tomaron sus botes de pintura y procedieron a escribir mi nombre sobre el muro. Boca abajo.

Tavis me apretó la mano.

- Te has salvado por los pelos.

Lo sé. He hecho una idiotez. Todo el mundo se prepara para la noche los Oscar durante semanas, y a nadie se le ocurre marcharse a patinar. La mayoría toman la ruta más lógica del salón de belleza. Las manos me tiemblan y tengo los ojos húmedos. Aunque al parecer no he sufrido daños físicos, me duele todo el cuerpo.

- Gil me habría matado -declara Tavis con una lastimera sacudida de cabeza. -No sé cómo se me ha ocurrido.

- No ha pasado nada -aseguro yo, al tiempo que pruebo a ofrecerle una de mis más encantadoras sonrisas, si bien resulta un tanto endeble. -Estoy bien, de veras.

- ¿Seguro?

- Todo en la Tierra está bien.

Tavis suspira hondo, y noto que parte de la tensión le va abandonando. Nos paramos en un semáforo y se gira hacia mí.

- A pesar de todo, lo hemos pasado bien.

- Sí.

Me sonríe y acelera de nuevo el coche.

- Creo que has patinado antes.

- Sí -respondo. -Puede que en otra vida fuera la reina de una discoteca de esas en las que se baila sobre patines.

Nos echamos a reír y se me va pasando el aturdimiento. Me echo hacia atrás en el asiento con

los ojos cerrados, y disfruto del viaje hasta que Tavis frena delante de la casa de Daniella.

- Ya hemos llegado -anuncia. -Sanos y salvos.

- Sí.

Por pura casualidad, pienso.

Tavis se gira en su asiento y me mira de frente.

- Pásatelo en grande esta noche -dice con tono serio. Percibo una ligera sombra de tristeza alrededor de sus ojos. -Reserva un guiño para un camarero amigo.

- Lo haré. -Me inclino hacia él y le doy un leve beso en la mejilla. Su piel, cálida por el sol, sabe a mar. -El año que viene recibirás una invitación en condiciones, estoy convencida.

- Bájate del coche -me apremia, -o llegarás tarde.

Arriesgo otro beso.

- Gracias por lo de hoy. Ha sido genial.

Cuando me dispongo a abrir la portezuela, se atranca. Le doy un fuerte empujón, pero es inútil. Se ha atascado. Empujo otra vez.

- Tiene truco -apunta Tavis. -Gira la manilla de un lado a otro.

Giro. Empujo. Sacudo.

- No; parece que no quiere.

- Espera -dice Tavis, y hace amago de salir del coche. -Yo lo haré.

- No te preocupes. -Descarto su ofrecimiento con un gesto de la mano. -Puedo arreglármelas sola.

Me levanto de mi asiento con la intención de saltar por la ventanilla, como tantas veces he visto hacer a Tavis.

- ¡Espera!

Me giro hacia Tavis mientras inicio el salto y, tras reparar en el gesto de horror en su rostro, veo que tengo el cinturón del asiento enrollado en el pie. Pero demasiado tarde. «Houston, hemos despegado». Ya me he lanzado.

- ¡Nooooo!

La escena es parecida a la del reciente incidente con los patines: hay demasiado aire entre mis pies y tierra firme.

- ¡Aaaay!

Cuando Tavis hace esto siempre se las apaña para parecer al mando de la situación. Yo no lo estoy consiguiendo. Noto que doy una voltereta al estilo de los dibujos animados y trato de colocarme hacia arriba; pero no debí de ser un gato en una vida anterior y no aterrizo gentilmente sobre los pies, sino sobre la cara. Las rodillas y codos no se encuentran muy lejos.

Y Tavis tampoco. Ha salido del coche y se coloca de cuclillas junto a mí antes de que haya tiempo de decir «menuda estupidez que has hecho». Está pálido como la cera.

- ¿Te has hecho daño?

- Sí -digo, porque efectivamente me he hecho daño en todo el cuerpo. La nariz y el labio me sangran. No estoy llorando, pero sólo porque la conmoción me lo impide.

- ¿Puedes ponerte de pie?

Únicamente si me reconstruyen empleando clavijas de metal y tecnología biónica. Nunca más volveré a pensar que El hombre de los seis millones de dólares era una tomadura de pelo.

Levanto la cara de la acera con dificultad, dejando atrás lo que parecen imprescindibles jirones de piel.

- ¿Qué crees que dirá Gil? Tavis niega con la cabeza.

- No lo sé -admite. -Supongo que nada agradable.

CAPÍTULO 70

La limusina blanca frena delante de casa de Daniella. Presa del nerviosismo, lanzo una mirada a mi amiga.

- Ya está aquí.

- Tienes un aspecto estupendo -me reconforta Daniella. -Nadie se dará cuenta.

Me toco el labio con dedos vacilantes. ¡Ay!

Daniella da un respingo.

- ¿Estás segura?

- Bueno -responde; -casi nadie.

Me miro en el espejo.

- Sobre todo los que tengan estrabismo, o un ojo de cristal.

- No te toques el labio -me urge Daniella con rostro preocupado. -Puede volver a sangrar.

- ¡Joder! -exclamo, pues no se me ocurre una expresión más apropiada.

Suena el timbre. Empujo a Daniella hacia la puerta.

- Ve tú.

Ella se oculta detrás de mí y me empuja a mí hacia adelante.

- En algún momento tendrás que enfrentarte a él.

- Dile que me he muerto.

Sus ojos se iluminan.

- ¡Podemos decir que has tenido un accidente de coche!

- No puedo hacer eso.

- Al menos conseguirías un poco de comprensión.

No le falta razón. El timbre suena otra vez. Respiro hondo y abro la puerta. La sonrisa de Gil se le congela en el rostro.

- ¿Qué coño te ha pasado?

La opción del accidente de coche imaginario hace pausa en mi cerebro y es sometida a consideración.

- He tenido un accidente.

- Desde luego que sí -afirma él. La preocupación le oscurece el semblante. -¿Te encuentras bien?

- Bueno… -No sé muy bien lo que significa «encontrarse bien». Tengo un ojo morado, una rozadura escarlata en la mejilla y un labio partido; me he desconchado un diente y noto como si tuviera una cuchilla de afeitar insertada en la boca, aunque no creo que esto último se note; puede que me haya roto las costillas, no me queda piel en los codos ni las rodillas, y uno de mis tobillos ha adquirido un tamaño doble del habitual; buena parte de mi cuerpo se está tiñendo de azul oscuro.

- Bueno -digo yo con voz animada, -aún estoy en condiciones de ir de fiesta.

Un gesto ensombrece el rostro de Gil. Su expresión ya no denota preocupación, sino más bien

parece decir: «¡No puedes ir con esa pinta!».

Daniella me ha puesto en la cara medio kilo de base de maquillaje y me ha hecho ingerir a la fuerza varias pastillas de Tylenol extra fuerte. Me ha prestado una estola de gasa blanca para ocultar las heridas de los codos. El magnífico vestido con el que yo quería estar maravillosa me cubre las rodillas y siempre que no intente comer, caminar o, en términos generales, pasar un buen rato, creo que estaré bien.

A pesar de que luzco los diamantes de su madre y estoy enfundada en una prenda propia de una estrella de cine, Gil no logra apartar la mirada de mi labio partido.

- ¿Te duele? -pregunta. Aún no se ha acercado a mí ni un centímetro.

Me duele de narices.

- Sólo cuando me río -respondo, intentando sonreír sin que el labio vuelva a sangrar.

- ¿Seguro que quieres seguir adelante? -Parece otra vez preocupado, e hipnotizado al mismo tiempo. -Podemos no ir.

¿Dejar de ir? ¿Perderse los Oscar? ¿Está loco, o qué? Seguiría queriendo ir aun en camilla, lo que, para el caso, sería casi lo mismo.

- Me gustaría ir -afirmo con voz débil, -pero sólo si no te importa que tenga esta facha.

Noto la determinación reflejada en su semblante.

- Estás fantástica -asegura, si bien no detecto sinceridad en sus palabras. -Siempre estás guapísima.

Arriesgo una sonrisa más amplia y el labio me tira ligeramente.

- Más vale que os marchéis -nos apremia Daniella con cierta angustia.

- Sí -replica Gil, -más vale.

Me pongo en camino y me acerco cojeando hacia él. Me coge del brazo y trato de no quejarme cuando el codo me roza con su chaqueta. ¡Aaaaay! Siento ganas de llorar. Lo he echado todo a perder. Esto iba a ser perfecto y la he jodido a base de bien. Me gustaría decir que es culpa del maldito Tavis, pero no es verdad, la culpa es mía. Mía y de nadie más.

Mientras avanzo a trompicones hacia la limusina, me pregunto si a Gil se le habrá ocurrido pedir que quitaran las etiquetas. Siempre me acecha el temor de salir de casa con la etiqueta del precio colgando de las prendas. Antes me pasaba porque la ropa era demasiado barata; ahora, porque es demasiado cara. Pero después pienso que el hecho de que alguien eche una ojeada a un trocho de cartón es el menos trascendental de mis problemas en este momento.

- ¿Cómo te has hecho esto? -me pregunta Gil mientras me conduce con cuidado hacia la portezuela abierta. Contemplo a Dolores, pero mi pila de chatarra, aparcada en el camino de acceso, sigue oxidada y relativamente ilesa, por lo que no me sirve de coartada. El chófer me mira y, al reparar en mi cara, da un respingo.

Gil sigue sin apartar la vista de mí, horrorizado, y espera a que le informe.

- Me caí -explico yo.

- ¿Desde lo alto de un edificio de diez plantas?

- Me tropecé. En la acera -mascullo, al haber llegado a la conclusión de que es mejor no mencionar el episodio del salto por la ventanilla.

- Pobrecita.

Con torpeza, Gil trata de acurrucarme y yo hago una mueca de dolor. Sacude la cabeza, anonadado, y me ayuda a introducirme en el vehículo.

- ¿Acudió alguien en tu ayuda?

- Sí -respondo de forma concisa para no incriminarme más. No me atrevo a decirle que fue mi poco fiable amigo, el actor, quien me ayudó. Si Gil llegara a enterarse, la cara se le pondría más negra que el esmoquin que lleva puesto.

CAPÍTULO 71

Parece ser que Hollywood se había convertido en poco menos que un vertedero. La Ciudad de Oropel había perdido el resplandor y exhibía su sórdido interior con excesiva frecuencia, como el deteriorado árbol de Navidad que ha presidido demasiadas celebraciones y ya no es capaz de mantener su brillo. La sombría realidad del Hollywood de hace unos años, empobrecido y desaliñado, distaba mucho del Hollywood de la leyenda, rutilante y rebosante de celebridades. Cuesta creer que este lugar decadente" comenzara su existencia como apacible zona residencial para una comunidad cristiana, una especie de utopía dichosamente libre de bares y salones de apuestas. ¡Lo que cambian las cosas!

En los últimos años se ha realizado un colosal esfuerzo por devolver la ciudad a su antiguo esplendor. Le sacudieron el polvo, la acicalaron, la cubrieron con un baño de azúcar glaseado y le hicieron un lifting multimillonario que ha debido batir el récord en lo que a cirugía plástica se refiere (las facturas de Cher ni siquiera se le acercan). Y aunque Hollywood no ha recuperado la gloria de antaño en su totalidad, se ha llevado a cabo un buen trabajo. Las bolsas de los ojos han desaparecido, los pómulos quedan altos y marcados, y la barbilla ha recobrado la juventud.

Gil me ha estado contando estas cosas en la limusina, al tiempo que trataba de no mirarme. Yo estaba deseando disfrutar de este día y todo está saliendo fatal. Podría tratarse de una experiencia única en la vida, y desearía no tener que vivirla con las rodillas de color azul marino.

Un escalofrío me recorre el cuerpo a medida que nos desplazamos lentamente en el ostentoso atasco de limusinas de Highland Avenue y vislumbramos el gigante y glamuroso cartel de HOLLYWOOD en la falda de la colina. Gil lo señala.

- Originariamente se colocó como anuncio de una propiedad inmobiliaria -indica Gil. -A la gente le gustó, y no lo quitaron.

Nunca me había parado a reflexionar en el origen del cartel, pero hubiera pensado que se trataría de algo más significativo que un episodio relacionado con una urbanización.

- En un principio, el complejo de viviendas iba a llamarse Figwood -añade Gil.

¿Figwood? ¿Convertirse en una estrella de Figwood? No suena igual, desde luego. Nadie hablaría del glamour de Figwood, ¿no te parece?

- Así que el hecho de que la meca del cine no se llame Figwood es una feliz casualidad.

Gil asiente con la cabeza.

- La esposa del constructor escuchó el nombre de Hollywood durante un viaje en tren y le gustó más.

No sé cómo puede ocurrírsele a nadie que «Figwood» sea un nombre con gancho. En alguna parte de mi fuero interno, otra de mis ilusiones es suavemente aplastada. Este lugar es como una mentira colocada encima de otra, y entre todas forman un castillo de naipes.

Se supone que tenemos que comparecer temprano, antes que las multitudes de curiosos, pero no ha sido así. Cuando llegamos, nos encontramos rodeados de aspirantes a actriz que se van abriendo camino entre las grandes y desaseadas masas de público, que han acampado durante

días en tres centímetros cuadrados de acera sólo por entrever fugazmente a sus estrellas favoritas. También hay grandes y desaseadas masas de paparazzi.

- ¿Preparada? -pregunta Gil, y me da un apretón en la mano. Me doy cuenta que es el único resquicio de mi cuerpo que no me duele.

- Intentemos disfrutar de esto -propongo yo con nerviosismo, y percibo que Gil relaja los hombros ligeramente.

- Tienes razón -aprueba. -Confío en que nadie piense que te he dado una paliza.

Y me da la impresión de que sólo bromea a medias.

Salimos a la alfombra roja -que en realidad es granate. -Las multitudes comienzan a chillar y quedamos cegados por las luces de un millar de cámaras. Tal vez Gil sea lo suficientemente conocido para justificar una fotografía, no sé. Bueno, estoy convencida de que no. Sin embargo, ese detalle no parece influir en los fotógrafos. Me llaman para que me coloque mirando aquí y allá, en caso de que más tarde pudieran descubrir que yo era alguien importante.

La alfombra, moteada de gigantescas reproducciones de la estatuilla de los Oscar, se extiende por espacio de kilómetros y nos sumamos a una lenta procesión que se dirige al rutilante teatro que se construyó ex profeso para la ceremonia de entrega de los Oscar como parte del proyecto de regeneración de la zona. El corazón me late con tanta fuerza como la cabeza, y no consigo creerme que estoy aquí.

Llevo varias semanas en la ciudad -cuartel general de las estrellas de cine- y hasta ahora no he visto a ninguna celebridad, ni una sola. Ni siquiera a alguno de los actores de series de televisión como Urgencias, El ala oeste de la Casa Blanca o Los Soprano, y mucho menos a ninguna de las grandes estrellas de la gran pantalla. A menos, claro está, que incluyamos a Noah Bender luciendo unas bragas en el salón de Gil. Ahora estoy en un firmamento de constelaciones, en el que las estrellas se desplazan de un lado a otro lanzando sus destellos. Todos están aquí: Nicole Kidman y Tom Cruise (por separado, ni que decir tiene), Sharon Stone, Dustin Hoffman, el apuesto Denzel Washington, Russell Crowe (intento no desmayarme), Robert Bob Redford, el guapísimo Ben Affleck y el permanentado y bronceado Silvestre Stallone, cuya madre se dedica a leer traseros. El ambiente está cargado a tope. Hay más dientes y diamantes a la vista de los que jamás he visto en mi vida. ¿Cómo voy a lograr que me crean cuando vuelva a por comida china al Wing-Wah?

Me alegro muchísimo de que Gil se haya preocupado tanto porque yo viniera vestida en condiciones. Me reclino contra él y le aprieto ligeramente. Una docena de flashes recoge el momento.

- Esto es una histeria colectiva -susurro.

- Bienvenida a Los Ángeles -replica con una sonrisa irónica. Nos detenemos entre el tumulto y me clava sus ojos azul pálido. -¿Estás bien?

Justo cuando creo que no vamos a ninguna parte con esta relación, que nunca nos las vamos a arreglar para que funcione, me vuelvo a enamorar otra vez de él.

- Sí -respondo, -estoy muy bien.

Por fin alcanzamos la entrada y nos sumamos a la multitud en el vestíbulo del teatro, en espera

de que los acomodadores nos conduzcan a nuestros asientos en el patio de butacas. Seguro que es un vestíbulo agradable, pero no logro ver nada más que gente hasta en el último rincón. Hace calor, y no es posible dar un paso debido al gentío, de manera que, aunque estoy muy emocionada, tengo ganas de sentarme de una vez.

Un joven ataviado con un esmoquin de lo más moderno, con un dragón bordado en una de las mangas, se acerca a nosotros. Estrecha la mano de Gil y yo lo identifico como el director de catorce años con el que Tavis trabajó como doble de trasero.

- ¡Eh! -saluda a Gil. -Creía que evitabas estas cosas como a la peste.

- Tengo que venir de vez en cuando -responde Gil, -para que sepan que aún estoy vivo. -Gil se gira hacia mí, al igual que el director absurdamente joven. -Te presento a Toby Portman. Va a dirigir *Amante a la fuga*.

- Lo estoy deseando, colega. -El superhéroe adolescente da una palmada. -Vamos a darles una buena patada en el culo.

- Empezamos el casting en un par de días -me informa Gil.

No tenía ni idea. No sé casi nada acerca Gil, ni de su vida. Y no me parece bien, la verdad.

- Tengo que irme -dice Toby. -Nos vemos luego. -Me estrecha la mano. -Encantado de conocerte.

- Es uno de los mejores -indica Gil en cuanto el director se encuentra a la distancia suficiente. -He tenido suerte al conseguirlo.

- Parece muy joven -comento yo. -¿Pasa aquí lo mismo que en el resto del mundo con los policías? Uno sabe que se está haciendo mayor en Hollywood porque todos los directores parecen recién salidos del instituto.

Gil se encoge de hombros.

- Esto es Hollywood. Cuando pasas de los treinta, empiezas a descender por el otro lado de la colina; puede que antes de cumplirlos.

Es una idea de lo más deprimente. Yo me siento como si aún no hubiera empezado a subir.

Una mujer delgada de cabello oscuro se acerca a nosotros. Lleva un traje largo de seda, de color esmeralda.

- ¡Gil! -exclama, y besa a mi acompañante, quien se muestra bastante sorprendido.

- Katherine.

- No esperaba encontrarte aquí -dice ella.

- No, no… -balbucea Gil. -Yo tampoco.

Y yo no sé si quiere decir que no esperaba verla a ella aquí o que no esperaba estar él aquí.

- Tienes un aspecto fantástico -comenta ella.

Los ojos de Gil recorren el vestido esmeralda y el resto de la mujer.

- Tú también.

- Ha pasado mucho tiempo.

- No sabía que hubieras vuelto a la ciudad.

- En la Costa Este hace mucho frío en invierno -replica Katherine imitando un escalofrío.

¡Hola! ¡Sigo aquí!

- Hola -digo yo, con ganas de darle a la desconocida un puñetazo en la nariz y, al tratarse de Hollywood, me pregunto si será la suya propia.

La mujer me ofrece una serena sonrisa.

- Debes ser Gina.

Lanzo una mirada a Gil, quien se ha puesto blanco como el papel.

- No -apunta, saltando a mi rescate, -Gina y yo también rompimos.

¿También?

- ¿En serio? -Ahora es Katherine la que se muestra sorprendida. -No me había enterado. Lo lamento mucho. Formabais una pareja estupenda.

Siento ganas de vomitar en mi diminuto bolso de fiesta.

- Te presento a Sadie -dice Gil. -Es inglesa.

¿Es inglesa? ¿Es ésa toda la descripción que merezco?

- Vaya -dice Katherine mientras un atractivo hombre más joven que ella se acerca y la toma de brazo.

- Tenemos que ocupar nuestros asientos, cariño -dice al tiempo que saluda a Gil con un brusco gesto de cabeza.

- Te acuerdas de David, ¿verdad?

- Cómo podría olvidarme -responde Gil.

Tengo la impresión de que me estoy perdiendo una información esencial.

- Tenemos que vernos -dice Katherine. -Almorzar algún día.

- Desde luego.

La fragante nube que envuelve a Katherine y joven amante nos abandonan.

Miro a Gil en espera de una explicación.

- Es Katherine -declara.

- De eso sí me he enterado. -No recibo más detalles. -¿Almorzar?

- En esta ciudad, «almorzar algún día» significa «espero que no volvamos a vernos en lo que queda de vida».

- Es una antigua novia, ¿no?

Gil niega con la cabeza. Aprieta los labios, que se ven blancos.

- No -responde. -Es una antigua esposa.

- ¿Otra? -Necesito sentarme. -¿Has estado casado dos veces?

- ¿Y eso cambia las cosas?

- A mí me parece que sí. -Por el momento no sé muy bien en qué medida. -¿Por qué no me lo dijiste?

- Sadie -argumenta Gil y, dadas las circunstancias, suena más exasperado de lo que debiera, -desde que has llegado apenas hemos pasado cinco minutos a solas. Ni siquiera sabes la marca de cereales que prefiero, y mucho menos mi vida sentimental pasada.

- Bueno -replico yo, -pues yo creo que una cosa es mucho más relevante que la otra.

- Nos casamos al poco tiempo de salir del instituto. Duró dos años. Fue uno de esos matrimonios de principiantes, una especie de aperitivo.

- Gracias por contármelo.

- Y me gustan los Cheerios, aunque de vez en cuando también tomo Golden Grahams.

Yo hubiera clasificado a Gil como un hombre de Kashi GoLean, pero ahora no voy a enredarme con eso. A través del gentío vislumbro otra cara, más familiar. Gina nos ha visto y ella y Noah se abren camino hacia nosotros entre la multitud. Por unos instantes, el alma se me cae a los pies. Si el matrimonio con Katherine fue el aperitivo, éste debe de ser el plato principal. Puede que las cosas no hubieran ido viento en popa, pero lo último que ahora me hace falta es que la mujer actual de Gil haga su aparición contoneándose con sus tacones de aguja de doce centímetros.

- ¡No! -Está claro que el alma de Gil también se le cae a los pies.

Noto que traga saliva y que la cara se le vuelve aún más blanca, por imposible que parezca. Le tiro de la manga.

- Gil, ¿qué te pasa?

- Ya lo verás -me dice con tirantez.

La multitud abre paso y Gina se planta de sopetón frente a nosotros. Noah se coloca a la derecha, cual lacayo entrado en años. Y ahora sé por qué el rostro de Gil parece una de esas caras esculpidas en la roca del monte Rushmore. Es mi peor pesadilla hecha realidad. Qué coincidencia tan cruel. El error social más terrible que una mujer puede cometer. Al contrario que yo, Gina no parece perturbarse lo más mínimo. Lleva un vestido exacto al mío, idéntico a mi precioso y rutilante vestido, y lamento decir que lo rellena en ciertos lugares de una forma con la que me resulta imposible competir. Daniella me ha contado que la única manera de saber si unos pechos están hechos de silicona es iluminarlos en la oscuridad con una linterna -por lo visto, la silicona brilla. -Ojalá pudiera cortar la luz, ojalá llevara conmigo una Pen-lite All Purpose con pilas alcalinas Duracell. Entonces, Gina también se sentiría como una idiota.

- Hola -dice con voz animada, dejando al descubierto los dientes y las amígdalas.

- ¿A qué crees que estás jugando? -masculla Gil a través de sus labios blancos.

- ¡Vaya! -exclama ella, bajando la vista hacia su vestido por primera vez. Se lleva la mano a la boca para ahogar una risita. -¡Iguales!

Siento ganas de abofetearla.

- Sabías que yo había elegido ese vestido para Sadie -dice Gil conteniendo la ira.

¿Lo sabía? ¿Cómo pudo enterarse? Pero enseguida me percato de que no se trata de una coincidencia. Lo que pasa es que Gina es una mujer despechada y mezquina. Sea cual fuere el motivo que se esconde detrás de esto, prefiero no averiguarlo.

- Es verdad -admite Gina mientras pone los ojos en blanco. -Se me debe de haber olvidado. -Estás muy guapa -digo yo en voz baja.

- Tú también -coincide Gina. -Incluso llevas los diamantes de la madre de Gil. -Ella hace ostentación de su escote desnudo y su abultado busto. -A mí me encantaba ponérmelos, aunque están un poco pasados de moda.

Mi busto -el poco que tengo- también está abultado, pero de rabia.

Los cuatro permanecemos de pie, intercambiando silencios elocuentes.

- Las dos estáis fantásticas -interviene Noah. -Parecéis gemelas.

Gina deja caer la mandíbula y le lanza una mirada asesina.

Noah da un respingo, pero no parece entender la reacción. Levanta la mano.

- No veo cuál es el problema.

- ¡Parece que la han utilizado de saco de boxeo!

- Pues yo creo que le aporta personalidad a la cara -comenta Noah de forma reflexiva. -Nadie más ha elegido esa clase de look.

- Eres imbécil.

Gina da un empujón a la muchedumbre con una sonora y obscena exclamación.

Noah se encoge de hombros.

- A mí me agradaría que a otra persona le gustase mi vestido hasta el punto de comprárselo.

Si no fuera por mi labio partido, me arriesgaría a sonreír.

- Gracias, Noah -digo yo. Es un hombre encantador, a pesar de su adicción a las sustancias fuertes y su debilidad por la ropa interior femenina. -Son cosas de mujeres.

El decadente cantante de rock de fama internacional se acerca a mí y me susurra suavemente al oído:

- ¿Podrías prestármelo alguna vez?

Hago un esfuerzo sobrehumano por verlo de la misma forma que sus legiones de fans incondicionales.

- Te llamaré para comentarlo, ¿de acuerdo?

- Claro, muñeca -responde Noah, y desaparece a través del gentío.

CAPÍTULO 72

Tavis se tiraba penosamente de la pajarita. La camisa que llevaba era de una talla menos que la suya y le daba la impresión de que el cuello le estaba estrangulando.

La fiesta principal de la noche de los Oscar es el baile del Gobernador, organizado por la Academia. Todo el mundo que es alguien asiste, y también unos cuantos que no son nadie. El salón de baile en el que se celebra, de cuyos techos cuelgan relucientes lámparas de araña del tamaño de estaciones espaciales, es la quintaesencia del esplendor.

- Atención todo el mundo, ¿estamos preparados? -preguntó el camarero jefe. -¿Tenemos nuestros aperitivos?

Tavis miró la bandeja de plata que tenía frente a él. Desde luego que tenía sus aperitivos, al igual que el ejército de sirvientes que se alineaba en filas detrás de él. Parecía el alimento de la muchedumbre del desierto, sólo que en Hollywood nadie iba a confiar en unos cuantos panes y peces para obrar el milagro. La versión de la Ciudad de Oropel consistía en atún a la tártara, pasteles de cangrejo

Maryland, hamburguesas en miniatura con queso roquefort, delicados *blinis* con caviar de primera calidad, *tempura* de gambas y una docena de otras exquisiteces cuyos nombres tenían que memorizar. Cada bandeja sería presentada por los camareros como si éstos fueran a hacer una audición para un papel de protagonista, ya que aquella noche los venerables invitados eran capaces de forjar o destrozar futuros, y uno nunca sabía cuando podría ser descubierto y catapultado a la fama.

La sala se iba llenando, y el champán empezó a circular a medida que los afortunados asistentes hacían su entrada. Todo relucía para reflejar lo rutilante de la ocasión: se veían más flores y más plata que en un episodio de *Dinastía*, y sobre cada una de las mesas había un recipiente con peces exóticos apoyado precariamente sobre sendos soportes, junto a una nota que solicitaba que los invitados no se comieran los peces -Tavis se preguntaba por qué se los iban a comer.

Tavis se cuadró de hombros. Si Brad Pitt comenzó su carrera en Hollywood disfrazado de ave, recorriendo Sunset Boulevard para anunciar el restaurante El Pollo Loco, no había razón por la que él no pudiera servir como camarero a los multimillonarios y las celebridades.

- Nos vemos de vuelta en el rancho -le dijo Joe con un guiño. -Feliz cacería. Sirve las mesas mejor que nunca.

Tavis inició su camino a través de la muchedumbre, compuesta de extasiados ganadores que chillaban y se abrazaban, así como de perdedores con labios apretados y ademán resueltamente estoico. Con el rabillo del ojo divisó a Gil McGann, que se encontraba solo. Rápidamente paseó la vista por la estancia en busca de Sadie, pero no la localizó. Confiaba en que se las hubiera arreglado para estar allí. Tavis se sentía fatal. Ella había asegurado que estaba bien, pero tenía un aspecto terrible cuando la dejó en casa de Daniella y Tavis sentía que él había tenido la culpa. Tenía que enterarse de si aún seguía de una pieza, de modo que se fue abriendo camino hasta Gil.

Tras varios desvíos de la ruta, consiguió ofrecer sus aperitivos al novio de Sadie, quien eligió

una hamburguesa en miniatura. Tavis se aclaró la garganta, pero los ojos de Gil estaban ocupados recorriendo la sala y no se fijaron en él.

- Hola -dijo Tavis.

Una sombra de identificación recorrió el semblante de Gil.

- Hola, ¿qué tal? -Con una rápida ojeada, vio el uniforme blanco y almidonado.

- ¿Ha venido Sadie? -preguntó Tavis.

Gil disparó las cejas hacia arriba a causa de la sorpresa, y clavó la mirada en Tavis.

- Quería asegurarme de que está bien -explicó éste, consciente de que corría el peligro de balbucear. -¿Ha venido, por fin?

- Sí, ha venido -respondió Gil con lentitud. El corazón de Tavis dio un vuelco de alegría. -¡Vaya! -exclamó. -Eso es genial. Estaba muy preocupado por ella. Fue culpa mía, colega. La puerta de mi estúpido coche…

- ¿La puerta de tu coche?

- Siempre estoy diciendo que voy a arreglarla. -Tavis mostró una expresión de angustia. -Si lo hubiera hecho, Sadie no tendría que haber salido por la ventanilla.

- ¿Salió por la ventanilla de tu coche? -preguntó Gil. -¿Así es como se cayó?

- Sí. -Tavis rememoró la escena. -Creo que estaba más alterada de lo que ella creía. -Alterada, ¿por qué?

Tavis hizo una breve pausa, pero era demasiado tarde. Se mordió el labio.

- Por el accidente con los patines.

- ¿Patines?

- Sí. Fue una idea descabellada. Lo siento, amigo.

- ¿La llevaste a patinar?

- Se le dio bien… durante un rato -añadió Tavis.

- Ah, ¿sí?

- Fue el tipo aquel con el tanga y la pipa -explicó Tavis. -Creo que la despistó. El rostro de Gil se ensombreció.

- ¿El tanga y la pipa?

En ese momento apareció Sadie. Estaba tan sumamente hermosa y llevaba un vestido tan increíble que Tavis estuvo a punto de lanzar un grito, pero se contuvo a tiempo. Aun rodeada de algunas de las bellezas más espectaculares de Hollywood, a su paso levantaba una oleada de murmullos. Tavis vio cabezas que se giraban y gente que comentaba. Entendió la razón cuando Sadie llegó junto a Gil.

Seguía estando impresionante, pero de cerca se notaban los cortes y magulladuras. Tenía sangre seca en el labio partido y apenas podía cerrar el ojo morado. Cuando intentó sonreír, hizo una mueca de dolor.

- Mierda -dijo Tavis.

- Gracias -replicó Sadie.

Gil se giró hacia ella y en su cara no se adivinaba rastro de sonrisa.

- No me dijiste que Tavis te había llevado a patinar.

- Ah, ¿no? -dijo Sadie con una especie de graznido.
- No -repuso su novio. Ella apretó los labios.
- Trato de borrar la experiencia de mi mente.

Ambos miraron a Tavis.

- Más vale que continúe -dijo. -Tanta gente, tantos aperitivos. La *tempura* de gambas está exquisita.
- ¿En serio? -replicó Gil.

Tavis le ofreció la bandeja, pero Gil permaneció impertérrito. Sadie ladeó la cabeza de forma apenas perceptible, pero estaba clara su intención de pedirle a Tavis que se marchara.

Este mostró su expresión más animada.

- ¿No te apetece?
- Hay algo que me sí apetece -respondió Gil con voz monocorde. -Pero no se trata precisamente de los aperitivos.

Tavis pensó que si Gil se salía con la suya, seguro que aquella noche sería catapultado; pero no al estrellato, precisamente.

CAPÍTULO 73

Esto va de mal en peor. Lo que iba a ser la mejor noche de toda mi vida se está convirtiendo en *Scary Movie*. Tavis parecía tan deprimido que dio la impresión de que iba a lanzarse sobre su bandeja de aperitivos y ejecutar la versión culinaria del haraquiri.

Gil, quien para empezar no estaba gratamente impresionado por mis cortes y magulladuras, está aún más afligido ahora que conoce la identidad del principal instigador de mis lesiones, aunque no puedo echar todo el peso de la culpa sobre Tavis. Miro a Gil en busca de apoyo, pero a cambio recibo una sonrisa cansina y forzada. Nunca lo he visto más irritado. Creo que piensa que se la hemos dado con queso-o ya puestos, debería decir que se la hemos dado con roquefort.

No me siento a gusto. Ni en esta sala, ni en esta ciudad; ni con el vestido fabuloso, ni con Gil. Por un irracional momento deseo estar en Londres, con mi empleo aburrido e insignificante y mi aburrida e insignificante vida. No debería encontrarme aquí, entre la aristocracia de Hollywood. Soy una impostora, una estafadora, un fraude. No formo parte de este mundo.

Para empeorar las cosas, el otro traje fabuloso se dirige hacia mí: Gina atraviesa el gentío con una confianza que yo nunca he conseguido. El vestido se ve admirable relleno por la sonriente Gina, con sus pechos neumáticos inflados al máximo y en alerta roja. Hace girar las cabezas a causa de su belleza, y no porque parezca que acaba de ser apaleada. No puedo hacer frente a esta situación, ni ahora ni, probablemente, nunca. Me siento sitiada por ex esposas que son más guapas que yo. Me duele la cabeza, pero no tanto como los pies y ni mucho menos que el alma.

Tiro de la manga de Gil.

- Tengo que ir al lavabo.

Se gira hacia mí.

- Si acabas de volver -argumenta. -¿Te encuentras bien?

No, no me encuentro bien. Me encuentro desgraciada. Quiero que me ames. No quiero competir con tus esposas -ex o de otra manera- porque nunca podré ganar. Quiero que pasemos tiempo a solas, tú y yo, para poder conocernos. No quiero estar en esta sala llena de gente que no conozco y nunca conoceré, hablando de temas de los que no entiendo; no quiero comerme los peces de colores de las peceras y me cuesta creer que nadie pueda considerarme capaz de hacerlo. Y todo esto me hace caer en la cuenta de que no encajo aquí. Me siento a gusto en la lluviosa Gran Bretaña, con su clima frío y su té caliente, realizando trabajos banales por los que me pagan una miseria, pero que ni proporcionan maravillosos compañeros que me apoyan -ninguno de ellos tiene pechos falsos y a ninguno se le ocurriría comerse los peces de colores.

- Sí -le digo a Gil devolviéndole su cansad sonrisa. -Estoy perfectamente.

Y antes de que Gina pueda irrumpir otra vez en mi universo y mi autoestima, salgo corriendo hacia el lavabo como un galgo por la pista de White City.

CAPÍTULO 74

- He visto a Sadie salir corriendo -comentó Gina. -¿Qué le pasa?

- No se encuentra bien -respondió Gil. -Por lo visto, se hizo esas magulladuras esta tarde, al caerse de un coche después de haber tenido un accidente de patinaje. Aún está un poco alterada.

- ¿Patinaje? -Gina no daba crédito. -¿Esta misma tarde, justo antes de la noche de los Oscar? Tendría que haber estado en el salón de belleza.

De repente, Gil cayó en la cuenta del motivo por el que Sadie se había marchado precipitadamente: ya no aguantaba más. Una ex esposa de la que ella no sabía nada había aparecido como caída del cielo; una mujer a punto de convertirse en otra ex esposa se había presentado vestida igual que Sadie. ¡Claro! No quería ver a Gina con su mismo vestido, aquel vestido que tanta ilusión le había hecho y que ahora la mujer de Gil, con toda intención, había echado a perder. Se maldijo a sí mismo por haber sido tan poco atento. Miró a Gina y sintió una oleada de afecto hacia su novia inglesa, esa mujer alegre y llena de vida, y supo que amaba a Sadie, entre otras cosas, porque era la clase de persona capaz de dedicar la tarde a patinar con un amigo -si bien amenazadoramente atractivo- en lugar de pasarse horas y horas aguantando lo que quiera que hagan a las mujeres en los salones de belleza.

- Le has estropeado la noche al venir así vestida -recriminó Gil. -Ha sido muy cruel por tu parte.

En un primer momento dio la impresión de que Gina iba a protestar, pero luego cambió de idea.

- Lo nuestro se ha terminado, Gina. Voy a seguir mi propio camino. Nada de esto me duele; sólo te hace parecer mezquina.

Gina abrió la boca y la volvió a cerrar.

- ¿Por qué no te alegras por Sadie y por mí? Ya no te amo -declaró Gil, -y si sigues comportándote de esta manera, llegaré a aborrecerte. -Gina suspiró.

- ¿Has terminado?

- Sí, respondió Gil.

- Lo siento -se disculpó Gina. -He cometido una estupidez. Sadie es encantadora. No debería haberle hecho esto.

- Pues entonces ve a buscarla -terció Gil, indicando la dirección en la que Sadie había partido con tanta prisa. -Discúlpate. Haz las paces con ella. Si se lo permitieras, podríais llegar a ser buenas amigas.

- No tan deprisa -advirtió Gina.

- No te vendría mal una buena amiga -opina Gil, -que tuviera los pies en la tierra.

- La buscaré y le pediré perdón por lo del vestido -concedió Gina. -Aún me importas mucho, Gil.

- Entonces, haz las paces Sadie -replicó él. Gina parecía arrepentida.

- De acuerdo.

Mientras Gina desaparecía entre el gentío Gil pensó: «Mira quién habla». Si alguien tenía que disculparse con Sadie, ése era él.

CAPÍTULO 75

Me hallo frente al espejo del lavabo de señoras y me cuesta creer lo horrible que estoy. Me he echado una buena llorera y me encuentro mucho mejor emocionalmente. En cuanto al aspecto físico, en este momento intento reparar los estragos sufridos por mi maquillaje con la esperanza de adquirir un aspecto aceptable antes de regresar a la contienda. Intento acordarme de los días en los que yo no tenía esposas extrañas a las que enfrentarme; resulta que ahora no sólo tengo una, sino dos. Hago un esfuerzo por convencerme a mí misma de que divorciarse dos veces no es nada malo, pero no lo consigo. ¿No indica algún defecto de personalidad, una cierta carencia de capacidad de permanencia? ¿Por qué Gil tuvo que unirse a dos mujeres tan espectaculares? ¿Es que nadie en Hollywood tiene ex mujeres feas?

Acerco la barra de carmín lo más posible a mi labio partido.

- Hola. -Una de las superestrellas de Hollywood llega y se coloca a mi lado. -¿Te importa que use tu lápiz de labios? No sé dónde he puesto el mío.

Creo que me va a dar algo. Claro.

Coge mi barra de Top Shop y la pasa por sus carnosos labios de marca registrada. -Un color precioso.

Ha ganado un Oscar esta noche y se siente afectiva.

- Gracias.

Me mira los moratones.

- ¿Qué te ha pasado?

- Me caí de un coche -respondo, y prefiero no mencionar el incidente con los patines.

- Pobrecita -se apiada la protagonista de una docena de éxitos de taquilla. -Yo vivo aterrorizada de que me ocurra algo así. Meses antes de la noche de los Oscar me meto entre algodones.

- Yo no soy actriz -replico. -La verdad es que da igual el aspecto que tenga.

Y mientras hablo, caigo en la cuenta de que no importa en absoluto. Ni lo más mínimo. No importa si Gil tiene una docena de ex mujeres, porque él ha optado por estar aquí conmigo, él ha elegido mi fabuloso vestido y no tiene la culpa de que su mujer sea una arpía que decidió copiarlo. He venido a los Oscar a pasármelo bien y con tantas tensiones me he olvidado de ello.

- Qué suerte -comenta ella. -Supongo que también podrás disfrutar de toda esa comida maravillosa. Nos la pasan por las narices, pero yo no puedo probar bocado. -Se da una palmadita en el estomago, liso como una tabla, con expresión triste. No puedo tocar nada que no esté hecho con clara de huevo. Tengo que sobrevivir intentando inhalar el aroma de esas delicias.

Realizo mi versión restringida de una sonrisa y reparo en que mi interlocutora está encajada en su vestido con un impresionante corsé de ballenas con el que probablemente le resulte casi imposible respirar, y mucho menos comer.

- Es agradable ver a alguien con aspecto natural -comenta, y no da la impresión de que esté bromeando.

- Creo que parezco bastante más natural de lo que me gustaría.

Sonríe y me devuelve mi barra de labios.

- Gracias.

- De nada.

- Encantada de conocerte. -Se dirige hacia la puerta. -Tómate una de esas pequeñas hamburguesas por mí -dice por encima del hombro.

Y se me ocurre que quizá lo haga.

¡No! ¡No, por favor! Cuando me dispongo a salir del lavabo de señoras con renovada confianza, veo que Gina avanza en mi dirección. No quiero que me reviente la burbuja, ahora que acabo de inflarla otra vez. Me siento ligera, como flotando, y ella tiene todo el aspecto de empuñar un alfiler. Observo a mi acérrima enemiga; parece que busca a alguien, y albergo la esperanza de no ser detectada, pero está claro que se dirige hacia mí. Mierda. Paseo la vista por los alrededores en busca de un medio de escape, pero creo que sólo hay un pasillo que conduce de vuelta a la zona principal de recepción, donde ambas nos encontramos. Estamos destinadas a toparnos, nos guste o no.

Oculta tras un grupo de hombres vestidos de esmoquin, miro rápidamente a mi alrededor y veo una puerta de aspecto anónimo, la clase de puerta que no notarías a menos que estuvieses buscando algún escondite para escapar de la esposa del amor de tu vida. La clase de puerta tras la cual un superhéroe se quitaría la ropa para quedarse en mallas y calzones sin que nadie se diera cuenta. Gina avanza hacia donde yo estoy, pero por el momento no me ha visto. A la velocidad del rayo, entro y cierro la puerta detrás de mí.

Estoy en una especie de armario de almacenaje. Me he quedado inmóvil y, por alguna razón misteriosa, contengo la respiración. Mentalmente trato de averiguar dónde se encontrará Gina en este momento. Podría estar justo al otro lado de la puerta. Aprieto la oreja contra la madera pero no escucho nada. En las películas, cuando la gente se esconde en los armarios para escapar del malo, siempre hay un pavimento que deja oír las pisadas del enemigo, o existe un amplio hueco bajo la puerta que permite ver los zapatos de los malos mientras éstos llevan a cabo su inútil búsqueda, o un ojo de cerradura estratégicamente colocado a través del que puede seguirse el avance del adversario. Aquí hay moqueta gruesa y una puerta perfectamente encajada carente de cerradura, de manera que no puedo oír ni ver nada. Lo que faltaba.

Creo que me sentaré un rato, descargaré el peso de mi pobre tobillo hinchado y aguardaré hasta estar segura de que Gina se ha marchado. Muevo la mano a tientas, encuentro la luz y la enciendo. Una bombilla de pocos vatios me revela que mi armario está lleno de champán. ¡Podría haber sitios mucho peores donde esconderse! Pero no me atrevo a descorchar una botella por si el ruido delata mi presencia.

Hace fresco, y me recuesto sobre un cajón de embalaje para dar un descanso a mis huesos doloridos. Sería capaz de tumbarme y echar un sueñecito. Debe de ser por todos esos analgésicos que he tomado. Decido esforzarme más con respecto a Gil; no debo permitir que esa mujer pegajosa y una ex esposa fraudulenta arruinen una relación en potencia maravillosa. Aprieto la oreja contra la puerta otra vez, pero resulta inútil. Lo único que oigo es la melodía de un piano

lejano y el murmullo de animadas conversaciones. No escucho la pesada respiración de mi rival en amores, por lo que imagino que me encuentro a salvo. Ha llegado la hora de ponerse en marcha y enfrentarse a los hechos.

Me pongo de pie y me estiro. Si mi bolso fuera más grande, podría llevarme una botella de champan para luego; pero es una de esas inútiles carteras de noche que sólo sirven para guardar una barra de labios que puede prestarse a una superestrella de cine. Sonrío para mis adentros y me preparo para partir.

Voy a agarrar el picaporte, pero en el lugar en el que debiera encontrarse un picaporte sólo hall una suave superficie de madera pulida exactamente igual al resto de la puerta. Vaya. Por si acaso me estuviera volviendo loca, realizo otra comprobación. No. Sigue sin haber picaporte alguno. Joder. Debe existir una forma de salir de aquí. Me apoyo contra Ja puerta. Está firmemente cerrada. Esto es absurdo. No puede estar cerrada. ¿De qué sirve un armario si no se puede salir desde el interior? Me apoyo contra la puerta de nuevo, esta vez con cierta presión del hombro al estilo de Eddie Murphy en las películas de *Superdetective en Hollywood*. Todo lo que consigo es acordarme de que ya he cubierto mi cupo en cuanto a darme de bruces con el suelo.

¡Por Dios bendito! ¿Cómo me puede estar pasando esto? Estoy encerrada en un armario mientras a mi alrededor ocurren todo tipo de situaciones maravillosas. Me queda un último recurso: tragarme el orgullo y preparar los puños. Golpeo la puerta y grito:

- ¡Socorro!

Puede que no haya puesto el empeño suficiente, porque no acude nadie. Ahora sí que me gustaría que Gina estuviera acechando junto a la puerta, ya que al menos me sacaría de aquí.

- ¡Socorro! -Esta vez mi voz suena mucho más fuerte y desesperada. -¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Nada.

- ¡Socorro! ¡Sáquenme de aquí!

Pero no viene nadie a sacarme: ni Gina, ni Katherine, ni siquiera la simpática superestrella que conocí en el lavabo. Nadie.

- ¡Socorro! -Esto es patético. A pocos metros se celebra una fiesta con miles de personas; si cerraran el pico por un instante, alguien lograría oírme.

¿Qué pasa con Gil? Debe de echarme de menos.

- ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Socorro!

Lo único que puedo hacer es no dejarme dominar por el pánico, conservar mis energías y volver a intentarlo dentro de un rato. Confío en que los invitados beban sin parar y que alguien tenga que venir en busca de suministro. Lo que me lleva a pensar que si me voy a pasar toda la fiesta de los Oscar encerrada en un armario, más vale que me ponga cómoda.

Elijo una botella de champán y la descorcho lo más cerca posible de la puerta, pero no lo suficiente como para que pueda rebotar y sacarme el ojo. Eso sí que pondría el broche final a la velada. Doy un largo trago y coloco la caja de embalaje de manera que me permita mover la pierna y golpear la puerta repetidamente con el pie sano. Alguien tendrá que oírme, digo yo. Y acto seguido me instalo, botella en mano, dispuesta a esperar.

CAPÍTULO 76

- No sé dónde está -dijo Gina con voz cansada. -He mirado por todas partes.

- Tiene que estar por aquí, en algún sitio -repuso Gil. La fiesta se iba volviendo más ruidosa por momentos y le estaba provocando dolor de cabeza.

- ¿Por qué? Puede que se haya ido a casa en un arranque de furia.

- Sadie no hace esas cosas.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Gina.

Era verdad, no lo sabía; pero no parecía la clase de gesto que haría Sadie. Tal vez estuviera más disgustada de lo que Gil pensaba. Tendría que explicarle lo de Katherine. Era cierto, no había sabido nada de ella ni la había visto desde hacía años. No era otra Gina, pero Sadie no tenía por qué saberlo. Gil y Katherine habían roto de manera amistosa cuando ella, cansada de vivir con un joven y ambicioso productor adicto al trabajo, descubrió que le gustaba un joven y ambicioso actor permanentemente en paro. Se marchó de casa y, casualidades de este mundo, el joven actor alcanzó el éxito en Broadway y se mudaron a la Costa Este para que él pudiera seguir trabajando. Ahora que habían pasado los años, Gil se preguntaba si fue entonces cuando comenzó su fobia a los actores.

Gil no había vuelto a ver a Katherine hasta aquella noche. Resultaba desconcertante, pero su primera esposa era una mujer equilibrada y de ideas propias, es decir, capaz de cuidar de sí misma. No creía haberla amado profundamente, y desde luego ella nunca tuvo el poder de llegarle al corazón o la conciencia en la medida de Gina.

- Demos una última vuelta -propuso Gil- Mira otra vez en el lavabo.

- Vamos, Gil -protestó Gina. -Me duelen le pies. Necesito más champán. Se supone que esto es una fiesta. Acéptalo, Sadie se ha marchado.

- ¿De veras lo crees?

- Claro que sí. Yo no me quedaría si me trataras como a ella -respondió Gina.

- No es eso lo que necesito oír en este momento.

Tavis estaba haciendo otra ronda con una bandeja de aperitivos. Cuando vio a Gil y a Gina, decidió no ofrecerles *tempura* de gambas para evitar el encuentro con ellos.

- ¡Eh, Tavis! -gritó Gil y, con suma cautela. Tavis se acercó. Gil notó que el joven actor clavaba la vista en el vestido de Gina. -¿Has visto a Sadie por algún sitio?

- No -respondió Tavis al tiempo que sacudía la cabeza. -¿Está bien?

- No lo sé -admitió Gil. -Salió disparada, -Gil lanzó una fugaz mirada al vestido de Gil con la esperanza de que Tavis captara el mensaje. Éste indicó con un parpadeo que se daba por enterado -¿Alguna idea sobre adónde podría haber ido?

Tavis negó con la cabeza.

- No, amigo, pero echaré una ojeada por ahí. Déjamelo a mí. Te debo una.

«Sí, que me la debes», pensó Gil.

- Gracias -dijo, y un Tavis aliviado salió a toda prisa de la sala.

- Y ahora, ¿qué? -preguntó Gil. -¿Nos quedamos de pie a esperar?

- De ninguna manera -repuso Gina. -Tengo una invitación para la fiesta de *Vanity Fair*, en Morton's.

- ¿Te han invitado?

Gina se encogió de hombros de forma arrogante.

- Bueno, han invitado a Noah. Pero se marchó a casa hace siglos. Odia las fiestas de otras personas.

Gil no le culpaba.

- Llévame -suplicó Gina. -Llévame en tu limusina. Es la fiesta más chic de todo Hollywood.

- No quiero ir a otra fiesta.

- Sí que quieres -contradijo Gina. -Es la noche de los Oscar. Nadie se marcha a casa antes del amanecer.

- Excepto las estrellas de rock de cierta edad.

- Y las novias malhumoradas.

- *Touché*-dijo Gil, y sonrió.

- Vamos. Deja que Sadie se tranquilice. Estará bien por la mañana.

Gil se mordió el labio.

- No sé si…

Gina enlazó su brazo al de Gil.

- Le pediré disculpas, te lo aseguro. Llévame a la fiesta. Te prometo que no beberé demasiado.

- ¿Estás segura?

- Sólo un sorbito de champán, para relajarme.

Gil pensó que Gina ya estaba lo bastante relajada.

- De acuerdo. -Exhaló un suspiro. -Iremos, pero estaremos sólo un rato.

- Aún te amo -dijo Gina, y le besó suavemente en la mejilla.

- ¿En serio? Bueno, esperemos que Sadie también -repuso él con ironía.

Colocó el brazo alrededor de Gina y la escoltó hasta la puerta, sin darse cuenta de que Tavis los estaba observando.

CAPÍTULO 77

- No entiendo a ese hombre -comentó Tavis mientras cubría un *blini* con una exigua pila de caviar. No sabía si le gustaba el caviar, pero era un gusto que pensaba adquirir en el futuro. Al pasar la lengua por las huevas de esturión hizo una mueca de asco. -Tiene a Sadie enamorada de él y se dedica a coquetear con una mujer que supuestamente es su ex esposa.

Tavis y Joe estaban descansando entre las ruinas del grandioso salón de baile; era la primera vez que se habían visto en toda la noche. Se habían desabrochado la pajarita y la chaquetilla de camarero y se encontraban sentados en el suelo, con la espalda apoyada en la pared, compartiendo los restos de una botella de champán, unos cuantos canapés sobrantes y un porro de marihuana.

- No sé qué decirte -repuso Joe. -Las relaciones heterosexuales son un misterio para mí.
- Y para mí. -Tavis sacudió la cabeza. -No quiero que Sadie sufra.
- Puede que sea demasiado tarde.
- ¿Has visto a Saúl esta noche?
- Sí. -Joe asintió con un gesto. -Quería presentártelo, pero estaba con sus colegas del sector y se mostró muy distante conmigo. Creo que no quería que lo relacionaran con un vulgar camarero. Yo tenía grandes esperanzas con respecto a nuestra relación, pero quizá no dure mucho tiempo.
- No te preocupes. -Tavis le dio un puñetazo en plan de broma. -Siempre me tendrás a mí.

Joe le respondió con una palmada en la espalda.

- ¿Qué haría yo sin ti, amigo mío?
- ¿Conseguir a un compañero de piso que te pagara el alquiler a su debido tiempo?
- Piensa en lo aburrida que sería mi vida si yo siempre supiera de dónde iba a llegar mi siguiente comida.

Tavis se echó a reír.

- Venga, colega. Hagamos mutis.

El equipo de limpieza había llegado y poco a poco la estancia empezaba a recobrar su estado habitual.

- Te acompaño al coche -dijo Joe.
- Tengo que ir al baño -indicó Tavis. -Nos vemos en casa.
- De acuerdo. Prepararé una última copa -dijo Joe agitando la mano en señal de despedida.
- ¡Eh, Joe! -llamó Tavis con un grito. -Gracias por obligarme a hacer esto. Ha sido divertido.

Si bien Tavis había empezado a darse cuenta de que cualquier cosa que implicara ver a Sadie, por brevemente que fuera, podía calificarse de divertido. Se preguntó a dónde demonios se habría marchado, ya que no hubo rastro de ella durante el resto de la noche.

- ¿Sí? -gritó Joe en respuesta. -Supongo que tan divertido como hacerse una depilación brasilera -replicó, y desapareció a través de las cocinas en dirección al ascensor de servicio.

Tavis se encaminó por el pasillo. Con la excepción de los encargados de la limpieza, quienes trabajaban eficaz y silenciosamente, no había nadie por los alrededores, por lo que ahora el salón

de baile se veía completamente distinto a un tiempo atrás, cuando había recordado a un zoológico a la hora de la comida.

A medida que avanzaba hacia el lavabo de caballeros, escuchó un golpeteo que le hizo pararse en seco. Llegaba de una puerta cercana. ¡Ahí estaba otra vez! Tavis se acercó de puntillas y escuchó movimiento. Tal vez fuera uno de los encargados de la limpieza en busca de reservas, o algo parecido. Decidió no intervenir; ya había trabajado bastante durante toda la noche y el dolor de pies le estaba matando. Se dio la vuelta y se encaminó por el pasillo. «Pum». El ruido sonó otra vez. No podía ignorarlo, de ninguna manera.

Regresó a la puerta con paso firme mientras escuchaba otra vez los golpes y giró el picaporte. En cuanto abrió la puerta, le asaltó un chillido estremecedor. La conmoción hizo creer a Tavis que estaba sufriendo un infarto y él también se puso a chillar.

Sadie se calló en primer lugar. Le miró a través de unos ojos que parpadeaban furiosamente.

- ¿Qué haces aquí? -preguntó.

- ¿No debería hacer yo esa pregunta? -replico Tavis, con el corazón aún desbocado. -Eres tú quien está en el armario de la limpieza.

- Me has dado un susto de muerte -terció ella y cayó bruscamente sobre la caja de embalaje de la que acababa de levantarse.

- ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Sadie se frotó la cara.

- Demasiado. -Le entró hipo. -Me escondí para huir de Gina, una de las mujeres de Gil.

- ¿Es que tiene más de una?

- Tiene montones -respondió Sadie. -Me pareció una buena idea, pero después no pude salir.

- Gil te estuvo buscando por todas partes.

- ¿En serio? -El tono de Sadie denotaba una sincera sorpresa. -¿Aún sigue aquí?

- No -repuso Tavis. -Todo el mundo se ha marchado. Me parece que creyó que le habías dejado plantado.

- Tengo que ir a buscarle -dijo ella, y cuando se puso en pie Tavis se dio cuenta de que se bamboleaba. En el suelo había una botella de champán vacía, y Sadie agarraba otra en la mano.

- Veo lo que has estado haciendo para entretenerte.

Sadie miró la botella con ojos huecos.

- Tenía sed.

- Apuesto a que sí -replicó Tavis. -Te estuve buscando, pero no me fijé en este armario.

- ¿Tú me estuviste buscando?

- Sí -respondió Tavis. -Después de que Gil se marchara. -Esbozó una sonrisa. -Sabía que no eras una desertora. -Le quitó la botella de champán. -Pero no se me ocurrió que fueras tan estúpida como para encerrarte en un armario.

- Bueno, pues ahora ya lo sabes -dijo Sadie arrastrando las palabras. -Si soy lo bastante estúpida como para abandonarlo todo y venir aquí, en busca de un hombre que sigue enamorado de la loca de su mujer y tiene otra que casualmente se le olvidó mencionar, entonces es que soy lo bastante estúpida como para tener algún que otro problema para salir de un armario.

- Te llevaré a casa -se ofreció Tavis. -Tienes que dormir la mona.

Sadie salió a trompicones del armario y se agarró al brazo de Tavis mientras caminaban por el pasillo. Cojeaba y cada pocos pasos se caía de los tacones.

- Te vas a hacer daño -advirtió Tavis. Además, a ese ritmo iban a tardar toda la noche en salir de allí. Se agachó. -Sube.

- No voy a consentir que me lleves a cuestas -declaró Sadie, horrorizada.

- Sube -ordenó Tavis de nuevo. -No discutas. Soy tu caballero de la brillante armadura y acabo de rescatarte de una mazmorra donde estabas encerrada para la eternidad. Mi fiel corcel nos espera en el aparcamiento. Sube.

- No seas imbécil -argumentó ella. -Peso muchísimo.

- Practico el levantamiento de pesas -aseguró él.

Sadie se levantó la falda y se abalanzó sobre la espalda de Tavis pero rebotó y, entre risas nerviosas, cayó al suelo sobre las rodillas magulladas. Acababa de descubrir que el champán era un anestésico fabuloso.

- Sadie, vas a hacer que nos caigamos los dos -Tavis intentó mostrarse severo. -Hazlo bien. Sólo un pequeño salto.

- Agarra mi bolso -le ordenó, y le entregó su pequeña cartera de fiesta, se subió la falda del vestido otra vez y con un poco delicado «uf» saltó sobre la espalda de Tavis.

- Vaya -jadeó él. -Debes de tener un buen esqueleto.

- Cuento con buenas caderas para tener hijos.

- Bueno, alguien se alegrará de ello algún día -repuso él falto de aliento. -Allá vamos.

Sadie le dio una palmada en el trasero.

- Arre, caballito.

- Puede ahorrarse eso, señora -resopló Tavis. Y acto seguido avanzó con dificultad por el pasillo, con Sadie desplomada sobre su espalda.

- No quiero irme a casa -gimió ella con voz de sueño. -Llévame a algún sitio, Tavis.

- Te voy a llevar a casa antes de que me produzcas una lesión -gruñó él.

- Llévame a la playa, o a una fiesta -insistió ella. -Quiero ir a una fiesta.

- Ya has estado en una.

- Me la he pasado encerrada en un armario, así que no cuenta.

- No tengo ninguna invitación. No soy el hombre indicado. -El comentario resultaba más doloroso de lo que Tavis estaba dispuesto a admitir. -Para eso necesitas a tu novio, que aparece en la lista de los poderosos. Yo no estoy en ninguna lista, sólo soy un aspirante a los últimos puestos.

- Me da igual -masculló Sadie. -Me gusta estar contigo.

Tavis notó que el corazón le había dejado de latir, y no porque cargar con Sadie fuera como llevar a Dumbo a cuestas. Tragó saliva.

- A mí también me gusta estar contigo -declaró a media voz.

Sadie apoyó la cabeza sobre su hombro.

- Ojalá… Ojalá…

- Ojalá, ¿qué?

- ¡Ay! No lo sé -suspiró Sadie. -Ojalá las cosas fueran diferentes.

Tavis también deseaba ardientemente que las cosas fueran diferentes. Deseaba ser rico, deseaba ser famoso, deseaba que ella le amara. Y deseaba con toda su alma ser la clase de hombre que pudiera enamorarse de Sadie hasta los tuétanos.

CAPÍTULO 78

Daniella está sentada en la terraza de su jardín y lleva puestas las gafas de sol. Mastica Kashi GoLean y da la impresión de que lamenta que los cereales sean tan crujientes.

Me acerco a ella con paso suave.

- Aja -dice, al tiempo que levanta la cabeza con cuidado. -¿Tenemos el color de la masilla Spackle porque padecemos de resaca?

- Efectivamente -respondo yo. Me siento a su lado tratando de minimizar el ruido de la silla contra las losetas. -¿Estamos haciendo muecas a los cereales del desayuno porque también tenemos resaca?

- Efectivamente -replica Daniella, y abandona sobre la mesa la cuchara, que choca contra la superficie. Ambas nos estremecemos al unísono.

- A ver, ¿en qué lío te metiste anoche? -pregunto yo. -¿Con quién estuviste?

- Me quedé en casa y me emborraché -responde. -Sola. Al menos tú te lo pasaste en grande.

- Pues no -rebato yo. -Estuve en un armario. Sola, si exceptuamos varias cajas de champán.

- Que decidiste probar…

Me encojo de hombros.

- No tenía otra cosa que hacer.

Nos quedamos observando cómo luce el sol, lo que resulta bastante molesto, y escuchamos a los pájaros, que no cesan de piar alegremente. Unas cuantas mariposas pululan entre las flores. Me cubro las gafas de sol con las manos. Hay ocasiones en las que a uno llega a disgustarle la fauna silvestre.

- ¿Cómo es que te pasaste la noche de los Oscar en un armario?

- Para huir de Gina.

- Con cierto grado de éxito, por lo que parece -apunta mi amiga.

- Con demasiado éxito -preciso yo. -Tavis tuvo que rescatarme.

- ¿Tavis? ¿Qué hacía él allí?

- Estaba contratado de camarero.

- Ese tío empieza a convertirse en una constante.

- Ni que lo digas.

- ¿Dónde estaba Gil en ese momento?

- No lo sé -respondo. Por el momento no me siento capaz de revelar a Daniella que Gil parece tener mala memoria en lo tocante a sus matrimonios. Es un hecho que primero tengo que asimilar. -Intenté llamarle esta mañana, pero me salta el buzón de voz.

- Nunca están ahí cuando los necesitas -dice Daniella con un gemido especialmente sentido.

- Si no hubiera sido por Tavis, podría haberme pasado la vida entera en ese armario.

- Ahora no tienes más remedio que demostrarle tu eterno agradecimiento.

Me estremezco otra vez cuando me viene a la mente la imagen de Tavis llevándome a cuestas por un laberinto de pasillos hasta llegar a su coche.

- Lo intenté -aclaro yo.

Daniella se baja las gafas de sol.

- ¿En serio?

- No mostró interés.

- ¿Le enseñaste las tetas?

Ahora yo me bajo las gafas de sol.

- ¿Qué clase de pregunta es ésa?

- Una perfectamente válida.

- No -respondo, tratando de no mostrarme indignada, si bien lo que me ha puesto de mal humor es que la idea no se me ocurriera. Después del descubrimiento de Katherine, echarme un polvo de revancha no hubiera sido nada del otro mundo. Me libré por los pelos, debido a que mi objeto de deseo ni siquiera se paró a considerarlo. Bajo la fría luz del día, me alivia el hecho de que Tavis sea gay.

- Puede que estuviera borracha, pero fui un poco más sutil.

- ¿Y?

- A Tavis no le van las chicas, ¿te acuerdas?

- ¿Estás enamorada de él?

- No lo sé -respondo, y evito hacer un gesto de negación con la cabeza. -Estoy confusa. Amo a Gil, de verdad, lo amo; pero Tavis me hace sentir…

- ¿Caliente?

Chasqueo la lengua.

- Especial.

- Caliente es lo mismo que especial.

Doy un sorbo a mi zumo de naranja recién exprimido y mis papilas gustativas se erizan, horrorizadas.

- Esos términos ni siquiera se parecen.

- ¡Qué fuerte! -exclama Daniella. -Una mujer enamorada de dos hombres… Menuda tentación estar con los dos…

- Sí -respondo yo. -Es una idea estupenda y bastante original con respecto a las normas habituales, pero la clave del asunto reside en que en la actualidad intento conservar a uno de ellos mientras me enfrento a una competencia creciente, y que al otro no le interesan las mujeres en lo más mínimo.

- ¿Competencia creciente? -Daniella me lanza una mirada inquisitoria. -¿Se trata de una broma inglesa?

- No -admito yo. -Gil tiene dos ex mujeres.

- ¿Sólo dos? -se admira Daniella. -En Hollywood, eso es un milagro.

- Pues para mí es rivalidad más que suficiente.

Daniella suspira con hastío.

- Odio a los hombres -declara; -a todos. A los bajos, a los gordos, a los altos, a los delgados, a los ricos, a los pobres. Incluso a los homosexuales.

- ¿Tiene algo que ver con el Excéntrico Magnate Cinematográfico?

- Ayer conocí a su mujer.

- ¡Dios mío, Daniella! Lo siento, se me pasó por completo preguntarte.

- Tenías problemas más acuciantes. -Mi amiga hace un gesto con la mano para restar importancia a mi olvido.

- ¿Fue mal la cosa?

- Sólo en parte -responde Daniella. -Es una mujer muy agradable; me cayó bien.

- Pero tú no le caíste bien a ella.

- No lo sé. Estuvo estupenda, muy cortés. No sé si yo me habría comportado de esa manera en su posición. -Daniella juguetea con las uñas y después clava la vista en el jardín. -Me dijo muchas verdades, Sadie. Verdades que yo no quería oír.

Yo exhalo un suspiro. ¿Por qué las relaciones son siempre tan complicadas? Creo que voy a comprarme un gato, quizá también un periquito, y envejecer sin más compañía.

- Le abandonó hace meses -prosigue Daniella, -por otro hombre. Y él nunca me dijo nada, siguió haciéndome creer que todavía jugaban a las familias felices.

- Puede que quiera mantener abiertas todas sus opciones.

- Creo que lleva haciéndolo desde hace mucho tiempo. -Me mira con tristeza. -Hay varias «Daniellas» más repartidas por ahí.

- ¿Te lo contó su mujer?

Asiente con la cabeza.

- Puede que estuviera mintiendo.

- No lo creo. -Daniella coloca la cabeza entre las manos. -Me siento como una idiota. ¿Cómo no me di cuenta de que si le estaba siendo infiel a su mujer, también podía serme infiel a mí?

Me temo que no tengo una respuesta. Lleva engañándola desde hace diez años, así que no creo que unos meses más vayan a cambiar las cosas.

- ¿Qué vas a hacer?

- No estoy segura -contesta. -Anoche me llamó varias veces y me dejó mensajes, pero no respondí.

- Supongo que si acaba de librarse de una esposa no tiene mucha prisa por hacerse con otra.

A pesar del excepcional clima de California, noto que un ligero escalofrío me recorre el cuerpo. Me pregunto si debería tomar lecciones en lo que a mi propia relación se refiere.

- En mi próxima vida -anuncia Daniella, -voy a ser un hombre, preferiblemente multimillonario, guapísimo y bien dotado, que haga estragos entre la población femenina.

Por el momento, la idea resulta condenadamente buena.

CAPÍTULO 79

El representante de Tavis nunca le llamaba ni respondía a sus llamadas, lo que era moneda corriente para todos los actores que intentaban abrirse se camino en Hollywood. Tavis había llegado a acostumbrarse.

Y ahora aquello resultaba desconcertante. Su representante no sólo le había llamado, sino que había llegado al extremo de invitarle a su oficina para intercambiar impresiones. Tavis no había vuelto a pisar el despacho de su agente desde hacía dos años, acaso más. Nunca habían mantenido una conversación de más de tres frases y, ni que decir tiene, más habían «intercambiado impresiones». Probablemente pensaba despedirle. Ahora que el doctor Roberts estaba muerto y enterrado, y no parecía -por algún milagro televisivo- fuera a resucitar, no había trabajo alguno en el horizonte y quizá Tavis ya no cumpliera los requisitos de la agencia. Estaba a punto de enterarse.

Las dependencias eran lujosas -palmeras en recipientes cromados y sofás de cuero por doquier y se encontraban en una planta intermedia de espectacular rascacielos de Wilshire Boulevard. Tavis se alegraba de haberse arreglado para la ocasión. La secretaria de su representante le había ofrecido café y él había aceptado, pero ahora estaba demasiado nervioso para bebérselo y cada vez que cogía la taza, ésta chocaba ruidosamente contra el platillo. Decidió renunciar al café y fingir que leía la prensa. Tomó un ejemplar del *Hollywood Reporter* y fue pasando las páginas como si estuviera cautivado por las noticias de la industria del cine, aunque ya las había leído con anterioridad. Se alegraba de contar con una distracción aquella mañana, pues le había impedido pensar en Sadie y en lo encantadora que estaba cuando bebía.

- ¡Eh, Tavis! -El representante salió de su despacho como una exhalación. Era un judío gordo y de baja estatura que se acercaba a los sesenta años y exhibía más cantidad de oro que el escaparate de Tiffany’s. Tomó la mano de Tavis y la estrechó hasta que los dedos del joven actor quedaron entumecidos. -Hace mucho que no te veo -gruñó. -Siempre estás demasiado ocupado para venir a visitarme.

Tavis prefirió no señalar que nadie se lo había solicitado.

- Eres como el buen vino -prosiguió el representante a voz en grito. -Mejoras con el paso de los años.

Tavis llegó a pensar que se estaba confundiendo de persona.

- No me andaré con rodeos… -dijo el representante a continuación.

Había llegado el momento. Iba a despedirle, Tavis estaba convencido.

- Ha llamado Toby Portman.

¿El mismísimo Toby Portman?

- Dice que hiciste un buen trabajo para él.

Tavis sintió deseos de aclarar que se había limitado a dejar el culo al descubierto y moverlo durante un rato; que sólo actuó de doble en una escena de sexo. No fue lo que se dice un buen trabajo.

- Ah, ¿sí? -replicó Tavis.

- Buen trabajo, malos honorarios. Me llegó mi porcentaje. -El representante se encogió de hombros ante lo infinitesimal de la cantidad. A Tavis le había servido para pagar el alquiler de un mes. -Le gustaste.

- ¿En serio?

- Va a empezar el casting para una nueva película. Alto presupuesto. Guión excelente. Quiere que te presentes a la audición para el papel del protagonista.

Tavis tuvo ganas de lanzarse al suelo y besar los pies de su interlocutor.

- Dame el guión -le dijo el representante a su secretaria. Ella se lo entregó y él se lo pasó a Tavis con un manotazo.

- Hazlo bien y el papel es tuyo -recomendó con brusquedad.

Tavis se sentía incapaz de articular palabra. Sabía que tenía que decir algo, pero no sabía qué.

El representante sonrió; sus dientes parecían pequeñas cuchillas de afeitar.

- Estás en camino, muchacho. -Le dio una palmada en la espalda como si fueran amigos de la infancia. -Ésta es la gran oportunidad que he estado esperando.

¿Que tú has estado esperando? Tavis se las arregló para recobrar el aliento y decir:

- ¿Algún consejo?

- Sí-respondió el representante. Ya se estaba dando media vuelta para marcharse. -No la jodas.

CAPÍTULO 80

Gil y yo no nos hablamos. Bueno, no es eso exactamente. Aún me estoy curando las heridas físicas y emocionales, y durante el trayecto a Marina del Rey -donde hemos venido a una barbacoa en casa de su amigo Steve Bernard- entre nosotros ha reinado un tenso silencio. Creo que está furioso conmigo porque me encerré en un armario. Yo estoy furiosa con él porque se fue a otra ostentosa fiesta con Gina -la segunda señora McGann- dejándome a mi suerte, que podría haber sido peor que la muerte, o incluso la muerte misma. ¿Cuánto tiempo se puede sobrevivir en un armario sin aire o comida, con champán como único medio de subsistencia? Menos mal que Tavis llegó en aquel momento. Me parece que el hecho de haber mencionado esto en varias ocasiones tampoco le ha sentado muy bien a Gil. Cuando dejé de decir «Tavis esto…» y «Tavis lo otro…» al comienzo de cada frase, la conversación fue en declive.

Marina del Rey es una apacible versión suburbana de Los Ángeles, situada al sur de Venice Beach y tan alejada de la extravagancia que caracteriza dicha playa como resulta posible imaginar. En Marina del Rey se ven pocas personas con labios inyectados de colágeno o pechos de silicona y gran cantidad de familias (todos los caminos particulares de las viviendas exhiben el consabido aro de baloncesto, así como una bicicleta o un monopatín abandonados). El ambiente es más fresco -en el sentido climatológico de la palabra- y hay un precioso puerto abarrotado de oscilantes embarcaciones de recreo y yates ostentosos. Los nombres de las calles evocan el romanticismo de los Mares del Sur -Tahití Way, Bora Bora Way, etcétera, -y la zona goza del ambiente festivo propio de las localidades costeras, similar al de Bournemouth, pero sin los pensionistas ni los locales de pescado y patatas fritas.

Steve vive en una casa grande y blanca, cercana al paseo marítimo, pero alejada del bullicio. Estoy en la cocina con Sarah -la encantadora mujer de Steve- preparando una ensalada. Es la típica chica inglesa a la vieja usanza con los pies en la tierra y sin pelos en la lengua, y me pregunto cómo puede aguantar los excesos de Los Ángeles. Imagino que manteniéndose al margen.

- Gil es agradable -dice Sarah con aire indiferente, lo que confirma mi sospecha de que esta reunión se ha planeado como una especie de cumbre de paz en la que van a exhibirse las maravillas de la vida en familia. A mí no hace falta convencerme, pero me parece que Gil sí necesita un poco de Persuasión. -No hay muchos hombres como él en esta ciudad.

- No hay muchos hombres como él en ningún sitio -coincido yo.

Supongo que ése es parte de su atractivo, a pesar de las esposas que haya podido tener o lo aterrorizado que se sienta ante la idea de comprometerse. Miro por la ventana y me sigo emocionando al verle. Pero, ¿es eso suficiente? Cuando alguien hace que te sientas mareada cada vez que lo miras, ¿es eso amor? ¿O acaso es amor cuando dos personas tienen objetivos parecidos en la vida, son capaces de hacer reír al otro y no cuentan con demasiadas ex esposas pululando por alrededor?

Fuera, los niños están creando el caos, pero Sarah no parece inmutarse. Esto es lo que yo

quiero. Quiero disfrutar de una acogedora domesticidad; quiero mi propio patio trasero en el que encender barbacoas; quiero unos cuantos niños pecosos con los que jugar y un marido bueno, sólido y estable que me mantenga, mientras yo paso los días ofreciendo a mis hijos tiempo de calidad y manipulando pasteles comprados en tiendas para que adquieran la agradable apariencia de dulces hechos en casa. En la actualidad no llevo la vida que me gusta; la forzada interrupción de mi carrera profesional me ha hecho caer en la cuenta de que esto no es lo que estoy destinada a hacer. Quiero hijos, aunque no desesperadamente, no urgentemente, no con el hombre equivocado. Mi reloj biológico no amenaza con derribar la puerta, pero sé que los niños entran definitivamente en mis planes, si bien soy consciente de que no es un comentario bien visto hoy en día, salvo que provenga de Victoria Beckham, Kate Moss o Liz Hurley.

Gil y Steve también están fuera. Manipulan filetes crudos destinados a la barbacoa, lo que me satisface, porque significa que durante un rato más podré evitar el hecho de no dirigirle la palabra a Gil. Lo miro e intento verle de manera objetiva, y me pregunto si podría llegar a ser mi Príncipe Azul.

- Es encantadora -dijo Steve con un susurro conspirador. -¿Cómo es que no te has puesto de rodillas y le has propuesto matrimonio?

Leila y Tom, los hijos de Steve, estaban cavando con las manos en los bordes del césped.

- No arranquéis las flores -indicó Steve.

- No son flores, papá; son malas hierbas -alegaron en respuesta.

- Bueno, pues preguntadle a vuestra madre -dijo Steve dando un sorbo a su cerveza.

- No la conozco lo suficiente -respondió Gil.

- ¿Para qué?

Gil reflexionó sobre lo imposible que resulta mantener la atención de un padre cuando sus hijos están por los alrededores.

- ¡Para casarme con ella! -Gil se giró hacia la cocina con el fin de cerciorarse de que no haber gritado demasiado. Sadie y Sarah se encontraban absortas conversando. Posiblemente, haciendo trizas a los hombres, al igual que a la lechuga. -Para casarme con ella -repitió en un tono más bajo.

- ¿Qué necesitas saber? -Steve aguijoneó el carbón con notable habilidad. -Mírala. Es una preciosidad. Tiene curvas por todas partes.

- Soy plenamente consciente de sus curvas.

El problema era que no había logrado poner las manos encima de las susodichas.

- No lo creo, amigo mío -argumentó Steve. -Estás acostumbrado a ver a esas estrellas de cine con cuerpos de niña de trece años. Sadie es toda una mujer.

¿Acaso creía su amigo que Gil no se había percatado?

- Si le pidiera que se casara conmigo, no aceptaría -comentó Gil con melancolía.

Steve levantó la vista en busca de una explicación.

- Ayer conoció a Katherine -prosiguió Gil.

- Y Katherine es…

- La primera señora McGann.
- ¿Y es eso un problema?
- Es que Sadie no sabía que existían varias señoras McGann.
- Ah.

Gil sacudió la cabeza.

- Parece que no doy una.
- No mencionar esposas anteriores resulta poco inteligente.
- También soy plenamente consciente de eso. -Steve le clavó las pupilas. -Ahora -admitió Gil.
- Tom, no le tires a tu hermana esos bloques de carbón. Mamá se enfadará.
- ¿Cómo lo haces? -preguntó Gil.
- Varios minutos por cada lado -respondió Steve. -A veces añado un poco de salsa picante.
- No me refiero a la carne. -Gil suspiró. -Me refiero a esto. -Miró a los niños, la casa, el jardín. -Este ambiente doméstico. Yo ni siquiera sabría hacer feliz a una esposa, y si Sadie y yo llegamos a estar juntos ella querrá el lote completo.
- Y tú, ¿qué es lo que quieres?
- No lo sé -repuso Gil. -Una vida sin complicaciones.
- ¡Eh! -exclamó Steve. -A ver si ponemos un poco de realismo a la situación. -Blandió las tenazas de barbacoa en la dirección de Gil. -Yo quiero un Ferrari Testarossa y cincuenta millones de dólares en el banco, pero eso no significa que vaya a conseguirlo. Conduzco un utilitario deportivo los fines de semana porque caben cuatro bicicletas en el maletero, y tomo hamburguesas Big Mac con más frecuencia de la que me gustaría. Todos tenemos que ceder. Pero la vida en familia tiene ventajas.
- ¿Como cuáles?
- Colega, nunca lo sabrás hasta que tengas tus propios hijos. Los niños de los demás siempre parecen monstruos. -En eso Steve tenía razón. Sólo unos cuantos amigos de Gil tenían hijos, y él sentía terror de todos ellos. -Cuando los niños son tuyos, piensas que son un encanto. ¿Alguna vez has sacado un moco pegado a la nariz de un niño?
- Por extraño que parezca…, no.
- Parece algo horrible cuando ves a otros padres haciéndolo, pero si se trata de tu hijo no te lo piensas dos veces. No puedo explicarlo. Desafía toda lógica; debe de ser algo biológico.
- ¿Y eso es lo que me espera?
- Te encantará, créeme.

Gil bajó la voz.

- Me da miedo, Steve. ¿Y si meto la pata?
- Eso es lo bueno. No hay manual de instrucciones; no hay guión de rodaje. Vas improvisando a medida que avanzas. No hay errores, ni aciertos. Haces las cosas lo mejor que puedes.
- Recuerdo cómo me sentí cuando mis padres se separaron -indicó Gil. -No podría hacerle eso a nadie.
- Por eso necesitas una mujer sensata y no una de esas chaladas de Hollywood con las que te

gusta salir. Pasas demasiado tiempo fuera de la realidad, tienes que conseguir una mujer de verdad. La vida real no empieza hasta que formas una familia. Todo lo demás es puro teatro.

Gil volvió la vista hacia los dos niños. La idea de asumir las responsabilidades consustanciales a la paternidad le hizo estremecerse.

- Cuando miras a esos dos, ¿no te parecen adorables? -preguntó Steve.

- Eh… -Tom había agarrado a su hermana por el cuello. -No tengo ni idea de cómo actuar con los niños.

- Seguro que se te dan muy bien -aseguró Steve. -Sólo te hace falta un poco de práctica.

- ¡No me obligues a sacar mocos!

- Tranquilo. ¡Eh, niños! -gritó Steve. -Venid a hablar con el tío Gil.

Tom, sensatamente, salió huyendo; pero Leila no fue lo bastante rápida. Steve agarró a su reacia hija y la arrastró hacia un Gil igualmente reacio.

- Hola -dijo Gil.

- Hola -replicó Leila, y se sentó a su lado.

- Dile al tío Gil cuántos años tienes -la animó Steve.

- Tengo veintisiete -respondió Leila.

- No, cariño -terció Steve. -Cuántos años nenes de verdad, y no cuántos te gustaría tener.

- Tengo seis años -respondió Leila. -¿Quieres jugar con mi Pretty Pony? -le preguntó a Gil, empujándolo hacia un caballo rosa, sucio y apolillado.

- No -respondió él. Leila miró a su padre con desesperación. -¿Tengo que hacer esto? -Cariño mío, has estado todo el día esperando ver al tío Gil. Leila resopló.

- ¿Qué sabes de las Glitter Girls?

- Nada. ¿Qué sabes tú de la producción de una película?

- Nada.

Gil miró a su amigo en busca de auxilio.

- Lo que pasa es que no quieres intentarlo -acusó Steve con un bufido de exasperación.

- ¿Puedo irme ya? -preguntó Leila.

- Claro.

Steve le animó a marcharse agitando las pinzas de barbacoa.

Leila se alejó, buscando alguna tortura que infligir a su hermano.

- No mutiles a tu hermano -gritó Steve a espaldas de la niña. -Bueno. -Sonrió a Gil de oreja a oreja. -No ha estado tan mal, ¿eh?

- ¿Está lista la carne? -preguntó Gil.

Leo en el *National Enquirer* que a Kylie Minogue la han vuelto a abandonar. Si Kylie no es capaz de conservar un novio, ¿qué esperanza me queda a mí? Ella es rica, famosa, guapa a rabiar y cuenta con una de las partes traseras más deseadas del mundo, nada de lo cual puede aplicarse a mi persona. Yo cuento con otras virtudes, es cierto; pero cuesta un poco más descubrirlas.

¿Por qué algunas mujeres tienen a los hombres corriendo tras ellas y otras, a pesar de sus ímprobos esfuerzos, no lo consiguen? Siempre me quedo pasmada ante las típicas historias de hombres casados de Basingstoke que abandonan sus confortables vidas y a sus confortables

esposas e hijos para viajar al otro lado del mundo y formar un hogar con rubias regordetas de Kansas que les han seducido a través de Internet. Una vez me costó trabajo convencer a un tipo para que recorriera tres paradas de metro, y eso que le había prometido una comida gratis y un postre exótico. No sé qué es lo que hago mal. Tal vez Kylie y yo elegimos siempre al hombre equivocado.

Nos dirigimos a casa tras una barbacoa poco animada que terminó de forma abrupta cuando los niños de Steve prendieron fuego a la pérgola del jardín. Una vez que hubimos ayudado a reducir las llamas a rescoldos y los niños hubieran sido enviados a la cama, consideramos que lo mejor sería desaparecer. Si Sarah y Steve confiaban en hacernos una demostración de lo idílico de la vida en familia para convencernos de que formáramos un hogar, sus planes fallaron estrepitosamente. Gil lleva encima más cantidad de kétchup de la que es deseable en nadie mayor de cinco años, y sé que no se siente cómodo. Se mostró aterrorizado por los niños y su pánico no sólo tenía que ver con la habilidad de los pequeños para encender el combustible de la barbacoa. Tal vez todo ese asunto de Gina sea una forma de evitar mancharse las manos con la vida real. Tengo la impresión de que un pequeño armario se ha abierto en su interior, y yo puedo echar una ojeada a lo que se esconde ahí dentro.

Le miro y creo que le amo, pero no sé si este amor es otra ilusión. Recuerdo que los veranos en Inglaterra eran largos y calurosos, aunque los meteorólogos insistan en que todo es una quimera, una falsa creencia, una esperanza ilusoria de que un día podríamos regresar a ese estado de utopía. Según los anales, los veranos eran fríos y húmedos todos los años sin excepción, y en julio siempre llevábamos jerseys.

Si la vida es como una película, quiero estar en una mejor que ésta. Quiero un filme en el que la chica consiga al chico, y suene una melodía maravillosa mientras se alejan galopando bajo la luz del crepúsculo. Pero ya no las hacen así, ¿verdad? La edad de oro del cine desapareció mucho tiempo atrás, lo que me hace pensar que la edad de oro de todo lo demás también ha desaparecido, incluso la de las relaciones sentimentales.

Ojalá las cosas fueran como en los años cincuenta, cuando te casabas con el primer tipo que te besaba, trabajabas en una tienda hasta que te quedabas embarazada y después dejabas el empleo para cuidar a tus hijos y cocinar asados y pasteles de manzana durante el resto de tu vida. No había elección acerca de tener o no tener hijos, o acerca de tener una profesión además de una familia. Las reglas estaban estipuladas y te limitabas a aceptarlas. No se te ocurría hacer malabares con una docena de hombres y ellos tampoco los hacían contigo.

He decidido que un exceso de posibilidades de elección puede ser peligroso; y eso que a los norteamericanos les encanta elegir. Vuelvo a la cuestión de las modalidades de café: si hay cuarenta y dos opciones diferentes, uno termina totalmente aturdido y es incapaz de decidir lo que quiere, y mientras toma la bebida se pasa todo el tiempo sintiéndose insatisfecho y deseando haber pedido lo del de al lado. Con los hombres ocurre lo mismo. Para cuando has salido con un montón de ellos, te das cuenta de que ninguno es perfecto, y al final lo que quieres es un conglomerado con un poco de cada uno. O deseas al de la vecina. Tal vez los hombres albergan los mismos sentimientos respecto a las mujeres.

- ¿Cómo? -dice Gil, aunque yo no he pronunciado palabra.
- Esto no va a ningún sitio, ¿no te parece?
- ¿A qué te refieres?
- A nuestra relación. No acaba de arrancar.

Gil me coge de la mano.

- Hemos tenido problemas -indica. -Nada; que no podamos superar. -Me mira con ojos suplicantes. -Estoy solucionando las cosas con Gina, y con todo lo demás. No abandonemos ahora.

Pero yo me pregunto si el melodrama que nos envuelve es lo que nos mantiene unidos. Si éste tocase a su fin, ¿no tendríamos que hacer frente a las diferencias en nuestras vidas, nuestras aspiraciones y nuestros deseos para el futuro?

- Quédate conmigo esta noche -me pide Gil apretándome los dedos con suavidad.

Me vienen a la mente su habitación de color rosa, su sofá de seda rosa y sus sábanas rosas, y me encuentro incapaz de soportarlo. Pienso en Gil, alojado en una habitación de hotel que parece el interior de un recipiente de helado de fresa porque no puede cortas las ataduras que le unen a su mujer.

- Esta noche no -respondo.
- ¿Puedo hacerte una pregunta, Sadie? -dice Gil.

Me giro hacia él y su rostro denota seriedad.

- Lo que sea.
- Tengo que saberlo. -Muestra un semblante de desolación. -¿Existe algo entre Tavis y tú?
- ¿Tavis? -salto yo con un chillido al estilo de las series de televisión. ¡Es increíble! En lugar de alegrarse de que mi amigo estuviera ahí para sacarme del armario de la muerte, Gil se dedica a hacer cábalas y sacar conclusiones erróneas. Si piensa que cuenta con superioridad moral en esta situación, está muy equivocado. -No me parece que te encuentres en situación de preguntar, señor McGann *Dos Esposas*.

Gil aprieta los labios y se sumerge en un contrariado silencio. Vuelve a concentrarse en la carretera y eleva el volumen del CD.

Yo, mientras tanto, me encuentro impotente de rabia en su equivalente femenino: estéril de rabia. Si Gil está malhumorado, considero que tengo pleno derecho a no encontrarme tampoco de muy buen humor.

Me cuesta creer lo que está pasando. A pesar de la paciencia que estoy demostrando mientras Gil trata de desembarazarse física y emocionalmente de su segunda esposa, ahora me arroja encima nuestros problemas al acusarme de mantener una aventura con un hombre gay. Si esto fuera una película, el público se echaría a reír a carcajadas, pero yo no me río. Me he encontrado en medio de esta situación de golpe y porrazo, y no le veo la gracia. No me gusta la farsa. A pesar de mis sueños de «vivieron felices», estoy firmemente asentada en el mundo real. Y son tantas las dificultades que no puedo convencerme a mí misma de que esta relación esté funcionando.

CAPÍTULO 81

Hasta la aspidistra moribunda parece haberse animado, al igual que Bay y Min, y esto es debido, cómo no, a la presencia de Tavis.

Está sentado al borde de mi escritorio con un aspecto desastrado que ha debido de tardar horas en conseguir.

- Te llamé anoche -dice.

- Lo sé.

Estoy cansada. Muerta. No consigo reanimarme a pesar de que mi amigo y libertador preferido se ha presentado de improviso en mi despacho, y digo «mi» con cierta dadivosidad. Bay me ha anunciado esta mañana que el IRS, o Servicio de Rentas Internas, ha llamado para informarse sobre la contratación de residentes ilegales. Dado que yo encajo en dicha categoría y que Bay me ha contratado, se encuentra bastante alterada. Dice que no quiere que me vaya, pero que es posible que deba nacerlo antes de que la visiten los hombres de negro: los del IRS, no los de Will Smith.

Para colmo, Dolores se ha negado en redondo a abandonar el camino de acceso de casa de Daniella esta mañana por razones que sólo mi montón de chatarra conoce. Si tiene algún problema grave, más allá de un caso severo de desgana, pudiera ser que yo no contara con el dinero suficiente para la reparación. Sé que hoy no va a ser uno de mis mejores días. No voy a poder soportar el hecho de que los hombres y la maquinaria de mi vida me hundan en la miseria. Siento ganas de apoyar la cabeza en el escritorio y fingir que nada de esto está ocurriendo. Si a corto plazo voy a quedarme sin hombre, sin empleo y sin coche, ¿qué me retiene en esta ciudad? Ya he descartado las bondades del tiempo atmosférico.

- Recibí tu mensaje -le digo a Tavis. -¿Cuál es la buena noticia?

El se muestra radiante de alegría.

- Sadie. -Baja el tono de voz. No sé por qué, ya que Bay y Min disponen de aparatos de escucha ultrasensibles en lugar de oídos, y no se les pasa una. -Tengo una audición -anuncia. -Una de las buenas. Podría ser mi gran oportunidad. Mi representante dice que si no meto la pata podría conseguir el papel del protagonista.

- Fantástico -replico yo, pero Tavis se da cuenta de que no me sale del alma, sino de un lugar mucho más superficial, justo a flor de piel.

- Es lo que he estado esperando, Sadie -prosigue él, intentando despertar en mí algo de entusiasmo. -Un día todo mi cuerpo, y no sólo el trasero, podría alcanzar la fama.

- Me alegro por ti -declaro yo. -Me alegro mucho.

- ¿Pero?

- No hay ningún pero, Tavis. Estoy encantada.

- Pues no lo pareces.

- Lo estoy. Lo que pasa es que no tengo la energía suficiente para ponerme a dar botes.

- ¿Te has recuperado del todo de tu paso por el armario?

Noto que me ruborizo con un atractivo tono remolacha.

- Sí -respondo. -Gracias otra vez por venir a rescatarme. El papel del que me hablas, ¿no será de superhéroe? Te iría de maravilla.

- No, no lo es. Es el de un enamorado sexy y romántico.

También le iría de maravilla, pero no se lo digo. A Bay y Min se les cae la baba sobre la moqueta.

- ¿Qué te pasa?

- Problemas con los hombres -contesto. Bay y Min se dan la vuelta. Me he pasado todo el día contándoles mis problemas con Gil e imagino que ya han tenido suficiente.

- Sadie, lo siento…

La sonrisa de Tavis se esfuma.

- No pasa nada. -Noto que estoy a punto de estallar. -No estoy segura de que Gil y yo tengamos un futuro juntos.

Hago un gesto con la mano para que no se preocupe.

- No se porta bien contigo -afirma mi amigo.

- Bueno… -Fuerzo una sonrisa. -Es el privilegio de los hombres, ¿no?

- Me gustaría decirle unas cuantas cosas a ese tío -apunta Tavis con tono sombrío.

No puedo evitar una sonrisa, y esta vez no forzada. Tavis sería un héroe romántico fabuloso. Confío en que consiga el papel.

Mira de reojo el reloj de la pared.

- Tengo que irme -anuncia. Aparta sus largas piernas de mi escritorio, lo que provoca que Bay y Min vuelvan a babear. -No quiero hacerles esperar.

- Mucha mierda -aventuro yo. -O lo que quiera que digáis los actores.

- «Buena suerte» no está mal -apostilla Tavis.

- Llámame luego -solicito. -Cuéntame como te ha ido.

- Te llamaré -promete Tavis mientras se encamina hacia la puerta.

Observo su espalda en retirada y me invade una oleada de cariño hacia él. Es curioso. Me siento muy protectora de Tavis y desearía ser yo, y no él, quien tuviera que sufrir la tensión.

- ¡Eh! -grito mientras se aleja. -Estaré pensando en ti.

Tavis se vuelve y me sonríe con timidez, y yo me derrito por dentro. Si hace eso en el casting le entregarán el contrato al instante.

- Gracias.

Se dispone a salir otra vez y de repente no puedo soportar verle marchar. Me pongo sentimental y deseo que ésta sea su gran oportunidad. Se lo merece, y sinceramente le deseo toda la suerte del mundo.

- ¡Eh! -exclamo con un aullido. -¡No me has dicho cómo se llama la película!

Mi atractivo amigo se gira y me hace un gesto de despedida con la mano.

- *Amante a la fuga* responde a viva voz.

El alma se me cae a los pies al darme cuenta de que, efectivamente va a necesitar toda la suerte del mundo.

CAPÍTULO 82

Tavis estaba sentado en una pequeña sala de espera en el Cecil B. De Mille Building, uno de los famosos bloques de oficinas de los estudios Paramount. El inmueble estaba situado a medio camino de Paramount Plaza, un inmaculado bulevar bordeado de palmeras que atravesaba el conjunto de elevados edificios administrativos de fachada rosa pálido.

Sólo el hecho de encontrarse allí le erizaba el vello de la nuca. Era imposible mantener la calma al acceder a unos estudios cinematográficos. Hasta la fecha, sólo se había aproximado a uno de estos lugares de culto cuando iba a recoger en la famosa Bronson Gate entradas gratuitas para el rodaje de comedias de situación.

Paramount fue el primer estudio de la meca del cine y el único que permanece en la actualidad, ya que los demás han huido a confines más lejanos como Burbank o Culver City. Su catálogo de películas abarca la historia de Hollywood, desde los clásicos del cine mudo a *El ocaso de los dioses* o *Star Trek: Némesis*. Producciones fabulosas cobraron vida en sus amplios terrenos. En Paramount aún se perciben los días de gloria de la industria cinematográfica, y en sus muros se escribe la historia del cine. En estos estudios se puede caminar por las aceras que tiempo atrás recorrieran Rodolfo Valentino, Mae West, Marlene Dietrich, Gloria Swanson, Gary Cooper o Cary Grant. La lista es interminable. Y sigue siendo lugar de peregrinación de los aspirantes a estrella.

Tavis se mordió el labio con preocupación, al tiempo que se preguntaba si era posible morir de emoción, anhelo y ambición. Estaba convencido de que si le hacían esperar un rato más, le daría un infarto.

A pesar de la helada ráfaga del aire acondicionado, tenía las palmas de las manos empapadas de sudor. Le habían contado que en un día corriente el hombre corriente segregaba -por lo corriente- más de medio litro de sudor. Pero aquel no era un día corriente y, por el momento, no se sentía como un hombre corriente. Se sentía como una estrella en espera de su supernova; se encontraba inmerso en la sustancia de la que estaban hechos los sueños, y llevaba soñando desde antes de que alcanzara a recordar. El éxito estaba a tan corta distancia que podía saborearlo, olerlo, palparlo. Estaba tan cerca que casi lo acariciaba.

Tavis no sabía de dónde le venía el gusanillo de la actuación, pero le había atacado con fuerza y en ningún momento había hecho amago de desaparecer. Cuando le pedían que explicara la necesidad de actuar que sentía en su interior, no encontraba palabras; era algo que sólo otros actores podían comprender. Si no actuaba, no vivía. Sin un papel que interpretar, sólo existía a medias.

El camino había sido largo y accidentado, pero cuando todos los demás dudaron de sus posibilidades, Tavis siguió aferrado a sus sueños. Y ahora él, de entre todos cuantos soñaban triunfar como actores en Hollywood, tenía aquella gran oportunidad esperando tras la puerta de aspecto sencillo e inocuo que tenía frente a él.

Nunca había hablado de aquel asunto con Sadie, pero notaba que ella le entendía. Ella, por

encima de cualquier otra persona, parecía conocer a Tavis de verdad. Y para ser sincero, él mismo empezaba a sentir que sólo existía a medias cuando no estaba con Sadie. Para alguien como él, se trataba de una idea aterradora. Era agradable saber que había una persona esperándole en el mundo real, una persona que le ofrecía su amistad, que le apoyaba, que le amaba de forma incondicional. ¿Amaba? Tavis se detuvo ante la palabra. ¡Amaba! ¡Caray!

Justo en ese momento, la puerta de aspecto sencillo e inocuo se abrió y Tavis se encontró mirando a una cara conocida.

- Hola.

- Hola -replicó Tavis. Era Toby Portman, el director que le había recomendado para el papel. Tavis se quedó mudo, aunque no era el mejor momento para quedarse mudo.

Toby le estrechó la mano y esbozó una amplia sonrisa.

- ¿Cómo te va?

- Bien -respondió Tavis. -Muy bien.

- Esta va ser una gran película -afirmó Toby con efusividad. -¿Te ha dado tiempo a mirar el guión?

- Sí -respondió Tavis. -Me ha encantado.

No era estrictamente cierto, pues resultaba demasiado empalagoso para su gusto, pero la película estaba destinada a ser un superéxito de taquilla y eso era lo que importaba.

- Vamos, entra -indicó el director. -Quiero presentarte al productor. Supongo que no lo conoces, pero te ha seguido de cerca y admira tu trabajo.

- De acuerdo -repuso Tavis, agradecido por el comentario. Confiaba que Toby fuera sincero y no se tratara de las artimañas típicas de Hollywood.

Detrás del director, Tavis cruzó la puerta. La puerta que podía conducirle al estrellato: la puerta que podía cambiarle la vida.

Al entrar en el despacho, abrió los ojos como platos mientras una oleada de horror le recorría el cuerpo.

- Hola -dijo el productor con voz calmada.

Tavis conocía al productor, desde luego, y notó que un peso de proporciones gigantescas le caía sobre los hombros.

- Gil -saludó Tavis y con una inclinación de cabeza se sentó frente a él. El ambiente de la estancia se había enfriado considerablemente.

- ¿Acaso os conocéis? -preguntó Toby, quien sonreía perplejo.

- Sí -respondió Gil. -Tenemos una amistad en común.

No era difícil leer entre líneas. Gil quería decir: «este tipo quiere ligar con mi novia».

Tavis estuvo a punto de esbozar una sonrisa. Así que de eso se trataba. Gil le veía como un adversario. Gil, el famoso productor, tenía celos de él, el actor en paro. Si no estuviera a punto de representar ante él el papel de su vida, la situación habría sido hilarante. ¿No se daba cuenta de que Sadie sólo tenía ojos para un hombre? Aquel tipo podía ser un mago a la hora de sacar adelante una película, pero era un completo inútil en lo que a las mujeres se refería. Tavis sonrió para sí.

- ¿Hay algo que encuentre divertido, señor Jones? -preguntó Gil con tono glacial.

- No. -La sonrisa se le borró al instante. Gil le había llevado allí para ejecutar alguna clase de venganza cruel. Iba a ponerle la maldita zanahoria delante de las narices para después quitársela de un plumazo. -Lo siento.

- Tal vez quiera leernos el guión. Tavis asintió con un gesto. Tenía la boca más seca que el desierto de Mojave. Las palabras de su representante le reverberaban en los oídos. «¡No la jodas! ¡No la jodas! ¡No la jodas!»

- Te acompañaré con el diálogo -se ofreció Toby Portman, mientras miraba a uno y otro hombre alternativamente. -Empezaremos a partir de la página cien; la escena del restaurante.

- De acuerdo -indicó Tavis mientras pasaba las hojas.

Su timbre de voz denotaba más nerviosismo de lo que le hubiera gustado.

Gil juntó las yemas de los dedos y, apoyado sobre el escritorio, clavó la vista en Tavis.

- Comenzaré desde el principio de la página.

- Toby Portman empezó a leer. -«Sé que la amas. ¿Acaso crees que estoy ciego?»

Madre mía, menuda forma de empezar. Tavis lanzó a Gil una mirada de inquietud. Quizá debería pedir a Toby otra escena diferente; ésta encerraba demasiado significado. Pero sería poco profesional y él había ido allí para demostrar que estaba a la altura del trabajo. Gil tenía que ser consciente de ello; él también era profesional…, ¿o no? Mientras el productor observaba y escuchaba, su semblante permanecía impasible.

- «No. Y tú deberías saberlo.»

- «Siempre estás ahí para ella. En el momento preciso.»

- «A lo mejor tú podías intentarlo.»

- «O a lo mejor tú podías intentar esfumarte.»

- «S… Christie y yo nos conocemos desde hace mucho.» -Horror. Estuvo a un tris de mencionar a Sadie. Tavis se lamió los labios. -«Mira, somos amigos y nada más. En lo que al amor se refiere, ni siquiera sabe que existo.» -Las palabras empezaban a atascársele en la garganta. -«Quizá deberías cuidar mejor de ella.»

- «¿O si no…?»

El rostro de Gil iba ensombreciéndose por momentos, pero su expresión seguía impertérrita. Tavis vaciló.

Toby levantó la vista.

- ¿Todo bien?

Tavis asintió en silencio.

- Seguiré yo -dijo Gil, y pasó las páginas lentamente hasta llegar a la escena. Miró a Tavis sin pestañear.

- «Quiero que salgas de su vida. No me importa cómo lo hagas. No quiero que Christie vuelva a verte jamás.»

Tavis escuchaba los latidos de su propio corazón.

- No puedo hacer eso -respondió con voz calmada.

Toby Portman pasaba las páginas frenéticamente.

- ¿Está eso en el guión?

Gil arrojó su libreto a un lado.

- Ya he oído suficiente -concluyó. -Gracias por venir.

Se puso en pie para indicar que la prueba había terminado.

Toby Portman miró al productor, sorprendido.

- ¿Hemos terminado?

- Eso parece -respondió Gil con firmeza.

Tavis comprendió que acababan de descartarle para el papel. Era una injusticia, una cruel injusticia. Gil sabía la situación entre Tavis y Sadie; no era justo que se vengase de él en una audición. Aquella prueba era su vida, su única gran oportunidad. Tavis había sido sincero con Sadie en todo momento, mientras que Gil, desde el momento en el que ella aterrizó en Los Ángeles, había estado jugando con sus sentimientos.

Tavis se puso de pie. La bilis le subía por la garganta. Debería ser capaz de aceptarlo; había hecho colas durante interminables horas en castings abiertos que habían concluido de manera abrupta porque sus ojos no eran del color adecuado o él era un par Je centímetros más bajo de lo requerido. Debería ser capaz de aceptarlo. El rechazo formaba parte de la profesión. Si no aguantas el calor, se dijo a sí mismo, no te metas en la maldita cocina. Cerró los puños con fuerza. Intentó acordarse de sus clases de arte dramático, recobrar el aliento y controlar la rabia. La diferencia era que en aquella ocasión el rechazo no era porque Tavis tuviera la forma, el tamaño ni el color inadecuado; se trataba de una cuestión personal. Aquel hombre sospechaba, equivocadamente, que Tavis estaba enamorado de Sadie.

- Esto no es propio de un profesional -dijo Tavis a Gil, a pesar de que su sentido común le suplicaba que no lo hiciera.

- Gracias por su opinión, señor Jones -repuso Gil con frialdad. -Ahora, váyase.

Toby Portman buscaba furiosamente en su guión. Tavis caminó hacia la puerta y después lo pensó mejor. Se dio la vuelta y se plantó frente a Gil.

- La tratas como si fuera basura -acusó. -No la mereces. ¿A qué coño estás jugando?

- ¡No es asunto tuyo!

- Tú has hecho que sea asunto mío -replicó Tavis.

- Vete de aquí -repitió Gil. -Y luego lárgate de mi vida y de la vida de Sadie.

Tavis se cuadró de hombros frente al productor.

- ¡Oblígame!

Toby Portman se rascó la cabeza.

- ¿En qué página estamos?

Gil se lanzó hacia Tavis y le agarró por la camisa.

- Es una mujer como no hay otra -declaró Tavis; -si tú no eres capaz de verlo, yo sí.

Gil le estaba zarandeando.

- ¡Improvisación! -exclamó el director. -Es genial. ¡Vamos, seguid adelante!

Tavis agarró a Gil por las solapas mientras el productor le agitaba violentamente. Tavis echó el brazo hacia atrás. No había dado un puñetazo a nadie desde que salió de la guardería, y no era

una gran idea retomar su carrera pugilística azotando a productores de cine, pero ya era demasiado tarde.

- ¿De qué tienes miedo, Gil? Te agarras a esa esposa borracha tuya como un niño inseguro a su muñeco de peluche. Sigue así y perderás a Sadie de todas maneras.

Gil se paró en seco.

- Tienes razón.

Tavis bajó el brazo.

Gil se apoyó contra el escritorio, falto de respiración.

- Tienes razón. -Colocó la cabeza entre las manos. -Tienes toda la razón -repitió, mirando a Tavis cara a cara. Se pasó la mano por la boca. -Pero seguiré asegurándome de que nunca vuelvas a conseguir trabajo en esta ciudad.

Tavis arrojó al suelo su guión y se encaminó hacia la puerta.

Cuando llegó a ella, Gil le llamó.

- Tavis -dijo. -No soy estúpido. Sé que tú también amas a Sadie. Puede que yo me esconda detrás de mi ex mujer pero tú, ¿qué excusa tienes?

Sin responder, Tavis salió con paso firme por la puerta y dio un portazo tras de sí. La hilera de ayudantes levantó la cabeza como un resorte mientras Tavis salía en estampida de las oficinas.

Gil seguía apoyado en el escritorio, aunque iba recobrando la compostura poco a poco.

- Eso no era improvisación, ¿verdad? -preguntó Toby Portman con cautela.
- No -respondió Gil, -no lo era.
- Es buenísimo.
- Sí.
- Habría sido perfecto para el papel -declaró Toby.
- Sí -convino Gil con una risa carente de humor, -lo habría sido.

Fuera, a la luz del día, Tavis se recostó sobre la fachada del edificio Cecil B. De Mille, jadeando y resoplando como un toro viejo y herido. El sol aún brillaba, las palmeras aún se mecían bajo la brisa, pero algo en su interior había cambiado. ¡Eh! ¿En qué estaba pensando? Había estado a punto de dar un puñetazo a un productor de Hollywood. Un hombre que tenía el poder de convertir el resto de su vida en una pesadilla. Eso sí que era joderla.

Tavis sacudió la cabeza, intentando desalojar las imágenes que se repetían una y otra vez en su mente Una potente fuerza de voluntad fue lo que le impidió caer de rodillas embargado por la desesperación ¿En qué diablos estaba pensando? Se cubrió la cara con las manos. En Sadie. Simplemente, en Sadie.

CAPÍTULO 83

Gil esperaba en el porche de casa de Daniella. Albergaba la esperanza de que Sadie le hubiera perdonado, porque ya había tenido bastante pelea por aquel día. Quizá debiera ir a ponerse una inyección de vitaminas que le proporcionara el refuerzo de energía que tanto necesitaba.

Mientras consideraba la posibilidad de volver a llamar al timbre, Daniella abrió la puerta.

- Hola, Daniella -dijo Gil.

- Gil… Hola. Vamos, pasa.

Daniella se apartó a un lado mientras él entraba en la vivienda.

Encima de la mesa de la cocina había un montón de papeles desperdigados que cubrían casi por completo el ordenador portátil.

- He interrumpido tu trabajo -indicó Gil.

- No, nada de eso. -Daniella negó con la cabeza. -Me alegro del descanso. Padezco del bloqueo del escritor -explicó. -Me ocurre unas cinco veces al día y sólo consigo curarlo con un exceso de calorías y de café. ¿Te apetece uno?

- Claro, gracias.

Gil asintió con la cabeza y se acercó a la mesa. Le agradaba Daniella. Parecía amable y poco complicada; pero Gil era una calamidad a la hora de juzgar a las mujeres.

Las páginas de un guión con anotaciones por todas partes formaban una pila de altura considerable. Gil se sentó en la silla de Daniella. Esta le sirvió el café.

- ¿Crema y azúcar?

- Solo, por favor -respondió él distraído mientras, por la fuerza de la costumbre, examinaba las hojas.

- Da la impresión de que esto te vendrá bien -indicó la amiga de Sadie al tiempo que le pasaba el café.

- No estoy teniendo un gran día -repuso Gil.

No le apetecía entrar en detalles acerca de la pelea con Sadie y la subsiguiente pelea con Tavis.

- Sadie dice que os habéis enfadado -comentó Daniella.

Gil subió la cabeza de repente y se quedó mirándola.

- Eh -dijo Daniella. -Somos amigas. Ella me lo cuenta todo.

- ¿Todo?

- Bueno, casi todo.

- He venido a ver si hacíamos las paces admitió él con vacilación.

- Sadie no está en casa.

- Ah. He visto a Dolores en el camino de acceso.

- Esta mañana se ha hecho la remolona. Sadie me dijo que no logró arrancar el motor, de manera que fue andando a la oficina. -Ambos intercambiaron una mirada horrorizada. -Nunca haremos de ella una californiana.

- Confío en que sí.

- Eso tienes que decírselo a ella -sugirió Daniella, -no a mí.

Sin apenas darse cuenta, Gil volvió a repasar el guión. «Hmm». No estaba mal. Pasó varias páginas más.

- Es interesante -comentó.

Daniella acercó otra silla a la mesa y se sentó.

- ¿Eso crees?

- Sí. ¿Por dónde vas?

Daniella se aproximó a Gil.

- He terminado el primer borrador y ahora estoy agonizando con el segundo.

Gil dio un sorbo a su café sin apartar los ojos del guión.

- Necesitamos galletas -indicó Daniella. -Montones de galletas.

- Daniella -dijo Gil, -tú eres una mujer. -Hasta ahí, Gil llegaba. -Entiendes de estos asuntos. ¿Por qué no consigo que las cosas me vayan bien con Sadie?

- ¿De veras quieres saberlo?

Gil asintió con la cabeza y cogió una galleta.

- Hay demasiadas mujeres en tu vida, Gil. Líbrate de un par de ellas. Librarte de una en particular sería un buen comienzo.

- Pero yo sólo amo a Sadie.

- A lo mejor eso no se nota desde su posición.

- Gina me necesita. -Gil exhaló un suspiro. -No puedo abandonarla.

- A veces para ser bueno hay que ser cruel. Gina tiene que aprender a valerse por sí misma.

- Me gusta -dijo Gil.

- ¿La galleta, el guión o el consejo?

- Las tres cosas -respondió él sonriendo. Extendió las páginas sobre la mesa. -¿Puedo llevármelo?

- Sólo si también te llevas el consejo.

- ¿Y las galletas?

- Cómprate un paquete -replicó Daniella con una sonrisa.

- Lo leeré en cuanto pueda -prometió Gil. -Me da la impresión de que está muy bien.

- ¿En serio? ¿No me estás tomando el pelo?

- ¿Por qué habría de hacerlo?

- Porque eres hombre y productor de cine, y yo por sistema sospecho de ambas condiciones.

Gil levantó las manos.

- Nada de trucos, te lo prometo -dijo Gil. -Le echaré un vistazo y si me gusta tanto como las primeras páginas, hablamos.

- Gracias, Gil -dijo Daniella con un repentino ataque de timidez. -Te lo agradezco de verdad. Significa mucho para mí.

Gil se encaminó hacia la puerta.

- Dile a Sadie que he venido. A lo mejor le gustaría ir a verme esta noche, si es que no tiene otro compromiso.

- ¿Cómo va a ir a verte? No tiene coche - le recordó Daniella.
- Podría llevar a arreglar a Dolores -propuso Gil, con un destello de emoción en los ojos. -A Sadie le gustaría.
- Le encantaría -coincidió Daniella.
- Eso es lo que voy a hacer -informó él. -Luego vendrán del garaje a buscar el coche.
- No lo estropees, Gil -advirtió Daniella.
- Claro que no -la tranquilizó Gil. -Me aseguraré de que hagan un buen trabajo.
- No hablaba del coche -corrigió Daniella mientras sacudía la cabeza. -No hablaba del coche.

CAPÍTULO 84

Me encuentro en un dilema, aunque esto no suponga ninguna novedad. Estoy en mi habitación, en casa de Daniella, tumbada en la cama. Alice, mi adorable y añorada amiga de Londres, está al otro lado de la línea telefónica. Me encantan nuestras charlas de mujeres y caigo en la cuenta de lo mucho que la he echado de menos. Siento como si hubiera estado ausente una eternidad.

Desde que me marché de Gran Bretaña, el país parece haberse dado a la euforia, literalmente. El cannabis está a punto de ser legalizado y Alice me cuenta que Hyde Park parece una especie de concentración *hippy* de los sesenta, donde todo el mundo se pasa porros mientras que la policía mira para otro lado. Me muerdo las uñas.

- ¿Quieren que vuelva?

Merece la pena repetirlo. Y ya lo he hecho, varias veces.

- Sería una locura planteárselo -insiste Alice. Ella no sabe que mi salud mental se ha deteriorado desde que estoy en Los Ángeles.

- No lo sé -digo, y mi voz resulta patética.

- ¿No lo sabes? -repite Alice con incredulidad. -¿Cómo se te ocurre cambiar la soleada California por la lluviosa ciudad de Londres?

- ¡Ay!, no lo sé -digo, pero creo que es el hecho de que alguien, cualquiera, me necesite lo que me está haciendo perder la cabeza.

- Ni se te ocurra pensarlo -ordena mi amiga.

- Si no quieres que lo piense, ¿por qué me has llamado para decirme que quieren que vuelva?

- Porque imaginé que dirías que de ninguna manera, que se metan el trabajo donde les quepa.

- ¡Ay! -repito. -No lo sé.

- ¿Acaso el sol de California te ha dañado el cerebro? -pregunta mi amiga.

Supongo que sí, pero no por las mismas razones que Alice pudiera pensar. El trabajo del que me habla es mi trabajo «de verdad». Mi puesto en la City, con títulos y acciones y todas esas cosas de las que yo entendía; con un buen sueldo y un horario interminable. Nada de repartir folletos o servir bebidas a adolescentes borrachos, ni tampoco lanzar a la fama los traseros de actores en paro. Ganaría mucho dinero, muchísimo. Podría conseguir incluso más si pusiera pegas para volver. ¿Yo, poner pegas? ¿A quién quiero engañar? Siempre he sido fácil de convencer. Pero dejaría de vivir al día y volvería a ir de compras. Me muerdo las uñas otra vez.

- ¿Hasta qué punto quieren que vuelva?

- Están suplicando que regreses -responde Alice.

- Eso es agradable.

- ¿Agradable? -Oigo que chasquea la lengua. Ruidosamente. -Te olvidas de que son los mismos que te despidieron sin pensárselo dos veces.

- Deben de haberse arrepentido -tercio yo.

- Pues que se aguanten -corta Alice. -Confío en que no encuentren a nadie decente para el trabajo, y que la compañía se vaya a pique.

Yo sentí lo mismo cuando me marché -es decir, cuando me echaron a la fuerza, -pero nunca ocurre así, ¿verdad? La vida continúa como siempre: los malos ganan y los buenos mueren jóvenes.

Estoy cansada de California, cansada de Gil, cansada de que todo el mundo se case un montón de veces -excepto yo, que no me han enganchado ni una sola vez, -cansada de oír «que tengas un buen día», cansada de que me saluden con un «¡Eh!», cansada de los jubilados en patines, cansada de no poder competir con personas más famosas y con pechos más abultados, cansada de que todo el mundo me pregunte «¿cómo dices?» cuando afirmo que algo es inmoral, cansada de la gente que es tan rica y tan pobre a la vez. De repente, siento la abrumadora necesidad de un té caliente elaborado con bolsitas de té de verdad, y de un tiempo atmosférico que ofrezca algo más variado que sol y cielos azules. Este lugar no es real; nunca llueve entre mayo y octubre. ¿Es que existe cosa más extraña? Añoro los narcisos y el Daily Mail, y atravesar el gentío en el Soho los sábados por la tarde, y merendar en los parques mientras llueve a cántaros, y la comida cuyo nombre no requiere una licenciatura en idiomas, y la basura en las calles, y los empleados de banco malhumorados y, sobre todo, añoro Steve *Wright in the afternoon*, en Radio 2.

- Echo de menos Londres -confieso. Noto que las lágrimas se me agolpan en los ojos. -Echo de menos a todo el mundo.

- No, no es verdad -contradice Alice con su tono más severo. -Y aquí nadie te echa de menos. Li, el del restaurante chino, nunca pregunta por ti. Todos se olvidaron de ti en el mismo momento en que te marchaste. -Alice está a punto de echarse a llorar también. -Iré a pasar unas semanas de vacaciones contigo -promete. -Te hará sentirte mejor.

- No tienes dinero para el billete.

- Sacrificaré la moqueta de mi salón.

Eso sí que es verdadera amistad. Sé cuánto tiempo ha estado ahorrando Alice para la moqueta de su salón, y me entran más ganas de llorar.

- No lo hagas, Sadie -insiste ella. -Ojalá no te hubiera llamado. Quédate allí y haz que funcione.

- Tienes razón -replico yo. -Sé que tienes razón.

- Podrías llevar una vida estupenda en California. -Me habla como si yo fuera un niño pequeño que no quiere bajarse de los brazos. -No la eches a perder.

- No.

- ¿Cómo está Gil? -pregunta cuando dejo de sorberme la nariz.

No me habla.

- Bien.

No estoy muy segura de que haya llevado a arreglar a Dolores, como me ha dicho Daniella. Sospecho que ha decidido quedarse con el coche ya que, técnicamente, él es el dueño. Daniella opina que Gil es un hombre amable y altamente deseable, pero a mí me parece que a la hora de considerar su idoneidad como mi pareja definitiva le influye el hecho de que él crea que mi amiga podría convertirse en la próxima escritora revelación. Además, Daniella ha estado esperando a un viejo y excéntrico magnate cinematográfico durante la última década, así que

tampoco debo fiarme de sus consejos. Ella se enfrenta al hecho de que su hombre tenía una mujer, mientras pasa por alto la circunstancia de que el mío ha tenido dos.

- ¿Ves? -dice Alice de modo alentador. -Tienes un hombre encantador y una vida encantadora.

No es verdad. Mi vida es una máquina expendedora averiada: no dejo de introducir monedas, pero no sale nada por el otro extremo.

- ¿Me prometes que no harás ninguna tontería?

- ¿Como arrojarme desde el cartel que dice HOLLYWOOD?

- No, como regresar corriendo a aceptar ese trabajo de mierda sólo porque hayan chasqueado los dedos.

Me limpio la nariz con la manga.

- Ni se me pasa por la imaginación.

CAPÍTULO 85

- Me vuelvo a casa -informo a Bay.

- ¿A casa? -repite ella. -Entiendo que te refieres a Londres, y no a tu casa de Larchmont, a la vuelta de la esquina.

Sacudo la cabeza, aunque debería asentir.

- He tenido una oferta de trabajo en Londres -explico. -Una oferta fabulosa. -Parece como si intentara convencerme a mí misma, y no a Bay. -Sería una locura rechazarla.

- Sería una locura regresar a Inglaterra -tercia Bay, mientras el pecho se le infla por debajo de su top de lycra de piel de serpiente.

- No quiero que tengas complicaciones con el IRS -indico yo.

- Debo irme.

- ¿Qué pasa con Gil? -pregunta Bay.

- ¿Qué pasa con Tavis? -interviene Min.

- ¿Qué pasa conmigo? -replico yo.

Bay empieza a recorrer el despacho de un extremo a otro.

- No podemos permitirlo -declara. -Acabas de llegar a Los Ángeles. Ya eres de la familia. Te daré un aumento de sueldo.

- No quiero un aumento.

- Yo, sí -aventura Min.

- Es una gran oportunidad -argumento yo.

- ¿Cómo? -resopla Bay. -¿Trabajar para una empresa de negreros en la City? ¿Un gobierno laborista de mierda, impuestos por las nubes y calles sucias? ¿Qué te den una paliza para robarte el móvil y los hospitales del NHS, de donde es más fácil salir muerto que sano?

- No parece una opinión muy objetiva.

- Aquí es donde tienes tu gran oportunidad -insiste Bay. -Me jubilaré -se ofrece. -Puedes dirigir la agencia. ¿No es así, Min?

- Por mí, estupendo -responde Min con gentileza.

- No puedes hacer eso -replico yo. -No quieres jubilarte.

- Cariño -dice Bay con su mejor acento de la Costa Oeste. -Tengo un bomboncito quince años más joven que yo. Se me ocurren muchas cosas para ocupar mis días.

Me viene a la mente una imagen de Bay en el futuro, enfundada en su estrafalario atuendo de lycra y formando parte de la comunidad de ancianos patinadores.

- No puedo quedarme. -Noto que mi voz va perdiendo fuerza. -Siempre se me olvida aplicarme crema solar. La cara se me va a convertir en una pasa.

- Inyéctate Botox -sugiere Bay.

- Un terremoto de grandes proporciones está previsto para dentro de unos cuarenta años -apunto yo. -Podría ocurrir en cualquier momento.

- Y a ti te podría atropellar un autobús de dos pisos en Kensington al cruzar la calle -contraataca

Bay.

- ¡Bah! El cliché de siempre.

Admito que siempre llevo ropa interior presentable por si me atropella un autobús pero, ¿cómo se prepara uno para un desastre de las dimensiones de un terremoto? No tengo ni idea. Está claro que no estoy destinada a vivir aquí.

- Tienes a dos hombres enamorados de ti -indica Min. -Deberías sentirte como en casa.

- ¿Dos hombres enamorados de mí?

Hago un esfuerzo por que se me ocurra uno.

Ambas se me quedan mirando, boquiabiertas.

- ¿Qué pasa?

- Tavis está loco por ti -dicen al unísono.

- ¿Tavis? -No tengo más remedio que soltar una carcajada. -Tavis es gay.

- Si Tavis es gay, yo soy Danny La Rué -afirma Bay con rotundidad.

Siempre me había preguntado a quién me recordaba.

- Está decidido -concluyo. -Nada va a persuadirme de que cambie de opinión. -Me muerdo los labios por si se les ocurriese volver a temblar. -Londres, allá voy.

CAPÍTULO 86

- Me vuelvo a casa -informo a Daniella.

- Estás loca de remate -declara ella. Da la impresión de que va a pegar un zapatazo en el suelo.

- No te vayas, tía Sadie.

La barbilla de Alexis está temblando.

- Tengo que irme, tesoro.

Se pone a llorar sobre la melena de nailon de su Barbie Destellos y yo me siento la persona más ruin del mundo.

- Mira lo que estás haciendo -recrimina Daniella abrazando a su hija. -Nos destrozas el corazón.

- He reservado el billete -anuncio con un hilo de voz.

- Perfecto -corta Daniella. -Ya no hay nada que hacer.

La última vez que me sentí de esta manera fue cuando me pillaron detrás del cobertizo de las bicicletas con Jeremy Dickinson, con un chupetón en el cuello y un paquete de cigarrillos Number 6 en la mano.

- Lo siento.

- ¿Qué dice Gil?

- Nada -respondo, y me rodeo a mí misma con los brazos.

- ¿Nada?

Noto que me encojo.

- Aún no se lo he dicho.

- ¿Y piensas decírselo?

- Más adelante.

- ¿Para cuándo es el billete?

- Para mañana.

- De modo que «más adelante» será… ¿cuándo?

- A lo mejor le dejo una nota -mascullo.

- ¿Qué ha hecho él para merecer esto?

- Tener más esposas de las que dijo. Dejarme encerrada en un armario en la fiesta de los Oscar.

- Creo que enfocas los aspectos negativos de la situación -afirma Daniella a la manera californiana. -Se trata de ofensas insignificantes en el esquema general de los hechos.

Puede que para Daniella sean ofensas insignificantes, pero a mí me lo han hecho pasar fatal. ¿Es normal sufrir tanto en el amor?

Por otro lado, reconozco que empieza a hostigarme la idea de que me lo paso mucho mejor con Tavis que con Gil. No discutimos, no nos distanciamos, no tenemos que pasarnos la vida considerando los sentimientos de terceras personas. Y besa como nadie -aunque estuviera representando un papel. -Tiene que haber hombres heterosexuales así por algún lado. Con uno me bastaría.

- Sabes que esto es una huida, ¿verdad?

- Claro que sí.
- En Londres estará lloviendo.
- Siempre llueve.
- Quédate y arregla las cosas con Gil -suplica Daniella. -Te adora. Sólo porque sea un gilipollas incapaz de sacar lo vuestro adelante no significa que no te ame.
- Gracias por tus palabras de ánimo. -Sonrío, aunque tengo ganas de llorar. -Necesito dar un paseo.
- Te atracarán.

En este crítico momento el hecho de que me golpeen la cabeza con un martillo no me parece una perspectiva tan mala; incluso podría venirme bien.

- Voy a decírselo a Tavis.

Daniella enarca las cejas.

- A Tavis… Pero a Gil no. ¿No te parece sintomático?
- No tengo coche -señalo, -y Tavis trabaja a la vuelta de la esquina. Puedo ir andando a verle.
- Parece que te olvidas del milagro de la comunicación telefónica -indica Daniella.
- Sí.
- Tavis me cae muy bien -interviene Alexis. Está chupando, ensimismada, el pie de Barbie Destellos.
- A mí, también -coincido yo.
- Pero Gil también me cae muy bien.
- Me parece que Alexis ha captado el dilema -comenta Daniella.

Y aunque me duele admitirlo, a mí también me lo parece.

CAPÍTULO 87

Zorba's está lleno hasta la bandera. A medida que me aproximo al restaurante sé que Tavis no va a disponer de tiempo para una conversación reposada. Y ahí está, saliendo por la puerta, con los brazos atestados de bandejas de ensalada, cordero a la parrilla y todo tipo de platos griegos. Al repartir la comida tiene una sonrisa y un comentario amable para todo el mundo, y me da lástima porque sé que está destinado a algo mucho mejor. Me quedo de pie, observándole sin que me vea, y no soy capaz de poner en palabras lo que siento por él. Mierda. Esto es horrible.

Cuando se da la vuelta para regresar a la cocina, me ve.

- ¡Eh! -dice. -¿Qué haces aquí?

- He venido a enterarme de cómo te fue en el *casting*.

Hace una mueca de disgusto.

- ¿No muy bien? Intento ver la parte positiva -responde Tavis.

- ¿Lo que significa…?

- Que no llegué a dar un puñetazo a Gil.

- Cielo santo.

- Cielo santo, efectivamente -repite Tavis imitando mi acento.

- Estaba muerta de preocupación por ti -comento yo. -Cuando me di cuenta de que tu audición era con él, no supe qué decir. No es que Gil sea precisamente tu fan número uno.

- ¿Por qué será? -pregunta Tavis.

De pronto, el restaurante desaparece, cesa conversación, el flujo de tráfico que busca aparcamiento en Larchmont se evapora y sólo quedan Tavis y yo.

- Tal vez porque yo lo soy.

Nos quedamos mirando el uno al otro. La luna se eleva sobre el cartel de HOLLYWOOD. Es momento propio de *Romeo y Julieta*. Me muero por dentro, y no sé por qué. Tavis da un paso hacia mí.

- Sadie…

- ¡Camarero!

El ruido regresa.

- Enseguida -responde Tavis con animación. -Ahora no podemos hablar -advierte.

- Tengo una cosa más que decirte -confieso.

Da la impresión de que Tavis no la quiere oír.

- Es importante -añado. Noto que estoy arrastrando los pies. -He decidido volver a casa.

- ¡Eh, camarero!

- ¿A casa?

- A Londres -aclaro, -a mi casa de verdad. Mañana.

- No puedes hacer eso -afirma Tavis.

- Aquí no hay nada para mí -asevero yo con tristeza.

- ¡Eso no es verdad! -Tavis parece presa del pánico.

- No puedo vivir de sueños y de ilusiones, Tavis. Necesito estabilidad y compromiso, cosas así. No puedo dejarme llevar según sople el viento. No puedo hacer una cosa cuando sueño con otra. Tengo los pies en la tierra.

- ¿Qué hay que hacer para que me traigan más vino? -grita el comensal.

- Debo irme -dice Tavis. -Tenemos que hablar de esto. Iré a verte cuando acabe el turno. Será tarde.

Niego con la cabeza.

- Voy a estar muy ocupada. Tengo que hacer el equipaje.

- No podemos despedirnos de esta manera -suplica él. -Déjame llevarte al aeropuerto.

- No sé…

Nunca se me han dado bien las despedidas.

- Hay cosas que quiero decirte.

Tavis está consternado.

- ¿Por ejemplo?

Se pasa la mano por la cabeza.

- No lo sé -responde. -Necesito tiempo para pensar.

- Tengo que salir de casa de Daniella hacia el mediodía -comento. -No llegues tarde.

- No lo haré -promete Tavis.

Me giro para marcharme y agito la mano en señal de despedida.

- Sadie… -Tavis está cabizbajo. -Piénsalo detenidamente.

- No he pensado en otra cosa en todo el día -replico yo.

Y voy a seguir pensándolo el resto de la noche.

CAPÍTULO 88

Dolores estaba casi irreconocible. Gil se quedó admirado de sus curvas, sinuosas y brillantes.

- ¡Caray! -exclamó; la sorpresa le impidió hacer comentario adicional alguno.

En el taller habían pasado toda la noche ocupados con Dolores. Desarmaron el coche por completo, lo arreglaron, pintaron la carrocería y lo acicalaron al máximo. El óxido brillaba por su ausencia, el cromo relucía y todas las piezas funcionaban a la perfección. Gil tuvo que reconocer que no se parecía en nada al vehículo que les había llevado horas antes. Al entregar la tarjeta de crédito dio un ligero respingo. Sólo los costes por mano de obra habrían sido suficientes para comprar un Mercedes; pero, ¡qué diablos! Aquella antigua pila de chatarra era la pasión de Sadie y, si iba a hacerle feliz a ella, el dinero estaba bien empleado.

- Se lo agradezco mucho, de verdad -dijo Gil al dueño del establecimiento.
- No hay de qué, señor McGann. A su disposición.

Era el mismo taller que había reparado la malograda carrocería de los coches de Gina en incontables ocasiones, y posiblemente las facturas abonadas por Gil habían proporcionado a aquel hombre su casa con piscina en Hollywood Hills, por lo que no resultaba extraño que sus operarios hubieran obrado maravillas con Dolores.

Gil miró el reloj. Era casi mediodía, demasiado tarde para llevar el coche a casa de Daniella; pero podía pasarse por Toma Doble para que Sadie se diera una vuelta durante la hora del almuerzo. Se montó en el coche de un salto y se unió al bullicioso tráfico en dirección a Wilshire Boulevard. Había estado despierto toda la noche, preocupado por Sadie, Dolores, Gina y Katherine. Al final resolvió levantarse y leer el guión de Daniella. Quizá la amiga de Sadie tenía razón; había demasiadas mujeres en su vida, aunque una de ellas fuera un vehículo. Para cuando el amanecer se abrió paso a través de las ventanas, había decidido qué hacer: primero, comprar el guión de Daniella; segundo, pedirle a Sadie que se casara con él.

Bay y Min intercambiaron miradas intranquilas.

- Se ha marchado -anunció Bay, lamiéndose los labios con nerviosismo.
- ¿Qué quieres decir con «se ha marchado»? -preguntó Gil. -¿Es que la has despedido?
- Claro que no, estúpido -bramó Bay (la tosca chica de Essex se abría paso a través del barniz de cortesía propio de California). -Yo quería que se quedara. Es una pena que tú no quisieras.
- ¿Cómo que se quedara?
- Se vuelve a Londres.

Gil sintió como si se encontrara en una de esas películas de terror en las que de repente el mundo entero se resquebraja y queda desenfocado.

- ¿Te refieres a Sadie?
- ¿No es de ella de quien estamos hablando?
- ¿Cuándo se va?
- Se supone que eres su novio -ironizó Bay. -¿No deberías saber esas cosas?

- No me ha dicho nada -comentó Gil, notando que un abismo se abría en su interior.
- Se marcha hoy.
- Tengo que detenerla -afirmó.
- Buena suerte -replicó Bay. -Min y yo lo intentamos, sin ningún éxito.

Gil se encaminó a la puerta dando traspiés, como si estuviera borracho. Al salir a la calle, el mundo continuaba su ritmo. Los conductores seguían impacientes, el sol todavía brillaba, el cielo aún estaba azul. Pero para Gil, todo había cambiado. Se notaba empapado de sudor. A tientas buscó su móvil y, sacándolo del bolsillo, marcó el número de Sadie; automáticamente salió el buzón de voz. Iría a casa de Daniella sin perder un instante. Tenía que estar allí. Gil no solía rezar, pero estaba dispuesto a elevar una plegaria para que Sadie no se hubiera marchado todavía.

A toda velocidad se colocó al volante de Dolores y puso en marcha la flamante, suave y silenciosa transmisión. Antes de que pudiera salir del aparcamiento, sonó el móvil. Tal vez fuera Sadie, que le devolvía la llamada.

- ¡Sadie! -exclamó Gil en cuanto cogió el teléfono.
- No, soy yo.

Era una voz estropajosa que Gil reconoció de inmediato.

- Gina -dijo. -Ahora, no. Tengo que resolver un asunto muy importante.
- Noah me ha abandonado. -Gina rompió en sollozos. -Arrojó mi ropa a la piscina. Mi ropa preferida.
- No, Gina -insistió Gil. -Ahora no puedo hacerme cargo. Coge un taxi y vete a casa. Haz que María te prepare un café bien cargado y quizá algo de comer…
- Gil, te necesito. -El tono de voz de Gina pasaba de la histeria a la somnolencia. -Siempre has sido la única persona que he necesitado.
- Vete a casa. Haz yoga. Iré más tarde.
- Nadie me quiere -gimió Gina.
- Claro que sí -rebatió Gil. -Todos te queremos. -Con una sola mano al volante, Gil se las arregló para sumarse al flujo de tráfico. -Luego hablaré con Noah, hablaré con vosotros dos.
- Me siento rara, Gil.
- ¡No! -Gil dio un manotazo al volante. -¡No me hagas esto!
- Tengo mucho sueño.
- Gina -Gil trató de mantener la calma. -¿Qué has tomado?
- No lo sé. -Apenas se la oía.
- ¿Has tomado algo? ¡Gina! ¿Has tomado algo?
- Hmm -dijo Gina con un suspiro.
- ¡Mierda! -exclamó Gil. -¿Dónde estás? ¡Gina! ¿Dónde estás? -No obtuvo respuesta de su mujer, tan sólo los suspiros cansinos que le llegaban a través de la línea telefónica. -¿Estás en casa de Noah?
- Hmm, hmm -murmuró Gina. -La piscina… -La comunicación se cortó.

Gil arrojó el teléfono al asiento del copiloto, apretó el acelerador y tomó la dirección de casa de Noah, en Beverly Hills. Dio una palmadita al volante de Dolores.

- Venga, preciosidad. Demuéstrame lo que sabes hacer -dijo en voz alta. -Esto es una emergencia.

CAPÍTULO 89

Tavis recorría de arriba abajo la azotea del apartamento. Joe, deslumbrante con su camisa hawaiana y echado en una tumbona, se quitó una rodaja de pepino del ojo.

- ¿Qué vas a hacer?

- No lo sé -respondió Tavis, intentando controlar el ritmo de su respiración. -Estoy pensando.

- Bueno, pues piensa más deprisa -le aconsejó Joe. -Se te está agotando el tiempo.

- ¿Te crees que no lo sé? -saltó Tavis.

- ¡Eh! -replicó Joe, quitándose las dos rodajas de pepino. -No hay por qué perder los nervios. Me limito a hacer constar lo que es evidente.

- No sé qué hacer -repitió Tavis. -No sé qué decir. -Miró a Joe, consternado. -¿Qué me aconsejas?

- Colega -dijo Joe con un suspiro, -soy la última persona a la que pedir consejo.

Sonó el teléfono. Tavis y Joe se quedaron mirándolo.

- Puede que haya cambiado de opinión -apuntó Tavis esperanzado.

- Sí -convino Joe. -O a lo mejor Spielberg quiere que sustituyas a Harrison Ford en la próxima entrega de Indiana Jones. -Joe se levantó de la tumbona y de paso recogió el guión que se le había caído al suelo. -Contestaré yo, por si fuera Steven. Tú estás demasiado histérico.

- Buenos días, residencia de Tavis Jones.

Tavis hizo una mueca.

Joe cubrió el transmisor con la mano.

- Tampoco está mal. Te llama Toby Portman.

Tavis se pasó la mano por el cabello y agarró el teléfono.

- Hola.

Joe envolvió a Tavis con los brazos y también colocó la oreja junto al teléfono. Éste intentó sin éxito que se apartara.

- Hola, Tavis -dijo Toby. -¿Puedes acercarte a mi despacho?

- Claro.

Tavis oía los latidos de su propio corazón. No podía tratarse de malas noticias. Si Toby Portman quería volver a verle, tenía que ser algo bueno.

- ¿Te parece de aquí a una hora?

- Vaya, lo siento -dijo Tavis mientras se le formaba un nudo en el estómago. Tenía que ir a recoger a Sadie para llevarla al aeropuerto. Se lo había prometido; no podía fallarle, de ninguna manera. Se imaginó a Sadie esperándole con el equipaje preparado. Vio su última oportunidad para decir las cosas que tenía que decir, pero que no se atrevía a formular en su cerebro. -No puedo. Tengo algo muy importante que hacer.

Se produjo una pausa al otro extremo de la línea. Toby Portman no estaba acostumbrado a que los actores en paro le contradijeran.

- ¿Más importante que iniciar el camino de la fama?

- Para mí, más importante que cualquier otra cosa -repuso Tavis.

- Bien, pues te llamarán de mi oficina con una cita más conveniente -indicó Toby Portman.

Pero cuando Tavis colgó el teléfono supo que probablemente no volvería a tener noticias de él. Una cosa era tratar con estrellas consideradas difíciles como Russell Crowe o Jack Nicholson; otra muy distinta, promocionar a un desconocido Tavis Jones que se mostraba difícil.

- ¿Más importante que cualquier otra cosa? -gritó Joe con incredulidad. -Eso es una declaración en toda regla.

- Supongo que sí.

Tavis exhaló un suspiro.

- ¿Te das cuenta de que acabas de rechazar un encuentro con Toby Portman a causa de una mujer?

- Sí -replicó Tavis.

- ¿Estás loco?

- Sí -respondió Tavis. -O enamorado.

- Es lo mismo -dijo Joe con prontitud. Empezó a abanicarse con las páginas de su guión. -Deberías ser tú quien estuviera a punto de desmayarse.

- Estoy bien. Genial -afirmó Tavis. -Habrá otras películas.

- ¡Habrá otras películas! -Joe cayó sobre la tumbona, atacado por la histeria. -¡Habrá otras películas!

El nudo del estómago de Tavis no parecía dispuesto a dejar en paz su aparato digestivo. -No pasa nada.

- ¡No pasa nada! -Joe chillaba como un endemoniado. -¡Has esperado años esta oportunidad! ¡Años! ¿Acaso no abandonaste a las mujeres por esa razón? ¿Qué hay del Tavis que tenía las ideas tan claras, que nunca jamás se iba a comprometer?

Tavis empezaba a preguntarse lo mismo.

- ¡Joder! -exclamó Joe, aflojándose la camisa de modo que pudiera entrarle aire. -¡Has perdido la cabeza!

Pero Tavis sabía que no era la cabeza lo que había perdido, sino el corazón, un órgano sin duda mucho más delicado.

Joe estaba abatido a causa de la emoción.

- Confío en que ella lo merezca.

- Yo también -coincidió Tavis, tratando de obviar la chispa de duda que estaba dispuesta a prenderse de forma espontánea en su cerebro. -Yo también.

CAPÍTULO 90

Daniella está de pie, junto a la puerta de mi habitación. Tiene los brazos cruzados y el labio le tiembla.

- ¿No te dejas nada?

- No. -Miro la maleta que mi amiga ha tenido que prestarme porque me robaron la mía la noche que llegué a Los Ángeles; ahora parece que han pasado un millón de años. -Daniella…

- No te pongas sentimental -me pide. -Voy a echarme a llorar.

- Sólo quería decirte…

- Calla -me ordena. -No digas nada. Juntas, hemos pasado un tiempo fabuloso. Nos hemos hecho grandes amigas. Has sido una compañera de casa excepcional, si exceptuamos tu irritante costumbre de comer lo que te venga en gana y no engordar. Y ahora lo fastidias todo al marcharte a Inglaterra.

Atravieso la habitación y la abrazo.

- Eso es exactamente lo que iba a decir.

- Odio a los ingleses -declara Daniella con sentimiento, -con vuestro «labio superior tieso» y vuestro «estupendo, viejo amigo». ¡Sois tan impasibles!

- Yo no soy impasible -protesto. -Sólo trato de contenerme.

- ¿Por qué? -pregunta Daniella. -Es mucho mejor soltarlo todo. Dentro de diez años tendrás cáncer o artritis por guardarte dentro todo ese dolor.

- Es una idea reconfortante.

- ¿No has leído a Louise Hay?

Puedo afirmar con sinceridad que no tengo ni idea de quién es Louise Hay, pero intuyo que debería saberlo. Me pega que tenga procedencia californiana, ¿por qué será?

- Cambiemos de tema -sugiere Daniella. -Este me pone enferma.

Le entrego un sobre.

- He escrito una carta a Gil -anuncio. -¿Te importa dársela?

- Eso es exactamente a lo que me refiero -dice con un grito. -Deberías haberle llamado. ¿Qué dices en la carta? «Lo lamento en el alma, viejo amigo. Me piro a casa. Mala suerte, ¿eh?»

- Eso no es justo.

- Lo que no es justo es escaparse de Gil.

- He intentado llamarle al móvil -replico. -Varias veces. No contesta.

Daniella no tiene respuesta.

- He metido en el sobre el otro juego de llaves de Dolores.

- Genial -dice ella. -Eso doblará su valor.

Los ojos se me llenan de lágrimas y aprieto los labios hasta que los noto entumecidos. Daniella se derrumba.

- No quiero que nos peleemos.

- Yo no me estoy peleando -aclaro. -Tú me estás diciendo cosas horribles para hacer que me

hunda y decida quedarme.

- ¿Te parece tan mala idea? -pregunta Daniella.

En este momento no lo sé. No tengo ni idea de qué demonios estoy haciendo o por qué lo hago.

- Tavis estará a punto de llegar -comento.

- Bien -aprueba Daniella, quien levanta mi maleta y la traslada al cuarto de estar mientras yo la sigo con actitud obediente. -Te voy a contar una cosa para que te animes mientras esperas.

Me siento a su lado en el sofá y me aprieta la mano.

- Estoy pensando en realzar mi trasero -dice, y en su voz se detecta un matiz de emoción.

- ¿Cómo?

- ¿Cómo? -Daniella parece perpleja. -Con implantes.

- ¿Por qué?

- ¿Por qué no? -replica ella. -Si a Gil le gusta ese guión tanto como dice, estoy a punto de ponerme en camino. Voy a ser una famosa guionista de Hollywood y una mujer financieramente independiente. Quedaré libre del Excéntrico Magnate Cinematográfico. Creo que será símbolo de mi nuevo estatus. Es el último grito; todo el mundo lo hace.

- No, no es verdad. -Aunque mi amiga habla con absoluta seriedad, no puedo evitar echarme a reír. -«Todo el mundo» significa unas cuantas mujeres chaladas de Hollywood. Es un culo, ¿qué tiene de malo?

- Podría ser mejor.

- ¿En qué sentido? ¿Te resulta cómodo al sentarte?

- Sí.

- Entonces cumple su función perfectamente.

Daniella hace un mohín con los labios.

- No lo entiendes, ¿verdad?

Sacudo la cabeza.

- Está claro que no. Pero me alegra oír que puedes llegar a ser financieramente independiente. Has trabajado mucho para lograrlo, y confío de corazón en que lo consigas.

- Podré abandonar al Magnate y encontrar a un hombre estupendo. Si es posible, mucho más joven.

- Ése es también el último grito, ¿no? -pregunto.

- Desde luego -responde ella. -Te prometo que lo llevaré a Londres a que lo conozcas. Nunca he estado en Europa.

- Bueno -replico yo, -pues ya va siendo hora.

Un coche se detiene fuera y ambas estiramos el cuello.

- Tavis -anuncia Daniella.

Efectivamente, mi Romeo salta de su coche y asciende por el camino que conduce a casa de Daniella. El corazón me da un extraño vuelco al pensar que quizá ésta sea la última vez que vaya a verle.

- Hora de largarse, hermana -dice mi amiga, y coge la maleta. Abre la puerta y la arroja a los pies de Tavis. Él mira el equipaje con un viso de decepción en los ojos.

- Hola -saluda. Tavis muestra un aspecto muy limpio y arreglado, incluso elegante. Me pregunto si va a ir a algún sitio importante después de dejarme en el aeropuerto. -Pensé que a lo mejor habías cambiado de idea.

- No.

La decepción se extiende por el resto de su rostro y a mí me cuesta creer que le esté haciendo esto a mis amigos, quienes me acogieron de inmediato cuando aterricé aquí como una huérfana.

Justo en este momento, otro coche se para delante de casa de Daniella: un Mercedes gigantesco, posiblemente el más alto de la gama, mucho más largo de lo normal y adecuado para capos de la Mafia o jugadores de fútbol americano de primera división. Por un momento se me ocurre la lunática idea de que pueda ser Gil. Pero no lo es. De colosal vehículo se baja un hombre bajo, gordo y calvo. A pesar del calor asfixiante, lleva jersey negro de cuello vuelto, chaqueta de lana y mocasines blancos. En medio del pecho le cuelga un medallón de oro -desde los ochenta no he visto nada parecido.

- Santo Dios -murmuro para mis adentros al reconocerle.

Es mucho mayor de lo que imaginaba, y no entiendo qué ha podido ver Daniella en él. Pero el poder y el dinero son potentes afrodisíacos, y la belleza es efímera. Me giro hacia mi amiga, que ha entrado en un momentáneo estado de inercia. Así que éste es el Excéntrico Magnate Cinematográfico.

- ¿Qué hace aquí? -susurra Daniella con rabia. ¿Y yo qué sé?

- Puede que haya venido a ver si tenéis un futuro juntos ahora que tú sabes que está libre -sugiero.

- He ansiado este momento, Sadie -dice Daniella con un hilo de voz. -Y ahora que está aquí, no sé qué hacer.

Me mira con ojos muy abiertos que suplican «ayúdame».

- Daniella, dijiste que querías librarte de él.

- Lo dije, ¿verdad? -vacila ella.

No es momento de manifestarle que podría encontrar a otro mucho mejor.

La mandíbula de Tavis está rozando el suelo, pues ha reconocido al Excéntrico Magnate Cinematográfico. Da la impresión de que podría postrarse a sus pies.

- Tengo que deshacerme de él -masculla Daniella.

- Mira -digo yo, -odio las despedidas. Me voy con Tavis al aeropuerto. Quedaos aquí y solucionad vuestro futuro.

El Excéntrico Magnate Cinematográfico se planta frente a nosotras.

- Hola -dice. -Daniella.

Daniella asiente con la cabeza.

- Tú debes de ser Sadie -comenta, y me estrecha la mano. -Confío en que a partir de ahora nos veamos más a menudo.

- Sadie regresa a casa -anuncia Daniella. -Tavis va a llevarla al aeropuerto.

El Excéntrico Magnate Cinematográfico mira a Tavis de arriba abajo con ojo crítico.

- Eres un joven muy atractivo -concluye. -¿Eres actor?

Tavis, aún incapaz de articular palabra, asiente con la cabeza.

El Magnate le entrega una tarjeta de bordes dorados.

- Llama a mis oficinas -dice.

Tavis está a punto de desmayarse.

Ahora el Excéntrico Magnate Cinematográfico está justo enfrente de Daniella. A pesar de su edad avanzada, el carisma le emana por los poros.

- Te he estado llamando -declara.

- Y yo no he contestado tus llamadas -replica Daniella.

A pesar de que me encantaría ser una mosca en la pared en esta conversación, el tiempo apremia.

- Tengo que irme -le digo a Daniella.

Ella me abraza con fuerza.

- Te quiero -dice. -Estás cometiendo un enorme error al marcharte, ¿no te parece, Tavis?

- Sí -coincide Tavis con un suspiro que parece salirle del alma.

Daniella me separa de ella e intercambiamos un beso.

- Llámame -me pide, mientras se enjuga una lágrima.

- Ven a verme pronto.

- Lo haré -promete con un sollozo.

Un taxi se detiene detrás del Mercedes del Excéntrico Magnate Cinematográfico con un chirrido de neumáticos, y por un instante me pregunto si será Gil, sin pararme a reflexionar qué haría Gil en un taxi. El taxista se baja y es mi ladrón armenio, el que me robó el equipaje la primera noche. Camina hacia nosotros con la maleta aferrada a su carnosa mano, dejándome sin habla. Me arroja la maleta a los pies.

- Error -masculla con un marcado acento. -Te encuentro.

- No me robaste -indico yo. -¡Te marchaste con mi maleta por error! ¿Me has estado buscando hasta encontrarme?

El taxista no muestra expresión alguna.

- Armenio -dice.

Rebusco en mi monedero, saco la propina más generosa que puedo permitirme y se la entrego.

- Gracias. Muchas gracias -balbuceo.

Con una brusca inclinación de cabeza, el taxista armenio se embolsa el dinero y se aleja con paso firme.

- Éste es el final -sentencia Daniella con otro sollozo.

- Supongo que sí. -Mi ropa de saldo ha regresado para que yo reanude mi vida de saldo. -Quédate con esto -le digo a Daniella al tiempo que empujo en su dirección la maleta que me ha prestado, llena de prendas de marca. -En Londres no voy a necesitar tops de tirantes.

- La guardaré -afirma, -con la esperanza de que algún día vuelvas a por ella.

Doy otro beso a Daniella.

- Tengo que irme.

- ¿Preparada? -pregunta Tavis.

- Cómo no.

Recoge mi deteriorada maleta.

- Su carroza le espera.

- Gracias.

Tavis y yo intercambiamos una triste y débil sonrisa. Arroja mi equipaje al asiento posterior del coche. Realmente me hace mucha ilusión volver a Londres, y estoy absolutamente segura de que he tomado la decisión acertada. ¿Verdad?

CAPÍTULO 91

Gina puso los ojos en blanco. Gil, que la tenía en brazos, sacudió con gentileza el cuerpo inerte de su mujer. La había encontrado junto a la piscina de Noah, como ella le había indicado, desplomada sobre una tumbona, con medio cuerpo fuera. Tenía la frente bañada en sudor y estaba blanca como una sábana.

- Quédate conmigo -dijo Gil, obligando a Gina a que le mirara. -Abre los ojos.

Gina hizo un esfuerzo por obedecerle.

- Vamos, nena -le urgió Gil. -No te duermas. La ambulancia está al llegar.

Gil había llamado al servicio de urgencias desde el coche, y llegarían de un momento a otro. Gina sólo tenía que resistir. Se pondría bien; estaba convencido de que se pondría bien. Su mujer había pasado por esto en otras ocasiones y siempre había salido adelante. Confiaba en que esta vez no hubiera tentado demasiado a la suerte.

Gil paseó la vista por la magnífica piscina y la mansión palaciega que había pertenecido a varias estrellas de cine sucesivamente. La luz del sol se reflejaba en las tranquilas aguas azules de la piscina, en cuyo fondo Noah había hecho colocar recientemente un mosaico con la leyenda «Nacido para disfrutar». Las palmeras se mecían bajo la brisa, los periquitos piaban en los árboles y grupos de geranios por valor de miles de dólares llenaban antiguas tinajas de aceite turcas. Era un lugar idílico, pero en más de una ocasión había sido testigo de una sobredosis. Si alguien cuestionaba el antiguo dicho de que la felicidad no se compra con dinero, debería acudir a Hollywood y mirar el historial de los multimillonarios y famosos. No había rastro de Noah.

La sirena de la ambulancia anunció su llegada y segundos más tarde Gil escuchó el sonido de pies que corrían por las baldosas italianas de terracota fabricadas a mano que rodeaban la piscina.

- Han llegado, nena -murmuró Gil con suavidad, mientras acariciaba el cabello de Gina. -Resiste, sólo un poquito más.

- Lo siento, Gil -jadeó Gina.

Los sanitarios llegaron hasta ellos y arrancaron a Gina de brazos de Gil.

- ¿Sabe qué ha tomado?

Gil les entregó el envase de plástico vacío. Era blanco, del mismo color que el cutis de Gina.

- Y también alcohol.

Desvió la mirada hacia una botella de vodka abandonada.

- Vamos a llevarla al hospital, señora -dijo el hombre. Le pusieron una máscara de oxígeno en la cara y la colocaron en una camilla mientras Gil observaba, impotente.

Gina le cogió de la mano y la apretó con la fuerza de un niño.

- No lo volveré a hacer -susurró. -Nunca más.

Mientras empujaban la camilla hacia la ambulancia, Gil albergó la esperanza de que pudiera llegar a tiempo al hospital, y que aquellas palabras no le persiguieran el resto de su vida.

CAPÍTULO 92

El trayecto al Aeropuerto Internacional de Los Ángeles se hace interminable. Tavis conduce con tal lentitud que a este paso no vamos a llegar. El resto del tráfico que circula por La Ciénaga nos adelanta jubilosamente. Apenas hemos intercambiado un par de palabras y Tavis clava la vista en el asfalto. Estoy deseando llegar, porque lo que estoy haciendo me duele, incluso físicamente.

A medida que nos aproximamos al aeropuerto y el gigantesco arco de hormigón que precede a la terminal se hace visible, Tavis suelta de repente:

- Ojalá no volvieras a Londres.

No quiero admitir que yo siento lo mismo

- Tengo que hacerlo -replico yo. -Mi relación con Gil no va a ningún lado. Tengo que marcharme. No hay más remedio.

Tavis se aclara la garganta.

- Hay otros hombres en Los Ángeles -afirma. -Casi todos son gays o están locos -prosigue, -pero quedan algunos.

- Sólo necesito uno.

- Sadie…

- Tavis…

Ambos hablamos y nos detenemos a la vez.

- Primero, tú -dice Tavis.

- Creo que eres un hombre maravilloso. -Estoy tartamudeando, lo que no resulta particularmente atractivo. No sé dónde ha ido a parar la elocuencia de mi representación de Julieta. -Un hombre realmente maravilloso.

Tavis se muestra retraído.

- Y me pregunté… durante un tiempo… si tenía sentimientos… -Le miro y observo que aprieta el volante y los nudillos se le ponen transparentes. -Me pregunté si yo… sentía algo por ti.

- Sadie…

Levanto la mano para detenerle.

- Ya sé lo que vas a decir.

- Ah, ¿sí?

- Sí -afirmo con rotundidad. -Y sé que es estúpido sentirse así. Entiendo perfectamente cómo eres. Me parece genial. En serio. Es absurdo pensar que podríamos haber tenido una… una…

- ¿Relación?

- Una relación -confirmo. -Sé que tú y yo nunca podríamos ser nada más que buenos amigos.

- ¿Eso crees?

- Sí. -Ahora lo tengo muy claro. Ojalá no me doliera tanto. -Eres un amigo estupendo -declaro. -Uno de los mejores. Y si alguna vez vas a Londres, quiero que me llames y quedaremos para cenar.

Tavis se vuelve hacia mí, a pesar de que estamos girando para entrar al aparcamiento.

- ¿Para cenar?
- O algo así.

Tavis aparca el coche y se queda sentado, mirando por la ventana. Respira hondo y se gira para mirarme. Sus ojos son tan hermosos que el corazón me deja de latir.

- Sadie… Sadie… -Entonces, pasa el brazo al asiento de atrás y recoge mi maleta. -Vamos -dice, -no vayas a perder el avión.

CAPÍTULO 93

Gina tenía tubos por todas partes y estaba conectada a un monitor que indicaba cada latido de su corazón con un leve aunque irritante pitido. Gil nunca se había alegrado tanto de oír un ruido molesto como en aquella ocasión.

La habitación del hospital era blanca, austera y aséptica. La persiana estaba echada para impedir que entrara la luz del sol. Recordaba a la habitación de hospital de una película. Una enfermera entró con aire eficiente para revisar las gráficas y los goteros y comprobar el estado de Gina.

La mujer de Gil yacía inmóvil en la cama; una máscara de oxígeno le cubría la boca. Tenía los ojos cerrados y el cutis había pasado del blanco al verde pálido.

- ¿Va a ponerse bien? -preguntó Gil a la enfermera.

- Estará monitorizada un par de días -respondió ella con voz bondadosa, perfecta para una enfermera. -Es una mujer muy afortunada.

Afortunada, pensó Gil. ¿Era Gina afortunada? Resultaba una palabra curiosa para describir a una persona que acababa de regresar del borde de la muerte. Gil volvió a preguntarse por enésima vez por qué alguien que podía dar y recibir tanto querría jugar a la ruleta rusa con su vida.

- ¿Está fuera de peligro?

- Eso creemos. El doctor vendrá a verla más tarde -informó la enfermera. -Ahora vamos a dejarla dormir. Se pondrá bien.

Está muy pálida.

- Usted tampoco tiene buen aspecto -replicó la enfermera con una sonrisa. -¿Por qué no se marcha a casa y descansa un rato?

- Tengo cosas que hacer -respondió él.

- Seguro que pueden esperar -terció la enfermera.

- No -rebatió Gil. -No pueden.

- Ella no sabe que usted está aquí. Su esposa seguirá dormida un buen rato -le aseguró. -Puede irse, si tiene que hacerlo. Le llamaré en cuanto ella se despierte.

- ¿Me lo promete? -preguntó Gil. -En el momento que abra los ojos…

- Le llamaré por teléfono -concluyó ella.

Gil anotó el número de su móvil y le entregó el papel a la enfermera.

- Vamos, váyase -dijo. -No se preocupe.

Gil contempló el rostro de Gina. Parecía la Bella Durmiente, frágil y vulnerable. ¿Qué iba a hacer con ella?

- No me agrada abandonarla -declaró, y la frase le hizo dar un respingo. Otra vez la misma historia.

CAPÍTULO 94

- ¡Vaya! -exclamo yo. -Sí que ha sido rápido.

Afortunadamente, no hay cola en el mostrador y he facturado en un momento. Hemos tardado tanto tiempo en llegar al aeropuerto que por poco se me hace tarde para el vuelo. Mi maleta ha sido trasladada por la cinta transportadora, y si no existen contratiempos aparecerá en otra cinta similar del aeropuerto de Heathrow, en Londres, tras varias horas de apretujones en la bodega del avión. Agarro firmemente mi tarjeta de embarque.

Tavis aún no ha pronunciado palabra.

- Tengo que irme a la puerta de embarque -comento.

Me coge del brazo y caminamos hasta el control de pasaportes. Esto es una tortura.

- Supongo que ha llegado el final -indica Tavis.

Le doy un beso en la mejilla.

- Voy a echarte de menos -aseguro.

Y no sé cómo ni por qué razón, los ojos se me cuajan de lágrimas.

- Ah, Sadie -dice Tavis.

Me abraza y me aprieta contra el pecho. Me acaricia el cabello con la boca y cuando subo la mirada me besa en los labios. Es un beso largo y tierno que hace que regresen en aluvión las sensaciones de nuestra apasionada interpretación de *Romeo y Julieta*. Como en aquella ocasión, si llevara puesto un sombrero, Tavis lo habría derribado de un golpe.

- Si las cosas hubieran sido diferentes -lamenta él mientras me abraza, -si yo hubiera sido diferente, podría haberte amado, Sadie. Quiero que lo sepas.

No sé si sus palabras me confortan o me entristecen. Me enjugo las lágrimas.

- Tengo que irme.

Me aparto de los cálidos brazos de Tavis. No sé qué tienen los aeropuertos, que engendran un ambiente de emoción arrolladora. Nos agarramos de la mano a medida que me separo de mi querido amigo, y nuestras palmas se deslizan hasta que sólo nos unen las yemas de los dedos.

Tavis también está llorando.

- Podría haberte amado. Mucho.

Camino hasta el control de pasaportes.

- Yo también podría haberte amado. -Le lanzo un beso al aire y allí se queda, con un aspecto tan desamparado que el alma se me parte en dos. -Joe es un hombre con mucha suerte -concluyo.

Los ojos de Tavis se abren como platos. El oficial echa una ojeada a mi pasaporte y me hace una seña para que avance. Tavis sale corriendo detrás de mí, pero nos separa un panel de cristal que nos llega a la altura de la cabeza. Tavis da un bote hacia arriba.

- ¿Joe? -pregunta. -¿Qué tiene que ver Joe con esto?

Yo continúo caminando hacia la puerta de embarque y Tavis mantiene el paso al otro lado del cristal. Nos detenemos y nos miramos el uno al otro.

- ¿Qué tiene que ver Joe con esto? -repite.

- ¿Acaso tengo que entrar en detalles?

- Pues sí -responde Tavis.

- Confío en encontrar algún día a alguien como tú, a quien pueda amar -declaro.

Tavis mantiene un gesto de incomprensión.

- Alguien exactamente igual a ti…, pero que no sea…

¿Cómo se puede decir gay con las manos?

- Que no sea…

- Que no esté liado con otra persona.

- ¿Otra persona? -pregunta Tavis en un tono de voz demasiado alto para mi gusto. A ambos lados de la separación de cristal se han congregado sendas multitudes. -¿Crees que estoy liado con otra persona?

Bajo la voz.

- Con otra persona que no sea un hombre.

- ¿Un hombre? -repite Tavis. -¿Piensas que estoy liado con un hombre? -Los ojos se le abren todavía más. Se percibe el resplandor de una bombilla al encenderse. -¿Piensas que estoy liado con Joe?

El interés del gentío va en aumento.

- Sí -respondo con un hilo de voz.

- ¡Crees que soy gay! -grita Tavis a voz en cuello. -¡Madre mía! ¡Crees que soy gay!

- ¿Es que no lo eres?

Ojalá me tragase la tierra, pero a pesar de encontrarnos en una importante falla sísmica que tiempo atrás me produjera pavor, no parece que vaya a salirme con la mía.

- ¿Piensas que soy el novio de Joe? -Tavis pasea de un lado a otro mientras se tira del pelo. Creo que está a punto de soltarme un discurso.

- Sí.

No encuentro mucho más que decir.

- ¿No te parece que si fuera gay tendría mejor gusto con respecto a los hombres?

- Nunca se me había ocurrido -admito yo. -Joe está bien.

- ¡Joe está bien! -exclama Tavis con un chillido. -Compartimos el apartamento, no la cama.

- ¿Cómo iba yo a saberlo? -alego en mi defensa. -Nunca me lo dijiste.

- ¡Nunca lo preguntaste! -Tavis se tira más del pelo. -¿Qué te hace pensar que soy gay?

La verdad es que no sé a ciencia cierta de dónde procede el malentendido.

- Eh… Eres actor-aventuro.

- ¡Soy actor! -brama Tavis. -¿Así, sin más? ¡No todos los actores son gays! ¡Mel Gibson tiene siete hijos!

Podría tratarse de la excepción que confirma la regla, pero me guardo el comentario.

- Tú y Joe parecíais muy «felices» juntos.

- Claro que nos gusta estar juntos. Hemos pasado muchas calamidades durante estos años. Es como un hermano para mí.

Vaya.

- Le dije a Alexis que tenías novio, delante tuyo, y no me corregiste.
- Creí que era tu peculiar sentido del humor británico.
- Le dije a Gil que eras gay.
- Pues él sí que no se lo ha creído. Nos peleamos por tu causa.
- ¿Os peleasteis por mí?
- ¡Sadie! -Tavis me mira como si fuera a desvanecerse. -Sadie, Sadie, Sadie.
- Qué fuerte. -¡Se pelearon por mí!
- Joder. -Tavis vuelve a pasear de arriba abajo. -¿Es que tengo pinta de gay?
- Si te refieres a que si vistes como los de Village People, pues no -respondo de forma impertinente. -Mira, Tavis, no tengo prejuicios. No me importa, en serio. Es tu vida.
- No es mi vida -replica él. -¡No es mi vida! Podría haber sido nuestra vida, ¿no te das cuenta?

Vaya, ahora no sé que pensar. El público que nos rodea se pone a murmurar.

- ¡No soy gay! -grita Tavis. Los espectadores a su espalda pegan un brinco. Se gira hacia ellos. -¡Yo no soy gay!
- Lástima -dice un hombre de aspecto fornido y varonil que pone cara de fastidio.
- No me lo puedo creer -insiste Tavis. -¿De qué te crees que iban aquellos besos?
- Dijiste que estabas actuando.

Tavis flaquea.

- Dijiste que era teatro, que no me imaginara otras cosas.
- Maldita sea -exclama Tavis. -Es verdad.

No se me puede achacar a mí toda la culpa.

- Me asustaba el compromiso -explica Tavis. -No quería que nada se interpusiera en mi carrera de actor, por eso no me liaba con mujeres. ¡Ni con hombres!

Eso sí que no me lo esperaba. Acto seguido, Tavis añade:

- Y tú estabas enamorada de Gil.

Llega un anuncio por el sistema de megafonía.

- Última llamada para la señorita Sadie Nelson, pasajera del vuelo a Heathrow, Londres. El pasaje está embarcando en estos momentos.
- Mi vuelo está embarcando -indico.
- Te llamaré -promete Tavis. -Iré a verte a Londres.

Salgo corriendo y Tavis corre detrás de mí.

- Lo siento -digo yo.
- Yo también lo siento -dice él. -Nos detenemos y juntamos nuestros dedos a ambos lados del cristal. Coloco la mejilla sobre la fría superficie.
- Un día serás una superestrella de cine y te olvidarás de mí -comento entre risas. -Conocerás a una persona maravillosa que no sea idiota como yo.
- Supongo que te refieres a una mujer -tercia Tavis. Intenta sonreír, pero la sonrisa resulta forzada.
- Me cuesta creer que nos hayamos equivocado tanto. -Se aparta del cristal. -Cuídate.

Me quedo clavada en el sitio mientras observo cómo Tavis se aleja de mi vida.

CAPÍTULO 95

Los comensales de la hora del almuerzo habían vuelto al trabajo y la tarde se presentaba tranquila. Unos cuantos clientes se hallaban en la terraza, sentados bajo las sombrillas y tomando un café o una cerveza. Tavis se apoyó en la barra y reflexionó sobre el desastre en el que su vida se había convertido.

No sólo se las había apañado para perder el papel de la película, sino que también había perdido a la chica. Se preguntó si habría batido alguna clase de récord. ¿Cómo podía haber estropeado las cosas con Sadie hasta aquel punto? Al intentar mantener su corazón a salvo y emitir señales de «no disponible», la había convencido de que no le gustaban las mujeres. Joe pensaría que se trataba de un aviso; Tavis no estaba seguro. Iba a tener que buscar su propio apartamento y empezar a hacer cosas típicas de machos.

- Joder -exclamó en alto a nadie en particular.

Cuando miró hacia arriba, vio a Gil McGann entrando en el bar. El productor se sentó en el taburete situado frente a Tavis.

- Hola -saludó Gil.
- Hola.

Tavis no pudo evitar el matiz cauteloso de su voz.

Gil exhaló un profundo suspiro antes de hablar.

- Supongo que Sadie se ha marchado.
- Sí -respondió Tavis, lamentando sonar tan desdichado.
- ¿Se marchó bien?
- Sí -contestó Tavis con una débil risa. -Se marchó bien.

Gil se inclinó sobre la barra. Parecía un hombre al que hubieran vaciado por dentro.

- Daniella me dijo que la llevaste al aeropuerto.
- Sí -convino Tavis, que ignoraba si Gil querría darle una paliza.
- Has sido muy amable -aprobó Gil. -Debería haberla llevado yo.
- Bueno, sí -replicó Tavis. -Tal vez deberías haberlo hecho.
- ¿Crees que se hubiera quedado?
- Mira, colega, no tengo ni idea de cómo funciona la mente de las mujeres -confesó Tavis.
- Yo, tampoco -admitió Gil. -Mira, he adecentado a Dolores.

Gil señaló la puerta con el pulgar.

Tavis miró al exterior. Junto al bordillo, justo enfrente del restaurante, Dolores exhibía todo su esplendor.

- ¡Madre mía! -exclamó Tavis con admiración.
- Da gusto ponerse al volante. -Gil señaló el coche con la cabeza. -Ahora.
- A Sadie le habría encantado -aseguró Tavis.
- Le encantaba de todas formas -apuntó Gil; -con todos sus defectos.
- Sí -coincidió Tavis. Se produjo una incómoda pausa. -¿Te apetece una cerveza?

Gil asintió con un gesto.

- Mira -dijo Tavis, -siento mucho lo del otro día. No quise…

- No -interrumpió Gil. -Tenías razón, toda la razón.

Tavis sirvió la cerveza de Gil y la colocó sobre la barra.

- Te llamaron para la prueba porque yo quería ver qué clase de tipo eras. Pero Toby tenía razón -continuó Gil. -Eres perfecto para *Amante a la fuga*.

- Sí, bueno…

- El papel es tuyo -afirmó Gil, -si es que te sientes capaz de trabajar conmigo.

- ¿El papel es mío? -repitió Tavis, incrédulo.

- Toby Portman quiere verte para ultimar los detalles.

- ¿He conseguido el papel? -Tavis se encontraba en peligro de sufrir un colapso. Todos sus sueños se hacían realidad de repente. Bueno, casi todos.

- Fue muy poco profesional por mi parte permitir que mis sentimientos personales se interpusieran -señaló Gil. -Propongo empezar de nuevo.

Tavis estrechó la mano extendida de Gil.

- Gracias -respondió. -No te arrepentirás.

- Eso espero -concluyó Gil.

- Esto hay que celebrarlo.

Tavis se sirvió una cerveza y los dos hombres levantaron sus copas.

- Por *Amante a la fuga* -dijo Gil.

- *Amante a la fuga* -repitió Tavis.

Ambos dieron un largo trago.

- Pero yo tenía razón acerca de Sadie -puntualizó Gil. -Tú también la amabas.

- Sí, bueno. Ahora ya no está aquí -se lamentó Tavis encogiendo los hombros. -Amigo mío, tú y yo nos hemos portado como unos cretinos, y ahora la hemos perdido para siempre.

- Yo no estoy tan seguro.

Me encuentro junto a la puerta, maleta en mano. Los dos se vuelven hacia mí, y no sabría decir cuál de ellos está más sorprendido.

- ¡Sadie! -Tavis y Gil se miran el uno al otro.

Cuando llegó el momento, las piernas no me permitieron entrar en el avión. A pesar de que recayó sobre mí la cólera del personal de tierra de British Airways cuando insistí en quedarme a este lado del Atlántico y tuvieron que descargar mi equipaje de saldo, estaba convencida de que era lo que tenía que hacer. Ignoro lo que la vida reserva para mí, pero sé que regresar me impediría ir hacia delante, no sé si me explico.

- ¿Qué hacemos ahora? -pregunta Tavis.

A medida que me acerco a ellos, eso es exactamente lo que estoy pensando. Daniella tiene razón. Esta es la más dulce tentación, la más dulce y la más exquisita y dolorosa. Miro a Gil y a Tavis, y los amo a los dos.

Cuando por fin me encuentro la voz, digo:

- No fui capaz de marcharme.

- Intenté encontrarte -indica Gil. Se baja del taburete de un salto y me abraza con tanta fuerza que está a punto de ahogarme. -Gina sufrió una emergencia. Tuve que llevarla al hospital, pero está bien. De verdad, intenté encontrarte, por todos los medios.

Sonrío, aunque siento ganas de llorar. Esto es lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida. ¿Cómo elegir a uno de ellos?

- Y he arreglado a Dolores -añade con entusiasmo. -Ahora va como la seda.

- Eres un hombre maravilloso. -Le acaricio la mejilla. -Un hombre guapo, bueno y maravilloso.

Tavis permanece inmóvil. Sus ojos están oscuros y tristes, y no sé qué está pensando.

Suena el teléfono de Gil. Me suelta de sus brazos para contestar.

- Es el hospital -aclara. -Les dije que me llamaran en cuanto Gina se despertase.

Noto que la garganta se me cierra. Tavis y yo intercambiamos una mirada.

Gil se guarda el teléfono en el bolsillo y me mira. Su semblante refleja desolación.

- Me necesita -se limita a decir.

- Siempre ha sido así -replico yo con suavidad. Y siempre lo será.

Cojo las llaves de Dolores de la barra y se las entrego.

- Llévate mi precioso coche -le digo, y le beso en la mejilla. -Ve junto a ella.

Gil me abraza y me pregunto si alguna vez va a soltarme.

- Aún te amo -me susurra al oído, y antes de que yo pueda responder, se aparta de mí y sale del restaurante.

Me quedo allí, viéndole marchar, y me pregunto qué demonios he hecho.

Tavis salta por encima de la barra y aterriza frente a mí.

- He conseguido el papel -anuncia, y a pesar de que intenta encoger los hombros con despreocupación, no logra ocultar sus verdaderos sentimientos.

- También has conseguido a la chica -añado yo con una sonrisa lacrimosa. -Si es que la quieres.

Me toma entre sus brazos y me abraza con fuerza.

- Tanta felicidad no puede ser posible.

- No te creas -rebato yo, apoyando la cabeza sobre su pecho. -Esto es Hollywood. Aquí les encantan los finales felices.

* * *



La dieta de las chocoadictas

Matthews, Carole
9789979646228
350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La dieta de chocoadictas es un feelgood romance que nos descubre a cuatro mujeres muy diferentes con una cosa en común: no pueden resistirse ante el chocolate. Para Lucy Lombard el cremoso, suave y delicioso chocolate es más que una simple tentación, es la cura de todos sus males. Pero no es la única. Comparte su pasión con otras tres adictas: Autumn, Nadia y Chantal. Juntas forman un singular club de amantes de esta dulce droga. Se reúnen a menudo en su santuario, El Cielo del Chocolate, donde descargan sus desasosiegos acerca del novio tramposo que promete que va a cambiar, el jefe coqueto, el esposo ludópata y un desapasionado matrimonio… --- «Deliciosa, tan placentera que nos hará sentir culpables al saborearla» People «Feelgood en estado puro: te hará volver a creer en la amistad y el amor» News of the

World «Es uno de los mejores novelas de feelgood que he leído en bastante tiempo, con una interesante mezcla de personajes y verosímiles situaciones. Es a la vez emocionante y divertido, altamente recomendable.» The Book Forum «Una agradable sorpresa de principio a fin.» Woman's Own «Chocolate y feelgood: la combinación definitiva. Una lectura deliciosa.» Heat

Cómpralo y empieza a leer



El Pueblo del Hielo 18 - Detrás de la máscara

Sandemo, Margit
9788742810293
300 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Por primera vez en español. La serie La Leyenda del Pueblo del Hielo ya ha cautivado a 40 millones de lectores en todo el mundo. Elisabet Paladin tiene el valor de sus convicciones y no se deja influir por las constantes conversaciones de su madre sobre familias influyentes y un marido rico. Ningún hombre es capaz de despertar su interés, hasta que conoce a Vemund Tark. Sin embargo, cuando Vemund llega a hablar con sus padres sobre matrimonio, la propuesta en realidad es para su hermano menor. El Pueblo del Hielo es una conmovedora leyenda de amor y poderes sobrenaturales, un relato de la lucha esencial entre el bien y el mal.

Cómpralo y empieza a leer



En lo bueno y en lo malo

Matthews, Carole

9789979646242

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El matrimonio en pleno siglo XXI es un asunto bien difícil, y si no que se lo digan a Josie, treintañera, divorciada y escéptica, aunque dispuesta a hacer de dama de honor en la boda de su prima americana. Lo último que se imagina es que en pleno vuelo de Londres a Nueva York, mientras maldice la boda y el traje lila que tiene que ponerse, va a enamorarse de Matt, un periodista especializado en música rock, inteligente, sensible y extrañamente atento. ¿Cómo es posible que aún tenga ideas románticas después de sus desastrosas relaciones con los hombres? La pobre Josie se las tendrá que ver de nuevo con el amor, y no será nada fácil, sobre todo cuando está intentando convencer a su prima de que no se case con la persona equivocada -- - «Encantará a los fans de Bridget Jones de ambos lados del Atlántico.» Library

Journal «Una historia que te hará reír a carcajadas y también derramar alguna que otra lágrima.» Woman's Realm «Feelgood en estado puro: te hará volver a creer en la amistad y el amor» News of the World

Cómpralo y empieza a leer



Una gran salvación

George, Elizabeth

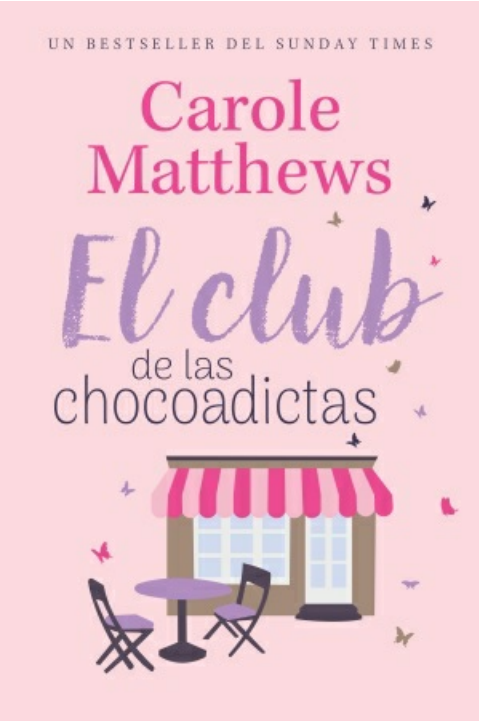
9789979643425

350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un anciano sacerdote viaja desde un pequeño pueblo del norte de Reino Unido hasta Londres para pedir ayuda a Scotland Yard. En una granja de su parroquia ha descubierto el cuerpo decapitado del propietario y a su hija junto a él, en estado de shock y declarándose culpable. Pero nadie en la población cree que Roberta haya sido capaz de semejante crimen. El inspector Lynley y la sargento Havers son los encargados de resolver un complicado caso repleto de contradicciones.

Cómpralo y empieza a leer



El club de las chocoadictas

Matthews, Carole
9789979646235
350 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Hay tres reglas si uno quiere sobrevivir en tiempos de estrés. La primera es respirar profundamente. La segunda, contar hasta diez. Y la tercera, comer chocolate. Lucy, Autumn, Nadia y Chantal apenas tienen tiempo de contar hasta diez antes de abalanzarse sobre este sustitutivo del sexo. Y es que sus vidas sentimentales son un desastre: a Lucy la felicidad de que su jefe Aidan le declare su amor le dura un suspiro; el novio de Autumn va a conocer a sus padres; el marido de Nadia jura que ya ha dejado de robar, pero ella no le cree, y Chantal está intentando salvar su matrimonio. Por suerte, estas aguerridas mujeres no pierden su desternillante humor. --- «Es uno de los mejores novelas de feelgood que he leído en bastante tiempo, con una interesante mezcla de personajes y verosímiles situaciones. Es a la vez emocionante y

divertido, altamente recomendable.» The Book Forum «Deliciosa, tan placentera que nos hará sentir culpables al saborearla» People «Feelgood en estado puro: te hará volver a creer en la amistad y el amor» News of the World «Una agradable sorpresa de principio a fin.» Woman's Own «Chocolate y feelgood: la combinación definitiva. Una lectura deliciosa.» Heat

Cómpralo y empieza a leer